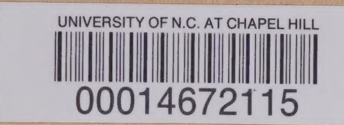



VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
SIGILLVM
LVX
LIBERTAS





N.º 1 **La Novela Policial** PRECIO: $ 0.50

Manuel Luceño

Por A. Acevedo Hernández



IMPRENTA NASCIMENTO

1927

La Novela Policial

"MANUEL LUCEÑO"

Con este título iniciamos una publicación mensual con las aventuras y vida accidentada de un bandido noble, que el destino obligó a vivir como bandido, a pesar de su buen corazón.

Cada número de esta publicación será un episodio completo y casi independiente. La administración de esta empresa ha sido entregada a la Editorial Nascimento de Santiago, a quien deben dirigirse los pedidos y datos referentes a estas ediciones.

Editorial Aventura.

Impreso en los Talleres de la Editorial Nascimento.-A. Prat 1430.-Santiago.

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :: CONCEPCIÓN, Colo-Colo 419

Año I — Santiago, Noviembre de 1927 — N.º 1

"Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNÁNDEZ

EN LA ALDEA

El metal de la iglesia ha dejado caer sobre los campos primaverales el rumoreo de su vibración, preludio de oraciones. El sol se ha derramado por valles y colinas poniendo en todas las cosas su nota de oro luminoso; la brisa mañanera se esparce por la naturaleza, juguetona y aliviadora, haciendo besarse las flores de los huertos y jardines y llevando a todas partes la embriaguez perfumada del campo.

El agudo campanario pardo hunde su cruz en el azul diáfano del cielo que extiende su cóncava profundidad dando un fondo luminoso a todas las cosas.

La aldea está llena de primavera, las corolas hinchen todos los detalles, los follajes son verdes nuevos, brillan como una joya y ondulan empujados por la brisa. Las almas vibran de canciones, parece que en todas las casitas vetustas, de un solo piso de fuertes murallones y rústicas puertas, alineadas en tres calles limitadas por arboledas de ciruelos y perales, están plenas de amor y de esperanza. Perdidas entre las frondas de los árboles las casas parecen nidos. Reina una paz de égloga en esa aldea que tiene una plaza cuadrada, una iglesia, un río que la

rodea como un brazo líquido y una colina plantada de huillis rosados y de juncos marfileños.

La gente empieza a afluir a la plaza de la iglesia. El cura se ha asomado a la gran puerta de color tierra sombra, algún monaguillo pasa apresurado llevando sus arreos. El sacristán empieza a encender los cirios que pronto arden con llamas como flores ante los altares donde los Cristos exangües muestran sus dolores a la humanidad y las vírgenes jóvenes y vestidas con trajes claros adoınados con lentejuelas, sonríen a los fieles.

Nadie habla; todos paıecen preocupados y las miradas se van por una de las calles que da al cuartel de policía, donde no se ve la guardia que de ordinaıio se pasea solemnemente a su frente.

Una vieja que avanza cubierta por un manto verdoso se dirige a otra que está sentada en un banco de la plaza.

—¿Qué hace aquí, ña Brijida?

—Tamos esperando al comandante de la policía pa saber las noticias que tiene del salteo del bajo.

—Dicen que fué terrible. Dicen que don Amador está moribundo y que, Dios los libre, las chiquillas, la Clovia y la Antuquita fueron las que la pagaron.

—Pobrecitas. ¿Y a quién l'echan la culpa?

—Dicen que han conocío entre los hechores a un tal Manuel Luceño que nació aquí y que después se fué. Parece que don Amador le pegó montón al cabro cuando chico, y dicen que se la sentenció.

—¿Luceño? Y ¿cómo lo conocieron?

—Don Amador lo había visto. Dicen que se había dao a too trapo. Ende chiquitito ha sío malón; acuérdese que apalió a ño Jerez y que se jué. Y entonces tenía poco más de siete años.

Después de una pausa, Brígida sigue:

—Dicen que ha salío en los diarios de Santiago ya; güeno sería que lo pillaran y le dieran su merecío. Esos están bien en las cárceles que se han hecho pa ellos, no entre los güenos como nosotros.

—Al más malo más lástima vecina,—dice la primera vieja que es más devota y cree en Dios y en los milagros.

Un ruido que avanza hacia la plaza interrumpe el diálogo, todos los que están allí se dirigen hacia la calle central por donde

vienen dos hombres de la policía al paso de sus caballos seguidos por muchas personas entre las que se destacan varios muchachos y muchos perros.

El juez del Distrito avisado oportunamente, sale hasta la plaza donde acaban de desembocar los policiales. Estos, rompiendo el anillo hecho por los curiosos se acercan a ño Justo: éste los mira interrogativamente y luego dice:

—¿Qué hubo Sargento Urra?, ¿qué se sabe?—El Sargento es un campesino recio con una pelambre hirsuta y unos bigotes gruesos y ralos sobre su labio superior.

—No ha muerto ño Amador; pero queó malito. El juez del crimen le tomó declaración. Dijo que le había parecido conocer a Luceño, a Manuel Luceño entre los asaltantes.

—Oye,—dice la Brígida a su amiga.—¿Qué le decía yo?

Los curiosos se estrechan, el comentario silba, parece que se arrastra y que al hacerlo produce notas estridentes. Ño Justo queda pensativo y dice:

—¿Luceño?, ¿pero será posible?

El cura ha llegado al grupo.

—¿Quién es Luceño?

—El hijo de la finá Manuelita, aquel muchachito tan irreducible que hubo aquí algunos años atrás, 15 años más o menos.

—¡Ah! ya recuerdo. Era de la cáscara amarga. Hasta a mí me mordió.

Brígida indignada truena:

—Pícaro, así se le vuelva piedra el pan que coma.

—Hay que tener piedad, Brígida, yo lo perdoné.

—Pero hay diferencia entre un santo sacerdote y una pecadora como yo.

—Todos ante Dios somos iguales Brígida. Y la medida es más estricta para sacerdotes y jueces.

Ño Justo el juez del distrito, agrega:

—Dicen que para ellos no hay sino infierno y gloria... no hay purgatorio.

El sargento Urra dice:

—Luceño es muy conocido por la policía santiaguina... y dicen que verdaderamente es temible.

—Y ¿qué ha hecho Luceño que todos le temen?

—No ha dejao a quien no le ha pegao..... por ná saca la cuchilla. Si es muy remalo. Figúrese que a ño Jerez, el comandante, le rompió la cabeza cuando no tenía diez años.

Don Justo, hombre muy reposado refiere:

—Se dicen muchas cosas. Ño Jerez es hombre duro, malón, quiere que todos sean como él. A mí me han dicho que Luceño pertenecía a una cuadrilla de «coltros» que trabajaban sacando la chépica en un potrero que estaba escarchado. Resultó que a causa del frío, un chico se entumió, Luceño, entonces hizo un fuego, quemando para ello su camisa; ño Jerez que, muy abrigado y de a caballo, cuidaba el trabajo, se desmontó y apagó el fuego riéndose de los pobres chicos. Entonces Luceño lo derribó de una pedrada. Yo tengo mucho interés en saber si es verdad que Luceño ha tomado parte en ese salteo, porque yo no lo creo.

En ese momento, el propio comandante, ño Jerez, se llegó hasta la plaza renovando la espectación que trazaba círculos alrededor de la noticia.

—¿Qué nuevas trae?,—preguntó ño Justo.

—El juez me preguntó si yo conocería a Luceño, dije que sí. Después lo conté las hazañas del cabro cuando estuvo aquí y me puse a sus órdenes para proceder a la captura del badulaque. Yo tengo recuerdos de él, de cuando tenía siete años.

El cura comenta:

—Si a los siete años mordía y rompía los huesos hay que darse cuenta de lo que será ahora.

Un nuevo rumor mueve una vez más los nervios de la aldea. Una mujer viene apresuradamente y trae una noticia espeluznante:

—Luceño viene p'acá, lo vieron, dicen que preguntó por ño Jerez.

—¿Por mí? Es curioso. ¿Usté lo vió?

—Nadie lo ha visto; pero dicen que un desconocido que anda con un pantalón negro y una blusa blanca, un sombrero de paja fina y una manta isleña y que tiene los ojos negros y es blanco bigotúo y largo de cara, preguntó por ño Jerez. Según las señas es el mismo.

—Si viene aquí. . . lo recibiremos. Esta mañana mandé a detener

a tres maleantes que tengo en la barra para proceder a interrogarlos después del desayuno.

—Bien dice la escritura, comenta el cura, que donde quiera que se oculte el pecador en el fondo del mar o en la oscura mina, o en el palacio de mármol, le alcanzará la venganza de Dios. Vean Uds. a este Luceño que se viene a entregar en manos de su juez.

Una mujer agrega:

—Se ve pintada la cólera de Dios. Es necesario que a esos hombres los encierren. Ese Luceño dicen que es asesino y forzador.

—Ustedes no deben tener miedo. . . pa ustedes no se animan ni los inválidos.

—Tan sin respeto que es la policía, señor por Dios.

Riendo a carcajadas, se van los soldados hacia el cuartel siguiendo a su comandante.

EL PROFETA

Traspasando la paz de la hora con las plañiderías de su acento avanza en dirección a la plaza, receptáculo de todas las sensaciones, un hombre llamado el profeta. Un extraño místico que se cree el profeta Jonás. Viste un hábito negro y es alto, anda mesuradamente, con su mirada azul siempre en alto, su cara atormentada, cubierta por el oro de su larga barba. Las manos finas delante de su afilado rostro, nunca quietas, siempre haciendo ademanes y exorcismos.

En la Aldea lo quieren los más, algunos se burlan de él, los muchachos han solido apedrearlo; pero en el fondo casi están convencidos de que desempeña una misión divina.

El cura que se ha entretenido en la plaza, se encuentra de manos a boca con el extraño profeta que dirigiéndose a él dice:

—Divino príncipe de los sacerdotes, yo vengo de Israel a estas tierras de Nínive. He aquí que Jehová de los ejércitos me llama y me dice: Ve a Nínive, la ciudad de mármol, la ciudad del placer que no cesa, y decid en mi nombre que se conviertan, que hagan penitencia, porque si no lo hacen, he aquí que dentro

de cuarenta días haré llover sobre la ciudad, fuego del que descendió al tabernáculo, del que elevó el carro de Elías y lo destruiré todo. Yo soy el vencedor de Baal y de Moloch. A su terrible voz, se trizó el espejo del lago, temieron las vírgenes que dormían en sus camitas blancas y temblaron el narciso y el lirio de agua. Yo me negué a venir, embarcándome para otra tierra, pero el barco fué sacudido por un temporal y yo fuí arrojado al agua, donde me tragó una feroz ballena que me arrojó a esta tierra de pecado.

Todos escuchan sobrecogidos. Saben de memoria el discurso; pero ahora le han encontrado un sentido misterioso. El profeta sigue:

—Ya el hombre terrible que será la sombra de esta ciudad se aproxima. Viene cautelosamente como un ladrón que tala los sembrados, arrasa los rebaños y roba las vírgenes. Ya se acerca. Haced penitencia y obedeced a Dios.

Se arrodilla y reza una oración sin sentido, siempre con las manos en alto, siempre con sus ojos azules dirigidos hacia arriba y su rostro patinado por un gran dolor.

De pronto se levanta y con una unción verdaderamente mística exclama:

—He cumplido, señor, dejadme volver a mi casa a cuidar de mis mieses, de mis viñedos y de mis siervos y sobre todo a glorificar tu divina majestad en el cielo, en la tierra y en el mar.

Sin preocuparse de nadie, erguido, solemne como una columna, se dirige por una de las calles que se aleja de la plaza, parece que se desliza por la tierra enverdecida de yerba fina.

Mucha gente lo sigue; pero en silencio; parecen flotar sobre sus pensamientos.

EL INTERROGATORIO

La mancha de muchedumbre comenzó a diluirse, y a los pocos minutos la plaza apareció luminosa de primavera. Los últimos jirones de las conversaciones flotaron varios segundos más en el espacio y se disiparon. El cielo lució en toda su pureza

y los pájaros colgaron nuevos cantos en la esmeralda de los árboles.

El comandante entró al cuartel de policía que era un viejo caserón de ancho zaguán empedrado y de muros pintados de rojo. A la sombra de uno de los grandes árboles que se alineaban en el trozo de acera, el centinela, se protegía del sol. Un caballo ensillado, esperaba en el patio.

El sargento Urra salió al encuentro de ño Jerez.

—Aquí están los gallos. El Ballena, el Chupe y el Coirón.

—Y ¿saben algo?

—Nada. Son unos infelices más borrachos que las uvas.

—Pero los podemos hacer saber.

Volviéndose al interior del cuartel, gritó:

—Guardián Troncoso, suba la barra y prepare el cepo y el membrillo. Sus palabras retumbaron un momento y se arrastraron por el patio hasta penetrar al calobozo donde estaban los detenidos.

Troncoso fué a cumplir su cometido y luego el rumor de los hierros puso su nota lúgubre en el ambiente.

Los detenidos, se miraron. Dentro de la penumbra del calabozo estrecho, sólo tenían valorización las pupilas.

—Oye, Coirón,—dijo el Ballena,—oyís...

—Sí, oh... Parece que los va a llegar.

—¿Por qué?,— replicó el Chupe,— si nosotros no habimos hecho na.

—Hermanito, me late toa la carne, agregó el Ballena, aterrado.

Oyeron unos pasos mesurados, acompañados por el tintinear de las espuelas, una llave se introdujo en el viejo candado y un torrente de luz inundó el cuarto.

—A ver, salgan,—dijo la recia voz del comandante.

Los reos salieron temblando. El comandante los miró varios segundos. El sol desentumecía a los prisioneros comunicándoles deseos de vivir.

—Y ustedes, ¿qué están haciendo aquí? No se habían ido?

Los reos callaron.

—Tienen pocas ganas de hablar, ¿ah?

Eran unos infelices, sólo vestían calzoncillos de tocuyo azargado, camisa también de tocuyo y ojotas de una plantilla.

—¿Qué quiere que le digamos, pues, señor, si nosotros no sabimos na?

—¿Cómo es eso de no saber na? Si no largan la pepa, les va a llegar conmigo, se están figurando que con la justicia se juega?

Los infelices se miraron. Para ellos la justicia había sido siempre el castigo cruel que les había arrancado con la sangre, la confesión de algo no cometido.

El Ballena tenía deseos de llorar. Se sentía tan infeliz, tan desgraciado.

El Coirón, que carecía de toda moral y que tenía mucho miedo estaba dispuesto a confesar todo lo que el comandante deseara y el otro a afirmar lo que dijeran sus compañeros.

El Ballena fruncía su bocaza, motivo de su remoquete, y ponía una cara compungida.

—¿Qué les pasa niños?, los veo medios asustados. Si yo no pienso hacerles nada si se portan bien.

—Si nosotros nos portamos bien señor.

—¿Y por qué los trajeron? Me quieren hacer creer que ha sido porque no se sacaron el sombrero en la puerta de la iglesia?

El comandante se rió de su chiste coreado por el sargento Urra y el guardián Troncoso.

—¿Quién los detuvo?

—Yo, mi comandante.

—¿Qué estaban haciendo?

—Jugando a la baraja.

—Jugando a la baraja... Miren qué niñitos. Y dicen que no dan que hacer. Con que estaban jugando a la baraja, no? Por tahures los voy a meter a la barra.

—Pero, señor; si'stábamos juando los cobres güachos; si el trabajo ta muy malo, juábamos por entretenernos.

—Miren que entretención. Troncoso, traiga la de cuero e novillo.

El Ballena no pudo más.

—¡Ya nos va a pegar ya, eñor! Parece mentira que abusen tanto con los pobres.

—¿Qué decís? Repítelo.

Ballena calló mirándolo rencorosamente. Su carne morena

que se veía a través de las roturas de su traje estaba engranujada de terror.

Llegó Troncoso con una gruesa vara de membrillo. El comandante sonreía. La pobre carne doliente temblaba a un paso de él. Y esto le producía una extraña voluptuosidad.

—Díganme la verdá, gallos, no me mientan a mí. Si me mienten los mando a Santiago a pagar todos los robos que han hecho.

—Yo no hey robao nunca,—dijo el Ballena,—lo juro por la memoria de mi maire!

—¿De veras que el que roba aquí es el sargento Urra?, ustedes no, son unos angelitos. Y rió una vez más. El comandante era siniestro, carecía de toda probidad, nada le importaban los medios, la cuestión para él, se reducía a entregar un hechor después de cada crimen, si no lo encontraba lo hacía.

—Díganme, ¿adónde está Luceño?

—¿Luceño?

Los infelices se miraron.

—Nosotros no sabimos , señor.

—¿Cómo no han de saber? Si Luceño declaró que el salteo del bajo, lo hicieron con él.

Los reos tenían una expresión vaga, bovina, el Ballena que poseía mayor dominio, respondió.

—Luceño no nos ha visto. Nosotros no lo hemos visto a él, si ha declarao así ha mentío.

—Yo los voy a carear con Luceño. A ver adónde durmieron anoche.

—En el bajo, en las canteras.

—¿Aónde estaban al amanecer?

—En las canteras, pues señor.

—¿No oyeron un tiroteo?

—Sí, señor.

—¿Y no saben lo que fué ese tiroteo?

—Nosotros,—dijo el Ballena,—cuando por la mañana nos levantamos salimos al camino y entonces oyimos decir que habían saltiao a ño Amador. No sabimos más.

—¿Quién les dijo eso?

—Todos corrían payá y pacá, taba el mundo lleno del salteo y toos decían que había sío Luceño.

El sargento Urra, dijo entonces mirando al Coirón.

—¿Pero vos no me dijiste que te habías encontrao con un gallo?... díceselo al comandante. Este, sabe montón, señor.

—Yo me encontré con un gallo, señor, un gallo que venía de abajo y que me preuntó: ¿Habrá trabajo aquí? Yo lo miré porque me pareció que lo conocía, entonce me dijo. No me conocís, yo soy Manuel Luceño. No quiero que nadie sepa que'stoy aquí.

—¿Era un hombre vestío de manta isleña, pantalón negro y blusa blanca?

—Le diré que no me fijé; pero me parece que era una manta cari y unos calzones de mezcla yuanes.

—No, hombre, fíjate bien, recuerda que eran calzones negros, blusa blanca y manta isleña.

—Así sería, pues.

—¿No lo viste salir de la casa de ño Amador poco antes de amanecer?

—No, señor, si lo encontré cuando'staba el sol alto.

—No; recuerda que fué antes que saliera el sol, poco después del salteo

—Este andaba con nosotros, señor y se apartó un rato cuando'staba el sol alto.

—Refrésqueles la memoria a estos batos, guardián Troncoso.

Troncoso los ató a un poste y procedió a azotarlos, con alegría, como si diera curso a un honesto pasatiempo. Los pobres hombres se mordían para no llorar, apagaban los gemidos que les llenaban el pecho.

—Ya, bastante, suéltelos pero si les sigue mala la memoria, les da unos veinticinco a pantalón quitado. Yo los haré a estos gallitos. Mírenlos como me vienen a engañar.

El Ballena lloraba aplastado por su inmenso dolor y vergüenza, su cara negra tenía una expresión grotesca que hizo reír al comandante. La fisonomía del Ballena empezó a cambiar, su mirada fulguraba sobre el comandante, sus manos se crisparon y todo su cuerpo se irguió; parecía otro hombre. El sargento se puso a su lado.

El comandante dejó de reír. Después de una pausa siguió:

—¿A qué horas encontraron a Luceño en el camino?

—Con el sol alto.
—¿A qué horas?
—Con el sol alto.
—Pa que refresquen la memoria deles veinticinco palos a cada uno de estos perros y los pone a la barra de las dos patas.
El comandante estaba furioso. Se alejó en dirección al cuarto que le servía de oficina y hasta allí se introdujeron los lamentos de los infelices, que cubiertos de sangre, traspasados de dolor y de humillación recibían sobre su pobreza tan injusto castigo.
El comandante, severo, siniestro se revolvía en su silla. Cuando terminó el tormento, se asomó y llamó al sargento Urra.
Ponga a la barra a ese tal Ballena y tráigame al Coirón.
Cumplió las órdenes, el sargento. El pobre peón, debilitado por el castigo y por las privaciones, llegó sostenido por el sargento Urra y el soldado Troncoso.
—¡Qué te parece guacho, lo que te pasa por negar! Si siguen negando los voy a poner a la barra y mañana los llevo pal puente.
Ya los infelices sabían lo que era ese tormento. El comandante los hacía atar de las piernas y los hundía en el agua, los hacía retirar medio ahogados y los interrogaba y si no confesaban a su gusto, repetía la operación muchas veces.
Cuando este recurso le fallaba recurría al tormento del árbol que consistía en hacer jugar un lazo colgado de un gancho alto, un lazo atado por un extremo al pegual de la montura y por el otro la víctima atada de los brazos, colocados hacia atrás. Se les interrogaba y si no contestaban, el jinete corría alejándose del árbol cuyo gancho se convertía en polea. El descoyuntamiento de los brazos era inmediato. Los reos confesaban generalmente y el comandante triunfaba, entregando reos confesos al juez que los condenaba sin más trámites. Pero aunque había mandado centenares a la cárcel, la delincuencia no disminuía. Ahora quería encarcelar a Luceño, ejercer una venganza largo tiempo acariciada.
El Coirón escuchaba al comandante, sin atención, enteramente deshilachado, le parecía a veces que la voz le venía de muy lejos y de repente, de su propio interior.
—Si yo no los quiero perjudicar, lo que deseo es que confiesen que Luceño venía del bajo por la mañana, entonces yo los largo

y les doy plata pa que se vayan, me doy cuenta de que le tengan miedo. Ustedes no pierden nada.

El Coirón, enteramente deshecho, dijo:

—Yo confieso lo que usté quiera.

—Eso es hablar en razón. Ponga en libertá al Coirón y al Chupe, déjeme aquí a ese Ballena pa amanzarlo.

LA LOCA JUANA

Envuelta en una ola de carcajadas y de insultos que eran agudos como flechas, y de ladridos de perros, corría una anciana en dirección a la plaza, con el fin de refugiarse en la iglesia.

—¡La loca! ¡la loca! ¡Péguenle a la loca!

—¡Loca fea! ¡loca fea!

Las pedradas la habían herido en el arrugado rostro, los muchachos, tiraban de sus harapos que ya eran girones. Las mechas grises, se adherían con fuerza sobre la frente cubierta de sudor de la anciana. En toda su fisonomía se retrataba una enorme angustia.

Corría desesperada, agitando sus brazos sarmentosos, corría sin mirar atrás, estaba próxima a la locura. Al trasponer la plaza para penetrar en la iglesia la alcanzó una pedrada que la arrancó un gemido y que la cubrió de sangre.

—Señor cura,—gimió la pobre mujer.

El cura salió presuroso.

—Basta ya, inhumanos!

Cesaron la persecución; pero la situación de la pobre mujer, su angustia enorme, su traza deshecha les hacía tanta gracia que reían inconteniblemente.

—¿De qué se ríen?,—preguntó con severidad el cura.

Una mujer contestó:

—Ella tiene la culpa; se enoja porque los niños quieren jugar con ella.

—No le pueen decir na.

La anciana miraba al cura fijamente; sus pupilas claras como un lago de cristal lo envolvían en la paz angustiada de su dolor sin esperanza.

La hería todo el mundo porque era sola, por que era limpia, por que lloró toda una vida por un gran amor. Vivía en los alrededores del pueblo encerrada en un rancho que se desgajaba gradualmente. Cultivaba su huerto, iba pasando la vida, trabajosamente hiriéndose en cada detalle de su camino, de su camino que tenía carcajadas y toda clase de burlas.

—Pero si te engañó,—le decían,—porque lo querís todavía.

—Bien sabe Dios que me entregué por un gran amor, El, que sabe lo que sufro lo hará volver.

—Si el otro se casó ya.

—Mentira, no se ha casado. ¿Dónde iba a encontrar una mujer más linda, más limpia que yo?

Mostraba entonces su jardín que era primoroso y decía:

—Esas flores las cultivo para él; para cubrir de pétalos el camino por donde venga.

Miraba después al cielo y a la senda y rompía a llorar amargamente.

Muchas personas en el pueblo, se distraían haciéndola llorar.

Así la fueron arrinconando, convirtiéndola en una cosa temerosa, en una loca perseguida que no tenía jamás reposo, que no lo tendría hasta desgranarse, madurada por la muerte, en el cementerio.

Y allí estaba ya sin ver a la muchedumbre que la manchaba con su insulto, al cura que miraba al pueblo, estaba radiante de felicidad por que siempre en casos de apuro esperó que su novio llegara para defenderla. Ella era ya anciana, su novio debería serlo también; pero ella lo veía eternamente nimbado por la gloria de sus veinte años.

—La loca tonta, como se ríe,—rugió un chico.

—¡Loca bruta!, ¡se quiere casar! ¡Loca! ¡Loca!

Volvió sus ojos claros a su alrededor y gritó:

—¡Canallas!

—¿No vé, señor cura, cómo se enoja?

—Es que me ofenden, me insultan por que estoy sola y porque sé querer. Por que soy triste, porque no tengo un apoyo en la vida. Ya todo ha muerto para mí. Yo también quiero morir. Dios mío, mándame un rayo que me mate, porque yo no puedo sin incurrir en pecado, cortar el hilo de mi vida! Quiero ir donde

estará él esperándome. ¿Dónde estará mi madre, que, si hubiera conocido la tristeza de mi destino me hubiera muerto al nacer? Señor, yo no tengo más que mis dolores... mis lágrimas que no se acabarán jamás...

Su emoción se ha agudizado en extremo. su dolor se diluye en lágrimas y su voz se hace alarido. Llora amargamente, inclinada la frente sobre el polvo, llora desesperadamente, sus lamentos son tan dramáticos, tan patéticos, tan macabros como una agonía feroz.

Un muchacho grita.

—¡Loca llorona!

Todos ríen. Entonces alguien la golpea en las posaderas.

La loca continúa llorando. Los lamentos son como la harmonía de su bondad:

—Señor, perdónalos... perdónalos.

Rehusa entrar en la iglesia, quiere ir hacia su choza por su senda de dolor; pero nadie la quiere dejar pasar, debe romper la valla envenenada de la imbecilidad humana. Por donde quiere escapar hay alguien que la ataja... y ahí está botando como una pelota, a la sombra de la cruz y al margen del poder de un sacerdote...

MANUEL LUCEÑO

Un hecho inaudito viene a romper el espíritu de farsa sangrienta de ese pueblo como todos, un desconocido avanza abriéndose paso enérgicamente por entre la muchedumbre. Los hombres lo miran con enojo; pero de ver su desición, lo dejan pasar. El hombre llega al grupo y dice:

—¿Por qué insultan a esa mujer que les hace? Así como se rodea a una fiera la encierran a ella. ¿Qué les hace?

Alguien responde:

—¿Y a vos que te importa?

—Yo soy un ser humano, yo tengo corazón y alma, yo siento dentro de mi ser los dolores que atormentan a los demás, yo soy un hombre. Juro que si alguien la toca tendrá que vérselas conmigo.

En ese momento un muchacho tira por el manto a la loca que se ha envuelto para no ver las muecas burlonas, el hombre lo azota en el suelo y sombrío y amenazador tiende la vista por el compacto grupo.

La loca empieza a darse cuenta de que alguien la defiende, vuelve lentamente temerosamente la cabeza y mira al desconocido frunciendo el entrecejo, demostrando que le recuerda a alguien.

Todos están dentro del minuto que marca las grandes sorpresas, los hombres se miran y se estrechan en torno de Luceño.

Este grita:

—Si aquí hubiera autoridad, nadie ofendería a esta mujer; pero parece que aquí andan vueltas las malas pasiones y la cobardía.

La loca se ha acercado poco a poco; su faz está ahora radiante.

—¡Sí eres tú, eres tú, Manuelito!

El hombre se vuelve y profundamente emocionado.

—Pero si es usté, si es mi mamita Juana... Mamita...

Se unen en un abrazo largo que irradia ternura y eternidad.

—Usté fué lo único que tuve después de la muerte de mi madre, usté es lo único que quiero en el mundo! Oid todos bien:

Siendo yo un niño perdí a mi madre, mi vida era una cadena de angustia. Todos los niños con padre me ofendían, nadie me daba un pan. Yo era como un perro desconocido al que muerden todos los demás. En este pueblo, grandes y chicos me golpearon, me escupieron. Entonces ella vino a mí, me sirvió de madre y me defendió como yo la defenderé ahora a ella contra todos!

Ella no puede coordinar otras frases:

—Es mi hijo... ya... no estaré sola...

Entretanto en el grupo se ha impreso con fuerza un nombre: Manuel Luceño. Y este nombre llevado de labio en labio entró pocos segundos después al cuartel y engastó una sonrisa de triunfo en el terrible comandante Jerez. También llegó hasta los oídos de don Justo el juez del distrito y de todo el pueblo que corre presuroso hacia la plaza.

La loca Juana, colgada del fuerte brazo de Luceño habla para ella y para todos.

—¡Qué simpático, qué alto y qué fuerte! ¡Ah! si tu mamita la finá... resucitara qué feliz estaría!

De pronto dobla las rodillas y perfuma su emoción con una oración de gratitud.

FRENTE A FRENTE

Luceño, enteramente dentro de su pura emoción, no se dió cuenta del movimiento operado en el pueblo, no vió la muchedumbre que crecía, no oyó el silbar de los murmullos, no se dió cuenta de la ambigüedad de las miradas. Abrazado a la pobre loca vivía el minuto de oro de su vida y sentía detenido el tiempo y enteramente libre el espacio.

—¡El juez!—dijeron varias voces y se abrió un camino para que ño Justo pudiera llegarse hasta Luceño. La anciana estaba de pie, silenciosa exaltada por una alegría íntima tan cruel que se traducía en lágrimas. Positivamente el destino de la pobre mujer era llorar, llorar eternamente...

Ño Justo se detuvo frente a Luceño y lo miró largo rato.

Detenía cada una de sus miradas en cada rasgo del muchacho, que alcanzaba veinticinco años, tenía una frente alta y tersa, boca sensual y expresiva, mejillas finas, cara ovalada, nariz recta y pupilas grandes y negras. Además era de talla más que media y revelaba una fuerza poco común.

Luceño miró a ño Justo y sonrió amistosamente, se sentía bueno, humilde, en ese momento amaba todo lo de su pueblo, hubiera besado las piedras.

—Y se puede saber, joven, ¿qué viene usté a hacer aquí?

No estaba Luceño prevenido ahora contra nadie, no le extrañó la pregunta, la creyó una broma.

—Cansado de andar, de aventurar, de trabajar en pesadas labores, siempre entre extraños y en tierras lejanas, sufriendo dolores desconocidos, y seguido del deseo tenaz de ver mi aldea, he vuelto por aquí. Quiero trabajar, rehacer mi vida, ser un hombre respetado.

Todos le oyen en silencio, pendientes de sus palabras, la loca

lo mira con adoración. Luceño sigue con voz traspasada de amargura:

—Es que se ama tanto la tierra donde uno nace, que aunque su vida haya sido de martirio se desea volver. Yo quiero sembrar donde ha caído mi sangre... Quería ver este cielo, estos árboles, estos hombres, andar por donde anduve, rezar en esta iglesia y llorar sobre la sepultura de mi madre.

El silencio se sobresaltó al ver avanzar a ño Jerez; que, rígido, brutal le dijo:

—Y a mí, ¿me conocís?

—Sí... y usté ¿me conoce a mí?

La ironía de Luceño lo envolvió en su espiral de fuego. Ño Jerez se puso lívido de furor.

—Ahora vamos a arreglar cuentas.

Sin hacerle caso a ño Jerez, Luceño siguió dirigiéndose a ño Justo.

—Tengo fuerzas para trabajar, y muchas deseos de hacerlo. ¿No me ocuparán aquí?

Ño Jerez arrebató rencoroso.

—Pa Manuel Luceño, creo que no habrá trabajo aquí. Aquí querimos tranquilidad.

Luceño sintió su vida herida por un dolor despechado, sintió su soledad, el odio de los hombres clavado sobre su alma.

—¿Por qué me dice eso?, ¿qué se cree que yo soy mañoso?

—Moro viejo no puee ser buen cristiano. Vos habís sío bien malito.

—¿Usté lo cree así? ¿Se acuerda usté como me trataron aquí cuando fuí chico? ¡Ah! hasta las hormigas se defienden ¿y quería usté que yo me dejara golpear y tratar peor que a los perros? Diga usté ño Justo, cree que me debo ir.

—Por mí, hijo que te quedes; pero este comandante tiene muchas acusaciones en tu contra y será preciso que te justifiques.

—¿Acusaciones? Todo lo que diga es mentira! Es que no me quieren dejar en el pueblo, no quieren que trabaje aquí. Pero ya que así lo desean hablemos frente a frente.

Aquí todos me acusan porque fuí hombre desde niño, porque me defendí.

Habló ño Jerez solemnemente:

—Vos sois un cabro mañoso; tenís un prontuario muy malo en la sección dactiloscópica de Santiago y ahora te ha sobrado pana pa presentarte aquí después de haber perpetrado un salteo.

Luceño lo miró espantado:

—¿Un salteo?

—No intentís negarlo, tengo pruebas, tengo detenido a tus compañeros. Ya hay tres convictos y confesos. Tus tres cómplices ¿A dónde dejaste la plata?

—Mire ño Jerez, a mi no me viene usté con payasás. Me río de sus mentiras y lo desprecio por rencoroso. Se que usté es un gran fabricante de bandidos y le juro que si no me deja ser hombre de bien lo mataré como a un perro.

—Cínico el saltiador.

—¡Usté me vió!

—Te vieron: te han acusado.

—¡Mentira!

—Sargento Urra, detenga a este hombre.

Cuando el sargento se adelantó para cumplir la orden, la loca se interpuso y gritó:

—¡No lo toque! Manuelito no es ladrón, es un hombre honrado.

La chusma que había callado hasta ese momento, estalló en una carcajada que la estremeció, sacudiendo el silencio por varios segundos.

En ese momento el profeta se llegó hasta el grupo.

—¡Este es...! Este es el hombre maléfico, el que destruirá la ciudad.

Una convicción enfermisa se arrastró abrazando a todo el pueblo.

—¡Es él! el salteador, ¡el santo hombre lo conoció!...

Luceño lo miró con desprecio.

—¿Todavía está vivo este desgraciado?

El hombre rugía a su lado.

—¡El es!, ¡él es!

La loca asustada indeterminada, lloraba.

Ño Jerez, impaciente, gritó:

—¡Arréstenlo!

Luceño miró a su alrededor, ganó de un salto el muro de la iglesia y lanzó una carcajada.

—¿Quiénes me van a arrestar? ¿Ustedes? No les creo. Los hombres como ustedes no pueden luchar conmigo.

Sacó su revólver y apuntó al sargento Urra.

—¡Mamita!, nos separan los buenos, los piadosos, los que mienten, adiós...

Entra entonces por el templo, gana el patio y salta por la tapia sobre el campo engalanado de primavera. La policía le sigue, más tarde llega fuerza de la capital que también lo sigue.

La gente, ya tranquila se fué alejando en dirección a sus casas; la loca entró al templo y de rodillas ante el Cristo de todos los dolores y de todas las bondades exclamó:

—¡Dios mío!, sola, eternamente sola, abandonada de toda piedad!

El eco traía un escalonamiento de tiros que manchaban la belleza del mundo.

PERSECUCION

Cuando Luceño se vió en el campo, se detuvo dos segundos para orientarse, una enorme confusión llenaba su cerebro. Desde luego comprendía que estaba fuera de la ley, que le sería imposible demostrar su inocencia. La venganza de ño Jerez lo perseguiría hasta más allá de los estrados de la justicia. Luego si el comandante lograba detenerlo lo castigaría cruelmente quizá lo suprimiría...

Comprendió que estaba solo... enteramente solo. Y esta convicción lo llenó de una impresión penosa.

—¿Es que la vida será igual pa mí siempre? Es que mi destino será morir perseguido como una fiera.

Los ruidos de los cascos de los caballos de sus perseguidores se acercaban rápidamente, por un momento tuvo la idea de esperar a pie firme y matarlos a tiros. Luego se dió cuenta de lo absurdo de su proyecto, sintió tropeles de personas que corrían sin duda a presenciar su captura. Pensó rápidamente que sólo la cordillera le brindaría refugio; pero carecía de todo alimento.

Con alegría notó que los jinetes se desviaban buscándolo por otra dirección. Se fué deslizando por la orilla de la pirca de piedra y logró ganar un campo de espinos.

Desgraciadamente la huída a través del espinal era impracticable, oculto en las frondas pinchosas, se detuvo a pensar. Hasta allí alcanzaban los ruidos de la aldea; el eco de los balazos que disparaban sus perseguidores.

—Luego me buscarán aquí pensó, y me matarán como a un perro. El instinto de la conservación cantaba en él; exigía la liberación inmediata.

Con infinitas precauciones siguió avanzando en dirección a la montaña que alzaba al cielo su mole blanca. El camino rojo y accidentado cruzado por centenares de razgos de ruedas, y pisadas de caballos se extendía al otro lado de la pirca que se iba haciendo más baja a medida que se alejaba del pueblo.

Aguzó el oído Luceño, ya no se percibía ruido alguno.

—Han perdido el rumbo,—pensó. Naturalmente comprendió que lo seguirían para la montaña; pero creyó que le darían tiempo para ocultarse bien.

Tomó pues el camino, y corrió desesperadamente bajo el sol cenital que caldeaba como un infierno.

Corría jadeante, corría con un esfuerzo y una voluntad desconocidas, iba a la libertad!

Cortando campo se iba acercando a su objetivo, iba deshecho por el esfuerzo, jirones de su ropa habían quedado en los sitios espinosos, sus energías iban quedando también en la senda; pero su ansia de escapar lo sostenía.

Cansado por el sostenido esfuerzo de hora y media de insensato correr, se sentó a descansar bajo la fronda de unos litres: desde allí dominaba todos los caminos que conducían a la montaña, pudo orientarse con precisión y escoger el mejor camino. Estaba sobre una colina de suave pendiente, a sus pies un valle que se recostaba en la montaña, y hacia el norte la iniciación montañosa de la sierra.

No se dió cuenta de la marcha del tiempo, su pensamiento era una caja sonora, hasta había olvidado el peligro. Ya no persistía el temblor de sus piernas ni el calor de brasa de su garganta reseca.

De repente lo volvió a la realidad el estruendo lejano del galope de sus perseguidores. Se levantó y echó a través de la colina con el objeto de ganar la montaña.

Bajó por una pendiente sembrada de alfalfa donde habían muchas vacas, temió encontrarse con algún peón que diría su dirección a sus perseguidores; pero no encontró a nadie. El viento del mediodía hacía olear el pasto, las vacas lo miraban fijamente. La montaña se aproximaba, ya estaba fuera del alfalfal, entre un monte de quillayes, entre dos caminos por uno de los cuales avanzaba la cabalgata.

Sintiéndose en eminente peligro, corrió desesperado, los jinetes venían ya muy cerca, el camino luminoso lo delataría. lo verían desde lejos, pero debía pasarlo, reunió todas sus fuerzas y se lanzó en una carrera desenfrenada.

—¡Allí va!

Lo oyó con entera claridad. Luego varios disparos rompieron el silencio de la hora.

Comprendió que no alcanzaría a ganar la montaña. Ahora estaba en una colina, enteramente cubierta de matorrales, entre los que había zarzales, mollacas o quilos, trevales espinosos, talhuenes, romeros y otros arbustos de intensa fronda.

Corría Luceño desgarrándose el traje y la carne por entre los compactos matorrales, seguían acercándose los jinetes y los disparos lo cercaban, cuando se encontró ante una gran mancha de trevos rodeada de un inmenso coironal. Se deslizó como pudo y atravesando por entre sus espinas logró llegar al centro de la mancha. Una guarida de zorros le permitió ocultarse bajo la tierra. Por un momento sólo oyó un ruido interior, un silencio que le pareció muy prolongado.

La cabalgata que llegó hasta la colina de los matorrales, las voces que descurrían penetraron en sus oídos con una infinita crueldad.

—¡Pie a tierra!—oyó decir a Jerez.—No puede haber llegao a la montaña; ha de estar entre estos renuevos.

Se desmontaron todos. Uno de los oficiales santiaguinos, preguntó:

—Pero usted, señor Jerez, ¿está seguro de que este hombre ha cometido ese crimen?

—Hay testigos, tengo detenido los cómplices. Además dicen que este gallo es muy malito. Busquémoslo, matorral, por matorral, hasta que lo hallemos.

—Pero es que son tantos los matorrales que tendremos que estar aquí una semana y el pueblo estará desguarnecido,—dijo Urra.

—Entonces tirémosle balazos a todos los matorrales que puedan ocultar un hombre. Y luego los saltaremos de a caballo.

Aceptada la idea, empezó el tiroteo.

—Listos niños, en el matorral que se mueva, allí está. En todo caso, sargento Urra, catéelo en la quebrá y en el canal.

La caza seguía, tenaz, escrupulosa. Pareció oirse un gemido.

—Ya le dimos, escuchen.

Pero no se oyó nada más.

Un matorral se movió entonces.

—Listos, dijo Jerez, allí está. Se acercaron para rodearlo. Una manada de conejos escapó velozmente. Jerez notó que el cerro estaba horadado por esos roedores.

Se acercaron a la mancha donde Luceño se ocultaba, ya le habían dado de tiros.

—Por aquí el pasto está caído, cortémole el rastro, altiro.— Y siguió las huellas, orillando el treval donde se ocultaba Luceño.

—Sí por ahí pasó el sargento, dijo alguien.

—De veras, pues.

El corazón de Luceño se destrozaba en las paredes del pecho, ya una bala le había herido levemente un hombro, ahora lo buscaban en el mismo sitio donde se encontraba. Quiso sacar su revólver para defenderse, pero comprendió que su salvación dependía de su inmovilidad. Sin embargo, también era verdad que si lo descubrían lo matarían como a un perro.

Muchos disparos horadaron el matorral afortunadamente sin herirlo de gravedad.

La vida pareció reconcentrar siglos de espera en el cerebro de Luceño, cuya desesperación lo enloquecía. Quería salir a pelear, quería que lo mataran. Ya todo concepto sólido había desaparecido de él. Estaba desgajado, fragmentado, sentía su pensamiento agujereado; la locura galopaba a su encuentro

—A caballo!—oyó que decían.

Y en seguida se dió cuenta de la tarea que emprendían. Se llegaron al matorral donde el se ocultaba y trataron de saltarlo, un caballo lo salvó de un brinco, otro alcanzó sólo a la mitad, y se quedó encrustado en las espinas, vió abrirse Luceño la fronda; un rayo de sol lo hirió en el rostro, el peligro era extremado.

—Los caballos están cansados,—opinó Urra.—Mejor es que no saltemos las matas.

—Pero el badulaque se va a escapar.

—Habrá llegado a la montaña y estará en las cuevas de la quebrá.

—Ahí se lo vàn a comer los liones.

Montaron a caballo todos y se alejaron.

Luceño respiró.

Ensangrentado, manchado con tierra y lodo estaba inconocible.

Se arrastró de nuevo por entre las espinas y trató de orientarse para dirigirse al agua.

En ese momento le pareció oír otra vez ruidos de cascos. Efectivamente, Jerez, acostumbrado a las trampas de las persecuciones había vuelto de nuevo con el fin de sorprender a su víctima.

Luceño corrió hacia su escondite, dejando jirones de su traje en las espinas; sin tiempo para tomar precauciones, se incrustó como pudo entre las espinas, de cara hacia el claro del matorral, y empuñando en sus manos el revólver con seis tiros. Los perseguidores, como ya lo habían hecho antes abrumaron a tiros los matorrales y los saltaron de a caballo.

Mil veces estuvieron a punto de descubrirlo. Destrozaba el corazón de Luceño una angustia enorme, de nuevo los deseos de luchar lo atormentaban ferozmente; la noción de la vida se le iba borrando poco a poco, estaba olvidado hasta de su cuerpo, otra herida aumentó su angustia y su dolor físico; ya no pudo más, las emociones y la pérdida de sangre lo postraron y lo sumieron en un raro sopor. Ya los tiros le parecieron algo completamente inofensivo; luego su sueño se hizo más profundo, más reparador.

Uno de los perseguidores propuso entonces quemar los matorrales, Jerez aceptó el procedimiento; pero después se dió cuenta

de que la fuerte brisa del sur comunicaría el fuego hasta la valiosa montaña cercana.

Cuando se alejaron, Luceño dormía sobresaltado por la emoción febril que hacía de su sueño una continuación del episodio vivido.

Cuando despertó ya lucían las estrellas y el monte se había llenado de rumores. El croar de los sapos y coigüillas se alineaba, rodeando el horizonte, los gua! gua! de los zorros, el canto irónico del chucho,y el sonido del agua penetraron en su cuerpo extenuado, comunicándole nueva esperanza.

Tenía una sed espantosa; sabiendo que a esas horas solía venir al bebedero el puna, se arrastró hasta allí. ¡Qué le importaban las fieras de presa!, ninguna sería tan terrible como sus perseguidores.

Calmada su sed, comprendió que los policías volverían y trató de alejarse. No pudo andar mucho porque estaba muerto de hambre, estenuado por la pérdida de sangre y por la zarpada que le había asestado el destino. Rendido se dejó caer junto al camino al lado de una grandes piedras y logró conciliar de nuevo el sueño, que ahora fué más tranquilo , más restaurador.

MARIQUITA, LA BUENAMOZA

—Padre yo'stoy montá ya,—grító Mariquita al viejo Joaquín, Juaco, como le decían los montañeses.

—Esperaté, malasa,—respondió el viejo,—déjame ponerme las cabras.

Y mientras hablaba se ponía unas grandes botas o polainas-calzón de piel de cabra, peludas, que le protegían las piernas cuando montaba a caballo.

Luego colocó un saco sobre el anca de su caballo oscuro, cuidó de que las prevenciones fueran las más grandes, revisó cuidadosamente las cinchas de las monturas, se percató de que su revólver tuviera balas, dió algún encargo a Andrés, el personero, espantó a Pirulí, el perro, montó a caballo y fué a unirse a su hija que lo esperaba bajo el maitén.

—Tengo hartas ganas de ir al pueblo,—dijo Mariquita,—ya no me quea vestío, y tengo que comprar otro sombrero de paja y zapatos y...

—Bueno, bueno, te diré que pa comprar toa la ciudá, no tengo plata.

Habían salido al camino, avanzaban dentro del oro pálido rojizo de la aurora por entre los setos y renovales en dirección al camino público que orillaba la cuesta alta y perforaba la montaña. La frescura del aire y el concierto de los pájaros les llenaban por completo la vida, les borraban las palabras.

Seguían bajando silenciosos, el horizonte se iluminaba con la proximidad del sol; llegaron al camino pedregoso y se hundieron entre los grandes muros que se alzaban a un centenar de metros de altura por el lado de la montaña corriendo sobre el valle policromado como una alfombra gigantesca tendida sobre la tierra.

—Oyó, padre, ayer tarde un tiroteo?

—Sí; y me llamó la atención. ¿Qué sería?

El sol había salido y los jinetes proyectaban unas sombras enormes, el valle brillaba, las gotas de rocío multiplicaban millares de veces el sol.

El caballo de paso, de Mariquita, que era muy marchador, olfateó algo, y movió inquieto las narices.

Mariquita miró hacia el suelo y pudo ver a cuarenta pasos el cuerpo inanimado de Manuel Luceño.

—Padre, allí hay un muerto.

Picó espuelas Juaco y se desmontó junto a Luceño.

—Está vivo, niña. Tiene buena presencia. Tal vez lo habrán asaltao los bandíos.

Mariquita se bajó también. Juaco le dió un poco de aguardiente mientras la niña le mojaba la frente con rocío.

Luceño abrió los ojos y miró sorprendido. Su primer impulso fué huir; pero cuando se dió cuenta de que lo miraban pupilas femeninas y que una sonrisa de amistad lo iluminaba, trató también de sonreir para corresponder. Estaba muy débil; pero ayudado por Juaco pudo ponerse de pie.

—¿Qué le pasó amistá?

—Ayer me tiraron muchos balazos.

—¿Quiénes? ¿Los bandíos?
—No; la policía. Me andan siguiendo.
—¿Por qué?
—Por ná, malo; por picacena.
—Cuénteme amigo, yo conozco mucho la vía.
Y Luceño refirió circunstanciadamente su historia tan aventurera. Mariquita sentía traspasados de una extraña emoción sus hermosos 16 años.
—¿Y qué va a hacer agora?
—Hey pensao arrancarla pa la montaña.
—Pero si no conoce a naide se va a morir de hambre.
—¿Por qué no lo llevamos pa la casa y allí lo escondimos?
—Si vos queris... si el amigo tiene confianza.
Le alargó un trozo de charqui de buey, y lo ayudó a subir a las ancas del caballo. Mariquita no tenía ya ganas de ir hasta la ciudad.
Volvieron hasta la choza de Juaco, perdida entre las montañas y lo colocaron entre las dos quinchas que poseía la rancha del montañez.
Era una rancha de palos verticales embarrada prolijamente; pero en la parte posterior tenía dos quinchas perfectamente embarradas, y entre las que quedaba un espacio capaz de contener el cuerpo de una persona. Allí fué introducido Luceño después de haber sido sometido a una prolija curación y a un buen desayuno, la abertura practicada en la quincha fué disimulada con los sacos llenos de mantención que no cabían en el soberado.
Al medio día los hombres de Ño Jerez se detuvieron ante el rancho de Juaco que hacía yugos de lingue bajo la ramada.
—Oiga, eñor, no ha llegao por aquí ningún bandido...
Dieron las señas de Luceño, Joaquín dió muestras de vivo terror.
—¿Qué dice, señor? ¿andan bandíos por aquí?, no lo permita Dios.
—Andan, buen hombre, dijo Urra.
—A mí me parece que vos sois de los mesmos «trais tabaco» y te 'stay haciendo el de las monjas. Sargento Urra, allánele la casa.

—¿Por qué van a allanar la casa, gritó indignada Mariquita, qué les tienen algo robao?

—¡Qué linda la chiquilla, por la cache l'espá!, dijo Jerez y agregó:

—Esta preciosura es suya?

—Sí, señor, es l'único que tengo pa que me acompañe en la vejez que vendrá luego.

—Oiga m'hijita, que le diera porque me hallara buenmozo

Urra entre tanto había registrado a conciencia la casa.

—Aquí no hay na, mi comandante.

—¿Quieren servirse un traguito?,—ofreció Joaquín.

—Con mucho gusto.

Bebieron sendas copas del «seco» del sur y después de echarle algunos piropos a la niña se marcharon.

—Oyó, padre, dicen que mató a ño Amador, el despachero, ¿será cierto?

—Mire m'hija, ese roto es harto hombre, pero le diré ques más honrao que el padre nuestro.

—¿Lo sacamos?

—No; pueden volver los soldaos.

Y mientras Joaquín seguía sus labores, Mariquita tocaba y cantaba en la guitarra, hondas canciones de amor con toda el ansia de los pobres que por sufrir no tienen ni siquiera tiempo para gustar el amor.

Luceño, descansando, lleno de gratitud, sentía bullir en su alma una vida que desconocía.

LOS BANDIDOS DE LA SIERRA

Pasaron varios días de sociego en que Luceño, cuidado cariñosamente de sus heridas y de su depresión, comenzó a creer de nuevo en la vida.

Tenía sí, rachas de tristeza y en aquellos momentos alzaba su protesta y se disponía a ejercer la más terrible venganza en todos aquellos que le habían impedido ser feliz.

Mariquita, la buenamoza le escuchaba con atención respetuosa y le demostraba honda simpatía, Luceño por otra parte,

veía despierto y en sueños la faz morena fina y los ojos pardos y las trenzas que adornaban a la niña. Veía sus formas plenas y se deleitaba en su sonrisa tan prometedora.

—Lo mejor es, Manuelito, le dijo un día Mariquita, que ya que no lo siguen, se deje usté de pensar en venganzas y se vaya pa otra parte onde se haga una situación y pueda aspirar a más, ese es el pensamiento de mi padre que sabe mucho de la vida.

—Tiene razón su padre; pero...

—Pero... ¿qué?

—Es que me tendría que ir de estos laos y no la vería más a usté.

—Es que nosotros nos vamos a ir a las líneas del sur; mi padre es cabo de cuadrilla...

—Me iría con ustedes? Muy bien, al lado suyo iría al fin del mundo.

Ni una palabra de amor, ni una caricia furtiva, ni una insinuación y sin embargo, nunca se vió una pareja más unida.

Luceño ayudaba en sus labores a Juaco, y en los crepúsculos subía a la montaña con su «chicuela» que no podía estar sin él. Joaquín contemplaba con orgullo la pareja y no dudaba ya que su hija sería feliz.

Una tarde que contaban mutuas aventuras acaecidas en los pesados trabajos en que habían actuado, se detuvieron frente a la rancha tres jinetes.

Sin desmontarse dijo uno:

—¿No tendrían aquí algo que vendernos?, vamos en dirección a la sierra y no tenemos provisiones.

Hospitalario el viejo Joaquín, como todos los chilenos, repuso.

—Han llegao a tiempo. Lo mejor es que se bajen y coman con nosotros; y después les feriaremos con algunas gallinitas, algo de vino y algo de charqui.

—Eso es hablar, dijo uno de los jinetes.

Se bajaron y pasaron a la ramada.

Luceño se fijó en la envergadura de los recién venidos, elegantemente chapeados, armados extraordinariamente, y las miradas que salían de entre surcos de arrugas, fieras y recelosas.

Se sentaron. El más joven habló.

—No se extrañen que vayamos tan armados; es que en la montaña suelen haber bandidos.

Luceño, sonrió y todos callaron. Más tarde, Joaquín, que había ofrecido un trago y cigarros preguntó:

—Si no es indiscreción, pueden decirme pa onde se dirijen?

—Vamos pa l'otro lao, respondió el más viejo de los visitantes que llevaba la frente atada con un pañuelo y el sombrero echado a los ojos que eran muy repulsivos. Una grieta producida por una herida le cruzaba la mejilla, y este detalle lo hacía siniestro.

—¿Y por qué eligió este camino tan malo?; pudo irse orillando la puntilla.

—A nosotros nos gusta así.

Se siguió un largo silencio en que los recién venidos cambiaron imperceptibles miradas de inteligencia. De pronto razgó el silencio una hermosa voz de mujer que cantaba una copla popular.

—¡Qué linda voz! — dijo el más joven; uno de ellos no había desplegado los labios.

—¿Qué te parece, marucho?, — le preguntó el joven.

—Ta bien. Las mujeres tan bien.

—¿Es de por aquí cerca esa niña?

—Es hija mía,—explicó Joaquín. Luceño tuvo una mirada que dió a entender a los visitantes su sentir hacia la niña.

La voz avanzaba, ya se podían oír las frases de pasión de la tonada. El joven se levantó.

—Yo voy a encontrar a ese encanto.

—No se apure, señor cura, — dijo el viejo.

Pero el cura se había puesto en camino.

Luceño también se había levantado.

—¡Amistá!, —le gritó con serena autoridad.

Se volvió el cura.

—¿Qué le duele?

—Le ruego que se venga a sentar a onde estaba.

—Y si no quiero.

—Esa es cuenta suya.

Todas las miradas se clavaron en Luceño que de pie, serenamente recortaba su alta estatura sobre el cielo puro.

La sorpresa detuvo al cura que luego lanzó una sonora carcajada.

—A mi, patrón, cuando me gusta algo lo tomo y a esta niña que se me ocurre que es muy linda la voy a tomar.

Luceño se acercó tranquilamente hacia el joven y lo tomó de los brazos y levantándolo lo condujo hasta su asiento.

—Cuando Manuel Luceño ha querido algo, siempre se le ha obedecío.

Los acompañantes del cura se pusieron de pie.

Mariquita que llegaba en ese momento se detuvo cortada por la sorpresa.

También se había levantado Joaquín.

—Buenas tardes.

Pero nadie le contestó. La situación era cortante como una daga y se prolongaba indefinidamente.

El más viejo dijo entonces.

—Parece mentira que estas cosas pasen entre hombres guapos. El cura es así muy ligero de genio; pero estoy seguro de que está arrepentido de lo que ha hecho.

Evidentemente querían desviar la cuestión y volver por sorpresa cuando fuera ya de noche.

Luceño habló:

—Es en vano que traten de ocultar sus personalidades, ustedes no son de los trigos limpios. Si como hombres pasan aquí a pedir ayuda, tendrán, en el peligro hasta nuestras vías; pero por las malas, cuchillo contra cuchillo, bala contra bala.

El joven se había repuesto.

—Yo hablo una sola vez. Me gusta esa niña y se va a ir conmigo.

—¡Yo no me voy con nadie! — gritó Mariquita.

—¡Conmigo!

El joven se levantó.

De un violento puñetazo, Luceño lo tumbó, haciéndolo lo mismo con otro que quiso sujetarlo.

El tercer bandido los encañonó con su revólver; pero en ese momento llegó a la escena un cuarto personaje.

—¡Qué pasa aquí! ¡Güena cosa oh! los mandan a buscar provisiones y se vienen a portar mal.

—Es que este perro me ha ofendido, dijo el cura, y tengo que matarlo.

—Difícil va a ser, no sois vos, Luceño el de los canales del norte.

—Soy yo, ño Ramón, yo soy Luceño.

—¿Este es el campeón del cuchillo? Pues conmigo se la va a entender,—gritó el cura exasperado, ya resuelto a desobedecer a su jefe.

—Mira, cura, yo no quiero que vos matis a Luceño, ni quiero que éste te mate a vos. Yo no hey conocío en mi vía un hombre más valiente que vos ni otro que lo sea tanto como Luceño. Me dolería mucho tener que pegarte un tiro pa sosegarte.

En ese momento se fijó en la niña.

—¡Ah! ya me doy cuenta, es por ella que quieren peliar esos liones. Cuando hay de por medio el amor no cabe más que la muerte.

Los rivales estaban en parada, la pelea iba a ser a corvo, cuyos movimientos son de una elegancia enorme puesto que son todos curvos. Luceño puso su sombrero en el barajo y el otro su chaqueta y empezó el duelo. Los hombres nimbados por el oro sangriento del crepúsculo parecían apuntes de tragedia.

Luceño poseía más fuerzas, más destreza y más alcance de brazos, pero el otro era cruel y rápido.

Los primeros quites, los barajaron en sus escudos; pero luego prescindieron de ellos y empezaron a atacarse furiosamente barajándose en los cuchillos.

—Un momento,—dijo el nombrado ño Ramón. Esta pelea no es a muerte, ganará el primero que corte.

—Otro momento, dijo entonces Joaquín:

El Cabo Joaquín Cabello si gana el cura peleará a muerte con él defendiendo su hija y su mejor amigo.

—¡Joaquín Cabello!, ¡el cabo Cabello!...

Pero si yo lo conozco. Fuimos compañeros en las canteras antes que yo tuviera que salir al camino. Ya, pára esa pelea. Esa niña debemos defenderla entre todos, es hija y novia de dos hombres que no caben en el mundo.

El cura fatigado depuso las armas y acercándose a Luceño le dijo:

—Será otro día.
—Cuando quiera.
Mariquita abrazaba ya sin recato a su novio que lo fué desde ese momento.
Una hora más tarde resplandecía la alegría en la rancha y las canciones de amor cubrían de romances la selva. (1)



---

(1) El número 2 de la «Novela Policial» seguirá con otra nueva aventura de «Manuel Luceño» y se intitulará «La sinfonía del cuchillo».

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas............ $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas..................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos......................... 6.—
Senén Palacios.—Hogar Chileno, novela.............................. 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos............................ 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela........................ 6.—
Sus mejores poemas.................. 6.—
Golondrina de Invierno, novela.. 5.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas........................... 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías............... 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifí, novela.. 6.—
Los figurones, novela............... 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.................................. 6.—
Las montañas ardientes............ 2.50
La música que pasa.................. 2.50
Los horizontes......................... 4.—
La luna enemiga...................... 3.—
Un año de Inquietud .... 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.................................. 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela............................ 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos .... 6.—
Zurzulita, novela...................... 6.—
Ully, cuentos............................ 5.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela.................................... 6.—
Robles Blume y Cía., novela...... 6.—
La Hechizada, novela............... 5.—
Samuel A. Lillo.—Bajo la Cruz del Sur, poemas........................... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo...... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas..................................... 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición............ 6.-
Amado Nervo.—Sus mejores poemas...................................... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz biografía crítica y cartas inéditas.. 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi.. 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.................................... 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud..................................... 7.50
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela......................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la ópera, novela......................... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela.................................... 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino........................ 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela.............................. 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela.................................... 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho........................... 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pérez Escrich.—El cura de la aldea. (Resumen de esta novela adaptada al cine con el título de Hijos sin nombres)................. 0.40
Víctor Hugo, Schiller y J. Benavente.—Cartas de amor............. 4.50
Trilussa.—Poesías.—Traducción de las mejores fábulas.............. 4.50
Hernández.—Martín Fierro............ 5.—
Eduardo Rod. — Vida privada de Miguel Tessier......................... 6.—

Printed in Chile

N.º 2

La Novela Policial

PRECIO: $ 0.50

"LA SINFONIA DEL CUCHILLO"

2.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. Acevedo Hernández



IMPRENTA NASCIMENTO

1927

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :: CONCEPCIÓN, Colo-Colo 419

Año I — Santiago, Diciembre de 1927 — N.º 2

"La Sinfonía del Cuchillo"

2.° episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNÁNDEZ

EL CURA

—Mire, ño Ramón, le diré que no tengo ganas de ir a Santiago; las mujeres y el vino pueden quedar tranquilos.

—Pero es que me encuentro muy apitiguao, muy no sé cómo, y creo que podría ir a echar una cana al aire.

El Marucho, bandido que tenía un aspecto siniestro y una gran cicatriz en la cara dijo:

—El cura se ha puesto tristón, ende la cuestión que tuvo con ese tal Manuel Luceño. (1)

—No lo creas, hombre; eso no tuvo importancia. Aunque, la verdad, si no se mete ño Ramón en las misas, alguno había quedado con la guata al sol.

—Lo cierto es que la chiquilla lo vale—dijo el Marucho.

—Luceño es, te lo repito, un hombre muy completo, es mejor tenerlo como amigo.

---

(1) Véase el N.º 1 de esta Biblioteca intitulado «Manuel Luceño»

—Yo no necesito amigos—repuso el Cura, secamente.

En ese momento rasgaron la espesura varios silbidos.

—Vienen los niños—habló ño Ramón—vamos a encontrarlos.

Se levantaron los tres y abandonaron su caverna cordillerana, iluminada débilmente, por la luz amarilla de algunas velas, y cuyo fondo negro daba una impresión lúgubre. Sorteando los breñales y los peñazcos salieron en dirección al camino; la montaña era una mancha inmensa de sombra que parecía dormir bajo las estrellas.

Nuevos silbidos resonaron, más cercanos ahora; ño Ramón los contestó y luego todos los compañeros se encontraron reunidos.

Los recién venidos eran cinco y traían varios paquetes, y uno de ellos, apodado el Pato por su corta estatura, conducía a la espalda una guitarra.

—Los falta la mujer—dijo.—Traímos vinito y canciones y causeo. Cantemos y comamos hoy, que mañana... Dios dirá.

—¿Y cómo anduvo el bolo?—preguntó ño Ramón.

—Poca cosa—dijo un bandido viejo de más de cincuenta años—poca cosa, traímos cosa de mil pesos y algunos comistrajos.

—¿La policía no se ha metío en ná?

—No, eñor, si no habimos saltiao a nadie, hallamos la casa sola, la gente habia éido a las carreras, entramos y sacamos too lo que se los ocurrió y partimos en distintas direcciones pa despistar a la policía; los caballos están en el bajo en poder del guacho Membrillo. A ese le dimos cien pesos y queó de darnos unos buenos derroteros.

Mientras hablaban habían llegado a la gruta, que era un espacioso y seguro refugio. Entraron, encendieron unas velas y procedieron a comer.

—A ver la guitarra—dijo el Cura, algo animado por la virtud del vino.

La examinó, tocó unos acordes y dijo:

—Yo cantaba algo antes. Pero hace mucho tiempo que no lo hago.

—¿Y por qué no cantay ahora?—apuntó ño Ramón—toos te lo agradeceríamos mucho.

—Es que me trae amargos recuerdos.

El Cura se entristeció, y durante largos segundos estuvo con la frente inclinada.

Sobre su vida se había marcado un eclipse.

—Toos habimos tenío nuestras penas—dijo el bandido viejo, que era alto y robusto y tenía una barba gris algo enmarañada y una cabellera casi blanca.

—Pero hay que sobreponerse, agregó. ¿Qué sería de nosotros si nos hicieran llorar los recuerdos?

—Tiene razón—dijo el Cura, tomando la guitarra.—Ustedes me han querido siempre, pero no han dejado jamás de tenerme desconfianza. Todos saben que yo vine hacia ustedes por un sentimiento de odio muy grande hacia la gente. Los he horrorizado cuando he apuñaleado a alguien.

Hizo una pausa; su fisonomía estaba iluminada de un fulgor trágico.

—Nadie de ustedes—prosiguió—se ha dado cuenta jamás del placer de matar. Yo los he visto cuando les toca despachar a alguien, pálidos y temblorosos...

—Es que no se pueen matar así como así los cristianos.

—A veces la muerte es un consuelo. Yo les voy a contar un episodio de la hermosa vida del bandido de caballería Belarmino Mendoza, que era valiente, alegre y generoso.

—Yo lo conocí—dijo el viejo—así como a ño Pedrito Valdés, que es el hombre más simpático que hey conocío.

—Bueno; Mendoza con sus compañeros iba de Collipulli a la montaña cuando se encontró en el camino, distante del pueblo, a un viejito, bien viejito, arrugadito, tembloroso.—¿Pa onde va abuelito?—Pa Collipulli, señor.—¿Tiene familia en Collipulli?—No, señor; soy solo en el mundo.—Y entonce, ¿a qué va al pueblo?—A ver si me dan trabajo.—No vaya, abuelito; yo le daré un consejo: váyase al cielo, mejor. ¿No es cierto que

usted ha sido un hombre bueno?—Sí, señor, nunca le hey tomao un cobre a nadie, y hey trabajado toda la vida y trabajaré hasta que muera en la demanda.—No le digo, usted tiene derecho a descansar y a ganar el cielo, y el cielo se lo voy a dar yo. Yo que soy muy malo, quiero hacer una obra de misericordia. El viejito lo miró con asombro. Mendoza tomó su revólver y le dió un tiro en el pecho. Así terminó sus penas el buen viejo que no había encontrado sino dolor en la vida.

Callaron los bandidos, estremecidos por el relato. Ño Ramón dijo:

—Es triste la cosa; pero estuvo bien.

—¿Cuál es la historia que iba a contar usted, ño Juan Parra?—preguntó el Cura al bandido más viejo.

—Ño Pedrito Valdés—habló ño Juan—era de buena familia, de las mejores de la capital, no sé por qué se extravió y fué a dar al ferrocarril. De esto hacen más de treinta y cinco años; pero lo estoy viendo, tan derechito, rosado como una manzanita, de los ojos azules, enteramente azules, de muy buena conversación y buen cantor. En aquel tiempo los jueces eran más malos que ño Jerez, este pobre hombre los apalea a los rotos y los echa al agua; en ese tiempo, le colgaban a uno, sacos de a cien kilos de los pies y lo suspendían del deo grande de una viga. Y como si esos tormentos hubieran sido pocos, tuavía falsificaban a Dios.

Llevaron preso a ño Pedrito por un robo que él seguramente no hizo, lo llamaron a declarar. Le dijo el juez:

—¿Vos te robaste las alhajas?

—Yo soy un hombre trabajador, no un ladrón, ni un juez malo como tú. Era muy «político» ño Pedrito, tenía muy buena educación. El juez, viéndolo tan bien hablao, se sorprendió, y después de mucho hablar le dijo que tenía pruebas concretas en su contra.

—A ver las pruebas; lárguelas.

El juez lo llevó a otra sala donde había un Cristo grande de bulto; este Cristo tenía un resorte que llegaba hasta la silla

donde el juez se sentaba; éste oportunamente lo pisaba y el Cristo movía la cabeza como diciendo «sí».

—Cuando ño Pedrito estuvo frente al Crtsto, se sonrió, y mirando al juez, le dijo:

—Qué pillería queres hacer conmigo, trampa lauchera. No me hagas nada malo, porque te juro por mi nombre, muy honrado, que te degollaré como un perro.

El juez estaba molesto.

—¿Por qué niegas tu participación en ese robo de alhajas? Vas a ver que Dios nos responderá diciendo la verdad. Luego, dirigiéndose al Cristo, con una gran solemnidad le preguntó: —¿No es verdad nuestro Señor Jesucristo, que este hombre robó las alhajas? Ño Pedrito miró al Cristo y se acercó a él. El juez oprimió el resorte y el Cristo movió la cabeza diciendo «sí». El juez se volvió entonces a ño Pedrito y le dijo: Y ahora qué tienes que decir. Te acusa Dios. Ño Pedrito lo miró con un gran desprecio y le respondió:

—¡Facineroso! eres más bandido que todos los bandidos del mundo, por que no temes cometer sacrilegio.

—El Cristo dice la verdad—gritó el juez.

—Mientes tú y miente tu Dios también—gritó exasperado ño Pedrito, y rápidamente saltó sobre el Cristo y le arrancó la cabeza, demostrando así la «maula» del juez.

—Muy bonito—dijeron todos. Esos son hombres.

—¿Y en qué paró?... —dijo ño Ramón.

—No lo sé,—contestó Juan;—pero lo que sé es que encontraron meses después al juez degollado en su propia casa:

—Y ya que viene de historias—repuso ño Ramón, que era el jefe de la partida,—quisiera rogarle al Cura, nuestro querido Eduardo Salazar, que nos contara su historia.

—Qué la cuente, que la cuente, el cura es un hombre muy completo!

—Poca historia tengo yo; soy muy joven.

—Yo recuerdo cuando llegó hasta mí. Estábamos acampaos en la cueva de los Pincheiras cerca de Chillán.

—Señor—me dijo—una fatalidad me ha obligado a hacer

dos muertes. La justicia me perseguía, pero logré despistarla y quisiera que me diera acogida a su lado. De usté sé una sola cosa, que es hombre y que pelea por venganza.

—Y si no te admitiera.

—Me mataría—contestó.

—Yo, al ver su resolución serena, no dudé un minuto más; miré mi gente y en todos ví la aceptación; lo examiné a conciencia y le dije:

—Después de prestar el juramento quedarás incorporao a la cuadrilla.

Arrebató el cura emocionado:

—Y el juramento era: «Por mi corazón que reconozco ser de hombre, por mi sangre que vale más que el oro, por la fatalidad de mi destino, juro ser fiel a mis compañeros, ser valiente hasta la temeridad cuando sea necesario, y condenarme a muerte cuando la traición se atraviese en mi camino».

El momento era solemne, los bandidos callaron. El Marucho sirvió una corrida de vino, y de la bolsa de cuero de coipo de ño Ramón, salió el tabaco que hacía falta para perfumar los recuerdos, que eran tan sombríos como la noche.

El cura tomó la palabra con su voz de hermoso timbre. Era alto y fino; su figura era casi femenina, tenía los ojos glaucos, dorada la cabellera, el óvalo de la cara perfecto y el labio plegado en un gesto de desengaño y de disgusto.

—Fué una cosa bien curiosa. Todos saben que yo era seminarista, en un año más habría cantado misa. Es en realidad amargo esto, pero he jurado lealtad. Yo tenía una hermana muy linda, Graciela y poseía también un amigo al que quería más que a mi vida. Ya no tengo confianza en los amigos.

Hizo una pausa y del pecho sacó un hermoso puñal.

Ven esta joya, dicen que perteneció no sé a que Cardena de la Corte de Italia, es un arma de mala suerte, dicen que el que la posea será malvado. A mí me la dió una mujer... las mujeres lo dan todo y en cambio nos quitan la vida.

Todos examinaron el hermoso puñal de acero toledano y mango damasquinado.

—Yo acepté ese puñal sonriendo. ¡Ah, yo quise y quiero mucho a esa mujer. ¿Quién se atreve a acompañarme a verla en Santiago? ¿quién se atreve, por amor, a afrontar los ojos de la policía?

—Yo—dijo Abel,—un muchacho moreno que no había hablado.

—Juntos iremos a ver a Elisabeth, es una francesa que vale más que el mundo entero. He prometido matarla con su propio puñal.

—Es un gallo este cura—murmuró ño Ramón.

Un nuevo vaso de vino puso más fluidez en la conversación.

—Mi amigo también era seminarista, juntos íbamos a oficiar sobre el altar. Pasaba las tardes doradas de las vacaciones en compañía de mi hermana; yo ví en una ocasión fuego de amor en sus pupilas y le dije: —Veo que quieres a mi hermana, yo sería el ser más feliz si un hombre como tú la llevara al altar. Deja los estudios y cásate con ella.

Me miró sorprendido y me juró que en sus miradas ni en sus pensamientos había amor. Yo era un estudiante profano, veía con frecuencia a Elisabeth, que entonces actuaba en Chillán y ésta me adoraba. Observé más a mi amigo, quise provocar una confidencia de mi hermana, pero todo fué inútil. Una tarde me sentí verdaderamente místico y corrí a hacer oración a un viejo templo que estaba situado a los pies del convento de San Francisco en Chillán. Entré y oí muchos suspiros; me dí cuenta que alguien poseía una mujer en el templo. Sentí que mi pelo se erizaba de horror ante el sacrilegio, avancé sigilosamente y en un rincón de la sacristía encontré a mi amigo y a mi hermana. Sentí una paralización instantánea de la vida, tomé mi puñal y cuando pude hacerlo me fuí hacia ellos, que estaban de pie mirándome aterrados. La luz de la tarde cubría como un velo sus rostros que parecían ruborosos.

—¡Era verdad!—grité.—¡Era verdad! y ahora...

—Ahora... tartamudeó mi amigo, ahora...

Y después, cínico despreciable, me dijo: —Son cosas de la vida.

—¡Cosas de la vida, fraile espúreo, amigo traidor!

—Tú nada debes decir, has andado en Santiago y ahora en Chillán con las más viles meretrices y si quieres obligarme a algo gritaré tu vida!

—Luego, no te casarás con mi hermana, no repararás la honra de mis padres que no merecen tener hijos como nosotros?

—No puedo comprometer mi carrera.

—Está bien, grité ya fuera de mí y me arrojé sobre él cosiéndolo a puñaladas.

Era en verdad fatal la joya del cardenal.

—Mi hermana—siguió cuando pudo sacar la voz—tan pronto se dió cuenta de la muerte de su amado, me miró horrorizada y alzando los brazos me gritó: ¡asesino!, pagarás tu crimen!

—Mi hermana no tenía honra ni instinto; era una mujer perdida, dijo como haciendo un paréntesis.

—Aún la veo—continuó—corriendo como loca, la cascada de oro de su cabellera bañando sus regias espaldas de mujer hermosa, y gritando enloquecida: ¡Mi hermano lo mató! ¡él es el asesino! ¡No es cierto que yo era su querida, no es cierto!

—Me asusté en el primer momento. Me pareció que todas las potestades del mundo se desencadenaban sobre mí, con un impulso desconocido corrí hacia ella y tomándola de la cabellera la doblé hacia atrás y le partí su pobre corazón de prostituta! El convento se había llenado de gente, las sombras crepusculares favorecieron mi fuga, me quité mi traje de seminarista y ganando el interior del convento de San Francisco huí por el subterráneo que comunica con el huerto que está al frente. Cuando fué de noche salté el muro y me encaminé hacia el campamento de ño Ramón, que ha sido como un padre para mí.

La impresión causada por el relato fué enorme. El cura, humildemente dirigiéndose a los compañeros suplicó:

—Compañeros, les ruego que no se rían de mí porque voy a llorar, soy un niño y aún el llanto me está permitido.

Eduardo, el Cura, lloró amargamente varios minutos, vació después varias copas de vino y luego, como quien pone una venda sobre sus heridas, cubrió con canciones la hora trágica de sus recuerdos.

AL CAMINO

El Ballena ha llegado penosamente hasta la sombra de unos sauces llorones que se inclinan sobre la linfa de una acequia bordeada de yerba buena y limpiaplata, y de cuyo fondo surge como una caricia la frescura del agua.

Los árboles primaverales presentan su pompa que tantos poemas ha arrancado; pero ninguno tiene nada que pueda servir de alimentación. El Ballena se ha inclinado y tomado, así como los bueyes, sorbiéndola, el agua. No tiene un cigarro en su bolsa, carece de todo recurso y tiene el cuerpo llagado por los castigos aplicados en la policía.

Le canta al oído como una cosa lejana el nombre de Manuel Luceño. ¡Qué diablos tenía él que ver con ese hombre!

No comprendía la insistencia de ño Jerez para obligarlo a confesar la participación de Luceño en el salteo del Bajo.

Aquella mañana, ño Jerez, después de recias amenazas, lo había puesto en libertad.

—Te saliste con la tuya de no confesar. Presidiario viejo, parecís; tenís güen cartón; pero ya te lo ablandaré cuando te pille en otra.

El Ballena lo miró sorprendido, embobado, en realidad no comprendía que se le hubiera detenido por una complicidad que a él no le correspondía. Tímidamente dijo:

—Ño Jerez, cómo lo convenciera de que yo no sé na de ese salteo, yo no hey visto a Luceño, usté me pegó na más que porque es hombre harto malo. Sígame pegando, cómame si le da la gana; y tenga la seguridad de que es injusto.

—Injusto... si sabré yo lo que hago. Por causa tuya se escapó Luceño. Debís de tener cuidado y mandarte cambiar lejos

de estas tierras, porque si yo te merezco pillar te sale el «jutre». Vas a ver.

—Me sale el jutre... Sonrió el Ballena, dolorosamente, y luego, arrastrando las palabras, dijo:

—Mire ño Jerez, le aconsejo que me haga matar; yo soy un roto harto repobre; pero hey sío hombre toa la vía. Agora me voy muy lastimao; los azotes que usté me hizo pegar me van a doler hasta después que me muera y no se los perdonaré renunquita! Y yo no amenazo de balde; esto lo va a ver usté.

Lanzó ño Jerez una carcajada que fué para el pobre roto como una cuchillada.

Se recogió sobre sí mismo; su figura era ruín y se hacía siniestra iluminada por la furia que ardía en sus pupilas. Estaba allí incapacitado hasta para hablar, cruzado por los surcos de los azotes; pero se sentía entero, capaz de blandir el cuchillo, capaz de vengarse!

—¿De moo, señor, que no podré trabajar en las chacras de por aquí de Tango?

—No, mi amigo; no querimos mañosos aquí. Y le diré que tomando en cuenta su amenaza, si lo vuelven a detener, lo voy a mandar a encaminar con el sargento Urra, así es que ráspela.

—¡Encaminar!

Bien sabía el Ballena el significado de esas «encaminadas». Acompañaban al reo y lo mandaban delante, luego le hacían fuego por la espalda y pasaban un parte en que demostraban que se habían visto obligados a disparar.

—Güeno, pues, patrón—repuso con sorna el Ballena, m'iré solo mejor. Pero me perdonará que me vaya despacito, porque su famoso «novillo» me ha dejao imposibilitao.

—Así soy yo con los rotos mañeros.

—Usté sabe lo que duele el «novillo». Daría mi vida por fletarle veinticinco a pantalón quitao.

—¡Qué es eso, Ballena! Si hablas una sola palabra más, te pongo al calabozo, y de allí no te sacará jamás ni José Arnero.

El Ballena salió a la calle arrastrándose penosamente; cuan-

do ya estuvo libre, miró hacia atrás; en sus ojos resplandecía un dolor y un ansia de justicia muy enormes.

Poco a poco, penosamente, fué marcando con su dolor su ruta. Todos los campesinos que le vieron le volvieron la espalda. ¡Hasta los campesinos, sus compañeros de faenas!

Tenía necesidad de encontrar a alguien, para decirle sus penas, quería justificarse, demostrar que era honrado, que no había tenido participación en el salteo del Bajo.

Atravesó el pueblo bajo un sol de fuego y ganó el camino de la sierra; no tenía ninguna idea fija; iba guiado por su instinto que lo obligaba a alejarse de los hombres.

Acostado al margen de la acequia, se sintió mejor, ya no se oían los rumores del pueblo. Sus intestinos crujian de hambre, se sentía muy debilitado. Alargó las manos y cogiendo romasas y ñilgües las comió con deleite; luego se arrastró hasta alcanzar la protección del ramaje de los renuevos, se durmió.

Cuando despertó avanzaba la tarde con su encanto eterno: cogió más yerbas y se dispuso a andar.

Estaba seguro que si alguna ronda de ño Jerez lo encontraba en el camino lo conduciría de nuevo a la barra.

Pensó en su situación, comprendió que su vida no tenía ninguna importancia: él era un pobre roto que se había sentido feliz cuando, ebrio de vino se había tendido a dormir en cualquier, parte olvidado de todo. En realidad, no había sido negocio su existencia. Ahora tenía un solo propósito: vengarse de ño Jerez y después... que lo mataran. Qué importaba!

¿Y cómo llevaría a cabo su venganza? Si se presentaba al pueblo lo detendrían y aprisionarían, ¿que era lo que tenía que hacer? Naturalmente salir al camino.

Salir al camino armado de armas de fuego y desbalijar al que pasara, matar a los que se resistieran y pelear como hombre con la policía y morir cuando le tocara. Pensó que ño Ramón a quien había conocido un día que hizo una ganancia a la baraja en la cantina de la Chirigua podría darle «trabajo» en su banda y proporcionarle la manera de vengarse de ño Jerez.

La voz de la campana de la tarde dejó caer sobre él su acompasada vibración, pronto la noche tendería sus linternas negras y avanzaría a su encuentro el misterio de las horas.

Caminó bajo las estrellas como un destino que se deslizara herido por el veneno de un gran dolor y fuese al encuentro de la muerte, llevándola en sus manos y temiendo recibirla de manos extrañas.

Ya nadie podría de allí en adelante torcer su resolución, los administradores y subdelegados lo tenían de «alce», es decir lo culpaban de muchas cosas que no había hecho y la gente había dejado de creer en su honradez.

LA SOMBRA DE LUCEÑO

Cuando en la Aldea se conoció la noticia del robo hecho a Ño Soto, el administrador del «Culenar», partió Ño Jerez a la cabeza de su tropa con el objeto de llevar a cabo la investigación.

Por el camino dijo a Urra.

—Tengo la seguridad de que el que ha robao es Luceño, veo que m'está haciendo burla. Pero algún día lo hemos de pescar.

Corrían los policiales por los caminos incendiados de sol, levantando nubes de polvo; al llegar al Culenar, les salió al encuentro Ño Soto.

—Fueron varios, eñor; les cortamos rastro altiro; pero le diré que son de profesión por que borraron la pista metiéndose al Mapocho y se nos perdieron.

—¿Y cuánto le robaron?

—Mil pesos en plata, varias especies que avalúo en otros mil y hasta la guitarra.

—¿Le robaron con violencia?

—No; encontraron la casa sola, robaron mientras andabamos en las carreras en Lonquén.

Descendieron en el corralón de la casa; examinó ño Jerez las huellas.

—Caballos serranos; no tienen herraduras.

—Traígame, sargento Urra a cuanta persona crea usté que puea dar algún indicio.

—Daré preferencia a las que no han éido a las carreras.

—Se comprende, pues.

—Ay, señor Jerez, en usté no más confiamos, fíjese que nos han dejao en la calle. Se llevaron todo el producto de la cosecha y las mantas y las prendas de vestir... Ay señorsito porque nos habís hecho tan fatalés.

Y la pobre señora Gregoria lloraba amargamente. El sargento Urra había marchado a cumplir su cometido.

—No halla que hace, algo de calor?—preguntó ño Jerez.

—Tráele chicha y harina, Micaela, gritó ño Soto.

Luego apareció Micaela, una criolla estupenda hija de ño Soto que hizo relamerse de gusto a ño Jerez.

—Parece mentira que uno esté viudo habiendo cosas tan relindas, galanteó.

—Favor que usté me hace,—dijo la chica melindreando.

—De usté depende, ño Jerez, yo encantao de tener un yerno como usté.

—A su tiempo le tomaré la palabra.

Y agregó galante:

—A tu salú, chiquilla, por que no me encontrís juera de uso.

—¡Qué esperanza!... Usá estará la ropa—dijo ño Soto.

Urra llegaba con los primeros detenidos.

Se adelantó una mujer gorda que estaba traspasada de temblores y dijo:

—Aquí estoy, señor; usté dirá.

—¿Vos no fuiste ayer a las carreras?

—No, señor.

—La Eulalita vive aquí al lao—apuñtó Gregoria.

—¿Vos viste llegar gente sospechosa a la casa?

—Sí, señor; yo ví a cinco hombres que venían a caballo y que se bajaron en el camino de las casas.

—¿Cómo eran esos hombres?

—Eran bien chapeaos.

—¿Había alguno con blusa blanca, pantalón negro y sombrero de pita?

—Sí, señor.

—¿Hombre feo?...

—No, al contrario, muy simpático.

—¿Vinieron a la casa de ño Soto?

—No, señor; se fueron a los potreros. Yo no hice más caso, como ha venío tanta gente de otra parte a las carreras ..

—Pero recuerdas bien: un hombre alto, de buena cara, con pantalón negro y blusa blanca, con manta cari y sombrero de pita.

—Sí, señor.

—¿Qué decían?

—Hablaba de animales, de negocios y de las carreras.

—Era lo que tenían que decir pa ocultar sus verdaderas intenciones.

Los demás declararon por el mismo tenor.

Honradamente, ño Jerez se quedó convencido que se trataba de Luceño.

EL VIAJE

No hay seguramente, nadie que deje de ser feliz en alguna etapa de su vida. Aun estos seres nacidos por un designio inexplicable con la cruz a cuestas, han encontrado algún oasis en sus vidas de sacrificio. Y cuando cantan el bosque y el arroyo, y es azul el cielo y sonríen y besan los labios de una mujer, se puede beber hiel toda una vida sin deshacer la dulzura de un momento de dicha.

Luceño era verdaderamente feliz. Cada nuevo día reanudaba su coloquio con la linda Mariquita, y siempre le parecía nuevo.

Por las noches, al abrigo de la choza, dentro de la armonización del órgano de la montaña, al son de la guitarra, cantaban viejas canciones de amor, a veces eran canciones fatales en que la muerte o el presidio separaban a los amantes.

Historias de bandidos y de estadas en el presidio abrían paréntesis negros a esas horas de felicidad.

—Cuando se cae en manos de la justicia es muy trabajoso salir. La puerta es ancha, pero cuesta mucho salir, y ahora, caer no cuesta ná. «La cárcel es la casa del jabonero, el que no cae refala».

Luceño contaba las incidencias de su vida, por ejemplo, cuando estando en las salitreras le había pegado a un corrector de pampa ladrón, o se les había rebelado a los gringos, amos de Chile, de Chuquicamata o el Teniente.

Mariquita escuchaba angustiada los relatos en que Luceño pasaba por entre las redes del peligro, y cuando contaba sus escapadas, sonreía como una criatura.

Era un amor puro como la luz de las estrellas, pero tremante de pasión; ella se habría dejado matar por su Manuel y él estaba dispuesto a perdonar por ella, a ño Jerez!

Una tarde que juntos recorrían la quebrada por entre el perfume de la topa-topa, del chilco y del arrayán, se acercaron súbitamente, poseídos de un gran sabresalto.

—¿Qué tienes?—preguntó Luceño.

—Miedo, mucho miedo, miedo por vos.

—¿Por mí? No lo lo entiendo.

—Y vos, vos estás amarillo y hasta mis oídos llega el saltar de tu corazón. ¿Qué tenís Manuel?

—Na... na... Es una cosa que no entiendo. ¿Que te ha ocurrío a vos?

—¿A mí? Mira... me pareció que venía a encontrarnos una sombra negra y que te envolvía y te llevaba pa siempre. Es una cosa curiosa. Por allí por la quebrá venía, por allí, Manuel. Vámonos de aquí. Vámonos, vos corrís peligro y yo te quiero tanto.

—Te seguiré María, te seguiré.

Desde lo alto del monte, por donde se arrastraba tortuosamente un camino, llegaban ruidos de caballos, y luego la tarde se llenó de disparos.

Instintivamente, Luceño se ocultó llevando tras de sí a su

chicuela que temblaba como un corazón. Ya al abrigo de la tierra en una pequeña gruta, muy juntos, olvidaron su terror, el amor sabe dar siempre la paz a los más afligidos corazones.

Pero a pesar de no haber tenido mayores indicios de peligro, el sobresalto persistió, y persistiría toda la vida de aquellas almas que eran de esas que parecen venir al mundo de contrabando, que un poder extraño las empuja contra todas las aristas de la vida.

Amor doliente, amor sacrificado, amor lleno de temores, angustia hecha ilusión, amor de desheredados en pugna con la justicia, a la sombra de la ley.

—Mañana voy a ir a Chile—dijo Juaco.—Voy a ir a vender toa la leña y la cáscara.

—Hay montón de trolas—comentó Luceño.—Son muy grandes los quiyayales de por aquí.

—Tengo como algunos trecientos quintales de carbón de trevo y unas veinte carretas de leña e monte. Y vendiendo me voy al tiro pal carril de Lebu.

—¿Llevamos a Manuel?

—Si él quiere ir, encantao.

—Usté, Manuel, es entendío en trabajo de línea.

—Claro, lo sé entero.

—Muy bien; se las buscaremos de cabo.

—Qué bueno, qué bueno—balbucía María.

—Mire, hermano Luceño, ¿quiere que le dé un consejo?

—Usté dirá.

—Usté oyó l'otro día unos balazos que dispararon del alto.

—Sí.

—Bueno; ese tal Jerez pasó por aquí, al poco rato a preuntarme por la ñata y a decirme que unas de estas noches se dejaría caer por acá. Creo que lo que usté debe hacer es esconderse en el bosque hasta que nos vamos o irse ailante. Yo tengo aquí la plata de lo que usté a trabajao.

Sacando unos billetes se los alargó a Luceño, éste negó a recibirlos.

—Son suyos, a usté le hacen mucha falta porque lo andan

siguiendo. Váyase de aquí, vaya a embarcarse a una estación que no'sté por aquí cerca. Yo le tengo preparao harto cocaví y un mancarrón que no corre mucho, pero que anda más ligero que cualquiera que vaya a pie. Se va por aquí, agarra el camino encimero y se descuelga pa la línea, deja el caballo en una casa que hay en el crucero sin entregárselo a nadie y se embarca de noche, llega a Santiago y cambia tren. Ande con naturalidá. Así nadie le dirá ná.

—¿Pero es que debo arrancarme sin haber hecho ná?

—Es que lo echa, padre... Yo me quiero ir con él.

—No lo echo, lo preservo del peligro. Quien sabe si sería mejor que se fuera a embarcar a la línea del sur, saca boleto hasta Renaico, de allí sigue hasta Los Sauces, y allí me espera. Aquí tiene una recomendación; se la da al cabo y él le va a dar altiro trabajo. Y cuando se tranquilice, cuando no lo sigan, le doy la chiquilla.

—¡Padre!

La pobrecita lo abrazaba cubriéndolo de mayor ternura, luego le ofreció los labios a Luceño atenuando con su cariño el peligro de esa vida lanzada al azar.

LA CHIRIGUA

En el camino de Santiago a San Bernardo estaba situada «La Chirigua», una fonda guarnecida por varas de topear y en las que había además de la cantina y las piezas «para pasajeros», canchas de palitroque, rayuela y billares. También se jugaba al monte y aún a los careos de los gallos de pelea que tienen adeptos en todas las clases sociales en Chile.

La Chirigua era el apodo célebre de la dueña de casa, una mujer pequeña y regordeta patinada de rojeces y de paños. Mujer que conocía todas las vidas, algo alcahueta y algo... muchas cosas entre ellas hasta generosa.

Mantenía buenas relaciones con los bandidos y con la policía, disponía de mujeres para todos los gustos y no se admira-

ba de nada. Mujer vieja, tenía el alma atrasada en materia de arte y prefería los antiguos payadores y los cantores de «verso hecho» a los melancólicos tanguistas de hoy.

—Los bailadores de tango parecen gatos acalambraos, no hay como una cueca bien tocá, bien avivá y bien bailá. La cueca es el baile de los hombres y de las mujeres que merecen vivir. En la cueca se ve la arrogancia del hombre, la fiereza de la mujer que desprecia y que cuando se entrega, da más de lo que recibe. Y agora nuestras tonás que son pícaras y enérgicas, que no lloran, que son de gentes valientes a las que no les importa na, son del gusto de todos los que han nacío libres y capaces de dar y recibir:

Si me queren se querer
si me olvidan se olvidar;
si me desprecian desprecio
y ese es mi modo de amar.

Cuando hablaba de estos temas no callaba nunca, refiriéndose a la «refalosa» decía:

—Picardía y ligereza; pa caer hay que saber refalarse pa que el porrazo no duela, y entonaba con buena voz las estrofas características de aquel baile que tan movido era:

Dices que me quieres mucho
y me haces desesperar
pero no me querís dar
la boladita en cartucho.

Tú dices que no me quieres
por que te he dado mal pago,
volverme a querer de nuevo
que un clavo saca otro clavo.

Y el estribillo:

> No llores zamba no llores no
> tiranarana y allá voy yo.

Y luego las estrofas donde la música es rápida como un torbellino:

> Menea ese cuerpo
> que no es de madera
> que se haga peazos
> esa moledera... etc.

Era pues, la Chirigua, el portaestandarte de la tradición musical popular.

Parecerá extraño; pero esta rara mujer que tan particular moralidad gastaba, «seguía» las novenas de varios santos entre otros la de las ánimas y el Niño Jesús, iba a misa y la oía con fervor, daba limosna para el culto y en seguida se venía a venderlo todo y a tolerarlo todo.

Consideraba que su «trabajo» del cual vivía, constituía casi un ministerio, perfectamente honroso.

Ella, cuando muchacha había visto la Fonda popular y una cosa así quería tener, con anfiteatros para bailes, piezas para acariciarse, canchas de juego y carpetas de naipes, y sobre todo cantores.

Cada domingo Santiago vaciaba su curiosa inquietud sobre el negocio de la Chirigua que era célebre y conocía los secretos más tenebrosos entre los que se engarzaban varios nombres de los más considerados.

—La vida, decía, tiene más oscuridades que la noche, más recobecos y curvas que un alambique. Yo no le creo a nadie no doy ni lo negro de l'uña por el mejor honor. A las mujeres que presumen les ha faltao la ocasión. Se le «dice» a una mujer a tiempo y se acabó too decoro, es cuestión de cinco minu-

tos. Tan gallos los hombres y han hecho un honor de cáscara de huevo...

Aquel viernes, día de poco movimiento, esperaba visitas de consideración, había notificado a los cantores y a las mejores mujeres que estuvieran allí a la hora de almuerzo. Se habían preparado licores y afinado los instrumentos.

Temprano, un oficial de policía, que pasó por allí a hacer la mañana, advirtió los preparativos.

—¿Espera visitas gordas?

—No; unas niñas con unos caballeros que vienen siempre; pero de lo más principales.

—Podría apegar yo.

—Cómo se le ocurre, ¿no se da cuenta que lo que aquí vale es la discresión?

—Si yo soy discreto.

—Usté lo ha de ver, dijo amostazada la Chirigua. Puee venir si quiere; pero si le pasa algo no me culpe a mí.

—No me asuste porque no me muevo de aquí.

—Y no se mueva, ¿le traigo una cama?

—Tenga cuidado, señora, mire que de repente se va a colmar la medida.

—¡Ay, qué miedo! No me han asustado liones y me van a asustar ratones.

Se alejó el oficial con la convicción absoluta de que en esa casa estarían esa tarde de cuerpo presente los maleantes que la policía buscaba con ahinco. Era nuevo en el servicio, muchacho bueno; pero sin experiencia. Comunicó a un compañero sus sospechas. Aquél le dijo:

—Claro pues, ñato, si esa Chirigua tiene muy buenas amistades, que resuelven a veces tomarle algunos anticipos a la vida... Sé prudente, no te metas, a lo mejor es algún jefe del servicio.

El joven, cuando salió de turno se vistió de paisano, se armó de revólver y puñal y se dispuso ir hacia la fonda de la Chirigua.

—Oye Ursula, mira si vienen los niños—dijo la Chirigua, un tanto preocupada por la insistencia del oficialillo.

Ursula se asomó a la puerta y hundió sus ojos en la lejanía. Muy distante se veía por el camino de Puente Alto una densa polvareda.

—Allí vienen—gritó palmoteando—allí vienen.

—Ese oficialucho ¿no vendrá a echar bolas a la raya?

—Yo lo amanso. ¿Fabricó de ese guindao voltiaor?

—Sí, está en las botellas menteras.

—Listo el bote entonce. Ojalá viniera, hasta le bordo la letra de mi nombre en el babero.

—¿Los cantores están en sus puestos?

—Aquí estamos, Chirigüita—gritó el ciego Palacios, al frente tengo a Retamal que se muere de ganas de contrapuntiar conmigo.

—Sírvanles trago a los puetas y que principien; no quiero que nadie se figure que espero a alguien especialmente.

Los «puetas» empezaron.

—Canta vos primero que sois más verde—dijo el ciego Palacios.

Preludió el guitarrón grande.

—Aunque soy nuevo, mestrito,
algo le preguntaré
dígame en qué estoy pensando
y por sabio lo tendré.

—La respuesta es cosa fácil
y nada hay que la taladre,
cuando un niño está en apuros
claro es que piensa en su madre.

La gente de la casa, que se había reunido y algunos curiosos que pasaban rieron de buena gana aplaudiendo la respuesta del ciego.

—Yo'stoy cantando e puesía
y no peliando a patás,
cuando un pueta insulta a otro
comprende que está de más.

—Así lo entendistes vos
para tu comodidá,
tonterías me preguntas
y así te he de contestar.

—Qué pájaro anda en el aire
qué pescao al cielo va
qué pájaro ha hecho el hombre
para atravesar la mar.

—Dicen que es el aeroplano,
mira que temeridá,
dime cuál es el encanto
que tiene la humanidá.

—Rosa es la flor olorosa
que reina junto al clavel
pero la reina de reinas
en el mundo es la mujer.

—Muy bien me habís contestao
porque tenís corazón,
dime que sabio es más grande
que el inmenso Salomón.

—Cuando Noé plantó la viña
dijo con frase cordial
el que jugo de uva tome
tendrá la felicidad.

Ño Ramón, Eduardo, el Marucho Juan, Abel y demás compañeros estaban ya junto a la rueda de cantores.

—Dime si tenís memoria
quien él más valiente fué
Quién en el mar proceloso
llegó al más alto poder.

—Poder no era la palabra
tal vez glorificación.
Prat fué el hombre más valiente
y el más grande corazón.

—Veo qu'estay muy juicioso
dame una respuesta a mí
que es lo que tengo en la mano
que es adorno y arma, dí...

—En el gato es herramienta
en el tigre el frenesí
en el cobarde es un arma
y en la mujer es el fin.

Los poetas siguieron cantando. Invitados por la Chirigua, los bandidos pasaron a sus aposentos particulares. Ursula, la arpista, del brazo de Eduardo, Abel y los demás se hicieron acompañar a la medida de su gusto.

—La verdá es que se echa de menos algunas veces la comodidá que da el hogar. Ya estoy cabreao de dormir en la montura cuando puedo... la mayoría de las noches nos toca dormir en el suelo. Y el invierno fué bien riguroso.

—Este año invernaremos en la cueva de los Pincheiras, allí se está bien, y se puede fusilar con comodidad a la policía.

—Pero si los guardianes logran entrar no dejan ni el boleto —repuso Abel.

—Es que los guardianes están contra la luz, dando todo el

blanco y además, los niños hicieron una salía pa lo alto del cerro.

Almorzaron con toda cordialidad en compañía de esas aventureras que también el destino había escalonado a lo largo de la vida para servir de receptáculo del dolor genésico de los que huyen de sus crímenes o de la justicia. Hijas del acaso destinadas a falsificar el amor.

¿Quién sabe si cuando muere joven una de estas mujeres no muere de amor?

Pronto se alzó la cordialidad alegre de la cueca. Bailaban los bandidos tan confiados como si nadie los buscara.

De pronto Ursula, la más cercana a la puerta, dijo aterrada:

—Es el oficial que estuvo en la mañana.

—¿Anda solo?—preguntó el Cura.

Todos habían echado mano de sus armas.

—Que siga el canto—ordenó la Chirigua.

—Ese... me lo dejan a mí—dijo el Cura.

—Pero no en la casa.

—Cómo se le ocurre que le voy a dejar basura.

Y Eduardo se adelantó hasta colocarse frente a las pupilas interrogantes del muchacho que obraba impulsado por un deber.

LA JOYA DE LA MUERTE

En realidad, el joven oficial estaba algo desconcertado; tenía la certeza de encontrarse ante maleantes profesionales; pero también se daba cuenta de que había obrado con precipitación. Dispuso retirarse, llegarse hasta el teléfono y pedir recursos. Cuando salía, Ursula, la cantora, una linda morena encendedora como el fuego, se le acercó mostrándole su mejor sonrisa.

—¿Por qué se va tan pronto? Cuando habríamos tenido tanto gusto de estar con usté.

—Tengo que hacer, señorita.

—¿Está de servicio?

—No; pero tengo que hacer. Con permiso...

Y dió la vuelta para retirarse.

—Por qué no se sirve una copita de guindao, lo hice yo y nadie a tomao...

—No puedo, señorita, otro día será.

—Me desprecia por pobre. Muy bien. Ya lo veo, yo soy una pobre cantora que no puee estar al lao de un caballero como usté.

El oficial no contestó. Se dirigió resueltamente a la calle. Eduardo, el Cura, lo fué siguiendo.

Al llegar al teléfono público, el oficial se dió cuenta de la persecución; le martilleaba el corazón. Mirando a Eduardo, le dijo con voz ronca:

—Usté me viene siguiendo, ¿qué necesita?

—Yo no lo vengo siguiendo, salí de un tiempo con usté de donde la Chirigua y quiero platicar de unas cosas importantes con usté.

—Hable.

—¿Usté es de la policía?

—Sí, señor.

—¿Usté quiere atrapar a la banda de ño Ramón, el minero?

—Deber nuestro es velar por la tranquilidad del público.

—Me parece un hombre valiente usté. Y dígame usté no les teme a los bandidos; dicen que son audaces.

—No será tanto; donde hay unos hay otros.

—¿Usté se pararía en desafío con alguno de ellos?

—Según.

—¿Usté quiere saber dónde se oculta la pandilla?

—No me digustaría.

—Desde luego tendrá que detenerme a mí; pero eso será después. Yo los voy a denunciar porque me han traicionado. Tenía necesidad de encontrarme con un hombre de línea para decirle estas cosas. ¿Quiere venir conmigo? los observaremos del camino en caso de que estén allí, usté llama refuerzos calladito. Así hay que hacerlo.

El oficial siguió maquinalmente tras de Eduardo.

—Tenga cuidado, le dijo, al primer movimiento sospechoso que le vea lo mato de un balazo.

—¿Así paga usté los favores que le hacen? Le voy a proporcionar la manera de alcanzar un ascenso y me quiere matar. Habían llegado a un macizo de zarzamora que bordeaba una reguera. Eduardo se detuvo. ¿Ve aquella casa de latas? Allí es donde para la banda cuando viene por aquí. ¿Saltemos?

Saltó el oficial; Eduardo se arrojó al fondo de la reguera.

—Señor—gritó—creo que me he desconchavado un pie; ayúdeme a salir.

Vino el oficial y le alargó la mano. Eduardo lo atrajo hacia el fondo de la zanja; rápidamente lo desarmó y le dijo:

—Ahora estamos frente a frente. Yo soy de la banda de ño Ramón; pero no lo quiero asesinar, quiero pelear a tajos con usté. ¿Sabe manejar el cuchillo?

Hizo el oficial una señal afirmativa; Eduardo le pasó un hermoso puñal de rico acero y mango de plata y oro, empuñando él la joya damasquinada de acero toledano, regalo de Elisabeth.

—Va a ser casi un don de que yo lo mate con este puñal tan hermoso, que fué regalo de una mujer; pero lo voy a matar. El que una vez ha mirado la banda de ño Ramón, debe morir para que no le cuente nada a nadie.

Su mirada era siniestra; el pliegue de su sonrisa tan despreciativo que daba frío.

Se pusieron en guardia. El oficial era un diestro esgrimista; pero desconocía las artimañas que da la práctica. Estaba ante un enemigo de ojos acerados hipnóticos y de una elasticidad felina. Creyendo poder dar en el blanco, el oficial se tiró a fondo; esquivó Eduardo el golpe y le hundió su puñal hasta el mango en el cuello, en el pecho, en el estómago. Era un delirio feroz, una necesidad de romper la carne, de arrancar sangre.

Un galope de caballos avanzaba por el camino; este ruido lo llamó a la realidad; limpió su puñal, recogió el que el infeliz oficial había soltado, y salió a unirse con sus compañeros.

Se sentía poseído de una alegría enorme, reía y cantaba y hacía arriesgados volteos hípicos.

La cabalgata fué devorando los caminos y cuando la hora era roja y se insinuaban las primeras estrellas, se introdujo por la cañada que conducía a su caverna.

—Ahora que estoy contento, compañeros, les voy a cantar.

Los bandidos callaron, algo horrorizados. Apenas comprendían esa necesidad que Eduardo tenía de matar.

En más de alguna ocasión debieron volverse a un lado cuando disparaba por quinta o sexta vez su revólver sobre el cráneo de un enemigo, ya muerto...

LA PESQUISA

Lo primero que hizo ño Jerez, fué informar a Santiago del salteo de ño Soto y de las razones que tenía para suponer que el autor era Luceño. Después resolvió averiguar si alguien en el pueblo lo había visto.

Pasó por la casa de la loca Juana, que ahora salía muy a lo lejos de su casita y que estaba más sombría.

—¿No'stará encerrao aquí?—dijo a Urra y a Troncoso, sus feroces lugartenientes. Esta loca no es de los trigos muy limpios.

—Pasemos—apuntó Urra.

Entraron.

No había nadie dentro del aposento, que demostraba un gran desorden, parecía que estaba abandonado.

Buscaron por todos los rincones y la loca no apareció, entraron al patio y la encontraron en el fondo del huerto, tendida entre sus flores, blanca como ellas, hundida su mirada en el cielo y murmurando oraciones.

—Qué hubo ña Juana, aonde anda Luceño.

Los miró la loca con sus ojos tan límpidos y se calló.

—Conteste, ¿que se cree que venimos a contemplarla? Si no dice onde está Luceño la llevamos pal cuartel.

—¿Luceño? Pero si ustedes lo mataron a tiros dejándome enteramente desamparada, sin la menor esperanza. Mi vida ya no existe. Soy una visión que va entre sombras... Ya no existo... Ya no existo... (1).

—A Luceño lo han visto entrar a tu casa.

—¿A mi casa? ¿Y cómo no ha venido a verme, a abrazarme? ¿Que no sabe que lo único que me sostiene en la vida es él?

Y luego, haciendo como que acariciaba a un niño, la loca lo mecía sobre sus brazos y cantaba canciones de cuna.

Mas, al darse cuenta que no existía lloraba amargamente e increpaba a Dios y a los hombres por su inmensa desgracia. Pero apenas pasaba su rebeldía, se arrodillaba con los brazos en cruz y pedía perdón a gritos a Dios.

Era en realidad conmovedora la actitud de la pobre mujer.

—Esta pobre'stá pa nunca—dijo ño Jerez invitando a sus compañeros a salir.

—Agora los vamos a dejar caer a la rancha de aquel viejo leñaor que tiene la chiquilla linda; me tinca que ese viejo sabe la biblia en latín. A mí no me la pega.

—Lo atracamos un poco y le traímos la cabra pal cuartel.

—No, no pueo. Si la Micaela sabe que hey traído charqui pal cuartel me amarra el cuero. Vamos a trabajar y no a enamorar.

Esa noche, alrededor de una rústica mesa, ño Jerez procedió a interrogar a Juaco.

—Ese Luceño yo no lo conozco, sólo se lo hey óido nombrar a usté. No fué poco el susto que me dió cuando me dijo que andaban bandíos por aquí. Usté compriende que si uno se viene por estas serranías es con l'idea de aliar algo y más cuando uno'stá viejo.

—Y usté, señorita, ¿no ha visto a ese bandío, asesino? Allá en el pueblo tiene la mujer pereciendo de hambre.

No lo pudo evitar, la maldad de Jerez trizaba hasta la base

---

(1) Vea el N.º 1 de nuestra colección: Manuel Luceño.

su castillo de ilusión. Enteramente demudada y a punto de llorar, dijo:

—De hambre... Luceño... la mujer... Vaya...

—¿No lo sabía usté?

—¿Yo?

—¿Cómo quiere que ella lo sepa? Usté mi comandante está acostumbrao a tratar con mujeres de otros sentimientos; pero a mi chiquilla le hace daño la tristeza ajena.

—Me parece que me la voy a llevar pal cuartel y que no la pondré en libertá mientras que vos, viejo bandío, no me entreguís a Luceño. Allánenle la casa, a ver si tiene aquí el robo que le hicieron a ño Soto.

—Nosotros no somos ladrones, gritó exasperada Mariquita. Nosotros somos trabajadores; aquí tiene la plata de las ventas de leña que ha hecho mi taita con sus recibos pal patrón, too está en orden, too en orden. Aquí no va a encontrar ná malo usté.

—Pero espérese, pues, ya lo veremos.

—Aquí hay unas mantas isleñas... ¿son las de ño Soto?

—No; las de ño Soto son de labor.

—Estas botas calzón.

—No; las que buscamos tienen ribetes amarillos.

—Entonce aquí no hay na.

Pero a mí no me saca nadie de la cabeza que éstos han tenío aquí a Luceño, y saben a dónde está.

—Qué hacimos.

—Agarre la chiquilla y llévela pal cuartel.

—Tenga cuidao, mi comandante, se va a llevar a una hija de un veterano del 79 que tiene tres medallas y todos los combates, y que trabaja en medias con un Balmaceda que es el dueño de estas tierras y estas montañas. Tenga cuidao, que yo removeré el cielo y la tierra en defensa de m'hija.

—¿Y por qué no me dice onde'stá Luceño?

—Porque no sabimos, no más, pues. Si supiéramos, ¿se cree que íbamos a sufrir por él? Asómese pacá, vea esos cerros de

leña y de carbón; hay aquí como veinte mil pesos, de los que me toca la mitá. Un trabajador como yo no ampara robos.

Ño Jerez se dejó convencer a su pesar.

—Si pesco a Luceño, que ha de'star por este monte, le voy a dar el bajo en este patio, murmuró tratando de ser oído por Mariquita, que, por fortuna, estaba distraída.

Ño Jerez se alejó.

En ese momento Luceño se descolgaba de la montaña hacia el hormiguero de la ciudad.

LA SINFONÍA DEL CUCHILLO

Una oleada de silencio envolvió por breves segundos la caverna de los bandidos. Juan, el viejo salteador, que era más comunicativo, sirvió una corrida de copas.

—Estuvo muy bien que Eduardo despachara a ese intruso. La cuestión es cerrarles la boca pa siempre. La piedá es a veces un gran perjuicio.

—Estuve en mi gran momento, compañeros; perdónenme; pero compréndanme al mismo tiempo. ¿Nadie se ha percatado cuando ha dado una puñalada, del sonido que produce el acero al introducirse en la carne? ¿Nadie ha visto el gemido, el estertor que se escapa del pecho de los moribundos? ¿Ni ha observado la mirada blanca de despedida que lanzan a la vida? Entonces se agolpan todas las palabras y se quedan heladas en los labios; todas las visiones de la vida bailan en las pupilas. La sangre borbotea y sale como un torrente. Nada hay más hermoso que la sangre, ni nada hay tan perfumado, ni ante la delicia del amor he sentido más emoción.

La primera puñalada, produce un sonido más vibrante, fortísimo, como decimos los iniciados en la música, es que la vida sale bruscamente. Las heridas, compañeros, parecen labios de mujer. La puñalada siguiente produce un sonido más tenue, y la otra es aún más delicada, y todos esos sonidos forman, ¿cómo lo diría?, un polifonismo, es decir, una agrupación de

sonidos musicales que nadie ha aprovechado jamás. Yo comprendo la razón por que grandes hombres como Benvenuto Cellini, a quién no conocéis, mataban a puñal, nada puede haber más hermoso ni más grande que la facultad de matar, de destruir lo que Dios ha formado. ¡Oh!, nada hay tan poderoso como el asesino, el verdadero asesino, el que mata por placer, no el verdugo, el que mata de hombre a hombre en medio de una brega en que pudo perder el pellejo. Sírvanme un trago y pásenme la guitarra; estoy contento, quiero cantar.

Cumplidas las órdenes, entonó diversas canciones festivas, y después de una gran pausa, dijo:

—¿Quereis que toque en la guitarra, que es una orquesta completa, «La Sinfonía del Cuchillo»? No esperó respuesta.

Empezó con unos acordes movidos como arabescos que interpretaban los pases del puñal; luego con unos bruscos agudos desmayados sobre cadencias que daban la sensación de los quites y barajos. Más tarde la sinfonía se hacía rápida, angustiada, estertórea; era que los cuchillos asediaban la carne, que la muerte conducía las manos hacia el corazón. Un trémolo vibrante de emoción marcaba la angustia de los combatientes y unos tamborileos rápidos, regulares, los golpes del corazón en las paredes del pecho.

En seguida una pausa, varias cadencias, compases de espera, angustia, el trémolo en las primas y luego un rasguear de todas las cuerdas; una cejilla y un sonido grave, prolongado, luego una queja, el tamborileo del corazón que va cesando, algunos silencios, luego otro sonido colectivo de las cuerdas bajas, después algo que cae, una plegaria desmayándose sobre el predestinado por la muerte.

Los bandidos escuchaban conteniendo el aliento, temblorosos, enfermos de la majestad del momento; la sinfonía del cuchillo gravitaba sobre todas las celdillas de sus nervios; el Cura, de pie, sonriente, sombrío, esperaba y miraba a sus compañeros. En ese momento les pareció que algo cubría la luz, todos los corazones palpitaban de un terror desconocido. Sólo

Eduardo vibraba porque había hecho del asesinato un arte mayor...

Las últimas canciones rovolotearon como sombras lejanas dentro de la gruta; después de haber pasado la majestad de la muerte por la escena, la alegría y la evocación del amor eran cosas borradas y lejanas.

Todos se durmieron arrullados por la terrible majestad de aquella música avasalladora, ruda como la mano de la muerte y seductora como una llamada del peligro.

Lea el próximo episodio de "**Manuel Luceño**", intitulado "**La celda 52**".

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................. $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas..................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela.............................. 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos.......... .... 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela..................... 6.—
Sus mejores poemas.................. 6.—
Golondrina de Invierno, novela.. 5.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas............................ 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías............... 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela............... 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.. 6.—
Las montañas ardientes............ 2.50
La música que pasa.................. 2.50
Los horizontes......................... 4.—
La luna enemiga....................... 3.—
Un año de Inquietud.................. 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.. 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela.............................. 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos.................................. 6.—
Zurzulita, novela...................... 6.—
Ully, cuentos........................... 5.—
Fernando Santiván. — El Crisol, novela.. 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
La Hechizada, novela................ 5.—
Samuel A. Lillo.—Bajo la Cruz del Sur, poemas.......... .... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo....... 6.—
V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas.. 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas............... .... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz biografía crítica y cartas inéditas.. 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi... 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.......... .... 6.—
Rubén Darío. — Obras de juventud.. 7.50
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela..................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la ópera, novela..................... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela.. 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino..................... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela ... . 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela.. 5.—
Francisco Villaespesa. — El sol de Ayacucho.......... .... 6. —
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pérez Escrich.—El cura de la aldea. (Resumen de esta novela adaptada al cine con el título de Hijos sin nombres)................ 0.40
Víctor Hugo, Schiller y J. Benavente.—Cartas de amor............ 4.50
Trilussa.—Poesias.—Traducción de las mejores fábulas............. 4.50
Hernández.—Martín Fierro........... 5.—
Eduardo Rod. — Vida privada de Miguel Tessier..................... 6.—

N.º 3 **La Novela Policial** PRECIO: $ 0.50

"LA CELDA 52"

3.er Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. Acevedo Hernández



IMPRENTA NASCIMENTO
1928

Si esperábamos de antemano una buena aceptación del público a nuestra publicación mensual de «La Novela Policial» no creíamos que fuese tan amplia como ha resultado.

En efecto, el N.° 1 (Manuel Luceño) ha agradado a todos porque no es sólo una novela vulgar de acciones policiales tomadas sin estudio; es una novela que parece sacada de la realidad.

Sus personajes son tan reales que se nos parecé que ya hemos visto o leído eso en alguna parte y es la verosimilitud de que nos da esa impresión.

Esperamos después del próximo número hacer las publicaciones quincenales a pedido de numerosos lectores y corresponsales libreros.

Cada número será un episodio independiente y sólo ligados entre sí porque siguen actuando los mismos personajes principales.

Van publicadas:

N.° 1 «Manuel Luceño».

N.° 2 «La Sinfonía del Cuchillo».

N.° 3 «La Celda 52».

N.° 4 (en prensa) «Una tragedia de amor».

Precio de cada número: $ 0,50.

Todos los pedidos por mayor, deben ser dirigidos a

Librería y Editorial Nascimento

Ahumada 125 :-: Casilla 2298 :-: Santiago

o su sucursal: Casilla 2290 -:- Concepción

EDITORIAL AVENTURA.

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :: CONCEPCIÓN, Colo-Colo 419

Año I — Santiago, Enero de 1928 — N.º 3

"LA CELDA 52"

3.º episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNÁNDEZ

LA CAPTURA

A las ocho de la mañana, Manuel Luceño, descendió del tren, y, confundido entre la muchedumbre hormigueante que acababa de vaciarse sobre la capital, atravesó por entre los carabineros de la guardia y los detectives especiales del servicio de los ferrocarriles.

La estación Alameda estaba llena de gentes, de carcajadas, de agitación, los comerciantes menudos, los «hacheros» y los pícaros, se esforzaban por burlar la vigilancia y poder salir con sus contrabandos, toda la enorme ola humana pugnaba por salir a la libertad. Luceño estaba aturdido; lo miraba todo maravillado, no sentía las extremidades, le parecía que iba flotando, muy abiertos los ojos y la boca, anulados los sentidos: era un detalle sin importancia dentro del núcleo compacto y ondulante.

—Vende los huevos, señor.

—Una gallina compro.

—Le doy cinco pesos por las flores...

La oferta y la demanda, se desgranan sobre el público, suenan las bocinas de los autos, las sonoras campanillas de los tranvías, los gritos de los vendedores, las invitaciones de los agentes de hoteles. Santiago entero ondula, se empuja, se llama a gritos, se confunde, se fragmenta: es un minuto múltiple, un minuto de gran ciudad que bien se lo merece.

Luceño tenía la boca amarga, cubierta de un líquido pegajoso y blanco que le unía fuertemente los labios, tenía un gran escozor en los ojos, sentía el estómago vacío.

Se dirigió por la avenida Latorre hasta llegar a una cocinería, y luego estuvo junto a una mesa, entre suplementeros, comerciantes menudos, y cargadores cobrizos de robustos cuerpos que hablaban y reían a gritos y hacían galanterías muy poco delicadas a las mozas de servir.

La inquietud que aplastaba su corazón con pesantez de hierro y que se había disipado entre el gentío volvió a cogerlo de nuevo. Otra vez tuvo la visión de su aldea natal esmaltada de sol y sombreada por bellos árboles, donde estaban la loca Juana y ño Jerez... de la cabaña del bosque donde habían quedado quien sabe si para siempre los besos de Mariquita, la buenamoza, la mejor flor de amor que había logrado tener cerca de sí.

Las palabras de Juaco resonaban en sus oídos e iban llenando gradualmente todo su ser.

—«Váyase de aquí, usté'stá en peligro, vaya embarcarse a una estación que no esté cerca de aquí.

Y después, mientras Mariquita lloraba desolada: (1).

---

(1) Véase los N.os 1 y 2 de las Aventuras de Manuel Luceño.

—«Y cuando se tranquilice, cuando no lo sigan, le doy la chiquilla».

Recordaba que a medida que se alejaba del rancho de Juaco y de Mariquita se iba sintiendo más y más desamparado, sin fe ni ánimo para luchar. Acaso no la vería más, ¿no estaba enredado en los hilos de un destino traspasado de fatalidad? Como buen chileno no creía posible corregir su destino...

Terminado su desayuno, Luceño salió a la calle, el día era diáfano y la ciudad se ofrecía llena de novedades para el campesino. Avanzó hasta la estación dispuesto a esperar el chillanejo, tren en que debía hacer su primera jornada; pero una resolución súbita lo empujó dentro de un tranvía de la línea San Pablo. Quería ver la ciudad, mirar la gente, las hermosas mujeres.

Nadie pareció reparar en él. Subió un suplementero, Luceño compró también un diario y como todos, se puso a hojearlo.

De pronto sufrió un vuelco en su corazón. En el mejor sitio de una página estaba su retrato. Creyó que lo engañaban los ojos y miró y remiró con la mayor atención hasta tener la evidencia. En seguida leyó: «Manuel Luceño, el audaz bandolero, complicado en más de cien salteos y que acaba de perpetrar otro en «El Culenar» y a quien persigue tenazmente la policía.

Leyó Luceño varias veces, luego con disimulo miró a la gente, fragmentado le llegaba de todo el tranvía su nombre a los oídos. Comprendió que estaba perdido; por instinto de conservación se bajó del tranvía y escapó en cualesquiera dirección. Su objetivo único era: alejarse, perderse para todos, ocultarse aunque fuera en el centro de la tierra.

Sabía que lo ubicarían y que lo detendrían, estenuado por las emociones, desorientado, aterrado, procuraba huir.

Recorriendo las calles vió que todo el mundo miraba el diario

y se dió cuenta de que estaba cogido, que era inútil la resistencia, en pocos minutos lo conocerían y lo aplastarían con su ira inapelable.

Quiso reaccionar, librarse por un segundo del torbellino de ideas que lo iba arrastrando y se sentó en una plaza, tal vez en el reposo relativo podría alcanzar un poco de luz paia orientarse.

Ya sentado, y procurando pensar, notó que estaba llorando. Llorando como un niño huérfano, llorando pasivamente como cuando siendo pequeño, le era imposible defenderse, como los leones cuando en la selva se sienten asediados por el perro maestro al frente de su jauría.

Todos tenían el diario, todos lo aplastarían.

Ya Luceño se sentía sin valor para defenderse, la «fatalidad» lo tenía «atrincado» le parecía que hasta las piedras de la calle repetían su nombre.

Se levantó con el objeto de alejarse corriendo, y cuando quiso iniciar la acción un desconocido le colocó una mano en el hombro y un revólver a la altura de los ojos diciéndole:

—Manuel Luceño, acompáñeme.

Luceño lo miró indeciso, fascinado, no habría podido moverse ni defenderse...

El hombie le colocó unos hierros en las manos y lo condujo a la Sección de Seguridad.

Luceño sólo pudo balbucir con voz de agonía.

—¡Adiós, Mariquita!

Y luego se dejó conducir donde el funcionario quiso...

LA VINDICTA

Un revuelo de admiración gravitó sobre la curiosa ciudad de Santiago. Los diarios de la tarde publicaron extensas informaciones sobre la captura del terrible bandido Manuel Luceño y publicaban grandes fotografías en que aparecía junto a su aprehensor Carlos González al que se le daban todos los atributos de un héroe.

La jefatura de policía anotó su brillante actuación en la parte preferente de su hoja de servicios y fué citado en la orden del día.

En suma, González fué el héroe de la jornada, para el que faltaron los adjetivos adecuados. La verdad era que el que le atribuía menos valor a su hazaña era el propio González, él se sentía muy extrañado por la importancia enorme que se le daba a su actuación.

Recordaba cuando había capturado a unos macrós que lograron herirlo, cuando tuvo que pelear cuerpo a cuerpo para conservar su vida, y le parecía muy raro que en aquellas ocasiones la prensa no dijera nada.

En cuanto a Luceño estaba también desorientado. En cuanto llegó a la Sección González se encerró con él en su oficina y procedió a interrogarlo:

—¿Cómo te llamas?

—Manuel Luceño.

—Apellido materno.

—Escalada.

—Manuel Luceño Escalada.

—Sí, señor.

—¿Dónde naciste?

—En Tango.

—Edad.

—25 años.

—Oficio.

—Minero.

—¿Dónde estabas el último mes.

—En la montaña, cortando leña y sacando trolas de quillay.

—Cuando saltearon a don Amador Becerra ¿dónde estabas tú? (1).

—Llegué a la aldea esa misma mañana.

—¿De dónde ibas?

—Del Puerto Viejo.

—¿Ese salteo lo dirigiste tú?

—No señor; yo nunca hey sío salteador. Hey trabajao desde niño.

—Tú tienes muchas entradas en el prontuario.

—Sí señor; me han traído cuatro veces: tres por pendencia y una vez por tahurismo; pero jamás por mañas.

—¿Y al mayordomo Soto de «El Culenar» quién lo saltió?

—¿Y qué me pregunta a mí? ¿Cómo quiere que yo sepa quiénes son los salteadores que andan por los caminos?

—A ver las manos.

Luceño mostró sus manos encallecidas por el trabajo y detuvo su mirada muy honrada sobre el detective.

—Es sorprendente. Sin embargo hay centenares de personas que te acusan, aquí tenemos muchos denuncios.

—Yo, señor, no comprendo lo que me pasa. No sé por qué al destino le ha dado por fregaıme, yo na hey hecho y se empeñan en perseguirme y en culparme de tantas picardías.

---

(1) Véase el N.° 1 de esta Biblioteca.

El detective lo miró hondamente: quería comprender al hombre que tenía delante. El, en su larga carrera había tenido que estar en contacto con una gran cantidad de individuos de los más raros aspectos, que cada uno de los cuales eran capaces de las villanías más grandes. Algunos poseían aspectos seráficos, insospechables. Recordaba una corruptora de menores de Valparaíso que ejercía la mala vida y que tenía un continente de mayor santidad que la virgen María.

Mientras pensaba en su situación, apareció un periodista, el señor Pulido.

—¿Cómo está compañero? ¿Se puede ver al gallo?

—Ya lo retrataron, señor, ahora está incomunicado y sin una orden expresa del jefe, nadie puede verlo ni interrogarlo.

—¿Es siniestro, verdad?

—No lo encuentro así, yo. Con perdón, pero voy a cerrar la puerta.

Después de una pausa se dirigió de nuevo a Luceño:

—Dígame la verdad, nada ganará con obligarme a usar nuevos medios de convicción; usted me parece un hombre simpático y sufrido, que si algo ha hecho habrá sido por venganza. ¿A Ud. lo trataron muy mal cuando niño?

Luceño lo miró sorprendido, no sabía si debía confiar en ese hombre que así le hablaba y que parecía enterado de su vida.

—Ese Amador Becerra le hizo mucho daño, ¿no es cierto?

—Sí, señor, como todos en el pueblo.

El corazón, la honradez traicionaron a Luceño.

—¿Usted volvió con ideas de desquite?

—No, señor; volví por que echaba de menos la tierra en que había nacido y creía que no me volverían a perseguir.

—A Ud. lo vieron el día antes del salteo en compañía de varios maleantes en el despacho de don Amador.

—No, señor; no han podido verme.

—¿Cómo?

—En primer lugar yo jamás me he juntado con nadie; a mí me parieron solo, y después, no he estado en el despacho de Becerra.

—Pero por qué me niega si hay centenares de personas que lo acusan, lo acusa todo el pueblo.

—Todo el pueblo miente, dijo Luceño brevemente. Sentía que la vida se le clavaba en la garganta y que la muchedumbre avanzaba hacia él con las manos distendidas acusándolo. Sintió un gran desprecio por la gente, un sentimiento de despecho se le clavó en el corazón, miró al detective con su mirada muy triste y le dijo:

—¿De modo, señor que usté no cree que soy honrao?

El detective se calló. En realidad, aunque el interrogatorio no había tenido los lazos y trampas acostumbrados para enredar a los delincuentes. González consideraba que Luceño era el más honrado de los culpables que le había correspondido interrogar.

Oprimió un timbre y apareció el cabo de patio, González se colocó en un sitio desde donde podía dominar enteramente a Luceño y dijo:

—Cabo, tráigame a ese que está en el siete, ese que se encontró en el salteo con Luceño.

Luceño no movió un músculo de la cara y cuando el cabo salió se volvió al detective y le dijo:

—Créame que tengo deseos de ver a ese mentiroso.

Esperó breves segundos, el detective lo hizo volverse hacia la muralla, se sintieron pasos y aparecieron el cabo y un hombre de aspecto patibulario.

—Mira Cerna, tú dijiste que habías estado en ese salteo con Luceño. ¿Lo conocerías si lo vieras?

—Claro, pues.

—¿El dirigía el asunto?

Después de vacilar contestó:

Le diré que no me acuerdo; pero parece que sí.

—A mí no me vengas con esas cosas, acuérdate que tú viniste aquí a denunciar a Luceño. ¿Quién te mandó?

—¿A mí? nadie, yo vine solo.

—No vengas a mentir por que te diré que te va a llegar.

—¿A mí?

—A tí, por embustero.

Hizo darse vuelta a Luceño y preguntó a Cerna.

—¿Viste a este hombre en el salteo del bajo?

—No señor.

—¿Conoces a Luceño?

—Sí, señor.

—Luceño ¿estaba allí?

—Sí, señor.

—Luceño usté conoce a este hombre.

—No lo he visto nunca, señor.

Cerna lo miró con aspecto de bestia temerosa, tragó saliva y se inclinó mucho.

—¿Qué quieres que haga contigo Cerna, me has venido a engañar como a un niño. ¿Esas son las noticias que traes tú? Tú que conoces a cuanto maleante hay en la región ¿no conoces a éste?

—No, señor.

—Eso me prueba que en el caso de este hombre hay alguna fatal equivocación.

Un ordenanza llega a la puerta.

—¿Se puede?

—Adelante.

—El jefe quiere hablar con Ud., señor.

—Cabo, devuelva a Cerna al calabozo y cúideme a Luceño Ud. ordenanza hasta que el cabo se desocupe.

El señor Tapia esperaba a González.

—¿Qué hubo? ¿lo interrogó?

—Sí, señor.

—Y ¿qué idea tiene?

—Creo que es el hombre; pero creo también que no ha hecho nada.

Detuvo sobre él su mirada que era muy bondadosa, el señor Tapia y le dijo.

—Ya le tocaron a Ud. la cuerda sensible; el halo romántico de que viene precedido Luceño lo ha impresionado.

—¿Quiere interrogarlo Ud., señor?

—Tráigamelo.

González, fué en busca de Luceño. El señor Tapia, un artista que había errado la vocación, tenía una oficina que más parecía el gabinete de un coleccionista que el de un jefe de la policía. Culto y gran conocedor de los hombres tenía mucho interés en estudiar a Luceño. Se había negado esa mañana a recibir a los periodistas, los que contrariados y cuchicheando esperaban en los pasillos. Luceño era para ellos como una carnada, ellos estaban obligados a dar informaciones llenas de detalles para satisfacer la curiosidad pública que ondulaba por las calles de Teatinos y General Mackenna, inquiriendo noticias sobre Luceño.

Todos se imaginaban que este era un feroz bandido lleno de cicatrices, de un siniestro continente, insolente y cínico. Cada uno tenía en sus labios una historia del famoso bandido, esas historias entrelazadas eran tan tenebrosas que ponían temblores en las almas mejor templadas.

¡Luceño era un salteador más feroz que Cartouche, que Carlotti y que todos los bandidos que han ensangrentado la historia

de la humanidad. También se contaban historias galantes que estremecían los corazones de las románticas cocotas. Todo ese cúmulo de novelas había sido levantado poı la prensa. Luceño era la fieıa humana! Debía ser castigado en la medida de sus crímenes.

Algunos le calculaban los años que le correspondían por cada hecho y resultaban centenares... ¡Y sólo tenía veinticinco de edad!

Algunos famosos criminalistas también querían interrogar a Luceño, al pobre Luceño.

El señor Tapia se paseaba delante de Luceño que estaba maravillado entre tantos objetos de aıte y fascinado por la sonrisa tan amable del jefe.

—Vamos a conversar como buenos amigos, Luceño, yo no quiero pelear con Ud.

Luceño había recobrado todo su dominio.

—¿Me promete Luceño, decirme la verdad? A González usted lo ha engañado como a un chino. Pero yo sé muchas cosas de Ud.

—¿Conoce este cuchillo?

—Era mío. Lo perdí en una agencia.

—Es una joya esta arma, sólo un apasionado del cuchillo puede tener armas tan hermosas. De ¿dónde sacó este cuchillo?

—Yo lo hice, señor.

—¿A usted le gusta mucho el cuchillo?

—Sí, señor; el cuchillo es un arma necesaria.

—¿Para qué?

—Para defenderse de la mala gente que anda suelta por el mundo.

—La verdad es que anda mucha mala gente suelta. ¿Ud. se anima a batirse a cuchillo con cualesquier esgrimista?

—Sí, señor.

—¿Cuántas personas ha muerto Ud. a cuchillo?

—A nadie, señor.

—¿Cómo? yo sé que Ud. ha peleado centenares de veces... Y ¿no ha muerto a nadie?

—A nadie señor.

—Me parece raro.

—¿Me permite el cuchillo, señor?

Se sorprendió el jefe; pero le entregó el arma. Luceño puso un papel sobre la mesa y tomando el cuchillo dió el tajo.

—Ve, señor, no hey cortao na más que el papel de encima, y no al género del escritorio. El roto que conoce al cuchillo lo manda y el fierro le obedece...

—Es sorprendente. Eres un gran esgrimista.

—Sí, señor, tengo muy buena vista.

—¿Sabes leer?

—Si, señor, aprendí a leer en la historia de Carlos Magno y los números en la baraja y en la numeración de las calles.

—¿Tú estuvistes en Bolivia?

—Sí, señor, en los minerales de Oruro y trabajé en el ferrocarril de Arica.

—¿Nunca has dirigido una banda de salteadores?

—No, señor, no me haga esas preguntas. Me da pena que los hombres sean capaces de juzgar tan mal a los que no son felices.

—Quedamos en que íbamos a conversar como buenos amigos y en que no me ibas a engañar. Dime, ¿para qué, con qué objeto has aprendido a manejar tan bien el cuchillo?

—Hay que aprender. En esos trabajos la gallá es crua y si uno no se sabe defender quea con la guata al sol. Allí el derecho no se respeta si no está parapetao detrás de un fierro bien templao.

—¿Y a qué volviste a Tango?

—Es que yo nací allí y tenía deseos de ver esa tierra.

—¿Y por eso saltiaste a Becerra?

—No lo he saltiado, señor.

—Y le robaste a Soto.

—No, señor.

—Eres muy conocido, Luceño. En el último salteo hasta te llevaste la guitarra. Y así has hecho muchos salteos, de los que tendrás que dar cuenta, tendrás que defenderte de los testigos que te acusan. A mi nada me importa que ahora no digas la verdad; tendrás que confesarlo todo. Tenemos medios de obligarte a hablar. Piénsalo y confiesa tus crímenes, si dices la verdad podrás tener atenuantes, de lo contrario, los jueces serán rigurosos.

—Yo contestó—Luceño con voz conmovida—juro por la memoria de mi madre que jamás en la vida hey hecho na malo, cuando hey pegao ha sio por defenderme, no pueo pues, confesar lo que no hey hecho y aunque me saquen la carne a peazos, aunque se levanten las piedras a acusarme, no confesaré crímenes que no hey cometido.

Su voz era vibrante y triste. Sus pupilas serenas miraban al señor Tapia que lo miraba sorprendido y González sonreía observando a su vez al jefe.

El cabo se llevó a Luceño hasta su calabozo. Siguió un largo silencio en que jefe y subalterno se miraron. El jefe dijo al fin.

—¿Qué tipo más raro...? ¿Será un simulador?

—Yo creo que dice la verdad.

Y después de una pausa: agregó González.

—¿Redacto el parte?

—No; hasta después del interrogatorio de la noche.

—¿Qué les dijo a los periodistas?

—Nada.

—Van a molestar.

—Qué molesten.

LAS INFORMACIONES

—Yo quiero ver al reo Luceño, dijo al señor Tapia un periodista grueso con lentes, hombre de color sucio, roja la nariz, palabra insinuante y suave y ojos miopes que se cerraban continuamente en numerosos gestos que parecían de complicidad.

—¿No hay nada concreto?

—No ha confesado nada.

—Nada.

—Es habiloso.

—Parece honrado.

—Cómo va a ser honrado si lo acusa tanta gente; yo estuve en el pueblo y entrevisté al Comandante Jerez que lo conoce de niño y que lo siguió cuando se arrancó para la montaña (1).

—Jerez está citado a declarar.

—¿Qué juez va a tener la cosa?

—El señor Campusano.

—Gallo es el juez; no lo va engañar Luceño. Yo hice fotografiar a todos los testigos que trae Jerez. Viene todo el pueblo y los dos últimos desbalijados. Yo no tengo interés en el asunto; pero es que el público pide informaciones. Asómese a la ventana, vea cómo devoran los diarios.

Se asomó el señor Tapia y pudo ver que, efectivamente los diarios eran arrebatados por el público ávido del escándalo. Tomó uno de los diarios y lo leyó en silencio. De pronto con gran indignación exclamó.

—¡Pero estos periodistas se han vuelto locos! ¡Quién les ha da-

(1) Ver el primer episodio de esta colección.

do estas informaciones! Yo las desmentiré. Dicen haber hablado con el reo y eso es mentira. ¿Qué dirá el juez de un jefe policial que contraviene las órdenes judiciales?

—La policía tiene la culpa, por que no deja obrar a los periodistas.

—Es que los periodistas deben tener mayor concepto de sus deberes y no mentir ni exagerar las cuestiones. De una noticia sin trascendencia hacen una novela, sin importarles nada la verdad ni la situación en que puede quedar el pobre diablo que ellos atacan.

—No se ofusque si no pasa nada. Además el público tiene derecho a conocer a los enemigos del orden.

—¿Y si yo no diera más noticias?

—Las recogeríamos de cualquier parte, el público lo pide. Vivimos del público y hay que satisfacerlo.

—¿Y si Luceño no fuera ladrón?

Se rió largamente el periodista.

—Me está tomando el pelo... Luceño es un ladrón empedernido, más ladrón que todos los que han venido antes que él, es un verdadero fenómeno, un «caso» ¿Sabe lo que dijo un criminalista que lo vió?

—¿Dónde lo vió?

—En las fotografías.

—¿Qué dijo?

—Que era, que tenía la estructura de un terrible criminal.

Tapia expresó entonces en voz alta.

—¿Será un simulador?

—No ve, cómo lo ha engañado, no ve? Hay que atracarlo, hay que darle fuerte. Tenga cuidado, usted, es demasiado poeta, cree que la policía científica es la que produce mejor efecto, yo creo que no... hay que tratarlo a la antigua.

—En realidad el caso de Luceño es interesante.

En ese momento llegó el señor Campusano, se hizo anunciar y entró a la sala del jefe.

—Buenos días.

El periodista se acercó al juez y dándole la mano le dijo:

—¿Supongo que podré asistir al interrogatorio?

—No creo que tenga mayor importancia; pero es que si usted asiste querrán asistir todos.

—El jefe dice que es una doncella.

—Yo no he opinado para la prensa.

—Pero yo publicaré nuestra conversación.

—Y yo lo desautorizaré; yo lo he interrogado ligeramente sólo una vez. Es al juez a quien corresponde este trabajo.

—Sin embargo la policía interroga siempre a los presos.

—Sí; para facilitarle el trabajo al señor juez.

Salió el periodista de la sala y se quedó escondido en la oficina del Secretario desde donde pudo ver a Luceño cuando con aire cansado y aspecto muy dolorido se encaminaba hacia la sala del jefe.

Y sólo tenía hecha la primera jornada.

He aquí los títulos de la información que el periodista Pulido lanzó al día siguiente al público.

«El caso Manuel Luceño, los jueces y jefes de la policía están perplejos. El bandido tiene un aspecto romántico.—Ha tenido amores interesantes.—Detalles del salteo del Bajo.—Luceño es el más hábil esgrimista de cuchillo.—Aunque su habilidad es muy grande confiamos en que nuestros magistrados no se dejarán engañar.—Un gran criminalista opina que Luceño es un gran simulador.—Cincuenta testimonios en contra de Luceño.—El Comandante Jerez, el gran cazador de bandidos habla para «La Guía».—Los años que Luceño tendrá que pasar en la cárcel.—En ningún país del mundo ha habido un tan gran bandido a los veinticinco años.—Grandes informaciones exclusivas de «La Guía».

Con estos antecedentes, demás está decir que Luceño no sal-

dría bien parado. A ningún periodista le convenía ir al fondo del asunto, llegar a la verdadera demostración de los sucesos; el público necesitaba hechos horribles y fantásticos para nutrir su avidez morbosa, y los periodistas consecuentes con el espíritu del siglo, profundamente sensacionalista, condimentaban sus informaciones con las más feroces novelas, cubriendo la verdad y destruyendo las vidas de los desgraciados.

LA ULTIMA CARICIA

Resistió Luceño los más enérgicos interrogatorios, todas las trampas que los detectives emplean para obligar a incurrir en contradicciones a los acusados. Al principio su faz rebelaba dolor, después se puso silencioso, negándose en absoluto a hablar y, por fin tomó un aspecto rencoroso y vengativo.

González estaba admirado, cada día se robustecía más en él la idea de que Luceño decía la verdad.

Pero la prensa impresionada por la presentación pintoresca de ño Jerez comentaba el cinismo de Luceño. Según ella, constituía un caso que no había tratado la ciencia médica. Cuando el reo estuvo en libre plática, los periodistas lo abordaron, Luceño no les hizo ningún caso.

El señor Pulido, redactor policial de «La Guía» se acercó a Luceño sonriendo de una manera acariciadora, Luceño clavó en él sus ojos francos y lo esperó.

—¿Cómo está, Luceño?

—¿Cómo quiere que esté? Y ¿qué le importa a usté como esté?

—Parece que está molesto con nosotros.

—No; de ninguna manera. Se han portado muy generosos conmigo.

—No hemos dicho nada más que lo que recogíamos en la policía y en el pueblo donde Ud. residió en el último tiempo, en los tiempos de... usted sabe.

—¿Qué sé yo, señor?

—Esa cuestión.. Es que yo no se la quiero recordar.

—Recuérdemela señor, recuérdemela.

—En el pueblo me dijeron que usté hasta había golpeado al señor Cura.

—El señor cura es un perro.

—¿Y el señor Jerez?

—El señor Jerez es un criminal que algún día la pagará. Tanto hace la zorra en un año que en una hora la paga. Y también la pagarán ustedes que son unos grandes bandidos que mienten por paga, ¡cobardes! Cómo si ustedes pudieran tener la responsabilidad suficiente para juzgar a un hombre.

—Pero es que usté Luceño, es muy gallo...

—¿Qué llama gallo usté?

—Para qué se hace el de las monjas... si yo no soy juez.

—Pero escribe en los papeles y esparce por el mundo las mentiras que se le ocurren y lo hunde a uno en la desgracia.

—Es que si usted nos cuenta su vida y sus hazañas, nosotros lo podemos defender.

—¿Defender ustedes? ¿Quién los habrá inventado a ustedes? No creo que el más malo de los hombres pueda serlo tanto como ustedes que escriben en sus oficinas que no saben na de la via ni del dolor. Ah! ustedes son muy cómodos! muy cómodos!

—Pero cuénteme sus hazañas.

—Mis hazañas! Pues bien, escuche, nacer y trabajar y sufrir, ser bueno, verse envuelto en la mentira y caer en manos de jueces, policías y periodistas. Esas son mis hazañas! Mi fatalidá!

—¿Pero qué llama fatalidad? Dígame cuando obró usted por primera vez violentamente, cuando hirió de muerte al primer hombre?

—Al primer hombre... herí... ¿Es que usté cree que yo soy salteador, que yo hey robao, que soy en suma un criminal, como lo han dicho los diarios?

—Es lo que se dice.

—¿Y usté se ha preocupao de averiguar si lo que se dice es la verdá?

—Hay tantos testigos.

—Todos pueden mentir.

—Por qué interés...

—Por miedo, tal vez. Usté sabe que otros mienten por paga!

—Luceño, le doy una oportunidad para que se defienda, dígame qué razones tuvo para castigar a Amador Becerra.

—Yo no le hey hecho daño a Amador Becerra.

—Si no dice la verdad se perderá.

—Yo no he mentío nunca, se lo juro!

—Eso lo dicen todos.

—¿Usté tuvo madre?

—¡Vaya!...

—¿Y tiene hijos?

—Sí...

—Pues bien, sólo le deseo que jamás en la vida sus hijos se encuentren andando por el mundo con un hombre tan canalla como Ud.

—Yo pondré que usté insulta a los que lo quieren proteger.

—¿Proteger?... Ya estoy en la cárcel, luego el juez me condenará por algo que no hey hecho y usté publicará que el castigo está bien.

—Es que Luceño, tú, cuando matas a un hombre no piensas en que puede ser un padre de familia, un hijo único...

—Y ustedes los famosos periodistas, no piensan cuando calumnian a alguien que lo sepultan pa siempre y que puede ser también un padre de familia o un hijo único... Hágame el favor de dejarme, no aumente mi desgracia, hablándome, sepa que soy honrado y harto hombre...

Salió el señor Pulido con el azote de las palabras de Luceño en el hígado. Al salir se encontró con el detective González.

—¿Qué tal Luceño?

—Le hice un reportaje brutal. Es harto gallo.

—Usté lo cree culpable.

—Claro; tiene toda la estampa de los grandes criminales.

Se fué el periodista y entró el detective.

Cuando Pulido salió, Luceño muy atormentado se dejó caer en el banco del patio, mirando al guardia le dijo por el periodista.

—¡Bueno los rotos malos!

Un dolor infinito, un dolor que era algo así como la visión de lo irreparable lo traspasó y lo cubrió de lágrimas.

—Animo amigo Luceño—le dijo González—no puedo comprobar su inocencia; pero le traigo una sorpresa.

—Viene ella, viene Mariquita...

—Viene.

—Que entre.

El detective fué a traerla, detrás de ella con un gran sentido de adivinación entraron los periodistas, siendo Pulido el primero:

Mariquita, traía los ojos enrojecidos de llorar y sin embargo su faz era atrayente y su juventud simpática.

—¡Manuel!

—¡Mariquita!

Un abrazo enorme dado de alma a alma iluminó el terrible patio de la cárcel destinado a los procesados.

Los amantes no pudieron hablar, sólo se acariciaban locamente, como despidiéndose al borde de la tumba. Ella lo besó repetidas veces, puso en su cuello un escapulario, le dió un paquete de ropas hechas por ella y un puñado de monedas.

—Ya me ves, Mariquita.... ya me ves.

—Pero vos tenís que salir de aquí... Y yo que sé que vos sois muy bueno, te esperaré toa la vía... toa la vía!

Pulido, cuando pudo meter baza avanzó;

—Señorita yo soy....

—Un intruso, gritó Luceño como una tromba. Yo no quiero que hable con ella. Es roto muy malo, m'hijita, roto muy malo.

Mariquita lo miró horrorizada.

El periodista insistió:

—El público tendrá mucho interés en conocer detalles de este idilio tan hermoso.

—Le ruego, señor que la deje...

Luceño lo apartó bruscamente. Una carcajada colectiva lo marcó con su fuego.

—Usté no podrá impedirme que hable con ella si ella lo desea.

—Pues, lo impediré!

Luceño le dió una terrible bofetada arrojándolo por tierra aturdido!

Se arremolinó la guardia, Luceño fué conducido violentamente a su celda, Mariquita lo miró alejarse por entre sus lágrimas, luego oyó el rechinar de hierros y salió a la calle desatentada. Allí la esperaban Juaco y un empleado de policía.

Fueron conducidos a presencia del juez que tomó nota de la declaración del obrero y la niña y los dejó ir.

Mariquita iba desesperada y Luceño se arrojaba contra los muros de la celda que le impedían recuperar la luz de su vida que se alejaba tal vez para siempre!

URSULA, LA ARPISTA

Podía decirse que Ursula era una mujer de mala vida que entregaba sus atributos de mujer en el mercado como tantas otras. Pero es que Ursula había fracasado en la vida y tenía una historia lamentable. No sabía de quien era hija cuando tuvo conocimiento que fué mucho antes de lo corriente, era la peladora de papas de una inmunda pensión donde se vendía todo.

Recordaba que todos la golpeaban y que una vez le dieron mucho vino. Más tarde la iniciación fué más clara, nadie la defendía, ella era lo que se despreciaba, lo que se tomaba, por vicio o por chiste.

Un sentido innato de la dignidad la obligó a defenderse a puño limpio de los hombres que la habían hecho una vil carnada. Huyó de allí y se refugió en una casa que no era por cierto un refugio. Allí demostró aptitudes para la música y pudo libertarse relativamente y trabajar como tocadora de arpa en varias casas de diversión hasta llegar a la de la Chirigua que la apreciaba mucho.

El cura, Eduardo Salazar, era su favorito, ella le soportaba sus sadismos y todos sus refinamientos.

Aquella mañana los bandidos estaban allí, los diarios pasaban de mano en mano.

—¡Qué lástima que Luceño tenga una novia!, yo qu'estaba tan enamorá d'él!

—Y es linda la chiquilla, dijo el Cura por causa de ella tuve una pelea con Luceño (1).

---

(1) Ver el N.° 1 de esta publicación.

El Marucho dijo entonces, sentenciosamente:

—Lo que es el destino; ese pobre hombre está pagando lo que nosotros habimos hecho.

Lanzó luego una carcajada y agregó:

—Así es el juego de la biroca... al que le toca..... que se agache.

—Lo malo es, dijo el Cura, que tendremos que alejarnos de esta zona porque van a sospechar de nosotros. Y andan como perros buscando la banda de Luceño.

—Ahora voy a cuidar a Luceño apuntó la Ursula. El último pupilo que tuve salió en libertá y se fué. Era un pobre viejo que se había robao unos bueyesitos a un jutre que tenía más de veinte mil.

Ursula ocupaba su dinero ganado a costa de su vida a socorrer a los presidiarios más desamparados que caían a las cárceles. Ahora estaba interesada por Luceño como todo Santiago que esperaba palpitante el fallo.

—Ese viejo Jerez es harto malo; lo tengo que matar no más, dijo el Cura.

Ya el público estaba dudando; la firmeza de Luceño le era simpática, además el detective González que gozaba de gran reputación tuvo un altercado que trascendió al público con el señor Jerez.

—Tal vez Luceño sea malo después; pero hasta este momento no lo ha sido. Y yo emplearé mi vida en demostrar que esta condena que provocará Ud. con sus mentiras no será justa.

Igualmente González había tenido agrias disputas con los periodistas.

* * *

Luceño fué condenado a diez años de presidio por los salteos con violación y fuerza en las cosas, del Bajo y del Culenar y

por el delito de homicidio perpetrado en la persona de un oficial de policía.

Juraron los testigos que eran todos los campesinos de la aldea de Ño Jerez.

Ño Justo Pastor, el juez, interrogado por el señor Campusano juez de la causa, declaró:

—Yo conozco a Luceño desde que nació, sé que lo han hecho padecer mucho y no le he podido comprobar ninguna de las acusaciones, sin embargo yo me someto al dictado de la autoridá competente que sabe como se ha producido el proceso y que tiene causales para proceder. En cuanto a mí, presentaré mi renuncia de juez. Comprendo que no sirve un hombre que no es capaz de ver lo que ha visto todo un pueblo. El anciano antes de salir, se dirigió a Luceño:

—Yo no creo que tú seas malo; yo seguiré siendo tu amigo. Adiós.

El pobre Luceño no pudo contestar.

Luego hablaron los testigos diciendo una lección aprendida; los castigados por los salteos habían conocido a Luceño en rueda de presos, luego no le quedó al juez, más recurso que proceder de acuerdo con las leyes.

Luceño no se defendió; oyó la sentencia sin hacer un comentario, no miró a nadie y se dirigió a su celda con paso firme: sabía que estaba dentro de lo irremediable.

Al día siguiente lo llevarían a la Penitenciaría. Su proceso había durado seis meses.

A la bajada del celular se encontró por primera vez con Ursula.

Le alargó un ramo de flores y le dijo que no creía que fuera malo y que lo cuidaría como si fuera un deudo. También estaba allí el Ballena, concentrado, con su bocaza plegada rencorosamente.

Después de corta detención en las oficinas del penal y en la del director, Luceño marchó a ocupar la celda 54, frente a la 52 en la galería 14.

Cuando lo encerraron en su celda y se sentó en el camastro, Luceño sólo pensó en algunas frases que le dijera el director.

—El jefe de policía te recomendó: aquí podrás aprender un oficio y si observas buena conducta podrás desminuir mucho tu pena. En mi tendrás un amigo, como todos.

—Un amigo, pensaba Luceño, un amigo. La luz dorada de la tarde penetraba por el ventanuco, de vez en vez pasaba el centinela con «bala en boca» que cuidaba que no se evadiera.

Mientras fué de día, el pensamiento de Luceño mariposeó. Pensó en el agente González, en la muchacha que le regalara flores, en Mariquita, y... en los diez años que debería cumplir.

Ño Jerez era una sombra enrojecida, un hombre a quien pensaba matar en la primera oportunidad.

Se recostó en el camastro, reparó en las inscripciones dejadas por penados anteriores que padecerían tal vez por motivos análogos a los de él:

Borró una frase obscena. ¡El no comprendía aún que la maldición pudiera ser un consuelo!...

—Maldita sea la madre que la parió a la perra que me encerró en esta celda, juro arrancarle las entrañas y el corazón por falsa!

Más abajo escrito por la misma mano un nombre «Margarita, perdóname, te quiero». «Margarita espérame».

Luego algunos apóstrofes contra los cuidadores de los patios y contra los jefes, contra aquel amable director que se decía amigo de todos...

Comió de la comida del presidio y por fin se encontró perdido en la noche, chocando con sus pensamientos.

Sintió que su ser estaba como envuelto entre un ruido in-

forme, más tarde le pareció que algo lo levantaba del suelo y lo conducía por el aire, él no sabía a que oscuras regiones.

No se daba cuenta de la marcha de las horas, su primera noche parecía no tener aurora. De pronto como puñaladas, sobre su insomnio, resonaron varios gritos terribles que hicieron rechinar los hierros del penal y estremecieron a todos los reos que vivían a la sombra del dolor.

Era el de la celda 52 que estaba en la cárcel por amor, un hombre que había amado con toda la fuerza de su vida a una mujer liviana y cruel, sin un rudimento de responsabilidad.

Los gritos ya eran conocidos en el presidio, correspondían a momentos de angustioso delirio y eran siempre iguales...

—«Le marqué la cara por que era linda y por que no quiero que nadie la pueda querer, la marqué por que la quiero. Condéneme a muerte, señor Juez. Marina, perdóname! perdóname! perdóname!

Después de estas crisis el pobre apasionado perdía el conocimiento.

PANORAMA

«Calabozo de mis penas
sepultura de hombres vivos
donde se amansan los guapos
y se olvidan los amigos».

Bien ha definido el sentir popular la cárcel. Es en realidad una mansión donde sólo se muere, donde nadie puede regenerarse, donde a nadie se le ama, dónde se marca con el fuego de la ignominia para siempre! El que cumple una condena está condenado a llevar el grillete para toda la vida!

Y dentro de nuestro país donde nada se hace bien, la cárcel es un aquelarre.

Luceño debió vivir entre delincuentes perversos de toda perversidad; entre hombres manchados por la vida, entre múltiples dolores y asquerosidades.

Un día comprendió la razón de las miradas de fuego que se echaban los hombres, se dió cuenta de que hasta los más perversos instintos florecían en aquel lugar terrible. Era un joven zapatero de obra fina que debió tomarle, por entre las rejas la medida del pie a una linda mujer. Luceño lo vió temblar, luego doblarse y caer deshecho por un espasmo de amor sobre las baldosas del penal. Entonces comprendió la razón de la agresividad de los hombres que defendían a sus «amigos» con las armas en la mano.

Notó que desde que los hombres pierden su nombre para tener un número y viven bajo la férula de los guardias ignorantes y mal pagados, son peores que esclavos. Pagan los disgustos de sus cuidadores, ellos constituyen la carne irresponsable, todos

pueden apalearlos y calumniarlos impunemente, en el presidio no existe la piedad.

Se dió cuenta de que la venganza y la muerte tengan allí sus mejores santuarios y comprendió que era lógico que todos procuraran aprender más recursos para vengarse de la sociedad.

Sin embargo pensó con toda su alma no volver más al presidio, pensó que con la recomendación del jefe del penal podría encontrar donde trabajar. Defendió su integridad a puños, se dejó cuidar por Ursula, leyó con emoción de vez en cuando cartas de Mariquita y trabajó cuanto pudo.

Muchas veces lo cogió la desesperación y pensó morir o matar; pero afortunadamente su juventud era fuerte, capaz de eliminar todo veneno.

¿Injusticias?

También las resistió. Las resistió sin defenderse. En realidad el dolor «amansaba».

El director del penal le tenía muy buena voluntad, los reos estaban molestos por ese favoritismo y por que Luceño se había mantenido aparte, lo creían un espía.

Una tarde de invierno cogieron a Alberto, el apasionado de la celda 52, para hacerlo víctima de sus caricias. El muchacho se defendió cuanto pudo: ya iba a ser vencido cuando Luceño, fuerte, audaz, lo apartó de todos y dijo:

—El que lo toque, se verá conmigo.

Audaz, un homicida enorme se lanzó contra Luceño que lo tendió a golpes y a cuantos con él se atrevieron.

Se instauró un proceso; pero averiguada la verdad, Luceño fué solamente amonestado mientras los demás sufrieron un duro encierro.

Luceño se hizo amigo con Alberto que le enseñó muchas cosas de «letras» como decía el campesino.

Pero el muchacho empezó a ponerse raro y hasta chocó con Luceño que lo quería tiernamente.

Le volvió el delirio cada vez más violento.

Era una locura triste, mojada de llanto, una locura tierna.

Un día habló largamente con Luceño, y lloró mucho mientras hablaba, el campesino lo miraba como sin comprenderlo.

Alberto había sido un elegante en la vida, un refinado y un gastador de dinero.

Casado con una linda mujer la abandonó por una mundana, después el dolor lo envolvió en su turbión lo hirió con su zarpa y la cárcel fué el último refugio de su locura de amor.

Una linda mujer acompañada de una hermosa niña de cuatro años penetró a través de las rejas feroces del penal y después de una conversación con el Director, Alberto, el de la celda 52 fué llamado hasta la oficina.

—Aurora, tú aquí! Albertina, mi hijita.

Abrazó a su esposa y besó y jugó largamente con su hijita.

Cuando el plazo para verse hubo terminado la mujer le dió sus labios, lloró la niña porque la separaban de su padre, y al retirarse, la mujer, como quien dispara un navajazo por la espalda, le dijo:

—Ya ves, la otra no viene.

Y se alejó.

—La otra no viene... murmuró Alberto.

—Es verdad que no viene repitió desesperado, debe estar con el otro, con el otro, con aquel cargador asqueroso del muelle fiscal!

A partir de aquel día su humor fué más y más insoportable, a penas lo consolaba su hijita, lo seguían atenaceando las palabras de su esposa:

—«La otra no viene».

Con que gusto la hubiera abofeteado si no hubiera tenido razón.

Ella era más fiel, ella que lo había padecido todo, perdonaba, amaba y venía, la otra no. La otra, la asquerosa, la hembra ruin, la hetaira vulgar se revolcaba de nuevo en los fangos de donde él la había arrancado.

Una noche, el pobre Alberto gritó más; parecía que lo herían a traición. Al día siguiente la celda 52 poseía su fruto de muerte, su novela pasional lamentable y triste.

Luceño lloró por su amigo.

Y también deseó matar a «la otra» que nunca fué a la cárcel.

He aquí lo que el estadístico anotó en un libro muy gordo:

Reo 480, Alberto Reinoso muerto por suicidio (se ahorcó en su celda, edad 24 años...

Lea el número 4 de esta colección intitulado:

Una tragedia de amor

Talleres de la Editorial Nascimento. A. Prat, 1430. Santiago de Chile.—1928.

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas .... $ 6.—

Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas .... 6.—

Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos .... 6.—

Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela .... 6.—

Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos .... 5.—

Tonada del transeunte, poemas ... 4.—

Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela .... 6.—

Sus mejores poemas .... 6.—

Golondrina de Invierno, novela.. 5.—

M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas .... 6.—

Eusebio Lillo.—Poesías .... 6.—

T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—

Los figurones, novela .... 5.—

Daniel de la Vega.—Las Instantáneas .... 6.—

Las montañas ardientes 2.50

La música que pasa 2.50

Los horizontes .... 4.—

La luna enemiga .... 3.—

Un año de Inquietud .... 6.—

Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—

Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición .... 8.—

N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela .... 5.—

Roxane.—Flor silvestre, novela ...... 5.—

Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos .... 6.—

Zurzulita, novela .... 6.—

Ully, cuentos .... 5.—

Fernando Santiván.—El Crisol, novela .... 6.—

Robles Blume y Cia., novela .... 6.—

La Hechizada, novela .... 5.—

Samuel A. Lillo.—Bajo la Cruz del Sur, poemas .... 6.—

Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela ...... 4.—

Páginas de un pobre diablo .... 6.—

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—

Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—

A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas .... 6.—

Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición .... 6.—

Amado Nervo.—Sus mejores poemas .... 6.—

Antonio Cabral.—Eça de Queiroz biografía crítica y cartas inédita 7.50

Romain Rolland.—Mahatma Gandhi .... 6.—

Rábindranat Tagore.—El sentido de la vida .... 6.—

Rubén Darío.—Obras de juventud 7.50

Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela .... 6.—

Gastón Leroux.—El fantasma de la ópera, novela .... 3.—

Caballero Audaz.—La sin ventura, novela .... 5.—

E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino .... 5.—

Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela .... 5.—

H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela .... 5.—

Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho .... 6.—

M. E. Braddon.—Lucía, novela ...... 3.—

Pérez Escrich.—El cura de la aldea. (Resumen de esta novela adaptada al cine con el título de Hijos sin nombres) 0.40

Víctor Hugo, Schiller y J. Benavente.—Cartas de amor 4.50

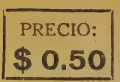
Trilussa.—Poesias.—Traducción de las mejores fábulas 4.50

Hernández.—Martín Fierro .... 5.—

Eduardo Rod. — Vida privada de Miguel Tessier .... 6.—

N.º 4

La Novela Policial



"Una Tragedia de Amor"

4.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. Acevedo Hernández

IMPRENTA NASCIMENTO
1928

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :: CONCEPCIÓN, Colo-Colo 419

Año I — Santiago, Febrero de 1928 — N.° 4

"Una Tragedia de Amor"

4.° episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNÁNDEZ

UN MAL AMOR

Una pincelada de horror recargó más el espectáculo cuotidiano de la Penitenciaría. Ante el cadáver de Alberto Reinoso todos los reos, aun los más obsecados, derramaron lágrimas, era tan bueno, tan débil, y luego su crimen no tenía importancia: había sido pasional. Alberto era un sentimental nada más, un niño que había caído por causa de una mala mujer.

—No se dió cuenta este pobre ñato de que la mejor mujer merece que la maten mil veces. Algunas conozco yo que ni al tener hijos se han corregido—dijo un presidiario viejo. Y agregó:

—Yo también maté a mi mujer, y por menos que éste; padezco por ella y hasta cierto punto merezco el castigo. Pero no me quiero acordar de eso.

Todos tenían algún comentario menos Luceño. Manuel Luceño que había pasado su vida entre hombres y que recordaba

lejanamente a una madre que había sido muy tierna, a la loca Juana y a su Mariquita que le había dado tantos besos y promesas de esperarle eternamente. (1)

—Las mujeres—dijo otro reo de aspecto muy despejado—son unos animales muy versátiles. Y cuando uno cae al encierro lo reemplazan invariablemente. Cuando le vienen a dejar algo o a verlo a uno están inquietas y muchas veces se van antes que suene la campana. Es que las más tienen el «marchante» a la vuelta.

Escuchaba Manuel a los reos, los miraba uno a uno y trataba de darse cuenta de los dolores que cada cual ocultaba. El caso es que comprendió que nadie lloraba por la tragedia del pobre Alberto sino por su propia tragedia interior; todos tenían mujeres o amadas y desde luego nadie podía estar seguro de ellas.

—El que cae aquí—dijo otro preso—se acaba pa siempre, de la reja pa entro está el infierno, aquí desaparecimos, pa nosotros no quea sino el dolor y el crimen. Yo cuando salga, diez minutos más tarde, mataré a dos personitas y volveré de nuevo. He pasado contando los minutos, las horas, los días, los años; tengo el arma con que haré justicia, y lo demás ya no me importa.

—¿Y usté compañero, qué tiene que decir?

—Yo... conozco muy poco el mundo, y en materia de mujeres no entiendo pito—repuso Luceño.

* * *

Luceño había sido el único amigo de Alberto. Recordaba que una tarde, precisamente el día anterior a su suicidio, víspera de Pascua, el pobre muchacho, con lágrimas en la voz, le contó su lamentable historia y le confió un libro en que había ido anotando los acontecimientos más salientes de su vida.

—No se lo entregues a mi mujer sino a mi madre, quiero

---

(1) **Véase el N.o 1 de esta Colección titulada Manuel Luceño.**

que ella que me quiso tanto, que me crió como una flor, me perdone. No quiero que este cuaderno sea leído por nadie de aquí, ni por el director. Ese hombre no me comprendió jamás, creyó que yo era un criminal vulgar, nada más. Ese hombre no existe, si tuviera corazón y alma no se ocuparía en un lugar de castigo, no viviría graduando el dolor ajeno, el dolor de los desamparados de la vida, ni mantendría una disciplina en pugna con todos los impulsos humanos.

Luceño recordaba las palabras de un penado viejo que cumplía su tercera condena.

—La cárcel es un sitio de represión, donde se castiga temporalmente a los reos para devolverlos renovados a la sociedad, así dicen los que viven del dolor ajeno; pero la realidad es muy distinta: la cárcel es una fábrica de dolor y de vergüenza. Como has sufrido mucho, como te has encanallado mucho, deseas cambiar de vida; pero te encuentras en un callejón sin salida, en la cárcel te han marcado y te han enseñado a despreciarte, y tú serás criminal toda la vida, porque te despreciarán, porque no creerán en tu regeneración y te mancharán con sospechas estúpidas y te cercarán como a una fiera; así como a esos animales que apartan en los rodeos, y te traerán de nuevo a la cárcel hasta que te maten.

Seguía Luceño el hilo de sus pensamientos que se enmarañaban entre el mar de contradicciones de la vida, y entraba de lleno a pensar en la tragedia del pobre Alberto, que tan buen muchacho había sido.

Contemplaba el manuscrito que éste le confiara, le llamaban la atención las letras tan raras, tan pequeñas a veces, grandes después, algunas claras otras muy difíciles de entender, al menos para él.

Cuando la esposa y la hijita de Alberto vinieron por un permiso para obtener sus restos con el fin de sepultarlo entre su familia, Luceño las vió llorar copiosamente.

Torpemente aventuró una pregunta.

—¿Usté, señora, lo quería mucho?

—Mucho, como nunca se lo pudo imaginar; me abando ó

con mi hija, se gastó nuestro patrimonio, nos escarneció y jamás dejamos de quererlo.

Luceño la oía y pensaba en si debería cumplir la voluntad del que no existía respecto del manuscrito, o entregárselo a la esposa que le parecía tan abnegada.

Por fin preguntó:

—¿La madre de Alberto está viva?

—Sí, y desesperada. Ella no merecía un hijo así.

—¿Podría decirle que viniera por acá, que preguntara por Manuel Luceño? Yo tengo algo que darle a ella.

—¿De Alberto?

—Si señora.

—Creo que sería igual que me lo diera a mí.

—Perdóneme, señora, yo debo cumplir la voluntad del finao.

—Muy bien, repuso la viuda llena de despecho.

La curiosidad pudo más en ella que el rencor, se detuvo con el objeto de averiguar que cosa era aquella que Alberto le había dejado a su madre con exclusión absoluta de ella.

Luego comprendió que el campesino no diría nada. Se volvió para despedirse. Luceño vió su semblante severo; pero no pudo evitar la última pregunta.

—Señora, ¿por qué se perdió Alberto?

—Por un mal amor,—repuso secamente la señora.

Ya habían firmado la orden que autorizaba a la esposa de Alberto para retirar de la Morgue los despojos del que había sido su marido. Se retiró pues rápidamente.

Luceño se quedó contemplando la graciosa silueta negra que dividía la luz del mediodía.

—Qué mujer más linda,—murmuró.

Y después de una pausa.

—¿Y la otra cómo será?

EL MANUSCRITO

Era un manojo de papeles de toda estructura, escritos nerviosamente, manchados con lágrimas, estrujados con furor, tachados en los sitios en que se había deslizado alguna blasfemia o algún insulto en contra de ella, de Marina, la mujer fatal que tanto sabía del amor y de la muerte.

—¿Cómo había podido esta mujer hacerse querer en esta forma?—pensaba Luceño.

No quería leer el manuscrito, y aunque puso en ello toda su voluntad no pudo resistir y se encerró en su celda con el objeto de saber el contenido de los papeles y compararlo con la historia lamentable que Luceño le contara la víspera de su fin (1).

«Escribo estas memorias, empezaba el escrito, porque tengo una necesidad absoluta de confidenciar con alguien que no sea yo, y cuando escribo se me ocurre que el papel es otra persona.

«Si yo hubiera encontrado con quien hablar, con quien pensar, no estaría desesperado; mis recuerdos eran muy tristes y las personas que me rodeaban antes de venir al presidio eran malas, me explotaron, se gastaron el patrimonio de mi familia, me hicieron beber la locura del vino y se rieron de mi.

«Yo fuí un pobre muchacho sin voluntad a quien le faltó una voz que lo guiara por el buen camino, yo fuí un hombre bueno, demasiado bueno, que tuve por madre una santa que por mi causa ha bebido toda la hiel de la vida.

«Madrecita, pérdoname, no pudiste salvarme con tu cariño

(1) Véase el núm. 3 de esta publicación, titulada «La Celda 52».

tan suave como el sol de la primavera; tus santos patronos me abandonaron; aún en la prisión he pedido al Corazón de Jesús, porque pensaba en tí, que me diera voluntad para vivir; pero no me ha oído. Cada día que pasa es para mi un amargo ciclo de desesperación, cada segundo que mueve mi pobre corazón es como una aguja candente que traspasara mi vida.

«Porque yo madre, no sé por qué he hecho daño, yo no quería hacerlo, me resistía; pero era en vano, había una fuerza misteriosa que me impulsaba, había una voz que mandaba, y a la cual yo no podía resistirle: yo he sido un esclavo, un vasallo. A veces revivía en mi el hombre y me rebelaba, me quitaba del campo del pecado y sonreía feliz; pero mi dominio era breve, poco a poco me iban cercando los malos designios y humillado me hacían volver al vicio.

«Oh! madre, el vino, la sangre que arde... oh! no sé, no comprendo que los hombres sean de materia tan despreciable! ¡No entiendo cómo andan por ahí esos rígidos señores que todo lo hacen en nombre del honor, y que sin embargo son los sepulcros, blanqueados del Evangelio!

«Pero también comprendo, madre, que el pecado ajeno no justifica el mío, ¡y yo sabía lo que era bueno y lo que era malo! Tú me lo habías enseñado con tus labios florecidos de bondad como un milagro de Cristo. Recuerdo perfectamente que cuando era niño, sabía aquella historia de los dos caminos: el de espinas que conduce al cielo y el suave que va a la perdición. El mío madre, fué el de espinas y sin embargo yo me he perdido!

«Madre, tú te empeñaste en darme la mujer que me llevó al altar. Yo he tenido alma de vasallo y fuí con ella. Creo que ha sido correcta, que ha sido mansa... hasta me dió una hija que, según todos, tiene mi misma cara; pero esa mujer me perdió.

«Me perdió porque no tenía voluntad, porque jamás pensó por sí, porque jamás se rebeló en contra de mis devaneos; si ella me hubiera dicho reciamente que cambiara mi tren de

vida, la habría obedecido, te lo juro. ¡Me perdió la abnegación de mi mujer!»

Luceño leía esas protestas amargas, e iba poco a poco tomándoles el hondo sentido que tenían, era un alma cobarde, un alma triste la que se abría ante su apercepción pura de hombre bueno que va avanzando a través de las negruras de la vida, y que al ir hurgando se ha extraviado y entrado en uno de esos llamados callejones sin salida.

Pensó que no debía entregar el manuscrito para evitarle dolor a una anciana tan llena de bondad.

Con mayor atención siguió leyendo.

MI HIJA ALBERTINA

«Tengo lástima de mi hija Albertina. ¿No heredará esta terrible cobardía que mueve mis acciones? ¿No se perderá entre el laberinto del mundo?

«La primera vez que me dí cuenta de que sería desgraciada fué cuando un día dió su comida a un mendigo que después de hartarse se rió de ella.

«Tú no sabes cómo lloro! A esa creatura una mala mirada la trastorna, y no tiene a nadie en la vida, su padre que la comprendía la abandonó por correr tras de los que llaman placeres, y su madre carece de voluntad para guiarla.

«Imagínate, madre, una vida que heredará como lastre supremo, los instintos desbordados de su padre y la vacuidad de las voluntades de su madre y de su padre juntas!

«Y como si fuera poco, es hermosa, y la hermosura es también un estigma!

«¿Te das cuenta, madre, del dolor que me asalta cuando comprendo que a su lado soy un ser inútil, incapaz de guiarla, de darle siquiera buen ejemplo? ¡Y nadie puede imaginarse cuánto la quiero, cuánto!

«¡Oh, la inutilidad del amor! ¡No es cierto que el amor sea el elíxir de las redenciones, el amor es solamente un brevaje que nos hace encontrar bello lo feo y que nos anula enteramente! ¡Oh, maldito sea el amor!

«Cuando a mi hija le preguntan lo que será cuando grande, ¿sabes lo que contesta? Pues que será como su padre, o lo que su padre!

«¡Y tú sabes perfectamente, o por lo menos sospechas, lo que soy yo!...

«¿Te figuras, madre, lo que me hace sufrir la inocencia de mi hija? ¿Su inocencia que puede producir tan cruel ironía?

«En días pasados estuvo aquí en el presidio, jugó con todos los reos y besó al más cruel asesino, y en seguida declaró que no quería moverse de aquí porque le gustaba mucho el jardín y aquí nadie le pegaba. Se abrazó a mí y lloró amargamente cuando la separaron.

«Por primera vez sorprendí en ella un gesto de rebeldía; fué cuando volviéndose al guardia que la separó de mí, le pegó con su manita como una flor, y le dijo:

—«¡Malo!

«El guardia se volvió hacia ella y la envolvió en una aviesa mirada: ¡Era la hija del presidiario!

«Aquí no distinguen causales ni nada, aquí todos son escoria, carne para la diversión de los guardianes.

«Mi hijita se fué llorando y su madre pidió disculpas para ella al guardián que, secamente, le dijo:

—«No importa; pero que no se haga.

«¿Te acuerdas de la última Navidad que pasamos juntos, cuando reunimos a todos los niños del barrio, ricos y pobres, ante una mesa de golosinas y una estancia llena de juguetes, y que Albertina repartía? Tú presidías, y parecías, con tu melena alba y tu cara bondadosa, una verdadera santa. ¡Y ahora que tienes clavados todos los puñales del dolor eres más que una santa!

«Cómo jugaron los niños. ¡Qué Babel más espantosa!

«¿Recuerdas que Albertina repartió a los demás todos los juguetes y todos los dulces y todas las sonrisas y que cuando los niños se alejaron cargados de felicidad, se acercó temblorosa a mí y me dió sus brazos llorando?

«Y luego, mirando la casa vacía, me dijo: ¿Se fueron todos cuando se acabaron las «cosas»?

«¿Te acuerdas mamá? ¿Te acuerdas que sólo se calmó cuan-

do tú le cantaste aquella balada con que me adormías cuando niño?

«No sé qué irá a ser de mi hija, yo he perdido, queriéndola mucho, su patrimonio; ella no tendrá ni siquiera un buen recuerdo de su padre.

«Yo quisiera, mamá, que tú la acompañaras en todas sus navidades y la cantaras esa balada que sabe adormecer.

«Señor, aunque soy un gran pecador, no he perdido la fe, te lo pido ante mi tumba, desde la tumba que es esta celda, que te apiades de mi hija y la hagas feliz, medianamente feliz, yo no pido mucho, sé que no tengo derecho a nada; sólo quiero que mi hija tenga fuerzas para soportar su vida y que jamás, Señor, me maldiga!»

Seguía en el manuscrito una parte que Luceño no pudo interpretar, luego había escritura tachada por completo.

Se conocía que el estado del protagonista había sido terrible. Entre varias palabras ininteligibles, Luceño interpretó:

«El cabo... que yo soy... una cosa fea, y... castigado... y yo juro que no es verdad!

«El cabo se ha reído mucho de mi desgracia... el cabo...»

UNA MUJER DE LA VIDA

«Era, madre, una mujer cuyo nombre tiembla en mis labios y me quema el corazón, es un nombre que me avergüenza, que me produce cosquilleos de horror en todos los nervios, fué una mujer que se me abrió fatal y fascinadora, que tuvo para mí todas las embriagueces y todas las hieles. Esa mujer me enseñó a despreciarme, me hizo comprender que yo, que los hombres todos son unos conjuntos de algo asqueroso.

«Si supieras, madre, lo que luché contra esa fascinación. Por primera providencia me hice contar la historia de Marina; había nacido en un conventillo, y desde niña su sangre incontenible la había obligado a seducir a todos los hombres de su barrio para huir después, cuando ya nadie tenía expresión para ella.

«Una mujer así es despreciable; pero a Marina nadie la despreciaba; en el barrio se disputaban con sangre sus fáciles y manchados favores. La pobre madre adoptiva de esta hija de nadie, salida de la inclusa y poseedora de una belleza fascinadora y de una sangre de infierno, padecía todas las vergüenzas. Por fin, un día, Marina desapareció y se hundió en una casa de amor donde la conocí.

«Te parecerá extraño a ti, que eres pura, que tu hijo casado legítimamente con mujer hermosa y amante fuera a dar a un mercado de amor. Pero has de saber, madre, que no hay casado que no lo haga. Te aseguro que todas las mujeres de mercado son inferiores a las nuestras; pero corremos tras ellas. La

famosa despedida de soltero termina siempre en la más abyecta crápula. Ese día conocí yo a Marina.

«Orgullosa de su perfección de formas bailaba, casi desnuda, unas danzas híbridas que ella decía que eran griegas y cantaba con voz cálida y entrecerrando los ojos y sonriendo fascinante, unas canciones repletas de amor.

Ven, te diré la ciencia de la vida,
mi amor no pide, sólo da locura;
a mí se me ama hoy y se me olvida,
yo deshago mi vida y mi hermosura.

Yo sé de los misterios fascinantes,
yo sé lo que es morir enamorando;
yo tengo, en vez de sangre, calcinantes
corpúsculos de fuego y los voy dando...

«Y cantaba y bailaba, y se ofrecía, sabía acariciar en tal forma que era imposible no rendirse. Creo que aquella noche los sedujo a todos.

«Yo tenía en la retina la sonrisa tan pura y nimbada de rubor de la que sería al día siguiente mi esposa, que temblorosa me había dicho:

—«Mañana seré tuya, y me había besado tan castamente.

«Quería yo a mi esposa; pero ignoraba casi por completo lo que era una mujer y me daba cuenta de que con mi esposa no podría hacer locuras. No la podría emborrachar ni obligarla a bailar desnuda, ni a cantar canciones quemantes. Me empezó a desconcertar la pureza de mi novia. Poco a poco, mirando a aquella vampiresa, comencé a olvidarme de mi pobre Helena, y me sentí llevado de una fuerza desconocida hacia esa mujer abismal que en la vida se llama Marina. Y esa fuerza ya no me abandonó jamás.

«Se acercó a mí la linda pecadora y alargándome una copa me dijo:

—«Vamos los dos a beber por su hermosa novia, porque

sean felices y porque ella no tenga reparo en darle todo lo que el amor pueda conceder.

«La miré atontado, se rió ligeramente con una carcajada metálica, acariciadora, me acarició después la barba y me dijo unas palabras que me quedaron para siempre incrustadas en la comprensión:

—«Los matrimonios fracasan por lo general, porque las esposas no saben la ciencia del amor. Todas deberían tomar lecciones, esa sería la única forma de defenderse de nosotras que lo sabemos y lo damos todo, ¡el amor en el hogar no tiene gusto a nada!

«Rió entonces a gritos y la acompañaron todas las demás mujeres, que eran también jóvenes y bellas.

«Yo temblaba como un asogado, quise retirarme, le estaba tomando miedo a aquella mujer que daba vino y sonrisas, que acariciaba con su voz y con sus movimientos.

—«Me voy—dije.

—«Cómo puede ser eso—protestó Marina—. No se irá sin antes tener una «conversación conmigo». Con permiso—agregó —me tomó de un brazo y me condujo a su budoir.

«Allí supe del amor y del pecado, y me entregué para siempre a esa mujer abismo, y por ella vine a la cárcel y lo dejé todo. Esa misma noche le propuse que se casara conmigo.

—«Loco—me dijo—cómo se te ocurre semejante picardía. Si yo no soy una mujer, soy una bestia, si yo soy la más grande pecadora, la más terrible que han visto los siglos. La pobre Mesalina era una enferma. Yo sufro y gozo de una manera atroz, yo moriré amando y enseñando a amar. Yo no sé nada más, ni quiero saber más.

—«Es que a mí no me importa lo que seas, lo que hayas sido, lo que serás, te amo y nada me importa ya el mundo.

«La acariciaba locamente, ingenuamente, y ella correspondía como se le corresponde a un niño. Por fin se levantó y me dijo ya severa.

—«Ya es bastante, no quiero verlo más por aquí, usted debe ir a cumplir con sus deberes.

«Siguió adoptando ese continente severo y me cerró la puerta dejándome desesperado en el pasillo. Me pareció que la tierra faltaba bajo mis pies y comprendí que era el más vil esclavo de la tierra.

«Y si yo no hubiera tomado en romance el amor de esa mujer habría sido feliz enlodándome con ella; pero me perdí y la perdí, ella era así, no se podía modificar, así la había hecho la vida, ¡cómo pudo ocurrírseme, para modificarla, darle en prenda mi vida sin voluntad!

«Pobre mi esposa, fracasó desde el primer momento como mujer de un tan avezado gustador del amor como yo. Al poco tiempo quise que me diera lo que yo sabía y se negó y huyó de la casa y se fué a refugiar en la de su padre.

«Luego tuve fama de monstruo, y el anciano fué a verme y a amonestarme en nombre de la decencia.

«Me reí de él a gritos, y le dije que su hija era una mojigata, que una mujer se casaba para ser de su marido.

—«¿Y qué querías hacer con ella que se horrorizó y huyó espantada?

—«Nada, lo que se puede pedir del amor a las mujeres que nos aman.

«Más tarde vino la reconciliación, la pobre Helena me quería de verdad, vino dispuesta a «todo»; pero fracasaba por principio, ella era una mujer no una bestia como Marina y como yo. Helena debe perdonarme mucho. La he hecho avergonzarse en tal forma que a mí mismo me duele.

ESCLAVO

«¿Recuerdas, madre, el acontecimiento que significó en nuestra familia el nacimiento de mi Albertina? Todos creyeron; y lo creí también yo, que ella sería el lazo de unión entre el hogar medio deshecho y yo.

«Efectivamente, Albertina logró retenerme en el hogar, estabilizar mi trabajo; pensé que me salvaría, y en realidad me habría salvado si la predestinación a que estaba sujeto no me hubiera empujado por la senda oscura.

«Un día llamaron a mi oficina, abrí y Marina entró, llenándolo todo de su perfume penetrante, me pareció que todo temblaba conmigo, que los papeles del edificio se movían. Me faltó poco para caer.

—«Te felicito—me dijo,—he pasado por tu casa y he visto a tu hija y la he besado.

—«¿La has... besado?

—«Sí, como te he besado a ti.

—«¿Y qué te trae por aquí?

—«Nada, la idea de verte.

«Así diciendo, me dió un beso en los labios y partió.

«Esa tarde, después de la labor, en vez de ir hacia mi casa me encaminé al barrio de Marina.

«Cuando ya iba a llegar, me volví y tomé un carruaje que me llevó a casa. Esa noche salí con cualquier pretexto, y me encaminé sigilosamente, como un réprobo, al barrio del amor. Las calles bajo la luz eléctrica me parecieron otras, las estrellas se me presentaban más bajas y todas las casas ya cerradas

hablaban a mi curiosidad; las ciudades se revelan cuando duermen. A medida que me acercaba me iba trastornando más y cuando llegué a la cuadra en que estaba situada la casa de Marina debía equilibrarme para no caer, se me ocurría que iba por un terreno desigual, si no hubiera tenido conciencia de no haber probado una gota de vino, me habría confesado enteramente borracho.

«La casa me salió al encuentro invitándome a pasar. Me acerqué desfalleciente, tuve el dedo sobre el timbre de llamada; pero no me atreví a oprimirlo, el corazón se me salía por la boca, como suele decirse. Me afirmé en el marco de la puerta y cuando pude reaccionar procuré alejarme de allí. Sabía que si veía a Marina estaba perdido. Mas, en vez de escapar en sentido contrario a las ventanas que estaban abiertas y por las que se desparramaban con la luz canciones y frases, me dirigí hacia allí.

«Esperé varios segundos, quise entrar y me volví a la puerta; pero una cobardía, un sentido de vergüenza me alejó de nuevo de la puerta, ahora en dirección contraria a la situación de las ventanas.

«Pero no me fuí como era mi deseo, vagué por todas las calles galantes, despreocupado, indiferente, habría deseado que me llamaran, no quería solicitar yo, favores. Las mujeres pintadas, vestidas llamativamente, estaban sentadas en las puertas o acodadas en las ventanas; parecieron no verme, o tal vez me encontrarían insignificante, o creerían que no tenía dinero. Me molestó esa actitud y pasé y repasé varias veces frente a sus cubiles. En algunas casas se cantaba y bailaba, en otras se producían desórdenes descalabrantes, una pobre mujer ensangrentada era arrojada a la calle y lloraba como un niño perdido.

«Llegué de nuevo a casa de Marina, mi ardor viril había desaparecido, pero me movía la curiosidad, una idea desconocida, algo que no he comprendido jamás. Me parece que aquella noche, y mil más que empleé en pasar frente a aquéllas casas, marché sobre algo que ahogaba el ruido de mis pasos,

que me llenaba de ruido los oídos y que hacía tamboretear a mi corazón.

«Llegué por fin a la ventana y pude ver a Marina acariciando, con su manera felina, succionadora, a un hombre que no era yo.

«Unos celos terribles, que jamás cesaron, crucificaron en aquel momento mi vida.

«No tuve valor de moverme. Golpeé reciamente la puerta y pregunté por Marina. Me dijeron que no estaba.

—«Si acabo de verla.

—«No está.

«Y me cerraron bruscamente la puerta.

«Me alejé llorando, atormentándome la carne y jurando que no la vería más, esforzándome por odiarla.

«Así pasé varios días; sin embargo, tan pronto como podía me situaba en las esquinas próximas al cubil de Marina o paseaba por las calles adyacentes. Para justificarme, pensaba:

—«Cuando la vea, la insultaré, la golpearé.

«Más sereno, me preguntaba:

—«¿Y por qué?

«Luego mi necesidad de verla se hizo absoluta, atenaceante, terrible. Entonces me situé en la calle por donde debía pasar y la esperé muchas horas. Por fin salió, la conocí en el ritmo de las caderas, en la silueta. Si yo la conocería entre mil por el perfume de perdición que emana del ámbar de su carne!

«Pasó a mi lado sin mirarme. La seguí:

—«¡Marina!

«Me miró, y siguiendo su camino, ferozmente despreciativa, me dijo:

—«¡Imbécil! Le prohibo que me siga y que me vea más.

—«Pero...

«La mujer subió a un coche que la esperaba; iría, seguramente, a una cita. Volví y penetré en la casa, busqué la mejor mujer, y ya solo con ella, le pregunté si conocía las razones que Marina tendría para estar tan enojada.

—«Nada; si esta «cabra» es así. Le gusta mucho la varie-

dad. Si no está con nosotras por juntar dinero, sino por amor.

«Después de muchos meses de insistir, de mendigar una entrevista con ella, logré tenerla a mi lado. Entonces me dijo con crudeza:

—«Usted, Alberto, es un hombre sin experiencia, que sufrirá mucho en la vida; créame que le tengo lástima. Comprendo que está enamorado como un imbécil de mí. A mí también me simpatiza. Para mí usted es la realización del más hermoso sueño. A mí no me ha querido nadie jamás, he sido una piedra de escándalo, sólo he encontrado el desprecio que merezco. Yo no tengo más que una sola idea: fatigar mi carne hasta la muerte. Yo lo amo a usted; pero no puedo aceptarlo por esa misma razón.

—«¿Cómo? Explícate.

—«El amor, como lo entiende el mundo, es supremamente egoísta, establece la posesión mutua de los amantes, y yo no podré cumplir esa cláusula primordial.

—«¿Por qué?

«Entonces, con voz que me pareció espantosa, me dijo:

—«¡Porque yo quiero tener a todos los hombres de la tierra!

«Me quedé lelo, la retina se me llenó de visiones orgiásticas. Todas las manifestaciones amorosas de las crápulas cesáreas pasaron rápidamente por mi imaginación y ví a todas las grandes pecadoras concentradas en el cuerpo tan harmonioso de la linda Marina.

«Me miró ella con ojos compasivos y me dijo para consolarme:

—«¿Quieres ser de mis amigos, el preferido? ¿Quieres ser el único que no venga tras de mi carne? Si lo quieres, te adoraré como a Dios.

«La pecadora se arrodilló y avanzó hacia mí de rodillas, con los brazos extendidos en imploración....

«Y... madre, yo no fuí capaz de llevar una chispa de luz al limbo de esa pobre amante, y la perdí y me perdí.

—«Si no eres capaz de esto, me dijo, procura alejarte de mí, será mejor para los dos: no te recibiré más a ti, lo verás, yo

tengo mucho carácter. No trato de cambiar de rumbo porque no podría encontrar la consideración de las gentes. Porque, aunque me fuera muy lejos, siempre se me conocería que he ejercido el amor por pasión y por oficio. Donde quiera que se esconda una mujer de mi clase, el oficio le sale a la cara, y todos la buscan y la insultan y la obligan. Una pecadora no tiene redención nada más que en la Biblia.

—«Yo te rehabilitaré, viviré contigo...

—«¿Dejarás por mí a tu esposa?

—«La dejaré.

—«¿A tu hija?

—«Después de un conato de lucha interior, sofocado por mi insensatez, contesté:

—«También a mi hija.

«En ese momento empezó mi era de esclavo que no pasaría nunca más.

LA CAIDA

«En un drama catalán, dice la protagonista: cuando se va por el camino se tarda en llegar, o se puede una detener; pero cuando se va cuesta abajo la caída es rápida e inevitable.

«Yo no le creí a Marina que se negaría a recibirme, puesto que yo tenía dinero con que comprarla, con que exigirla lo que me diera la gana. Sin embargo, pasaron meses y no logré de ella una sola mirada.

«Accedía a recibirme por dinero; pero toda su seducción desaparecía y su desprecio me hería todas las potencias.

«Recuerdo que hubo días en que amó espantosamente, pasaba por delante de mí, sin dignarse mirarme. Yo era como un perro ovillado frente a la puerta del amo. Al principio peleé y protesté, mas cuando me dí cuenta de que por ese camino nada obtendría, cambié de táctica. (Yo quería conseguir a toda costa mi más total anulación y por ese principio luchaba...)

«Pasaba las noches echado en la tierra frente a su cuarto, oyendo sus manifestaciones eróticas que yo conocía, sintiendo en mi carne un dolor desconocido, y llenándome de asco por mí mismo.

«A veces corría desatentado por las calles hasta fatigarme; o me dirigía a los arrabales solitarios, y allí hacinado en la basura junto con los perros hambrientos lloraba a gritos hasta extenuarme y me golpeaba el rostro y el corazón hasta perder el conocimiento. Mi pobre esposa creía que viajaba por asuntos comerciales. Y la verdad es que iba en dirección a la ignominia.

«Pensaba con frecuencia en mi hija y en mi esposa; mas estaba tan manchado que me avergonzaba sólo mi pensamiento.

«Yo debí suicidarme hace mucho tiempo; pues positivamente era algo fofo, hediondo flotando sobre la vida. Quise matarme; pero, considerando que estaba muerto, no lo hice. Efectivamente estaba muerto .. y estándolo sabía hacer daño a los míos.

«Gasté el dinero en orgías brutales; necesitaba anestesiarme para resistir. Luego pensé que dándole valiosos regalos, Marina me recibiría.

«Empecé enviándole un aderezo que le gustaba mucho a mi mujer, que nunca se había atrevido a pedírmelo por considerar que constituiría un gasto excesivo.

«Se lo envié con uno de esos degenerados genésicos que sirven en esas casas. Se negó a recibirlo. Entré furtivamente en la alcoba y se lo dejé yo, suplicándole en una humilde misiva, que lo recibiera.

«No hubo seda, ni obra de arte que no acumulara para ella; no me devolvía nada; pero no me recibía. Un día penetré de nuevo furtivamente en su pieza y encontré en un rincón tirados todos los preciosos objetos que a costa de tantos sacrificios de dinero y de búsquedas había adquirido para ella.

«Quise escapar y al salir me fijé en su lecho y lo acaricié enloquecido. Entró ella sorprendiéndome, me arrojé a sus brazos y la acaricié ferozmente hasta quedar desfallecido. Entonces la hermosa pecadora, sentándose en un diván, me atrajo hacia sí y colocándome sobre sus rodillas me besó llorando y me dijo:

—«Mi pobre chiquillo, mi pobre loco. Ya no puedo resistir más, he hecho todo lo posible por salvarte; y como veo que no se puede, que tu locura va más allá de lo real, consiento en vivir contigo hasta que pueda, *hasta que pueda*... ah? pero con una condición.

«—La que tú fijes, me apresuré a contestarle.

«Amontonó todas las alhajas que yo le había regalado y las juntó con todas las que poseía y me dijo:

«—Tú eres capaz de arruinarte conmigo, es decir, tendrás que arruinarte porque mi sentido de amor tiene la fuerza de los torrentes: no cesa un solo segundo; para mantener este amor tendrás que entregarme tu vida y tu dinero; pues aunque lo gastes modestamente, como no es abundante deberá terminarse muy pronto, porque como tú tendrás que dedicarte por completo a mí, no sé por cuanto tiempo, nada podrás producir.

«Tan largo exordio comenzó a mortificarme,pensé que querría más joyas, entonces mirándome a los ojos me dijo:

«—Tú tienes una hija a la que quieres más que a todos los bienes de la tierra; y esa hija se quedará sin patrimonio, porque yo lo consumiré; pues bien, yo no quiero que sea una mendiga y deseo que pongas en custodia en el banco todas estas bagatelas que valen buenos miles de pesos. Hoy y siempre, lo único que ha tenido expresión en su majestad el *mil de pesos.* Yo no siento estas joyas y si tuviera dinero no te permitiría gastar nada a ti. Quiero ensayar el amor, quiero saber si es cierto que domina, yo creo que te amo a ti, y sí es verdad, moriré gustosa cuando tú, siguiendo los impulsos de la vida, me abandones para correr hacia los brazos puros que te alargará tu esposa, que siempre estará deseando perdonarte.

«Obedecí; las joyas están en el Banco donde Ud. tiene sus fondos; le ruego que retire esos valores y les dé el destino que crea conveniente.

«Madre, después de este acontecimiento, mi caída fué vertiginosa. Tú recordarás que con grande escándalo me paseé con Marina por los más reputados salones y que la llevé a cuanto sitio distinguido existe.

«En poco tiempo no tuve amigo que no me compadeciera. ¡Si yo vivía con Marina que había sido la esposa múltiple!

«Todo principio de idilio es hermoso. Gocé tanto, que no puedo describirlo. Marina habría sido una chispeante mujer de sociedad; su perfecta distinción la alejaba por completo del ambiente en que actuara cuando yo a costa, hasta de mi vida espiritual, traté de salvarla.

«El dinero se agotó, gasté las joyas, las obras de arte; me

empleé en un Banco y robé hábilmente, yo sólo quería satisfacerla.

«Mi mujer y mi hijita me buscaron en vano, lloraron, hicieron cuanto pudieron por libertarme. Todo fué perfectamente inútil. Yo estaba atado a cadena perpetua, yo estaba desnudo, para mí no había esperanza alguna. Yo era un náufrago que esperaba su ruina definitiva a corto plazo».

Luceño que era un sentimental, había llorado al comprender la desgracia de su pobre amigo. Pensó en Alberto, en la manera como se había presentado. Recordó a su hijita, tan linda, tan dulce. En la gran ternura que destilaba toda la persona de Helena.

A veces se revelaba y decía como muchos otros:

—Una persona hace lo que desea, para cumplirlo sólo necesita un poco de voluntad.

Naturalmente, lo que le faltaba al pobre Alberto era voluntad.

—Yo compañeros soy un hombre de felicidad fácil me basta con poco, un poco de bien pasar, un amorcito, un libro que leer, una canción que cantar. Si aquí en el presidio no fueran tan malos conmigo me salvarían.

Luego, Luceño recordaba también que Alberto le había hablado con horror de castigos refinados empleados en contra suya por las gentes de justicia. Pero su más honda queja era:

—Mi madre no ha venido jamás, tal vez no me ha perdonado.

Confesaba que todo el dolor del mundo, todos los arañazos caídos en su carne, todos los desprecios nada le importaban.

—Si yo no hubiera despojado de su patrimonio a mi esposa y a mi hija estaría muy feliz con lo que he hecho y con lo que me ha pasado. Marina, si bien me ha dado los mayores tormentos también me haconcedido las mejores horas de mi vida. Por ella sé del amor y de la muerte. El objeto de la vida se reduce a amar, por ella supe lo que era este sentimiento, ¡qué más quería!

Luego, entristecido decía:

—También fuí malo con ella. Me dijo muy claro que nuestras relaciones se terminarían cuando ella se aburriera... Era una mujer libre que necesitaba su vida para lanzarla por todos los vientos del amor, y lo que hizo fué cumplir con designios ya establecidos, yo, Manuel, he sido un hombre fatal para los que me han querido.

EL ULTIMO ACTO

«Toda tragedia tiene su final, la mía madre, tiene el suyo. No quiero hablarte de la vida llena de placeres y refinamientos que hice con esta verdadera Venus moderna que sólo tenía un afan: descubrir nuevos caminos al placer, enloquecerse, morir amando.

«Un día me dijo:

—«Creo que luego terminaremos.

«Sobresaltado le pregunté las razones.

«Por que para mí ya no tienes novedad. Yo misma ya no puedo más conmigo mismo, carezco también de novedad. Ya mi vida no vale nada.

—«¿Pero no dices que me quieres?

—«Eso es una tontería. ¿Y tú me quieres?

—«¿Yo?... Pero después de lo que he hecho por tí, ¿te atreves a preguntármelo?

—«Es que yo sé que no me quieres, que no me has querido nunca.

—«Como!—grité exasperado.

—«Un día te propuse que prescindieras de mi carne y te negastes, tu como todos viniste por la bestia y la bestia no puede más... contigo. Como soy una «cosa muy rica», «muy novedosa» y puedo interesar a muchos aún, tengo esperanza de entretenerme más tiempo; pero ya contigo no hay caso. Me aburro soberanamente y sé que tú le has escrito a tu esposa tal vez pidiéndole perdón.

«Esa noche no volvió. La busqué por todos los sitios de pla-

cer de la ciudad sin resultado alguno. Al día siguiente, poco después del amanecer llegó arrastrándose con el traje desgarrado, la cara cubierta de moretones y la carne violácea. La salí a recibir y la acosté.

—«He pasado, me dijo, una noche deliciosa; eran más de cuarenta, más de cuarenta. Cuando mejore iré otra vez......

«Estaba virtualmente deshecha, afiebrada, guardó cama mucho tiempo. Al principio tubo fiebre y gritaba cosas espantables. En el momento del asalto debió tener un miedo atroz, sin duda se rebeló y la golpearon ferozmente.

«La cuidé hasta su completa mejoría.

«Cuando ya estuvo buena, me dijo:

— «¿No estás molesto conmigo?

—«Sería bueno que no hicieras más locuras.

—«No me aconsejes. Si lo «nuestro» ya terminó he vivido como un año para tí, quiero ahora vivir para mi.

«Después de esa fecha, nuestro nido se desquició, mi amiga salía a ofrecerse a todos los mercados, iba con los desconocidos, iba con quien la quería, se marchaba hacia su antiguo hogar y bailaba desnuda, horrorizaba a las propias meretrices. Yo iba detrás de ella pidiéndole se moderara, haciendo el más feroz ridículo.

«Un día desapareció me fué imposible verla más. Pasaron treinta interminables días. La busqué por todas partes, por las comisarías, la morgue, las playas.

«Un día muy cansado me encontré con la noche en un barrio apartado. En un hotelucho de mala muerte pedí una pieza. Estaba en el balcón pensando en mi vida cuando ví por la calle serpenteante a una mujer que se parecía a Marina. Bajé; pero ya había desaparecido. Yo estaba frente a una casa de vecindad, sólo quebrada por medio. Subí de nuevo a mi observatorio, la noche me envolvió por completo, me entretuve viendo parpadear las luces del puerto y escuchando los rumores de la noche. La casa de vecindad pronto empezó a iluminarse. De pronto me fijé en una silueta de mujer que en camisa estaba acodada en el balcón. En la contra luz solo ví la

silueta. Luego noté que se movía en dirección a un gran espejo y que se desnudaba por completo y que bailaba, bailaba como acostumbraba hacerlo Marina. Sin duda alguien tocaba algun instrumento, alguien que estaba oculto. Miré más, súbitamente como un gran gorila avanzó hasta ella un negrazo que la tomó en brazos y la acarició. Luego se entretuvo en tirarla a lo alto y pelotearla.

«Salí a la calle y llamé resueltamente, ubiqué la casa y subí. El negro me golpeó cruelmente y Marina se rió como una loca.

—«Este me entretiene, tú no, este me quiere como tú, y cuando me aburra lo mataré.

«Rió como loca y se arrojó desnuda contra el negro acariciándolo enajenada.

«Hice una composición de lugar. Yo me dije: Esta mujer interesa, porque es linda a todo el mundo; si yo lograra desfigurarla, sólo a mí me interesaría, y ella estaría a mi lado.

«Busqué entonces una navaja y la aceché pacientemente, dispuesto a desfigurarla hiriéndole la faz.

«Después de varios días logré ubicarla en las proximidades de un mercado. La dije, alcanzándola:

—«Quiero que vengas conmigo.

—«No iré, me contestó; te odio.

—«Pero yo te adoro y te quiero para mí solo.

—«Yo no me vendo a nadie totalmente: conservo siempre la libertad de perderme.

—«Es que yo te castigaré.

—«Castígame; haz lo que quieras; sólo lograrás que te tenga más asco. Te tengo asco por cobarde.

—«De modo que yo que perdí mi fortuna, el cariño de los míos, la consideración de las gentes, ¿sólo obtendré de ti, de la causante de mi desgracia, el más absoluto desprecio?

—«Yo no soy la causante de tu ruina, eres tú, gallina, cobarde. No eres ni capaz de castigarme. Se reunieron varias personas a mi lado. Arrojó al suelo su cartera, y dijo:

—«Este señor es don Alberto Reinoso, hombre de buena sociedad, que me adora y del que me sirvo como de un esclavo.

Quiero tener un momento de amor. ¿Quién quiere ir conmigo?

«Varios se adelantaron.

—«Yo escogeré, prosiguió.

«Y luego después:

—«Pásame la cartera.

«Todos estaban pendientes de lo que pasaría, las carcajadas estaban a punto de estallar; me incliné, tomé la cartera y se la pasé.

—«Ella se alejó como una reina, ritmando con las caderas, con todo su cuerpo, un poema estupendo de voluptuosidad.

«Sobre mí cayó un chaparrón de ironía que casi me enloqueció.

LA ESCENA FINAL

«Agazapado como un criminal esperé que apareciera Marina, y cuando estuvo a mi alcance, la seguí, la cogí por la cabeza, la doblé sobre mi cuerpo y le crucé el rostro y la garganta. Luego le herí los pechos opulentos y los brazos; su sangre me bañó el rostro, y sus pupilas me miraron implorantes: no había odio en ella.

—«Termina—me dijo; la muerte sería mi liberación.

«Pasaron breves segundos; la calle que estaba enteramente solitaria se manchó luego de siluetas que corrían amenazando con los puños, de voces airadas que eran como flechazos envenenados. Yo estaba de pie al lado de Marina que se desangraba. Estaba completamente inmóvil, dolorido hasta el alma, con el puñal manchado de sangre en la mano, sin ver nada ni oír más que murmullos.

«La muchedumbre se arremolinaba, un puñetazo se descargó sobre mí, luego dos, tres, ciento, miles tal vez. Los instintos desbordados de la chusma, el hombre primitivo se descargó sobre mí. Me deshicieron, no supe de nada, de nada. Fué una larga noche, de la que cuando desperté nada supe. Fué un sopor sin ensueño, sólo me informaron que gritaba enloquecido pidiendo perdón a la mujer amada.

«Supe que había sido encargado reo, que nadie de mi familia, ni tú, madre, habían reclamado por mí.

«Se me llamaba el «cobarde asesino», y se adornaba a Marina de las más altas virtudes.

«Me imagino cómo se habrá reído ella...

«Madre, perdóname; en mi comentario te nombro como un detalle, no te reprocho, sería injusto si lo hiciera. Comprendo que yo debo ser para tí un dolor vergonzoso, y que no merezco nada, nada...

«Vino un proceso, me negué a defenderme, en la audiencia ví a Marina, amargada, deshecha, siempre hermosos los ojos, más hermosos, velados por la tristeza, siempre altanero el aire, siempre rítmica y fascinadora.

«Interrogada por el juez, dijo:

—«Soy la mujer más relajada de Chile; sólo he querido una vez en mi vida, quise a este hombre sobre todas las cosas; él se perdió por mí, le hice daño y me castigó. No tengo más qué decir.

«Agregó como comentario al margen de su declaración, que yo no la había comprendido y que me agradecería siempre mi sacrificio.

—«Ojalá no quede demasiado horrible, quiero vengarme de la vida y del amor.

«Yo nada dije, en vano se me interrogó.

«Me condenaron a un tiempo limitado, tiempo relativamente corto, que aumentó considerablemente por haber herido yo de gravedad a un individuo que se burló de mí, mientras estaba en el patio de los procesados.

«De la vida de la cárcel no te hablaré, es mejor que ignores las ignominias que me he visto obligado a ejecutar y a soportar. Aquí los dones de la naturaleza han perdido su continuidad; aquí lo absurdo resulta de una lógica enorme. Aquí se marcha sobre el dolor y se va envuelto de vergüenza, aquí no se existe.

«Te encargo una vez más a mi hijita y te mando estas líneas porque no puedo responder de mí.

«Por lo demás, hace ya mucho tiempo que no existo, floto entre lo real y lo irreal, soy un compuesto híbrido de cuanto residuo tiene la vida».

Seguía una serie de consideraciones morales, algunas fechas, por ejemplo.

«*Diciembre 20.*—Tengo necesidad de verla, si no viene me moriré. Hoy me han castigado. He llorado, no por el castigo sino por mi soledad. Mis compañeros son más desgraciados que yo, no tienen siquiera un concepto cabal de la muerte.

«*Diciembre 22.*—Ha venido mi esposa, me ha traído consuelo; pero le tengo mucha vergüenza. Dice que vendrá mañana. Mi hijita está muy crecida y tiene una expresión de tristeza que me hace daño.

«En los últimos días ha llegado al penal otra víctima de la vida, Manuel Luceño. Jamás he conocido un hombre mejor. El me ha enseñado a existir a pesar de todo. Está lleno de esperanza, cree que podrá rehabilitarse.

«Hoy 24 de Diciembre, mi mujer me ha dicho que «la otra» no viene, y «la otra» es la única que podría hacerme desear la vida. La otra me ha olvidado, tal vez no venga jamás. Durante muchos meses la he llamado. Ya estoy casi completamente enloquecido, ya no existo, mi cuerpo es una sombra. Pienso en nuestras noches buenas, en mi hija, en los niños del barrio. Mañana habrá aquí regocijo, vendrán aquí unas «damas», de una institución hipócrita, que especulan con la caridad, a darnos consejos y placeres estúpidos. Hacen comedias morales, creen atenuar nuestro dolor, ¡infelices!

«Yo le daré mañana la gran sorpresa, el regalo de pascua.

«El regalo de Pascua... EL REGALO DE PASCUA».

El manuscrito tenía varias tachaduras y decía por fin:

«Adiós, hasta la eternidad...»

Lea Ud. el N.° 5 de esta Colección, que se intitulará

"LA BESTIA DE FUEGO"

Talleres de la Editorial Nascimento. A. Prat, 1430. Santiago de Chile.—1928.

N.º 5

La Novela Policial

PRECIO: $ 0.50

"La Bestia de Fuego"

5.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. Acevedo Hernández



IMPRENTA NASCIMENTO

1928

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :: CONCEPCIÓN, Colo-Colo 419

Año I — Santiago, Septiembre de 1928 — N.º 5

"La Bestia de Fuego"

4.º episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNÁNDEZ

UN HIJO DEL PRESIDIO

Manuel Luceño sentía grabada en su alma con luz de emoción indeleble que le hacía daño, que lo traspasaba de dolor, la frase final de su pobre amigo Reinoso que había muerto de amor:

«—La otra la otra no viene»...

Luceño que conocía la tragedia detalle por detalle, que había ido deshojando sobre su vida todo el dolor de su amigo, se horrorizaba al pensar que aquella mujer no hubiera aparecido por la cárcel a consolar al hombre que por ella se había perdido.

—Pero debió amarlo, pensaba, ya que ante el tribunal no lo acusó. Tal vez tendría vergüenza de verlo... y por esa razón no vendría (1).

Se sorprendía al comprender que todo su esfuerzo tendía a justificarla y muchas veces sintió con horror que tenía necesidad de verla, para increparla por su maldad.

---

(1) Véase el N.º 3 de Las Aventuras de Manuel Luceño.

La verdad era que el nombre de Marina, estaba constantemente hiriéndolo con una inquietud que crecía cada vez más.

Ursula venía regularmente a verlo y alborotaba el penal con sus quimeras. Luceño sentía por ella un afecto muy grande y perfectamente fraternal. Ursula reñía con los guardias y se defendía de las galanterías con el mayor desenfado, y cuando hablaba a Luceño su voz cambiaba luminizándose con un tinte de melancolía que la alegre pecadora desconoció hasta entonces. Un día lo abordó valientemente.

—Esa... Mariquita es muy güenamoza, ¿es cierto lo que dice el cura? (1).

—¿Cuál cura?

—Ese compañero de ño Ramón.

—¿Anda por ahí ese?

—Si; tú pagas los crímenes que ellos han cometido; ellos han hecho todos los salteos de los que te acusaron.

—Lo sabía—dijo Luceño—déjalos que se escapen y que Dios les ayude. Mientras no me culpen ellos a mí.

Después de una pausa la dijo:

—Esa mujer de que me hablas es bonita, la llaman Mariquita la güenamoza y ha sío mi primer cariño.

—¿No querrías a otra?

—No lo sé. La vía lo dirá.

Terminaban esos coloquios con unos silencios punzantes que hacían sonreír a los guardias.

—Cuando Luceño salga, se casan... decían. Ellos se miraban a la cara y a los ojos y sonreían. Muchas veces Ursula lloró amargamente después de estos escarceos en que ella ponía toda su esperanza y su ternura de mujer.

Su esperanza era un presidiario y ella era una pobre mujer; sin embargo siempre se imaginó que no lo merecía y sintió odio por Mariquita que soñaba junto a las faenas del ferrocarril de Lebu en su amor que se hacía obscuramente trágico.

Luceño cargaba así sus grilletes de presidiario y sus cadenas de amor. Era feliz, sólo aspiraba a dejar el presidio para recomenzar su vida. No sabía como empezaría; pero estaba seguro de orientarse. No sospechaba Luceño aún, a pesar de todo su vía

---

(1) Véase el N.º 1 de esta Colección.

Crucis la fuerza de los tentáculos del odio, ni la verdad que el optimismo humano trata de desconocer, sobre los designios inexorables del destino.

Una gran crisis de trabajo lo obligó a abandonar el taller sin producir nuevas obras. Entonces trató de educarse leyendo los libros de la biblioteca del penal, en su casi totalidad místicos.

Así transcurría su vida, sin más variantes dignos de mensión, sumida en un mar de esperanzas indecisas, sin primeros planos ni perspectivas.

En realidad, para los presidiarios el camino no tiene principio ni fin, ni dirección definida.

Una tarde que unas damas hicieron una fiesta, vió Luceño llorar a un penado anciano, se acercó a él:

—¿Qué le pasa, compañero?

—A mí? na. Qué quiere que me pase.

—¿Y por qué llora?

—Lloro por que he cumplido y tendré que irme...

—No quiere usté salir en libertá.

—Amigo, ningún presidiario sale en libertá.

—¿Cómo?

—Se está más preso cuando no se está en la cárcel.

—No entiendo. Yo creo que cuando se cumple una condena, uno queda en libertá de trabajar y de comenzar de nuevo.

—Yo creía lo mismo: pero la experiencia me demostró lo contrario.

Después de una pausa habló:

—Yo vine cuando era joven por una falsa acusación, se me confundió entre una cantidá de criminales que tenían las manos y hasta el corazón llenos de sangre. No pude descartarme y me condenaron a varios años, salí dispuesto a recomenzar la vida. Mi proyecto era casarme con una muchacha que era mi novia de toda la vida.

La encontré: era una mujer tormentosa que se había arrastrado por los rincones de la vida. Dolorida, manchada la encontré. Lloramos al vernos y después de unas explicaciones muy crueles, me di cuenta de que mi corazón, muy bondadoso, estaba dispuesto a perdonar. Ella me prometió componerse, ser buena pa mí. El pasado había muerto. Así vivimos... un año tal vez.

El reo calló echando la cabeza atrás para no llorar.

—¿Y después?—preguntó Luceño.

—Después... después... Amigo, una mujer que peca es como un león que prueba carne humana, una mujer se ha entregado y se seguirá entregando a despecho de todo, no se puede detener. Un día la sorprendí y me dió tanta desesperación que me sentí ajeno a todo sentimiento de humanidá y la golpeé cruelmente, yo estaba en libertad vigilado por la policía que seguía odiosamente mis menores pasos. A donde me volvía había el ojo duro y ofensivo de un agente; por las noches tenía pesadillas horribles en que los ojos se clavaban en mi carne como puñales afilados.

Me detuvieron y como era un expresidiario, me condenaron sin oirme: era reincidente. Cuando salí por segunda vez en libertad ya mi mujer era una «dama de corte» y yo pasé a ser el pasto de cuanto policial ocioso andaba por la ciudad. A veces transitaba despreocupado y sentía de pronto la mano de un agente que me conducía al cuartel. Algunas veces acababa de salir y me detenían. Protestaba yo y me golpeaban diciéndome que era un presidiario viejo reincidente y que tuviera cuidado, que si entraba otra vez no saldría. ¿Está aburrido compañero?

Luceño que lo oía anhelante, respondió:

—Cuénteme por favor su historia.

—Yo era un preso que tenía muy buena conducta, me tocó salir indultado por un decreto del Presidente de la República. Salí, pero me encontré con la vigilancia de siempre y con la desconfianza de todo el mundo. Nadie quería para nada al presidiario. Entonces comprendí que yo era un hijo del presidio, que era la única parte donde podría vivir, sentí el dolor enorme de la libertad de los presidiarios, libertad que era la mayor ironía. Entonces, ¿sabe lo que hice? yo tenía necesidad de volver para siempre al presidio que era mi hogar, que tenía sonrisas para mí. Maté a un hombre muy pobre con un aspecto lacerante de desesperación.

Me llevaron ante el juez que se «alegró» de encontrarse ante un criminal nato, reincidente, lombrosiano. Me interrogó con insolencia.

Contesté:

—Que por qué maté a un hombre? Qué inocente es usté, señor

juez. Quiero creer que usté es inocente y no imbécil. Furioso me llamó al orden.

—Maté señor, proseguí, porque no podía vivir con la famosa libertad que me concedieron. A donde fuí se dudó de mí, la policía me siguió como siempre ofendiéndome con palabras y hechos; yo no podía, no tenía perspectiva de ganarme la vida, nadie quería ni regaladas las fuerzas del presidiario de buena conducta al que se le había dispensado parte de su castigo, al que se había lanzado desnudo y maniatado al suplicio del mundo; yo para poder vivir, necesitaba el presidio, porque no tenía defensa, ¿para qué me dieron libertad si no sólo no me dieron trabajo, sino que me impidieron trabajar, y me castigaron y me persiguieron? Señor Juez, yo no tengo sabiduría para hacer leyes; pero no estoy dispuesto a pagar los errores de los estadistas. Maté para tener un hogar, maté para ver si me mataban para descansar, maté con premeditación y alevosía a un infeliz hambriento que vivía como un encadenado, maté para demostrar con mi sacrificio el sarcasmo de la ayuda de la ley. Ahora, máteme señor juez; solamente puedo vivir del dolor, solamente hay luz para mí en las celdas del presidio!

Hizo una pausa plena de emoción y miró a Luceño que, aplastado por el relato miraba al pavimento.

—Así es la vida, compañero, terminó el viejo presidiario y se alejó perdiéndose entre los ritmos de una alegre tocata que llenaba el local.



LA MADRE

—¡Cabo guardia!

Acudió el cabo al llamado del centinela cuadrado frente a la garita del penal, bajo las almenas coronadas por vigías armados.

—¿Qué pasa?

—Esta señora quiere ver al señor Arcaide.

—No es día de visita, señora.

—Perdóneme, señor: yo ignoro los reglamentos de la Casa; pero quiero ver al señor Director.

—Tenga la bondad de esperar, señora, hablaré con él.

El cabo se alejó por el pasillo, ganó una segunda puerta de sólidas rejas que rechinó al abrirse y desapareció. La señora, anciana cubierta por un severo velo, permaneció clavada en el pavimento sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

En el kiosco de la calle, se amontonaban, vendedoras, muchachos que tenían relaciones con los penados. Un guardia decía en voz alta unos números que correspondían a los reos que las mujeres esperaban. Estas avanzaban y daban al guardia sus encomiendas.

—Se trata de una señora muy distinguida que no ha venido antes aquí.

—Una señora... Hágala pasar.

El cabo condujo a la señora hasta el estudio del Alcaide que

trabajaba en compañía de un secretario. Saludó y se quedó silenciosa, como aturdida.

—Señora, tenga la bondad de sentarse, ¿en qué puedo servirla?

—Señor, soy la viuda de Reinoso, es decir...

Se calló avergonzada y entre sollozos prosiguió.

—Soy la madre de Alberto Reinoso que se suicidó aquí.

—Ah! perdone señora, permítame asociarme a su justo dolor. Aquí tratábamos bien a Reinoso; pero parece que tenía algo perturbadas sus facultades mentales.

—Señor, fué un niño muy despierto que constituyó nuestra mejor esperanza; y se perdió por una mujer de mala vida. La señora cubría de lágrimas su relato. El director, acostumbrado a esos desbordamientos la miraba en silencio.

—Era un muchacho muy simpático, aquí jamás le dimos ningún disgusto.

—¿Por qué cree Ud. que concluyó con su vida?

—Por amor, creemos todos.

—Lo que es el destino de las criaturas... Tenía de un todo: una linda y buena mujer, una hija que lo adoraba y su madre. ¡Maldita sea la que lo perdió, la que lo extravió, la que lo mató! ¡Maldita!

Después de una larga pausa, la señora dijo:

—Me dicen que aquí tuvo un amigo, uno solo, ese tal Luceño, ese salteador de caminos de que habla la prensa y que en su poder dejó algo para mí.

—Ese Luceño, señora, no es un salteador, sufre injustamente y es digno de las mayores consideraciones.

Oprimió un timbre, apareció un ordenanza:

—Llámeme a Luceño a la oficina.

—¡Manuel Luceño!—gritó el guardia en el patio. Segundos después Luceño entraba a la oficina. La señora detuvo en él sus pupilas, se levantó y, acercándose a él le alargó la mano:

—Señor, permítame que lo salude y que le agradezca lo que hizo por mi hijo.

—Señora, ¿es usté la madre de Alberto? (1).

—Yo soy.

---

(1) Ver el episodio N.º 4 de esta colección titulado «Una tragedia de amor».

Siguió un silencio penoso.

—La esperaba, señora; yo no más sé cuanto la quiso. Señora... no es tiempo de recriminaciones, pero me duele mucho el pensar que ese muchacho bueno como el sol no mereció lo que la vida hizo con él. Fué bueno, bueno señora y yo lloré por él. Señora...

La madre no pudo más, avanzó y estrechó entre sus brazos al amigo de su hijo al que la reemplazó a su lado, al que supo sus íntimos pesares.

—Señora, muchas gracias, yo no tuve una madre; pero gracias a usté ya sé lo que es el cariño maternal.

La señora lloraba apoyando su cabeza sobre el hombro de Luceño.

De pronto confundida, se alejó un paso, y mirando a Luceño con sus ojos inundados de lágrimas, balbuceó:

—Perdónele, señor esta expansión a una pobre vieja que tiene el primer consuelo en muchos años de dolor.

Luceño, no sabía que decir, tan valiente como era no pudo evitar que sus lágrimas acentuaran su emoción.

—Durante mucho tiempo sólo he oído decir que Alberto, que mi Alberto era malo, despreciablemente malo; pero usté me dice ahora con un acento muy honrado que era bueno y yo le creo a Ud. Ahora ni todas las afirmaciones del mundo podrán convencerme de que era malo.

—Señora, yo no lo creo responsable de lo que hizo, era un niño que siempre tuvo necesidá que lo llevaran de la mano.

Hizo una pausa. El Alcaide que asistía al coloquio indicó a la señora un asiento y se retiró prudentemente. También parecía afectado por la escena que presenciaba.

Se dejó caer más que se sentó en la silla, Luceño la miraba, con expresión indefinida. Le parecía una aparición maravillosa envuelta en sus ropas negras. Jamás había visto una mujer tan augusta, tan fina; se confundía más mientras más la miraba. La señora notando el estado de alma del preso, se le acercó:

—Téngame confianza, yo soy más desgraciada que Ud. porque soy vieja, porque ya para mi no hay esperanza.

Después de una pausa agregó:

—Dígame... hábleme de mi hijo, que decía, que hacía... que..

—Aquí, señora, se puee decir muy poco y hacer... no se puee hacer ná... ná. Aquí, nadie tiene alma, el alma también está

ausente... tratando de ver, de adivinar como 'starán las personas que uno quiere. Su hijo...

—Qué decía mi hijo, estaría enojado conmigo... estaría... Oh! Ud. cree que mi hijo me perdonó?

—Alberto, jamás tuvo un odio o una mala pasión.

—Una mala pasión... y eso fué lo que lo mató.

—Lo mató, señora el abandono de las personas que él quería más. Ah! usté no sabe como llamaba a su madre, lloraba como un niño recordándola, no tenía otro anhelo...

—No tenía otro anhelo... otro anhelo... Sé que lo mató una mala mujer.

—Quién sabe si siendo muy mala, lo quiso bien... Tal vez ella no tuvo la culpa de su desgracia... Señora... habemos algunos que venimos al mundo cargaos de fatalidá. Su hijo era muy fatal... muy fatal.

—Dicen que con usté me dejó una cosa que no le quiso confiar a la mujer que lo quería.

—Es que era pa su madre, pal único ser que dicen que es bueno en el mundo.

—¿Quiere dármela... esa cosa?

—No quisiera entregársela; le va a dar mucha tristeza, mucha...

—No será más grande que la que he sentido por su pérdida.

Luceño la miró intensamente y le dijo:

—¿Quiere señora que le pregunte una cosa?

—Usté dirá...

—¿Por qué no vino... usté nunca a verlo?

—No me dejaron.. no tuve valor.

—Si usté hubiera venío no lo lloraría muerto hoy. Se murió de soledá... de soledá... Ah! nadie se puee imaginar cómo son las noches de la prisión como se representan las cosas, cómo toos le hacen a uno morisquetas, cómo se desea salir y correr por los campos, cómo se sueña con el sol y cómo se siente el peso del tiempo. En las noches del presidio el sueño es de plomo y los minutos son siglos...

La señora lloraba con la cabeza oculta en sus finas manos marfileñas, Luceño ya no le tenía miedo, se había dado cuenta cabal que la desgracia hinca su garra en todos los corazones sin importarle jerarquía. Estaba casi arrepentido de sus palabras.

Pero es que él tenía, como todos los penados, la necesidad absoluta de decir sus impresiones, sus dolores, de hablar de lo que amaba, de lo que le dolía...

Viendo que la señora nada decía, aherrojada en su dolor, aplastada por la brusquedad de aquel momento de angustia, resolvió entregarle el manuscrito que llevaba en su pecho envuelto en muchos papeles y cubierto por un gran pañuelo de yerbas.

La señora se levantó instintivamente y alargó la mano, recogió el pañuelo, murmuró unas «gracias señor» y se dispuso a retirarse.

Al hacerlo le alargó la mano que Luceño estrechó con toda su ansia. La señora lo envolvió en la claridad angustiada de su mirar, quiso decirle algo; pero no atinó. Se alejó hasta la puerta y volvió de nuevo.

—Señor... Ud. no tuvo una madre... yo no tengo mi hijo... yo...

—Señora, yo no sé que hará conmigo el destino. Además yo soy más malo que lo que era su hijo y tengo que cobrar cuando salga muchas cuentas. Pero le agradezco... le agradezco... Que Dios la bendiga y le dé conformidad...

Sin darse cuenta había avanzado hasta ella y tal vez abrió los brazos. Pero todos pudieron ver que un abrazo profundamente emocionado unía esos dos grandes dolores, esas dos almas nacidas en tan distintos medios pero igualadas por el dolor.

Luceño se quedó como embobado, le parecía un sueño fantástico lo que le había pasado.

—Deben haber sío muy grandes los atajos que le pusieron a esta pobre vieja pa que no viniera a ver al pobre cabro... pensó en su caló habitual, Luceño, saliendo del despacho del Alcaide que le dijo sonriendo.

—Te felicito Manuel, hoy has hecho tu entrada en la sociedad: esta señora es de una de las principales familias.

Luceño sonreía siempre; pero dentro de su alma se desencadenaba una angustia desconocida.



EL DETECTIVE GONZALEZ (1)

El detective González que fué quien detuvo a Luceño, se convenció después de conocerlo de que era un hombre honrado a carta cabal. Tuvo algunos incidentes con la prensa y resolvió tomar por su cuenta la pesquisa que definiría la actuación que a Luceño pudo haberle correspondido en el salteo del Bajo y en el del Culenar.

Pues bien, para obtener datos fidedignos se trasladó a Tango con el objeto de interrogar a los habitantes.

A penas llegado, se dirigió a la taberna del Bajo de don Amador Becerra. Toda la aldea notó inmediatamente su presencia y los muchachos lo siguieron por el camino. En la taberna habían varios peones bebiendo. González pidió también un causeo y dirigiéndose a uno le preguntó:

—¿Este es el despacho de don Amador Becerra?

—Sí, señor.

—Este fué el comerciante que saltiaron hace algunos meses.

—Sí, señor, y esas que están allá dentro haciendo el chupe fué a las que les llegó.

—¿Les llegó?

—¿No ve qu'estaban sin defensa y eran guainas y bizarrotas?

---

(1) Ver el episodio N.° 3 de esta publicación titulado «La Celda N.° 52».

—Ah! ¿las atropellaron?

—Justo.

—Lo hallay justo, vos, güeno que soy pirata, dijo otro peón.

Se rieron todos. El peón que habló segundo ofreció un trago a González quien aceptó gustoso y pidió le permitieran pagar todo el gasto.

—¿De dónde viene amistá?

—Ahora, de Santiago. Vengo a ver si puedo comprar unos bueicitos, soy abastero.

—Ño Jerez, el comandante tiene güena, güeyá.

—Y pasando a lo del salteo... a quien l'echan la culpa.

—Dicen que fué un tal Manuel Luceño, criollo de aquí que golvió, dicen que a vengarse de la gente de aquí que dicen que lo habían tratao con mucha perrera cuando chico.

—Pero la gente de aquí cree que fué Luceño.

—Malo es meterse en estas cosas de justicia; pero le diré que aquí nadie cree que haiga sío él el que saltió.

—Y ¿cómo lo acusaron en Santiago?

—De mieo a Jerez.

—Le tienen mieo....

—No, mieo no; pero el fué el que pidió que declararan en su contra. A propósito, viene que ni de encargo, ese roto, el Coirón jué uno de los que declararon. Eh! Coirón, pasa a echar una gárgara (1).

—Al sordo le dijeron.

Entró el Coirón, siempre vestido desastrozamente y con su aspecto de esclavo.

—Este, patrón, se halló en el salteo y declaró que Luceño había saltiao aquí.

—¿Tú lo viste?

—Por qué me lo preunta. Es autoridá usté?

—No pues, hombre; es una curiosidá.

—El señor es un compraor de animales.

—Ah! yo no tengo ná que vendele.

Rieron una vez más.

—Eres un roto gracioso, quieres servirte conmigo una litrá.

—Claro pues, eso no se preunta.

---

(1) Ver el episodio N.º 1 de esta publicación.

Bebió de nuevo el Coirón y luego estuvo demasiado alegre.
González convidó a causeo a todos. Siguió bebiendo el Coirón y luego se inclinó sobre una mesa y empezó a murmurar palabras patinadas de llanto.

—Escuche.

—Ño Jerez... ah! ño Jerez...

—Parece que lo ha ofendido ese ño Jerez.

—Escuche.

—Más de cien azotes... más... la muerte ah! ño Jerez, ño Jerez, bandío... tras de un acceso de llanto cayó al suelo y no dijo nada más.

—Dice este gallo cuando se «cura» que ño Jerez le pegó más de cien azotes y le amenazó matarlo si no decía que había visto a Luceño en el salteo del bajo.

—¡Qué curioso! Qué interés tendría este hombre en que detuvieran a Luceño.

—Aquí lo saben, pero no lo dicen. Nosotros somos de la chacra de arriba y las echamos.

—Un trago pal estribo...

Aceptaron los peones y se marcharon.

Apenas traspusieron el umbral los obligó a detenerse un enjambre de muchachos que perseguían a la pobre loca Juana que había tenido que dejar su cubil para salir por provisiones. Entró corriendo al despacho. Hasta allí la siguieron gritándole los epitetos más crueles (1).

No entraron por respeto al forastero, éste mudo de horror, miraba a la loca, esta también le clavó sus pupilas espantadas, se le acercó y alargando los brazos en señal de imploración le dijo:

—Si ve a Manuelito, dígale que todos los canallas del mundo están matando a su mamá a pausa.

—¿A qué Manuel?

—A Manuel Luceño, que por mentiras me lo quitaron de los brazos, en la misma puerta de la iglesia y lo siguieron hacia el campo a balazos, como si hubiera sido un criminal.

El detective sacó una fotografía y acercándosela le dijo:

—¿Conoce este hombre?

---

(1) Ver el episodio N.° 1 de esta colección.

Lo miró la loca con detención y lanzando un rugido de alegría gritó:

—Si es de mi Manuelito, de mi Manuelito... El me lo manda, ¿no es cierto?

—Si, señora, él se lo manda.

La chusma había seguido ansiosamente la escena y se agolpaba a la puerta con el objeto de ver; en ese momento la loca de rodillas en el suelo besaba la pequeña fotografía.

Compró el detective las mercaderías que buscaba la loca Juana.

—Venga conmigo, yo la acompañaré a su casa.

En ese momento salía ño Amador.

—¿Usté es el dueño de casa?

—Sí, señor, ¿en que puedo servirle?

—Mande que cuiden mi caballo mientras vuelvo, voy a acompañar a su casa a esta señora. Su brazo señora.

La loca le dió el brazo asombrada, miró a su alrededor y pudo ver las caras maliciosas como una sola y asquerosa mueca y oír el círculo de carcajadas que ondulaba en el silencio de la tarde.

Cuando volvió se encontró con el sargento Urra y dos soldados de la policía. Lo esperaban.

—¿A mí me necesitan?

—Sí, señor; tenemos orden de llevarlo pa entro por desconocío y sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—Usté dicen que le dió a la loca un retrato de Luceño, luego debe ser su cómplice.

—Soy, efectivamente su cómplice.

—Vamos pa entro...

—Y si yo no quisiera ir.

—Lo llevaríamos a la fuerza.

—¿Son muy diablos ustedes?

—Le hacemos presente que no tiene que hacerle burla a la autoridá.

González largó una ruidosa carcajada.

—Con mi comandante no se ríe nadie. ¿Con que usté es compraor de animales, ya veremos de onde ha sacao la plata que tiene. Ya veremos, lo tendremos amarrao al palo pa que lo reconozcan los hacendados unos quince días, va a ver.

—Pero ustedes son muy brutos. ¿Cómo se les ocurre decirle estas picardías a un hombre que no conocen? ¿De modo que ningún desconocido puede llegar aquí porque ustedes inmediatamente lo acriminan lo culpan de cuanta picardía se les ocurre? Había oído decir que el Comandante Jerez era un animal; pero me resistía a creer que fuera un criminal.

En ese momento el Comandante se bajó de su caballo haciendo gran ruido de hierros.

—Quihubo, patrón, no quiere entender? Háganle entender pues. A estos empalaítos los tratamos con mucho rigor aquí.

—Bueno, que quiere hacer conmigo.

—Te quiero interrogar como es mi deber.

—Y ¿qué me quieres preguntar?

—No me vocee aquí, no aguantamos vosaleros, yo soy el comandante, señor Jerez.

—Comandante, señor Jerez, ¿que picardías me quiere preguntar?

—¿Vos conocís a Luceño?

—Yo no consiento que usté me vocee, tampoco.

—Yo soy la autoridá.

—La autoridad debe ser bien educada.

—A mi no me venga con piruletas.

—A ver de onde sacaste el retrato de Luceño que ya está en poder de la autoridá.

—Ya se lo quitaron a esa pobre mujer. Pero le daré más, le daré muchos.

Luego con un tono de dolorido reproche preguntó:

—Dígame autoridad, ¿usté no tiene alma? ¿Cómo puede soportar que toda la canalla del pueblo persiga a esa pobre mujer?

—Es una mala mujer.

—Mentira! Aquí hay una sola persona mala y es usté! Pero le va a llegar. No descansaré hasta meterlo en la cárcel.

Como González hablaba con mucha resolución, Jerez se sintió algo despechado. Lanzó una carcajada y murmuró:

—¡Qué gracioso es el mundo! Conque el ladrón detrás del juez.

Urra se acercó y le dijo:

—¿Lo atrincamos, mi Comandante?

—Tengo ganas que me atrinquen. ¿Por qué no me atrincan infelices?, son como quiltros entumidos.

Ya Jerez que era muy violento no pudo más, sacó su revólver y apuntándole gritó:

—Una palabra más y te dejo seco.

—Dispara, si tienes valor, bandido! dispara! Te diré que no te conviene dejarme salir vivo de aquí. Ya se que tú eres un gran fabricante de bandidos y que a eso debes tu fama. Pero te juro que si le pones la mano encima al detective González éste no tendrá piedad para tí.

Se arrancó la patilla oscura con que se disfrazaba, lo miró con los ojos fulgurantes de desprecio, y agregó:

—Es la segunda vez que nos encontramos, a las tres va la vencida. A la tercera te he de llevar ante el juez, canalla.

Jerez estaba consternado, su bravura se había evaporado, todo el pueblo clavaba en él sus pupilas sorprendidas y todos sentían un extraño cosquilleo de placer al ver confundido por primera vez al comandante.

González pidió su caballo y se alejó paso a paso. Al irse se volvió a Jerez y le dijo:

—Te conviene matarme, aprovecha la oportunidad; en el pueblo nadie te acusaría. Me matas y le echas la culpa a Luceño...

EL CASO DE URSULA

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, Luceño se sentía envuelto en varios conflictos sentimentales.

Ursula, su amiga mejor, su protectora adelgazaba visiblemente y lo miraba con cierta angustia. Un día Luceño la sintió tan desmejorada que la preguntó:

—¿Qué tiene usté, está enferma?

Ursula rió como de costumbre.

—Enferma de amor....

—Dígame la verdá.

—Es la verdá.

—No sea bromista.

Ursula siguió:

—¿Qué no cree usté que el amor es una enfermedá?

—No me puee decir?...

—Le diré. Quiero tanto a un hombre que de tanto quererlo parece que le tengo odio, y el pobre es tan raro que me va a ver morirme a sus pies y no lo va a notar jamás.

Luceño quiso hablar, pero Ursula, sacó su pañuelo y se alejó llorando convulsivamente.

—¡Ursula!—gritó Luceño.

Ella se detuvo.

—Acércate. Y ¿quién es él? Te aseguro que el que no te quiera

a vos tiene que ser un verdadero infeliz. Yo no he visto jamás una criatura como vos.

—¿Deverás?

Y sus ojos eran ahora radiantes.

—Deveras.

—¿Me querrías vos?

—Pero si yo te quiero mucho por tus sacrificios por la alegría que me traís día a día.

—Oye... pero... contéstame: ¿Me querrías?

—Claro; te querría, te quiero y me pondré celoso con el que te cautive.

—Mira que el que me engañe a mis manos morirá. Dime si es cierto que me querís, tiempo tenís tuavía de arrepentirte...

—Ursula!

—Tiempo tengo yo tamién de morirme por este cariño que hasta ahora me ha parecío imposible...

—Entonces... ¡me quieres a mí! a mí!

—A vos... sí... No te quiero, te adoro, vivo pensando en vos, sueño con vos, soy capaz de darle mi alma al diablo por tu cariño.

—Ursula, yo soy un pobre preso.

—Y vos sabís quien soy yo?

—Una mujer buena.

—Una mujer de esas... una mujer... una cantora de tambo... Que ha sío de quien la ha pagao.

—¡Ursula!

—Ya vís eso soy yo. Piénsalo bien. Mañana cuando venga dime la verdá. No te pierdas por lástima. Si me habís de querer tendrá que ser pa toa la vía. Amigos o enemigos... Así soy yo. El amor o la muerte!

Y se alejó taconeando ritmicamente.

Luceño quedó anonadado.

Se dirigió a su celda y se sentó dispuesto a pensar. Ursula, su gatita se acercó a él ronroneando y restregándosele por las piernas.

* * *

Ursula después del esfuerzo que hizo para hablar con energía y alejarse de Luceño, tuvo que detenerse y apoyarse para no

caer. Las lágrimas corrían a torrentes por sus mejillas descoloridas.

Sintió que alguien se detenía a su lado, se volvió y advirtió al detective González.

—Ah! usté! ¿Me quiere detener?

—No, ¿por qué?

—Y entonces, ¿por qué me ataja?

—Si no te hago nada.

—¿Qué quiere?

—Nada, hacerte una pregunta.

—¿Qué cosa?

—¿Qué serías capaz de hacer tú por... Manuel Luceño?

—¡Todo!

—Muy bien. Tu me vas a ayudar a salvarlo.

—¿Cómo?

—Guarda el más profundo silencio que nadie sepa que te has encontrado conmigo.

—Bien.

—Mañana a las 12. ¿Tienes tiempo?

—Si... Espérese... Si mañana tengo que ir al cementerio.

—Muy bien, Fíjate, por el camino de los magnolios va a estar mañana un fotógrafo de barba rubia, ah! Cuando te llame, síguelo calladita y ten la seguridad que el pobre Luceño te va a deber a tí en gran parte su libertad.



LA ALEGRIA DE URSULA

Después de tan encontradas emociones, una esperanza ácida, una esperanza imprecisa que guardaba muchos factores negativos hizo que Ursula, con la idea de ocultar sus impresiones, alborotara en la casa como nunca.

La Chirigua la miró extrañada y haciendo un gesto a otra mujer que se ocupaba en embotellar el añejo le dijo:

—¿Qué te pasa Ursula?, parece que te han llegao güenas nuevas.

—¡Qué güenas nuevas!... Usté cree que a una desgraciá como yo le pueen llegar güenas nuevas? No... es que hoy tengo ganas de meter bolina.

—Es que habrís oído decir que esta noche va a llegar Eduardo...

—¿Eduardo? Y ¿a qué va a venir?

—A verte...

—Eduardo tiene una gringa.

—Pero te quiere a vos...

—Y está celoso... con ese Luceño, dijo la Chirigua.

—Y a qué se viene a meter aquí el Lalo que no sabe que si lo pillan lo agarran y lo meten a la cárcel y allí le salen cerdas?

—El amor pues, m'hijita. El otro tiene necesiá que le hagan cariño y te a viene a ver.

—Pero yo no le voy a hacer cariños. Pa mí se acabó el señor Eduardo Salazar.

—Entonces era cierto que le habías amarrao el cuero.

—El tiene mejores.

—No te metay a tiesa con el Lalo, es hombre de malas intenciones.

—No le temo yo a las malas intenciones de nadie.

—¿Quieres que tomemos mate, Ursula? Acompáñame. Ulalia, trae el cedrón y el culén...

Se apresuró la nombrada que era una vieja prieta y encorvada y se pusieron a tomar mate con azúcar tostada, pan con mantequilla y trozos de cerdo.

—A mi no me gusta el mate solo, decía la Chirigua, el mate sin estos aditamentos alimentaores es pa llenarse de viento. Ahora el mate argentino, no me lo den...

—¿Argentino?

—Claro pues niña; pa qué sirve el mate sin azúcar. Los argentinos llegan a ser verdes por causa del mate amargo, el famoso cimarrón.

Ursula estaba inquieta, sabía que al día siguiente González le haría preguntas sobre la banda de ño Ramón y deseaba conocer noticias a cerca de ella. Temía a Eduardo; pero se congratulaba de su llegada. Después de todo «si me mata me hace descansar», pensaba.

—¿Y de dónde viene Eduardo? ¿Qué no se habían ido al sur?

—Parece que han vuelto. Me creo qu'están por aquí cerca.

—Los van a salir pillando repuso Ursula y se quedó silenciosa.

En realidad se acusaba de traición, ella se sentía ligada a todos los individuos colocados fuera de la ley, se sentía una enemiga de la gente que hace una vida regular y en especial de las autoridades que tienen cárceles y todo género de castigos. Se arrepentía de la promesa que le había hecho a González... Pero... estaba de por medio Luceño que la quería, que la haría feliz...

—En él, pensaba, aunque me trate a patás, seré feliz... Seré feliz con él aunque me tome sólo pa golpiarme, pa escupirme... Luego pensaba que Luceño no podía portarse mal.

—Pasaré antes de ir al cementerio a la cárcel y si no me quiere no iré a ver a González.

La noche había envuelto ya el mundo. Desde una ventana Ursula miraba parpadear las estrellas, contaba las siete cabrillas y le parecía que faltaba una, miraba las tres Marías y las tres Chepas y todos los astros que surgen de la noche. Era hermosa la noche. Se envolvió en un chal y salió a la calle. Anduvo en dirección a Santiago hasta que encontró un huerto que parecía una sola masa de follaje, entró allí y se acostó entre la fronda, y por primera vez en su vida soñó despierta. Sus sueños no eran maravillosos. Se reducían a presentir un hogar, una guagua, un despacho y un hombre amante que tenía la estructura de Luceño.

Era tarde cuando se retiró avanzando por entre la blancura de la noche hasta la fonda. Se había olvidado de Eduardo que le habían dicho que vendría por ella.

Su espíritu se contrarió, sintió un vacío en el estómago y su corazón latió estrañamente.

Ningún ruido había en la cantina. Ursula escuchó un momento y ya tranquila resolvió entrar directamente a su cuarto.

Envuelta en la suave penumbra de la noche plateada estaban la cama y las chucherías que adornaban su velador. Avanzó hasta la cama y se sentó. Tenía un raro presentimiento, sentía una extraña opresión. Buscó los fósforos para encender la lámpara, una voz de hombre que la sobrecogió, que le pareció que arrancaba de las entrañas de la tierra, le insinuó.

—No la enciendas, se está mejor así.

Ursula lanzó un grito pavoroso y escapó de la pieza. Dos brazos robustos, hambrientos de caricias se apoderaron de ella, que, fascinada en el primer minuto perdió la sensación de la vida, volviendo a su dominio sólo cuando la casa se llenó de carcajadas y de pupilas de mujeres que se adentraban a su pieza. La Chirigua encendió la luz y dijo:

—Te tuvo miedo, Salazar, la cabra, y toa la tarde se lo ha pasao acordándose de vos.

—Sería para bien?

—Ursula, entonces con perfecto terror con enorme angustia dijo:

—Andate altiro, Eduardo; sé que la policía vendrá esta noche allanar esta casa, ándate, no te vayan a pillar, por Dios.

—No importa, como al fin me han de encontrar... Para mí la vida no tiene importancia, he venido para amarte y lo demás no vale nada. Y tengo tan poco miedo que hasta ganas de cantar me han dado. Tráeme una guitarra.

—Y si vienen y lo encuentran?—dijo la Chirigua.

—Usté dice que no me conoce, como va a estar usté obligada a conocer a toda la clientela. Quién dijo miedo, bailemos y cantemos que la vida es chiquitita.

Pasaron a las habitaciones particulares de la Chirigua. Ursula que no estaba dispuesta a ser complaciente con su antiguo amante empezó a pensar en la manera de librarse de él sin violencia.

La Chirigua sirvió café y licores. Eduardo tomó la guitarra y con su voz cálida cantó:

«Mi trabuco y mi puñal
son armas que nunca dejo
con el puñal despellejo
y con este cuentas pago.
Si viene la dueña de casa
le daré su pasaporte;
pero si viene una joven
primero le haré la corte,
Chit no nos vayan a pillar.

Verdaderamente inspirado, Eduardo hasta tocó su famosa sinfonía al cuchillo, la música pareció purificarlo, pues cuando Ursula se quejó penetrantemente de unos fuertes dolores, dejó de exigirle relaciones, retirándose a descansar en una cama que la Chirigua dispuso para él en el fondo de la casa.

Sin embargo, sentía una viva inquietud, no le parecía natural la actitud de la Ursula, hizo llamar a la Chirigua para preguntarle detalles.

—Está así, esta chiquilla, muy rara; yo creo que está enamorá?

—Y de quién?

—De ese tal Luceño.

—Pero ese está pa nunca.
—Pero la lesera es enfermedá harto embromá.
—Yo voy a averiguar lo que le pasa a esta dama y si le veo algo malo, la mando altirito pal purgatorio.
Ursula entretanto, no podía conciliar el sueño, que se esbozaba lleno de presentimientos y de terrores.



LA BESTIA DE FUEGO

Entretanto ¿qué había sido de Marina, la pobre pecadora que pudo precipitar a la muerte al desgraciado Alberto Reinoso?

La acción de su pobre amado la había sumido en la más honda tristeza. La última vez que lo había visto fué en el juzgado durante la audiencia en que lo perdonara (1).

Entonces sintió que lo amaba sobre todas las cosas. Esperó que lo pusieran en libertad, dispuesta a pedirle perdón y a dejarse matar por él. Se sentía abandonada, sobrante en el mundo. Incapaz de abandonar su antigua vida, ahora que estaba algo más desfigurada trabajaba en sitios de segundo orden y trataba de matar su carne a fuerza de excesos.

Pero aquella sensación de asco de sí misma que la inundara cuando aún vivía con Alberto empezó a cubrirla de nuevo. Entonces ardiendo de amor se arrojaba a cubos llenos de agua o se atormentaba la carne palpitante con disciplinas o al estilo de los cartujos se acostaba desnuda sobre el frío pavimento de su cuarto. Para alejar a los hombres que la asediaban con motivo de la notoriedad dada por su proceso, adoptó un temperamento soez; quería que la despreciaran, que la abandonaran, que no la miraran, tenía un hondo sentido del dolor, un sadismo que era una especie de arrepentimiento.

---

(1) Véase el N.º 4 de esta serie.

Marina no conoció la muerte de Alberto, lo creía encerrado en la cárcel y en mil ocasiones quiso verlo. Se encaminó entonces al penal estuvo frente a él largas horas sin atreverse a entrar. Temía que el prisionero la increpara, la despreciara.

Por fin abandonó la idea de verlo. Se propuso esperar; pero no pudo hacerlo mucho tiempo. Una tarde se acercó y con esa fascinación que emanaba de toda su persona atrajo la atención del sargento de la guardia que le dirigió una galantería. Marina sonrió y después de un momento se le acercó resueltamente y le dijo.

—¿Podría Ud. darme una noticia?

—La que desee.

—Dígame, ¿hay aquí preso un joven Alberto Reinoso?

—Se mató ese cabro. Se mató por una mujer.

—Se mató? ¿Es cierto?

—Cierto, para que la voy a engañar.

Marina no pudo más, cayó como fulminada por la emoción. Fué socorrida por la gente de la penitenciaría y llevada al cuerpo de guardia donde la atendió el médico del establecimiento. Luceño que trabajaba en la enfermería fué el encargado de traer los adminículos del doctor.

—¿Qué le pasó a esta?—preguntó el alcaide.

—¡Qué linda mujer...!

—Y tiene varias cicatrices... No será... Luceño pensó en la amada de su amigo, en esa mujer que tanto deseara conocer.

El sargento de la guardia explicó:

—Preguntó por Alberto Reinoso y cuando le dije que había muerto cayó redonda al suelo.

Ya Luceño no tuvo duda.

Marina volvió en sí, miró a su alrededor, e incorporándose dió las gracias.

—¿Y qué le había pasado?—preguntó de nuevo el alcaide.

—Señor, perdóneme, soy una pobre mujer de lo más relajada que hay, soy una desgraciada. No he tenido más patrimonio que el dolor y el pecado. Pero en la vida tuve un gran amor. Amé a un hombre más que a todo. El se perdió por mí y... ahora me dijeron que se había muerto.

—¡Usted es Marina!

—Sí, señor.

—Yo fuí el mejor amigo de Alberto y sé cuanto la quiso...

La mujer lloró muchas lágrimas, muchas.

La figura envuelta en la sombra del velo y abatida por el dolor cobraba una fuerza enorme. Luceño la miraba con alma y vida. Por fin había llegado la única mujer que el había deseado conocer, la única. La que había borrado a Mariquita y a la generosa Ursula.

—Aquí, Luceño, fué el compañero inseparable de Alberto; puede hablarle largo de él. Vuelva mañana y le daré permiso para que conversen.

Ahora es necesario que se reponga más.

En un carruaje despacharon a la pobre pecadora a su casa, donde después de una noche de agonía se propuso terminar con su desgracia.

Miles de ideas bullían dentro de su cerebro, estaba medio enloquecida, transformada en un compuesto de lágrimas y vértigos.

Se dirigió a la cárcel, fué introducida y se le permitió hablar con Luceño. Cuando estuvieron frente a frente, ella lo miró con sus pupilas de terciopelo y le dijo:

—Dígame la verdad, se lo ruego.

—Le prometo decírsela.

—Murió... queriéndome?

—Murió por usté.

—Nunca me maldijo.

—Nunca, se lo aseguro.

Después de una pausa, agregó.

—Uno de los dolores más grandes de Alberto fué el no haberla comprendido a usté cuando le propuso que fuera su amigo, el único que no la quisiera por su carne.

—El pudo haberme salvado! El pudo haberme hecho buena! Y nos perdimos los dos, yo siento que no soy sino un algo asqueroso, no comprendo como hay quien me busca para estar conmigo, yo que soy una verdadera bestia de fuego, una mujer que jamás se ha saciado que jamás se saciará. Ah! Ud. no llegará nunca a comprenderlo.

Luceño escuchaba sobrecogido por impresiones desconocidas. Escuchaba a esa pobre mujer y sentía su dolor, hubiera llorado por ella, la habría defendido, la habría salvado. Su bondad

sin límites le insinuaba entregarse a los demás, recibir los tormentos ajenos, redimir en suma el dolor ajeno.

Al despedirse, Marina le ofreció sus brazos y se alejó para siempre.

* * *

Los diarios del día siguiente registraban en su crónica roja un hecho considerado romántico: una mujer se había suicidado en el cementerio sobre la tumba de un muchacho suicida también. Registrada se le encontró una carta que decía:

—Señor perdón, si me suicido; pero yo debía matar la bestia de fuego que tu pusiste en mí para que devorara mi bondad. Ya maté la bestia de fuego!

MARINA.

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................. $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas...................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela............................ 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos......... .... 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela..................... 6.—
Sus mejores poemas............... 6.—
Golondrina de Invierno, novela., 5.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas....................... 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías.............. 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifí, novela.. 6.—
Los figurones, novela............. 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.................................. 6.—
Las montañas ardientes........... 2.50
La música que pasa............... 2.50
Los horizontes...................... 4.—
La luna enemiga.................... 3.—
Un año de Inquietud............... 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición................................ 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela.. .... 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos................................ 6.—
Zurzulita, novela.................... 6.—
Ully, cuentos........................ 5.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
La Hechizada, novela.............. 5.—
Samuel A. Lillo.—Bajo la Cruz del Sur, poemas.......................... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo....... 6.—
V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela.................... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas.................................. 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas.................................. 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición......... 6.-
Amado Nervo.—Sus mejores poemas............... .... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz biografía crítica y cartas inéditas..................................... 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi..................................... 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida........... .... 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud.. 7.50
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela........................ 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la ópera, novela...... .... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela...................................... 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino...... .... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela . ... 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela.................................... 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho............................ 6.
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pérez Escrich.—El cura de la aldea. (Resumen de esta novela adaptada al cine con el título de Hijos sin nombres).............. 0.40
Víctor Hugo, Schiller y J. Benavente.—Cartas de amor........... 4.50
Trilussa.—Poesías.—Traducción de las mejores fábulas............. 4.50
Hernández.—Martín Fierro........... 5.—
Eduardo Rod. — Vida privada de Miguel Tessier.................... 6.—

Printed in Chile

N.º 6

La Novela Policial

PRECIO
$ 0.50

"Un amor humilde"

6.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO

1929

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :: CONCEPCIÓN, Colo-Colo 419

Año II — Santiago, Marzo de 1929 — N.° 6

"Un Amor Humilde"

5.° episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNÁNDEZ

EL INTERROGATORIO

Las palabras de la «Chirigua» se clavaron en la comprensión de Eduardo, que ya había notado un gran cambio en la conducta de Ursula, antes tan acogedora. Era verdad que él debía acusarse de muchas brusquedades, de muchas violencias a las que no había dado importancia con su sentido de macho orgulloso, de mozo simpático, músico y con historia romántica.

En cualquier otro momento de su vida nada le habría importado la actitud de la arpista; pero ahora le dolía como una herida.

Pensó en lo que debería hacer, quiso encontrar pretextos para reñir con ella e inutilizarla, mas comprendió que no tenía derecho a ello puesto que Ursula era una mujer libre. Quiso optar por reirse de su amor ridículo por un encarcelado, y se dió cuenta de que podría creerse que hablaba su despecho herido.

—Lo más prudente es que me vaya y no vuelva más, pensó, ¿qué más da una mujer que otra? Quiso levantarse para hacer efectivo su pensamiento, pero en ese instante llenaron violentamente su memoria las palabras de Ursula, las que había dicho al encontrarlo en su lecho:

—«¡Andate altiro, Eduardo; la policía vendrá esta noche a allanar esta casa! ¡Andate! ¡no te vayan a pillar por Dios!»

¿Sería cierto que la policía debía venir? Y si lo era ¿por qué lo sabía Ursula?

Sin pensar más se levantó y salió al patio, la frescura blanca de la noche lunada fué penetrando en su vida, su inquietud desapareció poco a poco, y entonces su serenidad le apuntó que debía tener una explicación con Ursula.

Preparó antes su caballo.

—Si vienen, pensó, podré escaparme con facilidad. Se asomó a la calle por encima del muro, las casas achatadas dormían esmaltadas de luna, nadie transitaba por ellas, las hojas de los árboles parecían arabescos de plata. Muy lejos, para el lado de San Bernardo se oían ruidos de cascos de caballos.

—Se vendrían por este lado para despistar, se dijo. Entonces se calzó las espuelas y esperó con el corazón palpitante de una emoción desconocida en él.

¿Acaso era miedo?

¿O presentimiento?

Mientras esperaba había olvidado a Ursula que crucificada en su insomnio sentía caer sobre ella oleadas de pensamientos informes.

En realidad tenía miedo, se abría ante ella una senda nueva, inexplorada, presentía que era la del deber; pero como la desconocía por completo no se aventuraba a entrar por ella. Además temía la venganza de Eduardo Salazar que, estaba segura, no la perdonaría jamás.

—¿Pero qué me tiene que perdonar?—se decía rebelde.—Será por lo bien que me ha tratado.

Entonces amontonaba todas las maldades que le había hecho el «cura», como le decían a Eduardo, y se convencía que era un perfecto enemigo.

Recordaba que debía ver al día siguiente a las 12 al detective González y repetía con miedo el sitio donde había oído decir a la «Chirigua» que se encontraba ño Ramón con el grueso de la banda. Mientras trataba de esquivar el tropel de sus pensamientos, sintió que alguien llegaba hasta la puerta de su cuarto, contuvo la respiración para escuchar y sus nervios ya enfermos por las pasadas emociones se encabritaron sobre su vida privándola totalmente de fuerzas. El corazón como una marea se le subía hasta la garganta, la ahogaba. Los presentimientos le apretaban la garganta y detenían el curso de sus venas.

Unos golpes discretos cayeron sobre la puerta, y una voz conocida penetró a través de las sombras.

—Soy yo, Ursula, yo, Eduardo.

—¿A qué vienes? ¿Que no sabes que estoy enferma?

—Abreme, si sólo quiero conversar con vos.

—Espérate, déjame vestirme.

Encendió la luz y se vistió.

Notó entonces con alegría que su alma se llenaba de serenidad. En realidad el caso era curioso. Era a Eduardo a quien le temía y ahora sentía deseos de verle, de hablarlo, de pelear con él.

Resueltamente abrió la puerta.

Eduardo entró y fijó en ella sus ojos; sus labios sonreían. Estaba enteramente vestido, hasta con su manta cari y su volado azul.

—¿Te vas?—interrogó Ursula.

—Tengo deseos de irme. Como tú me dijiste que esta noche vendría la policía...

Ursula calló y no pudo resistir la fuerte mirada de Eduardo. Este agregó:

—¿Y cómo supistes tú que vendrían a allanar la casa?

—Fué un presentimiento. Es que veo toos los días pasar y repasar agentes de la Sección de Seguridad y sé que la «Chirigua» está entre la lista de las encubridoras, y hoy mismo cuando dentré había al frente uno de la pesquisa.

—Esos... como siempre andan matando el tiempo.

Ursula había hablado con un gran acento de sinceridad. Eduardo estaba convencido.

—No vendrán ahora. Tú eres una tonta me has hecho tener miedo por primera vez en mi vida. Ahora no me iría aunque supiera que venían.

Después de una pausa dijo:

—Oye, quisiera preguntarte una cosa.

—Vos dirís.

—¿Es cierto... que estás enamorada?

—¿Qué?...

—Enamorada....

—Dios averigua menos y perdona. Vos no tenís na que preguntarme.

—Te parece a tí; pero a mi se me ocurre que es de otro modo...

—No te entiendo...

—Oye, ¿es cierto que ya no quieres nada conmigo?

—¿Quién te lo dijo?

—¿Es cierto?

—Como quierer na... eso no; pero... es cierto que yo no quiero tener más relaciones con vos.

—¿Y se puede saber por qué?

—Vos lo sabís muy bien. A mi nunca me habís tratao como

persona, pa vos hey sío menos que una prójima, hasta me habís pegao. ¿Te parece bien lo que habís hecho conmigo?

Se había levantado y hablaba en tono silbante fijando en Eduardo sus ojos indignados.

El dejó pasar unos segundos y después dijo pausadamente.

—¿Y desde cuándo una mujer se queja de que su hombre la castigue?

—¿Y por qué habías de castigarme vos... a mí, por qué? Por el contrario debías estar agradecío de quien te acoge y te oculta.

—Mi dinero me ha costado.

—Tu plata se la has dao a la «Chirigua»... a mí no. A mí solamente me has dao tus malos tratamientos.

—¡Mal agradecía!

—No. Con lo que te hey dao a vos me hubiera hecho de un capital bien cobrao. Vos habís sío generoso con toos menos conmigo.

—Tal vez tengas razón. La vida es una contradicción constante, somos siempre malos con lo bueno que encontramos. Pero te aseguro que me extraña mucho tu conducta. Esta braveza te la desconocía.

—Vos no me habís conocío nunca, no te habís dao cuenta de lo que yo soy, me habís tomao al lote, no más... Sólo ahora te estás convenciendo de que soy una mujer que tiene sentimientos.

—Oye, démosle un corte a este asunto. Te diré que te creo una mujer buena; pero se me ocurre que ese enamoramiento con Luceño es tonto. Ese casi se mató conmigo por causa de otra mujer. Tú no sabes si te quiere, lo más probable es que no sea así. ¿Y qué harás cuando él te haya echado por el desvío?

—¿Lo que haré? Llorar. Lo que hice cuando llena de ilusión fuí a vos, que me recibiste a puntapiés. Llorar, llorar.

—No es mucho lo que vas a hacer. Lo mejor es que antes de

largarme a mí averigües bien lo que piensa tu galán y después procedas. Ese niño me tiene llena la cachimba de tierra. Ya una vez que me gustó una mujer se metió conmigo y ahora me quita otra. Dicen que es un rayo para manejar el cuchillo; pero no se ha batido conmigo y tendrá que hacerlo cuando salga. ¡Yo lo veré!

—Luceño es valiente.

—Sí, lo sé. Si no lo fuera no lo desafiaría. Oye a ti te encuentro tonta. Presiento que por ese tal por cual harás muchas tonterías. Mucho cuidado con que te pegues al oído de la policía por defender a tu famoso novio porque si yo veo algún indicio por pequeño que sea te he de partir ese corazón de mujer infiel que el diablo te dió.

Ursula temblaba mirando los ojos fulgurantes de Eduardo que la fulminaban.

—¡Eduardo!

—¿Por qué tienes miedo?... Mis palabras te han dado miedo. ¿Es que acaso la policía sabe que nosotros venimos por aquí? ¿Acaso has sido tú la que la has citado para esta noche?

—¡Yo no hey hecho eso, no! ¡yo soy incapaz de hacer eso!

—¿Y por qué tienes miedo?

—Yo no tengo miedo...

—¡Y ya te caes muerta!

—¡Repito que no tengo miedo!

—Jura, por la memoria de tu madre, que no nos harás traición.

—¡Yo no juro!

—¡Si no juras te mato!

—¡Mátame; pero no juro!

El cura sacó su puñal-joya.

—Yo sospechaba que tú habías cambiado por razones incon-

fesables. Estoy ahora convencido de que estás en relaciones con la policía, ¡convencido!

—¡Idiota!—gritó con voz ahogada, Ursula.—No sé ha dao cuenta de que lo que yo quiero es salvarlo.

—Ahora debes salvarte tú misma. ¡Jura por la memoria de tu madre que no nos harás traición!

Exasperada, herida por el miedo, vejada por la imposición, Ursula se levantó y gritó enronquecida.

—Juro que no descansaré hasta verlos a caa uno de ustedes hasta de la lengua en la cárcel!

—Ya sé lo que deseaba—dijo con toda sangre fría el cura. —Ahora puedes proceder como te dé la gana; pero no olvides que el más pequeño conato de traición será tu sentencia de muerte.

La miró detenidamente unos segundos; la mujer estaba inclinada conteniendo apenas las lágrimas, su pecho se alzaba convulsivamente y sus labios temblaban.

—Y tan simpática... Hay que ver! Y yo la quería.

—Pero, Eduardo, como se te ocurre venir a decirme tanta perrería, a dudar de mí, a obligarme a jurar. Si yo hubiera querío hace años que estuvieran ustedes presos, años... No, señor, no... Dios mío líbrame de estas malas intenciones, líbrame...

Su llanto empezó a correr sin vallas, lloraba acurrucada en su cama, hecha bola como un animalito. Eduardo la miraba y sentía llenársele el alma de dudas y presentimientos. Una confianza enfermiza en esa mujer que lo despreciara. ¡Estaba seguro de que los traicionaría, pero no lo quería creer!

Se retiró del cuarto de Ursula y ya más sereno pensó que debía vigilarla estrechamente.

—En las mujeres no se debe tener confianza, pensó finalmente.

Ya el día avanzaba con su animación habitual, las carretas

de comestibles arrastradas por grandes bueyes quebraban el silencio con sus ruidos acompasados. Eduardo se sentía fatigado, aflojó la montura a su caballo, le quitó el freno y lo dejó atado a un poste en el potrero empastado y él se echó a dormir enteramente libre de preocupaciones.

EL CABO CABELLO

Mientras la vida acumulaba sus detalles sobre Luceño que esperaba detrás de las rejas, que se purificaba y apoyaba en su propio dolor, el Cabo Cabello tendía rieles en la hermosa región de Lebu. Allí a un paso de la región de los lagos de la Suiza central de Chile, a la sombra de los árboles estupendos de la Cordillera de Nahuelbuta que supo de los heroísmos de los indios que murieron por su libertad, Mariquita soñaba. También allí la llamaban la güenamoza. En su rancha se reunían para almorzar y comer los carrilanos y uno de ellos Angel Badillo, cabo mayor y juez, bebía los vientos por ella.

Aquel día domingo policromado de primavera, Badillo había dispuesto una fiesta en la rancha del Cabo Cabello, padre de Mariquita y hombre respetado y querido por todos. Los lectores de *Manuel Luceño* deben recordar que el Cabo Cabello fué quien recogió a Luceño cuando éste cayó herido por las balas de los secuaces del Comandante Jerez que lo buscaba para realizar en él una venganza baja y espantosa.

Pues bien, Cabello y su hija trabajaban en el ferrocarril de Lebu, ella era el centro de atracción de todos los carrilanos y empleados; pero aunque no se negara a nadie, ninguno podía vanagloriarse de haber obtenido de ella la más ligera promesa. A pesar de que en su rancha vendía Mariquita, licores y cantaba tonadas, nadie había jamás pretendido siquiera faltarle el respeto. El único que solía decirle palabras pesadas era el sargento

«Curiche» de la policía rural, hombre de historia oculta y de ruda fisonomía. Debía su remoquete de «Curiche» al oscuro color de su tez.

Badillo estaba alegre, había ganado la noche anterior, y mirando a Mariquita, se sentía liviano como una pluma, como un enano. Bajo la ramada de ramas de boldo aromático habían puesto unas mesas, y unas bancas, Mariquita cantaba próxima a la puerta de su rancha, sentada en un piso bajo de totora y apoyada en la quincha del muro. A su lado, Badillo, la miraba embobado.

«Maldita la suerte mía
que nadie me da su amor
así se acaba mi vía
se seca mi corazón...

—Güeno si es mal agraecía esta china dijo Juan Tejo, un minero, miren lo que canta cuando sabe que el que menos está descoyuntao por ella.

—Si se quebra de puro mala esta diabla.

—Tan maliciosos que son ustedes...

Y se reía al hablar, se reía y su risa era como un esparcir de flores de simpatía.

Punteó la guitarra y lanzó el cogollo:

«Para el señor Badillo
manojito de violeta
el querer no cuesta nada
olvidar es lo que cuesta...

Entre la salva de aplausos se perdieron las primeras protestas.

Luego dijo Tejo:

—Chi, es mucho decirle, pues...

—No lo crea, protestó Badillo, no me ha dejao ni la quéida. Pero dice la verdá. Hay que ver lo que yo hey procurao olvidarla y no ha sío posible.

—Es lesera lo que me quieren toos; quisiera verme en un apuro a ver si me defendían

—Mal agradecía, mal agradecía. Hay que ver que es cachúa.

—Lo pior de too es, habló Zurita un pillo muy afamado, es que como dijo Tejo, toos se mueren por ella, menos yo... por que tengo miedo.

—¿Cómo es eso, dijeron todos.

—Anoche, prosiguió Zurita, me puse a soñar con ella, taba empezando lo güeno, cuando me entusiasmé tanto que la llamé en voz alta.—«Mariquita, le decía yo, me muero por usté»... y, en eso estaba cuando sentí un estruendo en la cantera y caí catre abajo. Desperté sobresaltado y lo primero que ví fué a la Rafela armá de una barreta dispuesta a sobarme la badana a puro fierro. Me retó hasta que se hinchó y too por causa de los ojos de esta chiquilla fea que se deja quierer por toos y que no se ve cuando «cubrirá».

—Y pa qué sueña conmigo, pues...

Imitando su voz repitió Zurita:

—Y pa qué sueña conmigo, pues... Es lo que dicen. Uno hace por ellas un sacrificio enorme y le dicen:

—Y pa qué se ha molestao pues. ¡Ay! esta raza de mujeres es un horror.

—Pero usté tiene su señora...

—Mi señora, mi sargento, querrá decir. Es un espanto. Esa no es una mujer es una visión. Y además es como hacha pal cuete.

Todos rieron de la ocurrencia.

Badillo dijo:

—Pero yo que tamién sueño con ella no soy casao... y por que no se sirven niños. Sírvase Mariquita.

—Un poquito no más.

—Cúrese no más m'hijita no los tenga tanta desconfianza.

—No se apure, mi cabo.

—Y se ríe de mi la indina.

—En qué queamos, soy linda y buena o soy una indina.

—Cuando me quiere un poco es más relinda que la estrella de Venus.

—Yo—dijo Tejo—tamién soñé algo con ella. Taba yo en la mina, era antes que me dedicara al ferrocarril, taba recansao metío en un pique, cuando la ví aparecer y le dí un beso. De esto hace ya como... quince días... y tuavía no me limpio la boca pa que no se salga la azúcara.

—Y cuándo se le ocurre soñar otra cosa...

—Qué cosa, a ver... diga.

—Mire...

—Es que si soñara otra cosa me mataba despertando, pa no morirme de pena con la realidá.

—En los sueños bonitos, apuntó Badillo, lo triste es despertar.

—Y ¿pa qué hacen ciertos los sueños?

—¿Y que quiere que hagamos?

—Chuparse el deo.

—Que niñita, como le falta el respeto a sus mayores.

—Es que mis mayores no se dan a respetar.

—Yo le voy a decir al cabo Cabello.

—No me pega ya.

—Bah, aquí viene mi cabo...

—En nombrando al ruin de Roma, dijo Zurita.

En ese momento el cabo Cabello se detuvo frente a la ramada; venía cargado con un cabrito recién muerto y deshollado.

—Buenos días, saludó.

Todos contestaron:

—Buenos días.

Cabello después de colgar la pequeña res en el palo de la cocina, volvió a sentarse cerca de su hija.

—Mire Cabo Cabello, dijo Badillo, le voy a dar un consejo.

—Le oiremos.

—El consejo es el siguiente: que usté de hoy en adelante no debe dejar sola su hija por que el día que la merezca pillar me la robo.

—Mire, dijo Mariquita con voz aguda, y agregó:

—Seré peazo e pan yo...

—Los peazos de pan se los roban los perros y los hambrientos de más, los hombres se roban las joyas como usté.

—Ya le puso joya, protestó María.

—Pero usté cabo, protestó Tejo, ¿no dice ná por el atrevimiento de Badillo?

—¡Qué quiere que le diga! Los hombres saben lo que hacen. Si fuera niño chico yo lo aconsejaría.

—¿Qué te parece tu taita, china? No l'importa na que te quieran robar.

—Pero es que él sabe lo que tiene.

—Y por eso no comimos un causeo, protestó un peón.

El cabo Cabello ordenó:

—Ya Mariquita, un causeo se pidió.

—Ya lo voy a hacer. ¿De qué lo quieren? Hay lengua.

—Yo también tengo, dijo Badillo.

—Miren el gracioso a la fuerza.

—Ya m'echó talla...

—Así la tengo enseñá yo, apuntó maliciosamente Tejo.

El peón que había pedido el causeo terminó:

—Prepare lo que le parezca bien, que siendo de su mano hasta cabezas de cardo, al uso de los terneros, como yo.

—Bueno. Lijerito v'astar—dijo Mariquita dirigiéndose a la cocina.

El viejo Eloy muy amigo de Cabello que no había despegado los labios dijo viéndola alejarse.

—Así es mi Elena, aquí le decían la «colona».

—¿Y aónde anda?

—Se casó y anda por las líneas argentinas.

—¿Con quién se casó?

—Con Danielito Baeza.

—Güen pillo.

Desgranó todos sus detalles, el tema favorito: el juego de naipes españoles. Y se habló de *encartadas*, de *paquetes*, de *metrallas* y de cuanto milagro puede hacerse con las barajas españolas que jamás se separan del roto que las usa para todo.

Desde niños empiezan jugando al *carga-burros*, y luego a la *primera*, a la *brisca*, al *cayor* y a tanto juego entretenido para llegar por fin al de *monte* que es el juego de azar preferido por el pueblo.

El minero Tejo lanzaba repetidas miradas hacia la cocina.

—¿Y hasta qué horas nos hace esperar, Mariquita, es que l'está echando «calco» al causeo?

—Yo no soy bruja como usté. Martes hoy, martes mañana, martes toa la semana.

En ese momento salió Mariquita trayendo en una gran palangana de peumo un enorme causeo.

—¿Quién era el que estaba reclamando?

—Yo, pues m'hijita. ¿No me conoció en l'habla?

—Usté como parece «chonchón» dice que yo soy bruja. Cuando el brujo es usté.

—Este gallo sabe las 12 palabras redoblás y hasta la «maunifica» negra y el arte «arbólico» dijo Zurita.

—Si supiera hechicería te había embrujao pa ganarte.

—Si yo no juego con vos. Sé que sabís despintar la baraja.

—No es cierto. No me ganan por que me tienen miedo.

—Ta renoble el causeo, como hecho de sus manos, dijo el que lo había mandado a hacer.

Badillo probó el causeo.

—Mecón la chiquilla güena mano; sois capaz de hacer pecar a Fray Andresito. ¡Quién te probara!

—Pero es que yo no soy como el causeo. Yo tengo la carne amarga.

Badillo entonces le tomó un brazo y se lo besó. Mariquita le dió una gran palmada en el rostro y envolvió el momento en una estrepitosa carcajada.

—¡Quién me acompaña a l'agua!, ¿quiere ir conmigo ño Eloy?

—Vamos no más, yo no reculo nunca carta, vamos no más.

Cuando Mariquita se preparaba para salir acompañada del viejo Eloy se llegó hasta la ramada el comandante de la policía rural.

—¿Cómo te va, china?

—Así no más.

—Siempre seuís tan apegrrá.

—Yo soy así.

—Y tenís que casarte conmigo.

—Espérese por hey, mientras. Vamos.

—Un día te voy a pescar.

—Me cuidaré.

María se dirigió a la próxima quebrada.

Badillo se acercó al jefe que andaba acompañado del sargento Curiche, los dos montados.

—Sírvase, está fresquita, es chichita de Nueva Aldea.

—No anda mal. Y pasando a otra cosa, ¿quiere que le diga

don Cabello que si no toma su patente le voy a sacar la multa o a clausurar el negocio?

—Pero usté no tiene que meterse aquí; esto no es fiscal. Además yo no vendo vino. La gallá viene aquí a divertirse como podría ir al monte.

—No me diga... No pierda su tiempo. Yo lo tengo muy cachao, y un día le va a llegar.

Hablando así, el jefe se alejó.

—Este ñato quiere camorra, comentó Cabello sonriendo.

—Peliaremos, pues, añadió Tejo.

El cabo Cabello se daba cuenta de que el golpe iba dirigido a su linda hija. Hubo un momento de silencio, Badillo lo interrumpió.

—¿Por qué no la casa a la chiquilla?

—¿Casarla? No estaría mal. Pero es que ella tiene que desearlo.

—No les parece «niños» que esta chiquilla se debe casar. Y que cualquiera de nosotros que le gustara podía defenderla? Busquémosle al asunto y que nadie se pique. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, dijeron todos.

La fiesta siguió con toda cordialidad hasta la noche sin que hubiera un solo equívoco que produjera un rozamiento.

Todos querían a una mujer y para quererla, todos eran hombres.

EL BALLENA

Los lectores de las Aventuras de Manuel Luceño no se habrían olvidado de «*El Ballena*» (1) aquel peón que en el primer episodio de esta colección es atormentado por el feroz comandante Ño Jerez por negarse a acusar de asesinato a Manuel Luceño. Recordará también que este hombre había jurado vengarse de Ño Jerez y que después de haber hablado con Luceño dióse a vagar en busca de olvido o de oportunidad para ejecutar su venganza.

Pues bien a la altura de este relato el Ballena ha resuelto una acción definitiva. Teniendo conocimiento que ño Ramón, el jefe de la Banda que aquí tratamos, y a la cual pertenece Eduardo Salazar, el «cura», debía venir a casa de la Chirigua allí se dirigió. Hacía poco que la gente de la casa se había levantado, el Cura cuyas emociones de la noche le habían hecho honda impresión estaba vestido correctamente con un traje de ciudad. Aparecía muy pensativo e indeciso, síntoma este último enteramente desconocido para el bandido.

El *Ballena* llegó antes que ño Ramón, entró y pidió algún causeo. De una mirada reconoció al famoso y temido asesino llamado el *Cura* por haber empezado su carrera siendo seminarista (2).

Se extrañó mucho de verlo tan pensativo, quiso hablarlo;

---

(1) Vea el primer episodio de esta novela.

(2) Lea el segundo episodio de esta novela.

pero se dió cuenta de que no sería posible conciliar su cortedad tosca de peón con el brillo de aquel hombre de tanta distinción, que tanto se parecía a los caballeros dueños de la tierra. Andaba tan ruinmente presentado que el Cura no paró mientes en él. Por esas razones el Ballena pudo quedar inadvertido hasta que apareció Ursula vestida de señorita santiaguina con un vestido negro, un jersey de color verde oscuro, adornado con un velo.

Se veía hermosa la cantora, su silueta era fina y elegante, y el ritmo de su cuerpo armonioso y firme.

Pasó delante de Salazar sin decirle nada, al llegar donde estaba el Ballena se detuvo.

—¿Quehubo, Ballena, que es de la vía?

—Por aquí ando, señorita.

—Stás pobre?

—No, como siempre, yo soy un buen pobre.

—Buscas a la Chirigua? Tenís que esperarla por que'stán durmiendo toavía; tan casi toas acostás.

—No; vengo a esperar a un caballero que tiene que venir aquí.

—¿Aquí a la casa?

—Sí. Hace tiempo que deseo hablarlo.

—¿Tomáste desayuno?

—Este causeíto poco.

Ursula llamó dando algunas palmadas.

Apareció una mujer.

—Elisa, trae dos «bisteques» con cebollas y dos cafés con leche, aquí pal caballero y pa mí. Se sentó a su lado enteramente despreocupada. El Cura se acercó a la mesa.

—Como te va Ursula, amiga que fué, me parece que hoy no me saludaste.

—¿Y pa qué tanto?

—También es cierto. ¿Y no me convidas desayuno?

—Yo no convío a los ricos.

—Ta bien.

El Cura hizo una pausa.

—¿Vas a salir?

—¿Por qué?

—Decía yo.

—Si voy a salir. Voy a ir a misa a encomendarme a Dios.

—Dios no te oye a tí.

—Eso creís vos.

—Es amigo tuyo aquí el... señor.

—Sí, amigo; ¿y qué hay con eso?

—No me pegues pues.

—¿Y por qué sois tan preguntón?

—No te puedo hablar ahora.

—Después de todo lo que me has dicho, no.

—Yo quiero hablar contigo.

—Pero yo no lo deseo.

—Eso... lo veremos.

—Toos los cobardes amenazan. Yo cuando pego, pego altiro.

—Yo también, oye... ¿Y usté... amigo?

—Yo... que si yo pego? Yo no... yo me defiendo cuando pueo.

—¿No sabe usté que esta mujer es mía?

—Yo no soy de nadie.

—Le diré que no sabía... Y le diré... que si ella... no me lo dice... no le voy a creer a usté.

—¿Sabes que yo castigo a cuanto pajarraco se pone en mi camino?

—Pero yo no me pongo en su camino, ni soy pajarraco.

—Parece mentira que se acerquen a estos rotos imposibles.

—Yo seré too lo roto imposible que usté desee pero soy lo bastante hombre pa pararme hasta delante de Dios.

—Ahí tenís, «bravaso»... exclamó sin poderse contener. Ursula.

En ese momento, Elisa llegaba con los apetitosos «bisteques».

—En esa mesa pon esos «bifes» yo te los pedí.

—No señor, me los pidió la Ursula.

—Sí, por mandato mío: yo la convidé a desayuno.

—Vos, no lo permita el cielo.

—Aonde los dejo.

El Ballena se había levantado y, serenamente ordenó:

—En esta mesa, la señorita me ha invitado a mí.

Elisa dejó los platos, el Cura exasperado hasta la inconsciencia los denibó de la mesa. El Ballena, lo tomó del cuerpo y sin palabras lo invitó a combatir, mientras Ursula hundía en él todo el odio de su alma. Dió Salazar al Ballena un golpe con la palma de la mano, éste que era un hombre de muchas fuerzas lo aicanzó con el puño y lo hizo medir el suelo.

Por tercera vez cayó Salazar y entonces se levantó armado de su hermoso puñal.

—Yo no tengo fierro, dijo el Ballena; pero si quiere cortarme aquí me tiene, y si quiere peliar conmigo a fieiro, dígame donde lo encuentro el Domingo. Hey oído decir que es usté una mano de primera. Pero yo le diré que solo le temo a un hombre, a Manuel Luceño.

—¡Luceño!—gritó radiante Ursula,—¡ese es hombre!

El cura tuvo que contenerse para no heirirlo. Se habían levantado todas las personas de la casa en paños menores y miraban espeluznadas a los contendores.

—Acompáñame, ordenó Ursula al Ballena, y salieron inmediatamente. El Cura quiso seguirlos, pero un hombre que apareció en la puerta envuelto en un gran poncho de castilla lo detuvo.

—Espéreme don Ramón, déjeme seguir a esa, tengo la seguridad de que nos traiciona. Espéreme aquí.

Y siguió apresuradamente detrás de Ursula.

Un hombre que esperaba debajo de un árbol salió siguiéndolo a él.

Ese hombre era el detective Gonzá'ez.

———

LA DECLARACION

Era una magnífica persona el cabo Badillo. A fuerza de trabajo y energía había alcanzado en el ferrocarril el puesto de cabo mayor y juez, puesto que le entregaba enteramente el trabajo del camino de hierro y la vigilancia moral de los trabajadores de suyo revoltosos.

Hombres de los más raros aspectos, venidos de todas partes, poseyendo cada uno su leyenda más o menos borrosa, y todos teniendo como único capital su fuerte musculatura y su resistencia para las más rudas labores.

Badillo lo había hecho todo, desde niño se había dedicado a tender rieles y conocía profundamente el trabajo. Era un hombre de unos treinta y cinco años de aspecto simpático, de buen trato y de carácter muy enérgico. Estaba enamorado de Mariquita, enamorado por primera vez en la vida, enamorado de verdad.

Atraído por la fama de Cabello se acercóó a él y pronto intimaron, pues el cabo Cabello correspondía con creces a la leyenda que todos los carrilanos repetían.

Un domingo que Cabello volvía del pueblo donde fuera a oír misa, se le juntó Badillo y lo acompañó hasta su rancha. Mientras andaba sufrió el encantamiento, la fascinación de la linda Mariquita la buenamoza que, vestida con una gran sencillez acompañaba a su su padre.

—¿Esta es su niña?—interrogó Badillo.

—Esta es mi chiquilla, lo único que tengo en la vía.

—¡Qué linda mujer!...

—Favor que Ud. me hace.

—Este es, hija, el Cabo Mayor el señor Badillo del que tanto te hey hablao.

—Gracias, señor, por los servicios que le ha hecho a mi viejo.

—En aquella rancha vivimos nosotros, ¿quiere hacer una gallá?

—¿Qué?

—Almorzar con nosotros. La Maruca no se demora na en hacer un caldito de repente.

—Es que él almorzará bueno y no se avendrá a la comía de los pobres.

—Es que... pero.

—Dejeló taitita, seguramente que lo esperan.

—No me espera nadie y aunque me esperaran... Bueno me quedo con ustedes.

Y desde ese día Badillo era «camarada» término que en el caló carrilano significa pensionista.

Toda la faena había sonreído al ver a aquel soltero recalcitrante haciéndole arrumacos a la Mariquita Cabello, llamada la buenamoza. Todas las miradas lo interrogaban, y todos habían creído notar las frecuentes distracciones del competente funcionario.

Y todos se habían dado cuenta de que el señor Badillo, guapo, habiloso y hombre de posición estaba enamorado a morir.

Cuando esa misma noche había dicho que no importaba quien se casara con ella hablaba confiado en que él sería el preferido.

* * *

Era más de media noche, ya las estrellas se habían agrupado en el cielo y la voz de los torrentes sonorizando su canto sinfonizaban la media noche. Badillo se levantó para irse.

—¿Quiere acompañarme unos pasos, Mariquita?

Ella consultó a su viejo y como viera un gesto de asentimiento se dispuso a ir.

—No la voy a llevar muy lejos, sino hasta quí cerquita, hasta el peumo botado.

Fueron marchando juntos, al llegar al peumo que estaba a un lado de la cocina. Badillo se detuvo, tomó las manos de la niña y la miró a los ojos. Así permaneció un rato, luego ambos sintieron como que si los ruidos estuvieran dentro de ellos mismos.

—Linda la noche, musitó Mariquita.

Y su voz era temblorosa como la luz que penetra en las ondas de los lagos tranquilos.

—Linda la noche, repitió él como un eco. Y se quedó nuevamente silencioso.

—Hace frío, dijo Mariquita.

—¿Tiene frío usté? Estas chiquillas tiernas tienen frío hasta cuando hace calor.

—¡Qué le vamos a hacer!

Luego otro silencio.

Cantó un gallo.

—Yo le tenía que decir a usté una cosa.

—¿Sí? ¿A mí? No lo creo yo.

—Pero no sé cómo decírsela. Sea por Dios... no puedo... no puedo...

Mariquita valorizó la noche con una de sus musicales carcajadas.

—Cuando se acuerde me lo dice, pues. Ahora permítame, quiero irme a acostar, tengo que levantarme a las cinco pa hacer el desayuno a los camarás.

—Ordenaré que lo haga el «nuco». (El nuco era un peón al servicio de Badillo).

De pronto, impetuosamente dijo; casi ordenó:

—Mariquita, deme un beso.

—¿Un beso? ¿qué está enfermo? ¡Cómo se le ocurre! ¿Por qué?

El hombre impulsivo le dijo todo:

—Yo quiero que me dé un beso porque la quiero, ¿entiende? la quiero. Y yo m'hijita no hey querío jamás a nadie. Yo, pensando en que usté me despreciara hey llorao como un chiquillo nuevo, yo, usté lo entiende esto, y es por esa razón que le pido que me dé un beso...

Abrumada por la brusca declaración, Mariquita se quedó silenciosa. De pronto lanzó una gran carcajada y dijo con la voz entrecortada por los accesos de risa.

—Pero qué bromista es... ¿Sabe que casi me había hecho creer?

—¿Entonces, cree que no le digo la verdá? ¿Entonces no me cree?

—Yo no creo ná.... Pero le ruego que vuelva mañana y me repita toas estas cosas... si se acuerda; que yo también, algo le tengo que contar.

Así diciendo, la niña escapó corriendo y se puso bajo el amparo de su padre. Mientras tanto Badillo se quedaba envuelto por el resplandor de la luna y lleno por los mil ruidos de la noche y atontado por su actitud ante la mujer amada, actitud que le parecía bastante ridícula. El no sabía que todos los enamorados hacen la gran plancha.

LA PERSECUCION

Más o menos doscientos metros de ventaja obtuvieron Ursula y el *Ballena*. Ella sabía que el Cura la perseguiría y estaba dispuesta a escaparse por todos los medios a su alcance. Lo vió salir y emprender la carrera, en ese momento la sirena de uno de los tranvías de San Bernardo anunciaba la partida, Ursula y su acompañante corrieron hasta tomarlo, el tranvía se puso en movimiento, la muchacha miró a través de los cristales y pudo ver que Salazar corría desatinado en persecución del tranvía y se desesperaba de no alcanzarlo. El tranvía puso mucha distancia entre perseguidor y perseguidos. Por ese camino existe un regular servicio de autobuses y a veces suelen transitar automóviles. Salazar perdió varios minutos en la espera y debió tomar un autobús con la esperanza de alcanzar el tranvía eléctrico al llegar a la calle Franklin, esconderse y seguir después en pos de Ursula y su acompañante.

González subió también al autobús y se sentó detrás de Salazar cuyo deseo de alcanzar el tranvía lo volvía loco.

Un auto de servicio venía a encontrarse con el autobús, Salazar lo detuvo y subió a él, González muy conocido por todos los choferes, subió al pescante y trató con toda familiaridad al conductor.

—A la calle Franklin, ordenó Salazar. Le pago bien si pezca a ese carro de San Bernardo.

—Lo alcanzamos, pues, patrón.

En poco rato, el auto estuvo junto al carro.

—Adelántese un poco, ordenó ahora Salazar, y conserve la distancia... Al llegar al paradero de tranvías de Franklin, detuvo el coche pagó y se internó entre la gente que afluye siempre en abundancia en esa esquina en que San Diego cruza con Franklin. Allí hay un paradero de autos y de carruajes de caballos, y el tránsito es intenso. Quienes gritan su mercadería, quienes van hacia el matadero o entran a los montepíos o cantinas sonoras, de una sonoridad estridente que existen por allí. Las victrolas lanzan todo el horror musical del siglo en tangos argentinos o bailes modernos, cantados y tocados por cantantes y orquestas extremadas. La carne se apretuja, todo el mundo anda rápidamente, nadie se detiene, cada minuto pasan los tranvías Palma-Matadero, confortables, amplios repletos de carne joven, carne muelle, hija de su tiempo.

Se detuvo el tranvía de San Bernardo bajaron Ursula y el Ballena y después de mirar a todas partes se lanzaron rápidamente por la calle de Franklin en dirección a la Penitenciaría. Detrás de ellos corrió Salazar. De pronto el detective que había comprendido con claridad lo que pasaba avanzó rápidamente y poniendo la mano en el hombro de Salazar le dió la voz de ¡Alto!

Sorprendido se detuvo el Cura y miró a su captor.

—Dígame adonde va usté tan de prisa.

—Y que le importa a Ud.

—No se me venga a botar a gordo porque lo pasará mal. Dígame ¿dónde vive usted?

—No soy de Santiago. Soy de Chillán.

—Tiene su carnet.

—No lo he sacado.

—Debía tenerlo.

—No es obligatorio.

—En qué se ocupa Ud.

—Soy comerciante.

—Comerciante... de qué...

—De frutos del país.

—¿Tiene referencias?

—He dejado en casa mis papeles.

—Vaya a buscarlos. Usté venía del lado de San Bernardo. Yo lo podría detener y darle un mal rato por este solo detalle; pero prefiero dejarlo en libertad.

Pero lo conozco. Tenga mucho cuidado de volver a meterse a Santiago por que lo detengo inmediatamente.

Desconcertado, Salazar, no supo qué replicar y sin decir palabra tomó de nuevo por San Diego hacia el Puente de la Aguada.

González hizo señas a un detective agregado a la 4.ª Comisaría y le dijo brevemente.

—Siga a ese hombre y ubíquelo.

Disimuladamente Salazar fué seguido por la justicia.

González, comprendiendo que Ursula corría peligro, corrió hacia la Penitenciaría. La esperó y al verla salir le dijo:

—No vaya al cementerio, espéreme, yo iré disfrazado de fotógrafo y hablaremos. Ahora en la ventana de su cuarto habrán centinelas, si está en peligro bastará que abra la ventana y saque la mano hacia afuera para que sea protegida, ¡valor y decisión!

Ursula se dirigió a su casa. Tenía necesidad de encerrarse a pensar. En la Penitenciaría le habían dicho que Luceño estaba enfermo y que aunque era de poca gravedad, necesitaba unos dos días de reposo.

Ursula sentía que flotaba en un mar de dudas y presentimientos instintivamente se daba cuenta de que jamás su vida había sido tan oscura.

Compiendía que el camino que se le abría era el recto; pero

sólo sabía andar por el otro, su alma no podía con el choque de tanta luz.

Su ruptura con Salazar le daba una impresión desconocida, una mezcla de optimismo y de terror.

—Te diré *Ballena*, comentó, que tengo la vía en un hilo.

Pasaban frente a una de las muchas cocinerías de la calle de San Diego.

—¿Entremos a tomar algo?—insinuó Ursula.

—Dentremos.

Se confundieron entre la clientela y mientras comían con mucho apetito, desde un disco una coplera lanzaba un fragmento del alma de España en una carcelera desgarradora:

«Aquel que quiere y no puede
gozar de su libertad,
no es menester que lo entierren
que enterrao en vía está»

Y luego la otra:

«Pulidita carcelera
sácame de esta prisión
te daré el anillo de oro
que me dió el bien de mi amor».

Ursula lloraba.

—¡Oh! ¡si yo pudiera, lo salvaría, lo salvaría!

La cantaora remató su canto con la siguiente arrebatadora copla que decidió para siempre el destino de la pobre Ursula:

«Si hubiera arguno en el mundo
que la libertá me diera
M'echara un hierro en la cara
y esclavito suyo fuera».

—«Yo no quiero que sea mi esclavo, quiero serlo suyo» pensaba la pobre mujer y se propuso no dejar ningún recurso que le pudiera dar la libertad al hombre que adoraba. Ella era la más humilde de las mujeres del mundo, pero su amor estaba forjado con todos los sacrificios!

———

El próximo episodio lleva por título:

La Carta de la Libertad



EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas .... $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas .... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela .... 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6. —
Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6.—
Un juez rural .... 6.—
Androvar .... 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid .... 6.—
Crónicas .... 6.—
El Roto, 4.ª edición .... 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos .... 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela .... 6.—
Sus mejores poemas .... 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas .... 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías, ... 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela .... 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas .... 6.—
Las montañas ardientes 2.50
Los horizontes .... 4.—
La luna enemiga .... 3.—
Un año de Inquietud .... 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición .... 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela .... 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela ...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos .... 6.—
Zurzulita, novela .... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cia., novela ...... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela ...... 4.—
Páginas de un pobre diablo...... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas .... 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición 6.-
Amado Nervo.—Sus mejores poemas .... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi .... 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida .... 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud 7.50
Sus mejores poemas .... 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela .... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela .... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela .... 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino .... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela .... 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela .... 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho.......... .... 6. —
La Danzarina de Gades (Poema trágico .... 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela .... 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo.... .... 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin) .... 5.—

N.º 7 **La Novela Policial** PRECIO $ 0.50

"El fabricante de bandidos"

7.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO

1931

Si esperábamos de antemano una buena aceptación del público a nuestra publicación de «La Novela Policial», no creíamos que fuese tan amplia como ha resultado.

Manuel Luceño no es una novela vulgar de acciones policiales tomadas sin estudio; es una novela que parece sacada de la realidad.

Sus personajes son tan reales que nos parece que ya hemos visto o leído eso en alguna parte, y la causa es porque su autor conoce a fondo el ambiente como cronista que es de la sección policial que ha atendido por varios años en diarios y revistas.

N.º 1 **Manuel Luceño**
N.º 2 **La Sinfonía del Cuchillo**
N.º 3 **La Celda 52**
N.º 4 **Una tragedia de amor**
N.º 5 **La Bestia de fuego**
N.º 6 **Un amor humilde**
N.º 7 **El fabricante de bandidos**
N.º 8 **El duelo en la sombra**
N.º 9 **La carta de la libertad**
N.º 10 **Sobre la pista**
N.º 11 **La banda del Ballena**
N.º 12 **La sonata trágica**
N.º 13 **Como se hace un bandido**
N.º 14 **El sarcasmo**
N.º 15 **La banda de la Cruz de Sangre**
N.º 16 **Un proceso sensacional.**

DEPOSITARIO GENERAL:

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 -:- Casilla 2298 -:- Santiago
o su Sucursal: Casilla 2290 -:- Concepción

EDITORIAL AVENTURA.

1037 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago, Marzo de 1931 — Núm. 7

"El Fabricante de Bandidos" (1)

7.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

EL FABRICANTE DE BANDIDOS

La visita del detective González al pueblo de Tango, causó gran conmoción entre los habitantes. Todos los comentarios giraron alrededor del incidente habido entre el detective y el Comandante de la policía rural, ño Jerez (2).

La verdad es que en la localidad nadie tenía buena idea de ño Jerez que se había hecho odioso por las arbitrariedades que con frecuencia cometía. El único devoto que tenía era el nuevo juez don Ramón Rosas Villa, nombrado por renuncia indeclinable del antiguo juez don Justo Pastor, que lo hizo por estar en desacuerdo con la prisión de Manuel Luceño, que para él era perfectamente inocente.

También se había comentado en diversos tonos la actitud del juez renunciante, y la opinión se inclinaba hacia él aunque

---

(1) Por un error al final del episodio N.° 6, se puso que sigue «La carta de la libertad». Ese episodio corresponde al N.° 9.

(2) Ver el episodio 5.° de esta colección titulado «La bestia de fuego».

calladamente. Hacerlo en voz alta habría sido peligroso, dados los antecedentes de ño Jerez que no trepidaba en nada cuando quería vengarse o castigar algo que le desagradara.

Se recordaba el rudo cambio de palabras que había tenido con ño Justo Pastor algunos días después de la presentación al juzgado santiaguino. Ño Justo tomaba el sol sentado en la plaza de la iglesia; ño Jerez venía de la estafeta trayendo los diarios de Santiago.

—Aquí tiene noticias de su protegido, ño Justo. Tiene pa diez añitos. Se le han comprobado una gran cantidad de crímenes.

—Si la justicia ha logrado comprobárselos, yo no tengo nada que decir.

—Pero usté lo defendió y dijo en el comparendo que era más inocente que un blanco cordero.

—Y sostengo y sostendré toda la vida que ese hombre es inocente.

—No me haga reir, ño Justo, dése a la razón. Parece que se está poniendo tonto con los años.

—No tengo tantos años; lo que hay es que no le tengo odio a nadie. Además entiendo que la autoridá debe ser en todo momento justa... Creo que la libertá y el crédito de un hombre son sagrados y que nadie tiene derecho a acusar a nadie si no tiene pruebas absolutas de su culpabilidad.

—Estamos de acuerdo. Yo jamás he acusado a nadie sin pruebas.

—¿Qué llama pruebas usté?

—Las pruebas, pues, ¿sabe que me gusta?

—Ud. no ha tenido jamás pruebas contra nadie.

—Cuidado ño Justo, no se le pase la lengua, mire que le puede llegar.

—¿Es que también tiene pruebas en mi contra? Me ha visto alguno de sus secuaces saltiando junto con Luceño?

—Usté sabe, mi querido señor, que el que se opone a la acción de una ley se hace digno de castigo.

—Pues señor yo proclamaré ante todos que Luceño es inocente, que usté lo persiguió y condenó por maldad y que todas las pruebas que adujo en su contra fueron falsas.

—¿Falsas?

—Sí, señor, falsas como todo lo que usted hace.

A esta altura el diálogo se había hecho violento; ño Justo estaba de pie frente al Comandante que se sonreía irónicamente tratando de ocultar su confusión. Muchas personas habían acudido y formaban un círculo alrededor de los contendiente. Ño Jerez, volviéndose a los circunstantes y mostrandoles el diario les dijo:

—Aquí tienen, señores, el diario de Santiago con toda la relación de la vida del bienaventurado san Manuel Luceño, ese angelito con cachos que el señor don Justo Pastor, antiguo juez de subdelegación protege. Algunos se rieron. La curiosidad estrechó el círculo y los ojos se clavaron con avidez en el diario que muchos querían leer al mismo tiempo.

—Diez años le salieron, diez años.

Ño Jerez, comenta sarcásticamente.

—Diez añitos... siendo inocente... Y si hubiera sido culpable... ¿Qué le parece ño Justo Pastor?

—A mí me parece que no debían haberlo condenado por que ese hombre nada había hecho.

—Pero si le comprobaron muchos salteos, patrón. Tiene un prontuario muy adornado, con toda clase de crímenes.

—No diga mentiras, señor, no me haga hablar. Por favor no me haga hablar. No me quiero ensuciar los labios.

—Hable, hable! Lo desafío a que hable!

—Si no le tengo miedo, Comandante, es inútil que grite. Y ya que quiere que hable, hablaré. Esto lo digo para que todos se impongan, ¿entiende?

—Nadie hará caso de sus mentiras, de sus tonterías—interrumpió ño Jerez.

—Pero no me ataje, comandante, no haga conmigo lo que hace con los reos infelices que caen a sus manos, a los que los hace hablar a fuerza de castigos. Lo que yo tengo que decir es que Luceño es perfectamente inocente y que está en la cárcel por una venganza del famoso Comandante de policía. Luceño, cuando muchacho, le dió una pedrada al Comandante que entonces era mayordomo de peones y ño Jerez lo ha mandado a la

cárcel para vengar esa ofensa que no fué tampoco una ofensa, sino una defensa, una defensa, entienden?

Se había exaltado, su voz era sonora y su actitud resuelta.

—En aquel tiempo, tenía Luceño 8 años y me rompió la cabeza a pedradas, juzguen la media liebre. Ese bandido es el que defiende el juez.

Ño Justo Pastor siguió:

—Todos recuerdan la vuelta de Luceño al pueblo. Venía a buscar trabajo.

—Sí, el medio trabajo. Llegando aquí saltió a ño Amador. Miren que trabajito...

—Luceño no saltió a ño Amador, no ha salteado a nadie en su vida. Es un hombre de trabajo.

—Pero si allí lo conocieron, no se eche tierra a los ojos, ño Justo.

—No lo conoció nadie. Fué usté el que a fuerza de acusarlo obligó a los otros a decir que lo habían reconocido. Recuerdo perfectamente a esos tres infelices que hizo detener obligándolos a decir que habían acompañado a Luceño en el salteo del Bajo. el *Chupe*, el *Coirón* y el *Ballena*. Esos confesaron a huascazos.

—No sea farsante, señor.

—Si el *Chupe* y el *Coirón* eran culpables ¿por qué los dejó en libertad, si como cómplices debieron participar de la pena impuesta a Luceño? Si Ud. no lo dice lo diré yo. Los puso en libertad por que lo acusaron de acuerdo con Ud. al Ballena que no transigió casi lo mató. Y ese juró vengarse. Ese entró hombre de bien a la policía, y de allí salió con alma de bandido. Y si ese hombre se convierte en un enemigo de la sociedad, usted será el responsable. Ahora, ¿qué diremos de Luceño al que le dan diez años de presidio sin haber cometido ninguna falta? ¿Lo haría alguien responsable si cuando saliera, viniera aquí, y le rompiera el alma de un tiro o de una puñalada?

Volvería de nuevo a la cárcel, indudablemente a pagar el homicidio cometido; pero una vez más yo proclamaría su inocencia. Creo que alguna vez tenemos derecho a hacernos jueces de nuestras causas. Y si Luceño se hace malo, usted será también el responsable. ¿Qué camino le queda a un individuo después de haber purgado una larga pena por grandes delitos comprobados?

No le queda ninguno, nadie le tiene confianza, nadie le da trabajo. Un hombre que sale de la cárcel, no tiene otro recurso que salir al camino. Ud. ha fabricado muchos bandidos, ño Jerez, muchos bandidos, a fuerza de castigo y de calumnias. Ud. es malo, comandante; va a morir de mala muerte, yo lo desprecio a usted, lo desprecio tanto que por asco a Ud. me iría dejando todos los intereses que me ligan a este pueblo. Y créame que no dudo que cualesquier día se le ocurra meterme a mí a la cárcel... A Ud. le es tan fácil comprobarle a cualesquiera persona el más negro crimen.

Ño Jerez estaba sorprendido por tan terrible y serena acusación, quería encontrar argumentos para defenderse; pero no le venían a las mientes; comprendiendo que no le quedaba más remedio que la violencia, largó una carcajada y dijo:

—Le tomaré la palabra, patrón, si un hombre se manifiesta tan amigo de los bandidos, me indica claramente que no le molestan los crímenes, en consecuencia, no dude que en la primera oportunidad lo llamaré a declarar.

Animado por las tímidas sonrisas, cómplices de algunos de los presentes agregó:

—Y la verdad que es mucha pana acusarme así, en esa forma a mí, que no hago otra cosa que desvivirme por la tranquilidad del pueblo. ¿Se ha olvidado usté, antiguo juez de sub-delegación, que el pueblo reunido solemnemente acordó darme un premio por mi celo para defenderlo?

—Se hacen tantas cosas raras en la vida: Ahora me iré a mi casa a esperar mi turno. Y le aseguro que el día que Ud. me quiera hacer algo le voy a ganar el quien vive, dándole yo, primero el bajo.

Se levantó, ño Justo Pastor y se dirigió a su casa; naturalmente, nadie lo siguió por no indisponerse con ño Jerez; pero a casi todos les quedó la sensación de que el ex-juez decía la verdad.

Ño Jerez después de agregar algunas frases más en su defensa, concluyó haciéndose leer el diario en voz alta, contando de paso algunas incidencias del proceso en que le tocó parte tan integrante.

Positivamente, aquel hombre carecía de sentido de la responsabilidad.

Entretanto, Luceño padecía en su encierro, enteramente empeñado en establecer buena conducta, y recordando sólo a veces al terrible hombre que lo había perdido.

Muchas veces soñó con venganzas feroces, que deshacía la sonrisa de una linda chicuela que le mostraba la hermosa senda del romance que empezaba en su amor.

EN CUARENTENA

En realidad, solamente su crueldad sostenía a ño Jerez en su puesto y en el respeto de los habitantes que lo aceptaban por terror. Y aunque varios recordaban hechos muy honrosos realizados por él en sus principios, lo miraban con muchas reservas desde los acontecimientos que habían dado con Luceño en la cárcel.

Muchos sostenían que los salteos habían sido realizados por una banda que gozaba de la más completa impunidad. Y cuando el asunto estaba ya olvidándose, apareció en el pueblo el detective González que humilló frente a frente al bravucón de ño Jerez.

Varias fotografías de Luceño que González dejara en el despacho de ño Amador sirvieron para que este y sus allegados incluso las niñas que tan triste jornada vivieron ese día, compararan y recordaran el trágico suceso. ¿Sería ese hombre el asesino, el profanador? Y a pesar de haber declarado en su contra y de haberlo conocido en rueda de presos, nadie estaba seguro de que Luceño había sido el salteador.

El *Coirón*, cuando bebía, lo que sucedía con frecuencia, decía que había obrado por orden de ño Jerez y repetía sus palabras.

—«El que tiene una blusa blanca, un pantalón negro y una manta cari, ese es Luceño, cuidado en equivocarte por que te saco la madre a palos».

Poco a poco llegaba el convencimiento y aunque muy tarde, por cierto, la verdad se abría paso.

El golpe sufrido por el prestigio de ño Jerez después del

incidente con González fué terrible. La gente dudaba francamente. Y se hablaba de una misteriosa reunión tenida por los prohombres del pueblo, presididos por ño Justo Pastor, y en la que se habría hablado de la necesidad de pedir el reemplazo de ño Jerez por otro Comandante o por fuerza de carabineros.

Ño Jerez, trémulo de rabia por la audacia de González, se había dirigido después del incidente, al cuartel.

Momentos más tarde acudió, llamado por él, don Ramón Rosas Villa, el nuevo juez. Era este un buen hombre sin complicaciones, estudiante fracasado e incapaz de trabajar. Aceptó el cargo por necesidad y estaba dispuesto a mantenerlo con todas las fuerzas de su alma.

—¿Qué le parece, don Ramoncito, lo que me pasa?—le dijo ño Jerez, cuando estuvieron reunidos en la oficina de la Comandancia.

—No he sabido nada yo, señor Jerez.

—Y cuando sabe nada usté, pues... Ud. parece que se mete debajo de la tierra cuando pasa algo.

—Tal vez la falta de práctica en el oficio....

—Mire, resulta que ahora lo necesito harto trecho.

—Ud. dirá.

—¿Puedo contar con Ud.?

—¿Y usted lo pregunta?

—Ha de saber mi querido amigo que he resuelto procesar a muchos «Gallos» de lo más granado del pueblo.

—¿Y por qué?

—Eso no se pregunta: por indeseables. He oído decir que se están reuniendo por las noches en la casa de Justo Pastor, que no se consuela de que le hayamos quitado el puesto de juez, que para él era un buen negocio.

—Yo he oído decir que era un buen hombre.

—No diga tonterías, «barreta», Como le iba diciendo, se reunen donde Justo Pastor y han hablado de pedirle al Ministro mi traslado de este pueblo o mi separación de la policía. Como Ud. puede ver, al echarme a mí lo echan a usted también, ¿comprende?

—Claro que comprendo.

—¿Y usté se quiere ir?

—No quisiera. . .

—Muy bien, pues. Lo he llamado para que se defienda.

—Y ¿cómo me voy a defender?

—Buena cosa de hombre guapo... Ud. se va a defender, ayudándome a mí a liquidar a la manga de envidiosos que quieren hacernos daño. . .

Como si fuera poco, todavía vino un agente de la Sección de Santiago y me armó un bochinche en el despacho de Amador. Pero le diré que estuve en un tris que no lo despaché de un tiro.

—Y ¿dónde está el detective?

—Se fué a Santiago.

Después de una pausa, añadió:

—Ese también anda con la «patilla» de que el bandío Luceño, un asesino despreciable, es un ángel que merece estar en un altar. Ese vino a echar las diez de última. En este último tiempo me ha andado ligando la «santa».

—¿Y qué quiere hacer?

—Como todos andan con la idea de hacer desdecirse a los que declararon en el proceso, tengo la idea de citarlos al cuartel y tomarles nuevas declaraciones.

—No estaría mal. ¿Y cuando empezaríamos?

—Mañana mismo.

—¿No piensa Ud. que podría ser peligroso?

—De ningún modo, todo lo contrario. Una vez tomadas las nuevas declaraciones, o confirmadas las antiguas, oficiamos nosotros ganándoles a nuestros enemigos la iniciativa y los acusamos a ella, ¿ah? ¿me entiende?

—Me parece bien.

—Bueno, entonces váyase y prepárese, mire que el trabajo va a ser duro.

Apenas se despidió el juez, llamó a su despacho al terrible sargento Urra.

—A su orden, mi Comandante! El sargento estaba cuadrado delante de su superior y ostentaba una expresión tan resuelta que el Comandante se sintió satisfecho.

—Mi sargento, le dijo, le voy a encargar una misión delicada.

—Lo que guste, mi Comandante.

—Tu conoces al *Coirón,* a ese roto que atrincamos cuando la cuestión de Luceño.

—Si me acuerdo. Es un roto que se le pasa «tomando» (1) no más.

—Si. Pues bien, resulta que ese hombre se ha puesto demasiado peligroso. Dice a quien quiere oirle que la declaración que dió en Santiago fué ordenada por mí. Que la dió por evitar que yo lo matara. Este mismo habló con el detective González, que se había de caer muerto por perro. Como puedes ver, ese hombre es peligroso.

—Lo hacimos callar pues, mi Comandante.

—Oye ¿a tí te gustaría trabajar con otro jefe?

—Estoy acostumbrao con usté, mi Comandante. Ud. le deja al cristiano lao pa ganar unos cobrecitos

—¿Sabes que me quieren echar del puesto?

—¿Y quién es el gracioso?

—Son varios de lo mejor de aquí.

—¿Y usté que va a hacer?

—Yo tengo idea de defenderme.

—Muy bien.

—¿Y cuento contigo?

—Hasta el otro lao.

—Bien. Esa es de hombre. Ahora vamos a almorzar juntos y esta noche iremos donde las «loicas» a echar una cana al aire.

—Y que los demoramos, pues mi Comandante.

—Bueno, ¿quieres saber el trabajo que te voy a encargar?

—Si no me lo dice...

—Sé que los que me quieren echar se reunen donde Justo Pastor, quiero que tu los «catees» y me digas quiénes son ¿entiendes?

—Listo el pescao.

—Y quiero oír decir que ese roto perro del Coirón amaneció muerto de un tiro en cualesquier camino o ahogado en alguna represa, en fin, adonde le toque.

—Le hacimos un empeñito, pues.

---

(1) Tomando, emborrachándose, bebiendo.

—Bueno, entonces a la noche salimos juntos y nos vamos a divertir como «zorro».

—Con el favor de Dios.

Estrechó ño Jerez la mano al sargento que se dirigió radiante a la calle dispuesto a emprenderlas con el mismísimo demonio.

Por su parte ño Jerez sonrió satisfecho; estaba seguro de vencer a los que por defenderse, de él, los consideraba sus enemigos.

EL DETECTIVE GONZALEZ Y EL JUEZ CAMPUSANO

Aquel día después de la audiencia un empleado del tribunal dijo al señor Campusano que había tenido la causa de Manuel Luceño, que el agente González deseaba verlo.

Mientras esperaba González, confundido entre la morralla que hace antesala en los juzgados se le acercó el periodista Pulido y lo saludó irónicamente.

—¿Qué hubo señor González?, ¿ya estableció la inocencia de Luceño?

—Todavía no, señor, pero la dejaré en claro.

—Luceño lo hace leso como quiere señor González.

—¿Qué sabe Ud.?

—No se incomode, señor. Le diré que yo he estado haciendo pesquisas por mi cuenta.

—¿Sí? que me cuenta.

—Y estuve el otro día donde la *Chirigua*.

—La Chirigua atiende muy bien a los periodistas.

—Pero atiende mejor a los detectives.

—A mí no me ha atendido nunca.

—Bueno, como le iba diciendo estuve donde la Chirigua... Le diré que hay chiquillas macanudas. ¿Conoce a Ursula, la arpista?

—No.

—¿Cómo no la va a conocer? Ella dijo que eran amigos, yo la felicité por el buen gusto.

—¿Y que vió allí?

—Descubrí que Luceño, fíjese bien, que su defendido manda a su cuadrilla desde la cárcel y que la tal arpista que es una chiquilla linda que canta muy bien, es la intermediaria. Estoy seguro de que allí se reunen los bandidos para recibir las órdenes de Luceño.

—¿Está seguro?

—Se cae de madura esta observación. En esta semana he estado asistiendo a la penitenciaría y allí me han dicho que Ursula es el «panizo» de Luceño.

—Es verdaderamente interesante lo que ha descubierto. ¿Cuándo va a dar la publicación?

—Tengo que hablar primero con el juez. No quiero que se fastidie como lo hizo cuando la captura de Luceño. Pero a la arpista le voy a hacer un reportaje que va a causar sensación. «La Guía» como siempre, batirá su gran récord.

Un empleado del juzgado se acercó a ellos y dijo:

—Usía espera al señor González.

—El señor repórter de «La Guía» esperaba cuando yo vine, a él le corresponde entrar. Tenga la bondad, señor Pulido.

Este se apresuró a ganar la sala de audiencias.

González se dirigió al teléfono.

—¿Aló? ¿aló? Telefonista llame a uno de retén. Ligerito es para cosa de urgencia. Llame a uno que sea vivo. ¿Está el sargento Canales de retén? ¿Sí? llámelo a él.

Esperó un instante. El teléfono vibró.

—¿Aló? ¿Canales? Mi hijo, le voy a pedir un servicio. Vaya donde la Chirigua, ¿me entiende? Si, donde la Chirigua; pero debe ser ahora mismo. Sí. Y le dice a la Ursula que del asunto de la banda de ño Ramón, ni de Luceño no le hable ni a Jesucristo y mucho menos al panzón asqueroso del periodista Pulido que la va a ir a ver. Eso no más; releve el punto fijo y me avisa lo que haya pasado. Hábleme al Grupo, al teléfono del Grupo de Salteos. Ya, Muchas gracias.

Algunos minutos después, salía el periodista frotándose las manos.

—El juez me va a contestar mañana sobre lo de la publicación. Le ha parecido muy bien que le haya comunicado a Ud. mis sospechas de la Chirigua.

—Yo le agradezco.

—Yo, señor González, creo que es un deber de la prensa ayudar a la policía; y le diré que la prensa puede orientar ya que ella tiene numerosos recursos.

—Es la verdad, repuso González.

En ese momento un empleado le hizo señas de que podía pasar.

—El juez me anuncia que me recibirá. Yo quisiera hablar largo con Ud. sobre este asunto. ¿Por qué no me espera en mi oficina?

—Tengo que hacer la Crónica.

—La hace allí, pues. Tiene de todo: buena máquina, papel, y luego yo tengo que darle «con exclusiva» una noticia para su diario. Es una cosa pasional, donde hay mujer bonita y amante que mata por despecho.

—¿Pero no se la dará a los otros diarios?

—¡Cómo se le ocurre! si se la estoy ofreciendo a Ud.

—Ya, listo.

—De esto Ud. no sospechaba... ¿no ve? ¡cómo dice que es capaz de robarle los huevos al águila!

—Alguna se me tiene que ir, pues, señor González. Entonces lo espero en su boliche.

—Bien.

El detective entró a la sala del juez.

—Buenas tardes señor Campusano..

—Buenas tardes Inspector. Le apuesto que me viene a hablar de Luceño.

—Tiene razón, a eso vengo.

—¿Y qué novedad ha descubierto? Le dire que a mí no me extrañaría que Ud. me contara que ese ñato ha sido algún premio de bondad.

—Luceño está pagando un pato, señor Campusano.

—No esté pecando, señor González, usted vió la cantidad de gente que declaró en su contra; todas las razones que hubo para condenarlo.

—Las pruebas eran falsas.

—¿En qué se basa Ud. para asegurarlo?

—He ido al pueblo y he desentrañado la verdad. El Coman-

dante Jerez es una especie de Capitán San Bruno; tiene intimidado al pueblecito. El ordenó que la gente declarara y todos hicieron, por miedo, cuanto él quiso.

—Esas son fantasías suyas. Además un hecho sentenciado no se puede mover. ¡Cómo se le ocurre que me desautorice a mi mismo!

—Entonces por no desautorizarse, por no confesar un error que en realidad no ha sido suyo, usted dejará las cosas como están?

—Si todo lo que Ud. dice es fantástico; si Ud. en vez de policía hubiera sido novelista habría adquirido ya una fama muy grande.

—Seriamente, señor Juez, vengo a pedirle una orden amplia para detener e interrogar a cuantas personas crea necesario, me comprometo a entregarle la banda que hizo los dos salteos atribuídos a Luceño.

—¿Lo consultó con su Prefecto?

—Tengo autorización.

—Como es una cosa muy grave le voy a rogar que me la traiga por escrito.

—Así lo haré.

El detective se dirigió al Jefe de Investigaciones, señor Tapia quien después de oírle largamente le dió la autorización pedida.

—Pero no vaya a meter la pata González, porque arruinaría su carrera. He creído notar que es usted demasiado apasionado.

—No tenga cuidado, señor—dijo el detective dirigiéndose al Juzgado que desgraciadamente el juez ya había abandonado.

UNA BROMA PESADA

—Yo creo, señor Pulido que Ud. debe hacer hoy mismo su reportaje a esa arpista—apuntó González mientras le daba las relaciones y los gráficos para la gran información que al día siguiente lanzaría «La Guía».

—Tiene razón. Después de comida iré.

—Come allá, pues. ¿No dice que la Chirigua atiende muy bien a los periodistas?

Cuando el periodista salía, llegaba hasta la Inspectoría el agente Anabalón e informaba que los bandidos o sea los hombres que vigilaba habían partido en dirección a San Bernardo.

—¿Y la Ursula?

—La ví en compañía de un hombre de la boca enorme.

—¿Está en la casa de la Chirigua, todavía?

—No; lo ví alejarse.

—Entonces, no es de la banda.

—¿Qué hago mi Inspector?

—Vaya y se viste de guaso y prepare dos caballos. Vamos a salir juntos hoy.

—Bien, mi Inspector.

Cuando quedó solo el detective se disfrazó de campesino, como él sabía hacerlo, y se dirigió en compañía de Anabalón a la casa de la Chirigua. Se dió a conocer a la Ursula, y tuvo con ella un gran conciliábulo en su propia pieza.

La Ursula cantó algunas canciones, Anabalón bailó unas cuecas y se vivió en alegre paz mucho rato.

Serían las diez de la noche cuando entró al negocio el periodista Pulido. González hizo una ligera seña a Ursula, esta salió al encuentro del periodista y lo abrazó con efusión de amante

Se sentaron juntos y el periodista hinchado de felicidad, trató a la muchacha como a cosa propia.

González se acercó conduciendo una gran botella, con cuyo contenido llenó varias copas. Se bebió por la prensa santiaguina y sus inteligentes sostenedores.

Un momento después Ursula dijo:

—Señores, yo tengo un licorcito muy bueno pero muy «agarrador».

—Eso ya lo sé, ya me tienes a mí agarrado quién sabe hasta cuando:

—Ya se me fué por el desvío... Tan fresco el hombre. No se puee decir na que no lo eche a la malicia.

La Chirigua creyó de su deber intervenir.

—Vaya niña, no te pueen embromar ahora. ¿O te creís que te tengo pa chiche?

—No pues, señora, si sé que el chiche es usté.

Como los ánimos se agriaban, González intervino y cuando todos los labios sonrieron tomó de manos de Ursula una botellita pequeña y dijo:

—Yo no sé si este será un veneno; pero es de la Ursula, y si nadie se opone me lo voy a tomar yo.

—Lo de la Ursula es mío, dijo Pulido y lo reclamo para mí.

—¿Se lo doy Ursula?

—Déselo no más. Yo tampoco sé que será. El caso es que hoy pasó por aquí un sacerdote y nos dejó esa botella que debe ser de un licor sagrado.

—Yo quiero santificarme, gritó Pulido que estaba entusiasmado por el alcohol. Yo voy a tomar un trago y después te voy a hacer un reportaje que se va a titular así: «La novia de Luceño, la arpista Ursula... de Luceño habla para «La Guía». Ursula es una mujer que conoce a todos los bandidos del país y se dice que ella es...

—Pero qué le pasa a usté señor Pulido, ¿cómo se le ocurren esas cosas?

—Tonta voy a publicar bien grande tu retrato en «La Guía» y todo Santiago va a comentar la historia.

—Si yo no tengo ninguna historia!

—Si la tienes.

—Si me quiere hacer hablar me voy a mi pieza.

—Allá iré a que hablemos y te diré varias cosas muy divertidas.

Ursula se dirigió a su cuarto. Pulido quiso seguirla.

—Pero antes del amor vamos a beber.

—Dice bien, amigo barbucho, dijo Pulido a González a quien no había conocido. Bebamos, pero yo lo haré en la botella.

Bebieron. De un trago se zampó Pulido el vino preparado por Ursula, que era un narcótico poderoso.

Apenas bebió se dirigió a la pieza de Ursula diciendo:

—Ahora me vas a dar todo lo que te pida.

Y como quisiera tomarse algunas libertades la arpista huyó de la pieza seguida por Pulido que se sentó a descansar en una silla grande muy mullida que usaba la Chirigua para dormir la siesta y allí se quedó dormido como un tronco.

—Ya clavó el cacho el zandunguero, dijo la Chirigua. Ahora habrá que echarlo a la cama.

—Yo soy amigo de él dijo González y lo iré a dejar a su casa.

Diciendo esto llamó a su compañero y le ordenó:

—Busque un auto para que llevemos al señor periodista a su casa.

* * *

Cuando Pulido despertó tres horas después, se encontró atado entre cuatro estacas de acero fijadas en el suelo fuertemente aspado. Los brazos en cruz y las piernas abiertas. Tenía una sed espantosa y sentía crueles dolores en el cuerpo. Dolores que parecían causados por quemaduras. La sala estaba oscura pero pendiente del techo y en dirección a su cabeza había una gran espada que se le clavaría si intentaba levantarse.

Así pasó mucho tiempo, por lo menos así le parecía a él. Aullaban los perros, encadenando por los largos caminos, un reguero de lugubridad. Los gallos cantaban clavándole en el

alma su aguda estridencia y la acequia cercana que sonorizaba el silencio de la noche parecía resonar en su corazón.

Ensayó gritar el periodista; pero no pudo hacerlo o no pudo hacerse oír.

Se sentía tan deprimido, tan atemorizado, con tal miedo a la muerte que sin darse cuenta empezó a derramar ardientes lágrimas. Tenía un atontamiento en la cabeza, le dolían las sienes y las correas de las ligaduras se le hundían en la piel. Quiso recapitular, darse cuenta de lo que le pasaba; pero no le encontraba explicación.

—¿Quién sería ese hombre «barbucho?,» pensó. Y luego:

—¿Qué tendría ese licor tan agradable?

—Me ha pillado débil decía, después.

—«La muchacha dijo que se lo había dejado un cura». El dolor de sus articulaciones era atroz. Gritó de nuevo sin ningún resultado. El cuerpo le dolía de un modo feroz.

—Me han azotado, pensó. Y se puso furioso.

—Publicaré una información a siete columnas, contaré que Luceño me mandó a azotar.

—¡Ah, ese bandido se ríe de la policía!

El cansancio pudo más que su dolor y lo sumió en un semi sopor lleno de azotes y de hombres barbudos.

Cerca del amanecer, oyó pasos que se aproximaban sigilosamente a su habitación. Abrió mucho los ojos y detuvo la respiración. Una llave penetró en la cerradura, chirriaron los pestillos y la luz de una linterna se posó en su faz.

—Hola amigo Pulido, ¿qué hace aquí?

—Aquí estoy descansando.

—Pero parece algo incómodo su descanso. ¿Quiere que lo desate?

—Se entiende pues, compañero. Es su deber hacerlo. Ya ve que por causa suya me vine a meter a la boca del lobo.

González lo había libertado y lo ayudaba a sostenerse.

—Y ¿cómo fué esto?

—Yo creo que me pescó la gente de Luceño y me trajeron aquí; estoy enteramente dolorido, me han pegado algún ciento de azotes. Pero deme un cigarro... Creo que no voy a poder andar.

Efectivamente, estaba tan débil que a duras penas se sostenía.

—Yo creo, dijo, que esa tal Ursula es la que me ha entregado.

—No sea loco. La Ursula siguió a los hombres que lo sacaron de la casa con el pretexto de llevárselo a su habitación. Eran dos hombres barbudos y uno con una cicatriz en la frente.

—Si eran dos hombres de barba. Pero yo no los conozco...

—Sus compañas, pues, son dos maleantes que, seguramente han sido perjudicados por usté. Y ahora se han vengado. El periodismo que usted hace es muy eficaz pero es peligroso.

—¿Quiere que vamos hacia Santiago o volvamos donde la Chirigua?

—Yo quisiera comer algo.

—Y además quiero que Ud. oiga el interrogatorio.

Habían llegado al auto, González ayudó a Pulido a subir y se dirigieron a casa de la Chirigua.

* * *

En la edición vespertina de «La Guía» se daba a 12 columnas en la doble página central un gran retrato de Ursula cen otro de González y un tercero del periodista Pulido con los siguientes títulos:

«*El suceso del día.—Nuestro repórter de policía en manos de una terrible banda de asesinos.—Entre veinte se apoderan de él y lo llevan a un nauseabundo aposento, y lo atan entre cuatro estacas después de azotarlo furiosamente.—La niña Ursula Vargas llamada la arpista sorprendió la dirección del sitio donde se atormentaba a nuestro repórter.—Brillante diligencia de los detectives señores Inspector González y agente Anabalón.—La audacia de los bandidos no reconoce límites.* «*La Guía*», *como siempre trabajará por su extinción.*

—«*No me importa perder la vida con tal de ser útil a mis semejantes*» *dice nuestro repórter, el periodista don Luis Pulido. Puede verse al periodista en el pensionado de San Vicente hasta las 18 horas de todos los días de esta semana.*

Naturalmente la edición subió de cien mil ejemplares, espantosa en Chile.

DONDE EDUARDO SALAZAR, EL CURA VUELVE A USAR SU PUÑAL ENJOYADO (1)

Cuando los bandidos hubieron ganado el camino de Ochagavía, Eduardo Salazar, el Cura, manifestó deseos de hablar con ño Ramón.

Avanzaron con los caballos hacia un potrero y puestos al abrigo de la zarzamora y de los álamos hablaron.

—Eduardo, dijo ño Ramón, te diré que esas historias de la Ursula y de Luceño ya me tienen hasta la coronilla. A mi no me importa en absoluto lo que hagan. La Ursula puede quierer a Luceño o al demonio.

—Pero es que la Ursula está en combinación con la policía.

—Perfectamente; quiere decir entonces que debemos irnos de esta región.

El Marucho terció para decir:

—¿Y no haremos el trabajo de Lo Chena?

—Cualesquier trabajo que hagamos en esta zona es peligroso. Gracias a Dios tenemos con que vivir tres meses sin inquietudes. Hemos andao con mucha suerte. Hace más de un año que no nos movemos de esta región y hemos lograo escapar a la persecución de González que es terrible.

—Nos estamos escapando gracias a Luceño y a la pica

---

(1) Ver el 2.º episodio de la colección que tiene por título «La sinfonía del cuchillo».

que le tiene la prensa y ese viejo bruto del Comandante de Tango.

Eduardo preguntó entonces:

—¿Y qué estima Ud. que debemos hacer?

—Separarnos y marchar hacia el sur. En una jornada más nos podemos juntar en Machalí en la casa del zunco Orozco, o en la mía. Creo que por allí podremos hacer algo.

—El teléfono es lo que me saca pica a mí, comentó el Marucho.

—Ya ven como ha sío la suerte que habimos tenío... dijo un bandido muy criollo.

—Bueno sería, apuró entonces otro bandido, que Eduardo que tiene buena letra, le mandara una carta al juez Mandujano o Campusano, diciéndole que Luceño gobierna desde «aentro» una banda delincuente.

—¿Pero nos iremos sin castigar a la Ursula?—protestó el Cura.

—Nada tenemos que hacerle a esa pobre muchacha.

—Pero si nos está traicionando. Tengo la seguridá de que en este momento la casa está llena de policía.

—¿Y qué importa?

—Y que ya todos saben nuestra dirección.

—Una razón más para que escapemos rápidamente. Nos separaremos aquí mismo. Cada uno tiene en el bolsillo lo que le corresponde ¿no es así?

Asintieron los bandidos.

—Muy bien, terminó ño Ramón; nos podemos reunir muy discretamente en Machalí y en el hotel Agrícola que es ahora de mi propiedad. Pero mucho cuidado!

Algunos siguieron hasta San Bernardo para tomar el camino público, otros retrocedieron, ño Ramón se dirigió a una casa donde tenía amigos y Eduardo Salazar, acompañado del Marucho tomó el camino que conducía a casa de la Chirigua.

Pero antes de llegar exploró el terreno, vió llegar a los detectives barbudos y al periodista Pulido, vió después salir el auto que perforando la sombra se perdió en la lejanía.

---

(1) Véase el 2.º episodio de esta colección titulado «La sinfonía del cuchillo».

Rápidos pasaban los tranvías de San Bernardo y muchas personas se aventuraban por la avenida donde se construía una población lineal. Eduardo tenía el alma llena de presentimientos quería ir donde la Chirigua, deseaba despedirse de Ursula, a quien, en realidad amaba; pero había una fuerza que lo retenía, que lo hacía vacilar.

Por primera vez miró hacia atrás su vida, un largo jirón lleno de manchas rojas, traspasado de ayes, enternebrecido de amenazas.

Hizo un rápido balance y vió que salía perdiendo. En realidad, el sentía haber procedido bien al castigar en el templo al amante seminarista de su hermana y a ella misma (1). Pero no sabía qué demonio lo había impulsado por la senda del asesinato. Para él, un homicida terrible que todavía no cumplía veinticinco, la vida no ofrecía ningún refugio.

Pensó en las mujeres que lo querían una, Ursula, lo había dejado, la otra Renée, una de... de todos; pero que tenía con él especiales complacencias. A sus ojos él era un personaje, una especie de *Cartouche criollo*. Pensó en sus años de seminario en los que no tuvo jamás una violencia. El que tenía vocación para lo místico, iba a terminar en el patíbulo.

¿Y si se fuera lejos, más allá de la Frontera? Pero los documentos... El había oído decir que no era difícil conseguirlos; más se dicen tantas cosas...

Y si a lo mejor el funcionario lo detenía.

Pensó entonces en dirigirse al que había sido su profesor más querido en el seminario y exponerle el caso y rogarle que lo auxiliara para pasar la frontera y ensayar ser hombre de bien.

No gustaba del vino, era un buen músico, tenía simpatía personal, era casi un niño, ¿por qué debía pues, perderse de «un viaje?»

El *Marucho*, que nunca lo había visto tan preocupado, respetaba su silencio y trataba de distraerse pensando en lo que haría más adelante si la vida se lo permitía.

Poco bebía el *Marucho* porque del fondo del vaso surgía

(1) Véase el 2.° Episodio de esta Colección intitulado «La Sinfonía del Cuchillo».

siempre la tragedia que lo había precipitado *al camino*. Era una tragedia vulgar, casi estúpida de lo que el *Marucho* se había arrepentido mil veces.

Lo recordaba como si hubiera ocurrido momentos antes.

El era inquilino, su mujer la más buenamoza de la hacienda, muy aficionada al afeite y a la comodidad. Constrastaba con su temperamento moldeado dentro de la mayor sencillez.

Marta tocaba la guitarra y cantaba, vestía como las señoritas del pueblo y tenía su rancho hecho un chiche.

Todos los campesinos gustaban de la *flapper* cordillerana; más todos la respetaban por que era la mujer del buen amigo, del Marucho, tan hombre de bien... Pero entre esos «todos» no estaba el jovencito agrónomo de origen yanqui que creía que el mundo se había hecho para él.

A mister King le gustó la Marta y directamente fué a su objetivo y ella que no quería otra cosa que amores limpios sin olor a pastizal, fué hacia él joven agrónomo rubio y alto como un príncipe de cuento, que hubiera vestido botas, jersey y sombrero ancho.

Luego lo supo el Marucho; se acercó a ella y llorando le pidió que se apartara de esa senda, el la perdonaba, le parecía casi lógico ser pospuesto a un *gringo* decente. La mujer se lo prometió también llorando, y por algún tiempo brilló aún la luz en el hogar.

En realidad, él que tan bueno era, se extrañaba de que alguien se preocupara de quitarle su mujer que quería tanto.

Una tarde vió al *gringo* rondar por su «cerco» quiso hablarlo; pero no se atrevió, entonces se llegó al despacho de la hacienda y se bebió varios sorbos de aguardiente.

Cuando volvió a su choza su corazón estaba desbocado; loco, resonaba como algo que llamara para un asunto supremo.

Había luz en su choza, le extrañó, porque siempre su mujer lo esperaba a la luz de luna. Era muy grande el silencio, la montaña entera dormía y parecía que también dormía el ritmo del torrente.

Se acercó lentamente y cuando llegó a la puerta se apoyó para no caerse. Entró sin llamar, pero no encontró a nadie. Su mujer estaba sentada junto al fuego; sólo tenía las mejillas en-

cendidas y el hablar algo cansado, nada más, y eso no fué capaz de notarlo el pobre amante.

Sin embargo no pudo hablar, y cuando ella después de un momento se acercó para ofrecerle comida, él la miró a los ojos que la mujer esquivó ligeramente poniéndose la mano en la frente.

—En qué piensas, le dijo al cura, al verlo tan ensimismado.

—En... cosas de la vía, ¿Y vos?

—En lo mismo.

Después de una pausa, Eduardo dijo:

—¿Te gustaría dejar «el camino»? (1)

—Me sería igual. La vía me hace daño en el camino o fuera de él...

—Te morirías... a gusto?

—Si fuera de un solo «chancacazo», si.

En ese momento los distrajo la llegada de un auto que ellos habían conocido.

—Llegaron los barbones, dijo el Marucho.

En ese instante bajaban.

—Son los mismos, pero se afeitaron. Oye, a mi no me engaña la luna, esos no son barbones.

Más rato dijo:

—¿Quieres que vayamos a ver quiénes son?

—Vamos.

Cuando entraron los detectives González y Anabalón, estaban en las habitaciones especiales de la Chirigua. La Ursula atendía en el mostrador.

—Buenas noches Ursula. ¿Quieres darnos un buen «sanguich» y una botella de vino blanco?

Maquinalmente sirvió ésta. Pero se conocía que no estaba tranquila.

—¿No me preguntas por qué volví?

—Eso yo no lo sé, ni me importa. Vos sabrís.

—Pues volví a despedirme de ti por que me voy a la Argentina. No se lo digas a nadie.

—Te lo prometo.

---

(1) «El camino», así designan su vida aventurera los bandidos.

—Y cuando veas a Luceño dile que no le guardo rencor.

—Es que te quise, y te quiero mucho Ursula. Sé que tú eres una muchacha fatal que no has sido jamás feliz en la vida, que no lo fuiste conmigo, ni lo serás con el pobre Luceño.

—¿Y cómo te irás?

—Tengo un plan que lo voy a poner en práctica esta misma semana.

—¿Y la banda?

—La banda se disolvió.

—¡Qué bueno! Todos ustedes son excelentes personas, especialmente el Marucho.

—Muchas gracias, chinita.

—¿Quiéres prestarme la guitarra?

Ursula fué por ella.

No pensó ni un momento que los detectives pudieran conocer a Eduardo. Y en todo caso estaba dispuesta a hacer causa común con ellos.

Eduardo templó la guitarra y tocó su famosa sinfonía del cuchillo.

Se hizo un silencio total y poco a poco fueron llegando todos los habitantes de la casa incluso González, su acompañante y el periodista.

—¡Qué gran virtuoso de la guitarra es usted, amigo!—dijo, González.—¿Y cómo llegó aquí?

—Venimos de Nos y como estaba abierto pasamos a tomar algo. Y resultó que encontramos aquí a la Ursula y nos llamó a tocar.

—¿De Nos?

—Sí, de los de don Salvador Izquierdo... somos fruticultores, como decimos los franceses.

—¿Quiere servirse algo?

—Encantado.

—Pero, Ud. es un guitarrista prodigioso. Por qué no se deja de plantaciones y se dedica a dar conciertos?

—Es que a mi me atrae el trabajo del campo.

González pidió que tocara de nuevo. Y Eduardo cantó y tocó varias piezas muy agradables.

Y como Pulido se quejara le preguntó:

—¿Y a usté que le pasa?

—Yo, compañero, soy periodista y se me ocurrió hacer un trabajo para mi diario y me pescaron unos hombres que deben ser de la banda de Luceño.

—¿Luceño?

—Sí, ese bandido que está en la penitenciaría y que desde allí dirige su cuadrilla.

González miró a Ursula que ya iba a intervenir y Eduardo sorprendió las miradas, y reconcentrando la atención le pareció que era él quien había querido detenerlo cuando, celoso siguió a Ursula para ver qué tenía que hacer en la penitenciaría.

Ya no dudó de que Ursula era traidora y se previno a todo lo que pudiera suceder. La miró hondamente, pero ella resistió victoriosamente la mirada. Eduardo estaba verdaderamente sorprendido. En realidad cada día que pasaba comprendía menos a las mujeres.

En cuanto al detective, estaba seguro de que se encontraba en presencia del gran criminal llamado el Cura que era un guitarrista de fama.

—Dicen, dijo González que hay un bandido de gran cultura y que toca la guitarra mejor que el más grande virtuoso...

—Yo he tenido el gusto de conocerlo, dijo Eduardo. Precisamente, yo toco esa famosa sinfonía del cuchillo. Era lo que estaba tocando cuando ustedes vinieron.

—¿Cómo es ese hombre?—preguntó Anabalón.

—Es joven, de aspecto interesante, y muy romántico. Ahora se ha dirigido al sur donde dará algunos conciertos.

—¿Me dijo usted que era fruticultor? Oyéndolo hablar me parece Ud. un retórico.

—En efecto soy un estudioso, adoro a Horacio y me gusta leerlo en latín.

—Señora,—dijo el detective dirigiéndose a la Chirigua,—no podría alojarme aquí?

—Claro. Ursula, mande que le preparen una pieza al señor...

Ursula se levantó y obedeció. González la siguió y al trasponer la puerta del fondo miró hacia atrás fijando la vista en Eduardo que también lo miraba escrutadoramente.

—¿Puedo pasar al interior, señora?

—Como guste.

Se levantó y se dirigió al patio.

Anabalón se levantó también con interés de seguirlo; pero el Marucho se interpuso.

—No se vaya, señor, tenga la bondá de servirse un trago con este pobre guacho... Le aseguro que me ha queido en gracia harto trecho; me parece que hacen veinte años que lo conozco.

No pudo excusarse, Anabalón. Pulido miraba con los ojos muy abiertos y el corazón oprimido, presentía algo grande.

Eduardo se acercó al cuarto donde habían entrado González y Ursula.

Con vos sorda le dijo:

—¿Quiénes son esos que están en la casa?

—No lo sé. No los conozco.

—¿Cómo el tocador dijo que te conocía?

—De vista, yo no sé ni como se llama.

—A mí no me vengas a engañar.

—Yo no tengo na que decirle a usté.

—Eso lo veremos.

—Lo veremos.

Pasó un minuto. Eduardo escuchaba anhelante y sonreía en la sombra del alero. El patio estaba blanco de luna.

—Es de línea, pensaba.

Sonó un beso. Eduardo avanzó maquinalmente.

—Déjese, señor, yo no quiero que me bese usté.

—Tan delicada que te pones. Ahora te hago detener por...

—Señor, a usté que es tan caballero le hace daño el trago.

—No, si no estoy borracho; estoy molesto por que tú me engañas. Es elemental que te trate mal como tu te lo mereces.

Eduardo, ya enteramente sereno, avanzó, abrió la puerta.

—Señor, yo puedo darle a Ud. los datos que le pide a la señorita.

Se volvió el detective rápidamente y echó mano al revólver.

—No dispare todavía, tenga serenidad, no está bien que un hombre de su temple se ofusque por tan poco. ¿Usted quiere saber quien soy yo? Yo se lo digo si Ud. me dice quien es usted.

—A mí no me venga con «antorchas».

—¿Con qué derecho pide Ud. saber quién soy yo?
—Yo tengo mi derecho.
—Y si yo no se lo reconociera.
—Le pesaría.
—Pues bien, no le digo quien soy yo. Y en cambio le digo quién es usté. Usté es de la policía, no me importa como se llame y quiere encomodarme por que le da la gana.
—Y bien, soy de la policía y lo detengo a Ud.
—Para eso se necesitan once más. Sepa que al Cura al más gran guitarrista de Chile sólo lo detendrán si lo encuentran dormido.
El detective sacó su revólver; pero el Cura lo desarmó con una rapidez inconcebible.
Las armas de fuego suenan, meten mucho bochinche. Tome un puñal el arma blanca es más noble. No lo voy a matar; sólo le voy a marcar mis iniciales en la cara.
El Marucho, tenía «atrincado» al agente Anabalón que quiso salir en defensa de González.
—Vamos a pelear, señor González.
—Cuando quieras: no creas que soy un cobarde.
Ya puestos frente a frente, el Cura dijo:
—Le aseguro que me remordería la conciencia toda la vida si lo matara. Ud. no puede competir conmigo. Me doy cuenta de que cumple con su deber; pero no estoy dispuesto a dejarme detener. Además he resuelto dejar esta carrera, se lo juro!
—¡Ataca, cobarde!
—No me lo repita...
—¡Cobarde!
El Cura se lanzó sobre González, que siendo muy ágil no era capaz de hacerle frente.
—Yo no lo quiero matar, señor, no se ofusque. Déjeme irme. Yo nada gano con hacerle daño, déjeme irme.
—Señor González! intervino Ursula.
—Pero...
—No es una derrota, señor. A mí hay un solo hombre en el mundo capaz de hacerme frente: Manuel Luceño.
Bajó el arma González y habló:
—Dígame, ¿Luceño es bandido?

—No hay hombre más honrado. El bandido es Jerez.

González comprendió que perdería la partida; dejó alejarse a los bandidos y volvió después cabisbajo pero satisfecho a Santiago.

El próximo episodio lleva por título:

El duelo en la sombra



N.º 8 La Novela Policial PRECIO $ 0.50

"EL DUELO EN LA SOMBRA"

8.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



IMPRENTA NASCIMENTO

1931

Si esperábamos de antemano una buena aceptación del público a nuestra publicación de «La Novela Policial», no creíamos que fuese tan amplia como ha resultado.

Manuel Luceño no es una novela vulgar de acciones policiales tomadas sin estudio; es una novela que parece sacada de la realidad.

Sus personajes son tan reales que nos parece que ya hemos visto o leído eso en alguna parte, y la causa es porque su autor conoce a fondo el ambiente como cronista que es de la sección policial que ha atendido por varios años en diarios y revistas.

N.° 1 **Manuel Luceño**
N.° 2 **La Sinfonía del Cuchillo**
N.° 3 **La Celda 52**
N.° 4 **Una tragedia de amor**
N.° 5 **La Bestia de fuego**
N.° 6 **Un amor humilde**
N.° 7 **El fabricante de bandidos**
N.° 8 **El duelo en la sombra**
N.° 9 **La carta de la libertad**
N.° 10 **Sobre la pista**
N.° 11 **La banda del Ballena**
N.° 12 **La sonata trágica**
N.° 13 **Como se hace un bandido**
N.° 14 **El sarcasmo**
N.° 15 **La banda de la Cruz de Sangre**
N.° 16 **Un proceso sensacional.**

DEPOSITARIO GENERAL:

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 -:- Casilla 2298 -:- Santiago
o su Sucursal: Casilla 2290 -:- Concepción

EDITORIAL AVENTURA.

1049 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 8

"Un Duelo en la Sombra"

8.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

UN DUELO EN LA SOMBRA

Renée, la gabacha

Por que tenía los cabellos rubios y había vivido mucho entre francesas, la llamaban la *gabacha*; pero Renee era chilena, una mujer de tipo aristocrático, alta, esbelta, de mucha distinción y elegancia.

Se decía que tenía un gran apellido y que venía rodando desde muy arriba, pero ella nunca había revelado a nadie su origen y cuando alguien intentó averiguarlo, supo darse maña para eludir la rebelación.

Era una mujer de moda eterna, poseía un talento especial para seleccionar y conservar sus amigos que siempre fueron distinguidos.

Cómo esta mujer había hecho amistad con el terrible bandido Eduardo Salazar, (a) El Cura, parecía cosa de leyenda.

Una tarde que estaba en su casa de campo situada en el camino de San Bernardo, paseando por el pequeño parque en compañía de una amiga. Vestían sutiles pijamas y estaban francamente provocativas. Les había llamado la atención un joven que las miraba con extática atención; pero no habían parado mientes en él. Sin embargo cuando volvieron lo encontraron en el mismo sitio y en la misma posición.

Debieron perderlo de vista cuando pasaron detrás de los macizos de rosas y tomaron la dirección de la casa que quedaba cerca.

En ese momento salían varios individuos de un reñidero de gallos cercano, al verlas comenzaron a hacerles feas demostraciones y a llamarlas por sus nombres.

Cuatro de ellos, al notar que las mujeres se apresuraban sin hacerles caso, corrieron detrás de ellas y las besaron por fuerza mientras los otros lanzaban estúpidas risotadas.

Pero entonces ocurrió lo sensacional: El muchacho, el adolescente moreno, se desprendió de su sitio de observación y saltando por sobre enrejados y flores se llegó hasta los intrusos y con una fuerza insospechada los castigó duramente.

Las mujeres observaban la escena admiradas y los castigados se retiraban profiriendo ofensas.

—Debe de ser algún campeón de box, dijo uno de los de la barra. Estas se rodean de gente capaz de defenderlas.

Eduardo, saludó a las damas y se dispuso a marcharse.

—Señor, perdóneme; pero no quiero que Ud. ignore quienes somos.

—Son damas y hermosas. Eso me basta señoritas, dijo Eduardo.

—Señor, perdone, pero allá va la verdad dijo Renee. Nosotras somos dos mujeres galantes, nada más. Esos que nos atropellaron deben conocernos... Probablemente nadie se figura que no siempre una está dispuesta a vivir... así.

—Señoritas...

—Si Ud. lo hubiera sabido, ¿nos hubiera defendido?

—Tengo la seguridad que sí. Yo no distingo categorías morales; no creo en la moral de la gente.

—Nos permitiría una pequeña invitación, señor...

—Eduardo, llámeme Eduardo... El señor es... vaya, a mí me parece insoportable.

—Y a nosotras llámenos Renee a mí y a ésta.

—Margarita.

—Bien, Margarita y Renee, estoy feliz entre ustedes.

Renee, dijo entonces mirándolo a los ojos con sus pupilas intensamente azules:

—Creo que seremos buenos camaradas. Venga con nosotros Eduardo.

Lo tomaron de los brazos y avanzaron hacia la casa.

Aquel día no hubo más visita que Eduardo.

La casa era un verdadero museo; todo el refinamiento de Renee fué puesto para halajarla. Habían pinturas de grandes artistas modernos, bibelots de todas las escuelas, tapices, porcelanas, cerámicas aborígenes de toda América y muchas cosas notables, incluso una pequeña biblioteca.

Eduardo tomó el té, complacido.

Cuando lo interrogaron dijo que era un estudiante y luego fijando los ojos en una guitarra pidió permiso para tocarla.

Ellas que eran grandes apasionadas por la música accedieron con entusiasmo.

Eduardo tocó muchas cosas, y por fin su sinfonía del cuchillo. Hizo, como siempre su prólogo, explicando el proceso de una herida a puñal y por fin ejecutó la sugestionante, enfermisa y terrible sinfonía. Las mujeres estaban fascinadas. Luego manifestó deseos de marcharse. Renee lo llamó entonces a su habitación particular y le dijo:

—Eduardo, no lo dejo marchar si no me dice quién es; me ha sido Ud. profundamente simpático y no quisiera verlo alejarse.

—Yo, señorita Renee, soy Eduardo.

—¿Y dónde aprendió Ud. a tocar de ese modo?

—No lo sé, soy artista innato.

Ella lo miró a los ojos y dijo:

—Yo creo que sé quién es usted.

—Me parece raro.

—Yo he leído en los periódicos, si... Dicen que hay un bandido que es un caballero y que toca la guitarra pridigiosamente. Es un hombre joven de aspecto romántico, famoso tirador de cuchillo y de una crueldad infinita.

—En suma, ¿se parece a mí?

—No digo yo que Ud. lo sea... pero...

—Y si lo fuera.

—Me habría dado la gran alegría de mi vida, pues amo a ese hombre por que es cruel, por que sangra a la humanidad que no merece más que la muerte.

—Yo siento no ser ese héroe estupendo.

—¿Por qué lo niega? ¿Cree que lo voy a delatar? ¿No comprende que lo amo más que a mi vida misma? Dispénseme el lenguaje poco apropiado; pero no se ha inventado otro.

—Renee, contestó Eduardo, efectivamente yo soy ese bandido. Pero no tengo nada de particular, ni siquiera dirijo una banda, y jamás he muerto a alguien que valga la pena.

—¡Eduardo! Eres el hombre que esperaba, mi romanticismo esperaba un hombre distinto de los demás que pudiera quererme un poco, quererme, ¿entiendes? ¡Quererme!

—Pero Renee, yo no puedo enamorarme de tí, la justicia está siempre sobre mi pista y jamás he querido enamorarme por no sentir ni hacer sentir. La vida para mí es un viaje a la eternidad, nada más. Todo hace muecas y las más crueles son las del amor.

—Dicen que tú tienes un cuchillo que es una joya, ¿quieres que lo vea?

El Cura le mostró su puñal y la cortesana lo tomó en sus manos delicadas, sintiendo, al hacerlo, una desconocida emoción.

Y así fué como empezó ese idilio que tuvo muchos aspectos habiendo sabido unir para siempre a dos irredentos.

EL INTERROGATORIO

Humillado y furioso por su fracaso, el detective González, salió inmediatamente para ordenar la persecusión de los delincuentes. Se telefoneó a todas partes y se encargó a los bandidos.

Pulido, el periodista, se dió cuenta a medias de su situación y al publicar la información de que hemos hablado, comprendió que tenía al detective en sus manos; pero como su negocio estaba en ser concecuente no quiso decir una palabra de la derrota de González que, por lo demás éste no le había pedido que callara.

Al día siguiente, provisto de la orden del juez se presentó González a la casa de la Chirigua y procedió a efectuar un allanamiento en forma y luego un gran interrogatorio.

La Chirigua se sometió de buen grado. Ella sabía mucho de cosas de justicia y no se le ocultaba que tarde o temprano tendría que ir a dar con sus carnes a la cárcel.

—¿Cómo se llama usted?

La Chirigua se rió.

—Le ruego que no se ría, la estoy interrogando seriamente y traigo en mi cartera una orden de prisión para usted.

—Es que hacen tantos años que nadie me dice por mi nombre que me cuesta recordarlo, creo que me llamo... Inocencia Bueno, mi padre era don Rafael Bueno y mi madre doña Teresa Parodi.

—Bueno Parodi.

—Sí.

—Y cuanto tiempo que se dedica Ud. a negocios sucios.

—Yo no tengo negocios sucios. Para todo pago mis patentes; estoy al día con todas las leyes.

—Pero su casa es un resumidero de pícaros, de bandidos.

—Señor, yo no puedo estarle preguntando a la clientela su procedencia. Ahora tengo varios «palos gruesos» haciendo onces con amigas, vienen personas de la mejor sociedá, ¿qué quiere que yo le haga? Yo, como le digo no los puedo echar ni debo tomarles declaración. Usté sabe que uno ve caras menos corazones.

—Pero a esos bandidos de anoche usté los conocía.

—Los había visto antes aquí. Pero esa gente no dice nada, no habla. ¡Cómo se le ocurre que van a andar por allí diciendo lo que son! Nadie hay tan discreto como los bandidos.

—A mí no me va a engañar doña Inocencia, a mí sus sirvientes me han dicho que usté proporciona recursos a sabiendas a los bandidos.

—Ya se está pasando ya; cómo se le ocurre que le voy a creer esa fantasía. No me diga esas cosas; si fuera así se lo diría. No le tengo miedo al castigo, no crea.

—Hace tiempo mataron aquí en su casa a un oficial de policía.

—No lo mataron aquí. Estuvo aquí como lo declaré entonces al señor juez y tuvo unas palabras con otro y entiendo que salieron desafiados.

—La voy a detener a usté.

—Como tenga el gusto.

—Y a la Ursula...

—También a la Ursula, vaya! Esa es una pobre chiquilla que no ha hecho otra cosa que tratar de probar la inocencia de Luceño. Ah! si esa «magua» hubiera sabido quiénes han hecho los salteos, usté ya lo supiera.

En ese momento un agente entró con unas cartas.

He aquí lo que el detective leyó:

«Mi querida Ursula, me llena de esperanza tu carta en la que me dices que el señor González dejará en claro mi conducta. Te diré que yo no sé quiénes han hecho esos salteos. ¿No ves que yo acababa de llegar del norte? Te agradezco que trates de ayudarme

y que desees cooperar con el señor González que fué muy bueno conmigo durante mi proceso.

«Esta carta, me la ha escrito el propio señor arcaide porque yo tengo una letra muy enredá.

«Saludos al señor González y tú un abrazo muy apretado.— *Manuel Luceño*».

—Llámeme a la Ursula.

Apareció ésta.

—Dime esta carta ¿cuándo llegó?

—Hoy me la dieron cuando fuí a la penitenciaría.

—¿Y a qué fuiste?

—A contarle a Manuel el peligro en que usté se encontró por causa de él.

—¿Y viste a Luceño?

—No señor, ha estao un poco mal.

—¿A ese hombre que me la ganó anoche lo conocías?

—Mucho tiempo, señor. Este iba donde las Paño cuando yo cantaba en esa casa de remolienda. Pero sólo anoche me vine a dar cuenta de que era un bandío.

—Te aseguro Ursula que tengo deseos de creerte.

—¿Y por qué no me crees pues?

—¿Jurarías por tu alma que no me has engañado?

—¿Y por qué no, pues?

—Fíjate que yo supe que había sido querido tuyo.

—Y es cierto pues; pero yo lo tomé siempre por un caballero de campo.

Había tanta ingenuidad en las respuestas de Ursula, que González creyó conveniente no insistir más.

—¿Será cierto que ha disuelto la banda? pensó en voz alta.

Llegaron varios agentes trayendo a un hombre, que después de interrogado por el detective fué puesto en libertad.

González estaba de muerte con la fuga de los bandidos. Resolvió, en consecuencia, trabajar en silencio. Ursula, por su parte, se comprometió a dar aviso inmediatamente si alguno de los que andaban con el Cura llegara por la casa.

Y mientras el detective se preguntaba lo que sería de Eduardo que no había sido encontrado en ningún camino, éste, comprendiendo que lo buscarían por los caminos había ganado la

ciudad y estaba oculto con el Marucho en la casa de Renee la elegante hetaira.

Cuando aquella tarde, González volvió descorazonado al cuartel el juez señor Campusano lo esperaba para mostrarle un informe. Eran las confirmaciones de las declaraciones de los pobres habitantes de Tango.

—No me muestre esas cosas que no son sino nuevas depredaciones de ese criminal nato del comandante Jerez. Pero algún día será un año.

—Pero será bueno que Ud. comprenda que por el momento esta es la verdad legal.

—¡La verdad legal!, no me entristezca señor Juez. Y déjeme por favor trabajar!

RENEE TENIA UNA HISTORIA

Aquella mañana, Renee se había levantado de mal talante. Estaba descontenta de sí misma, molesta con su vida pasada, con su existencia actual. Daba vueltas en su imaginación la idea de morir.

Y allí estaba sentada en su pequeño gabinete, decorado con escenas de la mitología griega, desnuda como siempre, en ese ambiente que a ella le parecía pagano. Desnuda entre ninfas asustadas y curiosas, entre faunos lujuriosos y entre amorcillos rosados. Al lado de una estatuita de Baco y de varias que representaban bailarinas y bacantes, junto a sus vasos griegos entre el humo del incienso. Como todas las mañanas, Renee se sentía mal.

Llamó a su doncella, una preciosa criolla morena, y le ordenó que no permitiera entrar a nadie y que viniera luego a ungirla con esencias maravillosas.

—Qué linda es usted—dijo como suspirando Elena, la criolla.

—Tú eres más hermosa. ¿No lo crees?

—No, señorita, yo soy una pobre muchacha.

—¿Quisieras ser como yo?...

—Como... usté?

—No, tonta es una broma.

La muchacha siguió derramando las tibias esencias sobre aquella cortesana que parecía una Friné reencarnada.

De pronto, dijo.

—Elena, desnúdate.

—Pero, señorita...

—Desnúdate, yo te lo mando.

Costó trabajo para que la pudorosa criolla se desnudara y cuando lo hizo dejó ver un cuerpo opulento de color de ámbar patinado de sol.

Renee miraba extasiada la línea de sus caderas, de su vientre de su busto y torso.

—Eres una preciosura; si esos dioses griegos resucitaran te llevarían a su Olimpo. Y después de una pausa:

—Es cierto que quisieras ser como yo?

—No, señorita, no. Si usté quiere que haga como usted me iré.

—No te trato bien, yo?

—Si, señorita.

—Pero tú me desprecias...

—No, señorita, yo la quiero y...

—Y qué? Habla.

La criolla se vestía y la miraba a hurtadillas.

—Habla!

—Señorita... es tan buena usté que... la tengo lástima.

Sorprendida, como si la hubieran azotado todos sus nervios la rubia Renee se levantó y repuso.

—Tú, tú me tienes lástima?

—Perdóneme, señorita, si la he ofendido, saldré ahora mismo de su casa.

—Oye, Elena, dime, Tú eres una buena chica? Jamás has... tenido un amante?

—No, señorita.

—Pero tienes un novio?

—Si, señorita.

—¿Sabe que me sirves a mí?

—No sabe donde sirvo.

—Y tú te quieres casar?

—¿Yo? Mire, no lo he pensado todavía...

—Pero él... no te lo exige?

—Sí, señorita.

—Si tu novio supiera que me sirves a mí... te abandonaría en seguida.

—Y por qué, señorita? Nadie sabe lo buena que es usted.

—Pero tú me tienes lástima.

—Sí, señorita, dijo con vehemencia la criolla. Es que me gustaría que uste tuviera su casa, su familia, su esposo y que todos la respetaran. Me da tanta pena cuando le faltan el respeto. El otro día... tuve deseos de matar a aquel viejo asqueroso... que dicen que es senador...

—¿Cuál viejo?

—Ese que se metió a esta pieza cuando usté estaba desnuda y la mordió y la azotó con tanta crueldad.

—Es un viejo grosero, creo que es rico... pero no sé lo que será... Es un vicioso de mal género... pero tengo que soportarlo.

—Y aquel que la bañó con champaña, y el otro que le arrancó a jirones la ropa y la exigió que bailara.

—Son las miserias de la gente, Elena; todos cual más, cual menos llevan dentro una fiera que está restringida por las buenas maneras. Y cuanto vienen aquí se desbordan. Pero... yo también me vengo de ellos y me río del desprecio de ellas... Todas las mujeres son iguales y yo muchas veces necesito que me hagan sufrir horriblemente para equilibrar mis nervios. Me siento, Elena, dentro de un limbo oscuro, muy oscuro y cada uno que llega trae una nueva brazada de sombras, ya hay tantas sombras que acabarán por perderme.

—¿Y por qué no deja esta vida?

—No podría, todos me conocen.

—¿Y por qué no se va... a otro país?

—Tienes razón; voy a intentarlo. Aunque te diré que hace años que estoy pensando en esto; he tenido determinada hasta la fecha de la partida y... no me he movido. Mira se me ocurre que el vicio que en mi es dolor y asco, es una cosa necesaria en mi vida, algo que forma una segunda naturaleza. Me parece que no podría vivir sin las timideces románticas del estudiante, sin las locuras del poeta, sin las ruindades de ese viejo asqueroso ni las brutalidades de los demás... Me parece que la noche está llena de pupilas de brujas que me fascinarían hasta enloquecerme si esos monstruos humanos no cayeran por aquí noche a noche. Los desprecio y los amo... Yo a penas les doy lo que ya no tengo... no sé por qué vienen... soy hasta una mujer triste, carezco de

atractivos. Muchas veces lloro, rompo la vajilla los araños, los muerdo y aún les he disparado tiros. Ellos me perdonan y creo que me compadecen, comprenden mis nervios enfermos, se dan cuenta de que soy «un caso» y vuelven al día siguiente trayéndome flores y se portan tan bien que parecen niños de familia a la hora de la plegaria.

Después de una pausa, mientras la criolla la vestía y la cubría con un rico manto de riquísima seda azul con bordados de oro y piedras preciosas, agregó.

—Y sin embargo... lloro cuando mi pasado se alza del fondo de mi vida. Y luego se deja llevar por la añoranza.

—Yo era la octava hija de un ilustre prócer, la más linda, la más regalona. Para mi era todo lo bueno que ha producido el mundo... todo fué el matrimonio, el brillante matrimonio que hice el que me perdió; y como me envidiaban mis hermanas! Mi marido era como todos estos que vienen a verme, un pecador reconcentrado, un vicioso empedernido, que me arrojó a un hogar frío y hostil.

No resistí; me creí con derecho a buscar distracciones, hubo cuestiones de honor, palabras, y una noche dejé el hogar para no volver más. Nunca me faltó lecho ni quien me hiciera caricias que me dañaran. Me fuí adentrando por el mundo hasta no ignorar nada de lo malo ni de lo bueno. Y estoy contenta de no ser como la mayoría de las esposas: una cosa que se exhibe y que sirve para criar los hijos...

—Es triste su historia, triste.

—Te vas a reir tú cuando sepas que el hombre más delicado que he encontrado en la vida es un asesino insaciable. Me doy cuenta de que los que hacen canciones conocen el mundo; siempre hay una cortesana que se muere por un apache. Es que la deshonra y el dolor están sobre una base de igualdad, es que las almas van sobre líneas paralelas.

Después de este coloquio que pareció hacerle bien, la rubia Renee hizo música; pero al poco rato se sintió de nuevo presa de un horrible malestar.

Llamó a Elena y le dijo:

—Mira, cuando yo muera...

—¿Qué dice, señorita, está loca?—interrumpió la criolla.

—Cuando me muera entregarás al juez, al caballero que venga aquí a hacer inventario de mis cosas este sobre. En el consta lo que te dejo a tí que tanto me has querido y que hasta me has compadecido.

La sirviente recibió el sobre y sintió que las lágrimas la inundaban.

—No llores, no seas tonta; tú podrás ser feliz. Con lo que yo dejo podrás vivir mucho tiempo y trabajar en algo que te haga independiente. Pero Elena no pudo resistir: la abrazó llorando y se retiró llena de presentimientos.

GONZALEZ QUIERE SALIR AL CAMPO

González, contrariado con sus fracasos se amargó extraordinariamente. Tenía la convicción que había tenido en sus manos a los autores del salteo y se le habían ido. Maldecía de su poca seguridad para manejar el cuchillo y se dolía de que lo hubieran engañado como a un niño.

Estaba seguro de que la Chirigua y Ursula sabían todo lo que él necesitaba, de los bandidos; pero también tenía la convicción de que sería imposible hacerlas hablar por las buenas.

—Si yo las trajera p'al cuartel decía—para sí y las «atrincara» largarían la verdad.

Pero luego pensaba que los bandidos habrían tenido tiempo de sobra para huir, pese a las órdenes de detención dadas a todas las autoridades de la República. Los bandidos habían demostrado ser más hábiles que las autoridades.

Como si sus preocupaciones hubieran sido pocas, su gran amigo, el famoso periodista señor Pulido había hecho grandes informaciones sobre su aventura de los bandidos, y en ellas dejaba traslucir que desconfiaba de González.

El ordenanza le llevó los diarios de la tarde y allí se encontró con un gran aviso en tinta roja que decía.: «*Lea Ud. la doble página que publicamos en nuestra edición de hoy donde nuestro redactor policial sigue contando sus aventuras con los bandidos de la banda del terrible Luceño que dirige sus hombres desde su celda. En esta información se habla de la terrible aventura de uno de nues-*

tros más grandes detectives. Ilustraciones a cuatro colores de nuestro dibujante Cachorro».

El ordenanza que quería mucho a González murmuró:

—Hasta cuándo le «cargará» a este infeliz.

—Hasta que se muera, repuso González, sordamente.

Tiró el diario dispuesto a no leerlo; pero después de pasearse un rato, resolvió leer lo que fuera.

Muchos títulos con tipos enormes, negros, otros rojos, luego la información destribuída en la más llamativa de las formas. En la ilustración un bandido barbudo se batía con un detective, que era él, González.

Empezó a leer:

«Nuestros lectores conocen las ideas y la competencia del famoso detective señor González que ha negado la culpabilidad de Manuel Luceño, prometiendo llegar a una franca demostración probatoria.

«Nosotros diferimos de su opinión. A pesar de su hermosa hoja de servicios y de su perspicacia nunca desmentida, parece que ahora González se ha equivocado. Nosotros nos remitimos a la opinión de todo un pueblo que lo ha señalado como el autor de los crueles salteos. Recordamos que en la audiencia que lo condenó afirmó su inocencia y no señaló cómplices. A nadie se le oculta que es imposible que haya obrado solo. Las víctimas vieron mucha gente y a Luceño mandando la «acción». Pero estos son detalles demasiado sabidos.

«La guitarra de ño Soto».

«Ño Soto tenía una guitarra confidente de sus penas, una guitarra magnífica comprada después de enormes sacrificios, pues bien, esta guitarra le fué robada a Ño Soto junto con otras especies y el dinero producto de su cosecha.

Dirán Uds.: ¿Para qué querían unos ladrones de caminos una guitarra de la calidad de la de Ño Soto?

Se han encontrado prendas de las robadas en la agencias de Santiago y San Bernardo; pero no la famosa guitarra. ¿Qué se hizo la guitarra?

LA TOCATA MISTERIOSA

El misterio de la guitarra ha sido descifrado por nosotros. El público recordará que en pasadas informaciones hablamos del bosque encantado, del bosque musical.

Decíamos entonces. «Se ha acercado a nuestra redacción un leñador que nos ha comunicado un hecho profundamente sugestivo. Dice este hombre que iba en dirección a su casa una de estas últimas noches cuando al pasar por un bosque muy tupido y casi inaccesible oyó el sonido de una guitarra. Al principio creyó que sus oídos lo engañaban; sin embargo se detuvo y fijando la atención pudo escuchar la más extraña melodía. Opinaba el leñador que solo un ser sobrenatural podía ejecutar una música tan arcana y perfecta. El corrió hacia su choza con los cabellos erizados por el mayor susto de su vida.

¿Y cuál es la verdad respecto a esa música terrible?

Sencillamente que en la banda de Luceño hay un artista de inmensos méritos, un concertista estupendo y hombre de gran cultura que tuvimos oportunidad de conocer la noche que empieza nuestro relato.

LA SINFONIA DEL CUCHILLO

La otra noche cuando tuvimos la extraña aventura que referimos en una información anterior, llegamos donde la famosa Chirigua.

Momentos más tarde llegaron dos hombres de malas expresiones aunque bien vestidos con trajes campestres.

Uno de esos hombres que era joven de buena presencia y de aspecto romántico, aunque tuviera muy dura la expresión, pidió permiso para tocar la guitarra. Como le manifestáramos nuestra admiración, resolvió tocar su obra maestra «La sinfonía del cuchillo» obra de la que es autor y que define el momento en que el cuchillo entra en la carne de la víctima y la derriba sin vida.

La guitarra herida por aquella mano fina adquiría un alma inconcebible y la tragedia iba surgiendo de las cuerdas hasta hacerse tumultuosa, terrible, estertórea. Primero los arabesco relampaguentes de la lucha, luego las quejas, más tarde la caída, y por fin el silencio de la muerte.

«La sinfonía del cuchillo» impresiona para toda una vida, el autor debe sentir profundamente la expresión de la muerte.

¿Y quién es el ejecutante genial que se sonreía con tristeza no exenta de ironía?

¿Será el mismo el misterioso tocador que se oculta en lo más espeso del bosque para elevar su sinfonía?

¿Sería ese tocador el hombre novelesco de la banda de salteadores? Nosotros creemos que si.

HE AQUI QUE BASAMOS NUESTRA OPINION

Aquí entra nuestro gran detective señor González.

Desde que él los vió no tuvo duda de que se trataba de algunos de los delincuentes que con tanto ahinco busca la justicia.

Naturalmente creyó con mucha lógica que la gente de la casa debería conocer a esos individuos que dijeron ser del Criadero de Arboles de don Salvador Inzquierdo. Quiso interrogar a Ursula, la artista que es novia, según entendemos de -Manuel Luceño.

El guitarrista se dirigió también al patio mientras su acompañante detuvo al agente que actuaba con el señor González.

Nosotros, desde el interior de la casa escuchábamos con el mayor interés, oímos un cambio violento de palabras y luego una lucha en que se entrechocaban aceros.

El detective que estaba dentro quiso salir y el bandido, lo enfocó con su revólver.

Momentos después entraron el tocador de guitarra y el señor González. Los bandidós montaron a caballo y se alejaron. Minutos más tarde lo hicieron los agentes.

Nosotros queremos preguntar:

1.° Era el tocador el famoso bandido que da conciertos en las selvas?

2.° Y si era él, y el detective tenía sospechas ¿por qué no los detuvo?

3.° ¿Qué pasó en la lucha?

4.° Por qué no detiene el señor González a esas mujeres de la casa de la Chirigua que es, seguramente una encubridora de bandidos; y

5.° ¿Qué espera el señor González para proceder? ¿Por qué perdió tan espléndida ocasión para comprobar su tesis?

González cayó anonadado.

—Tienen razón, murmuró me han derrotado, me han derrotado...

EN CASA DE RENEE

González recordaba haber visto un retrato que se parecía al tocador de guitarra en casa de la famosa cortesana.

Se encaminó, pues a su habitación dispuesto a averiguar cuanto le fuera posible, sobre aquel sujeto que lo había humillado.

Precisamente Eduardo había estado allí en compañía del Marucho, y había salido sólo minutos antes de la llegada de González.

Llamó, acudió Elena y le informó que su señora estaba indispuesta y no lo podía recibir.

—Dile que no la vengo a hacer cariños, que traigo una orden judicial para tomarla declaración.

—¿Declaración? ¿Y de qué? Si la señorita no ha hecho nada. Le digo que no se puede pasar, señor.

Pero ya González había entrado en la habitación de Renee.

—Le agradezco, señor de todo corazón su cortesía.

—Déjate de cortesías, yo no vengo aquí a hacerme el leso y a dejar plata como casi todos tus amigos.

—Tenga la bondad de sentarse.

—No, yo vengo...

Como si hubiera cambiado de idea se dirigió, a la puerta de salida.

Acudió Elena para abrirle.

—Oye, le dijo González, ¿tú quieres hacerle un servicio a la justicia?

—¿Qué servicio?...

—Se te recompensará.

—Hable.

—¿Tú has visto un retrato sobre el velador de tu señorita?

—Sí.

La sirviente lo miraba penetrantemente a los ojos. Como lo vió tan interesado sospechó que se trataba de algo grave.

—Tú lo conoces... a ese señor?

—Desde que estoy con ella no ha venido, yo tenía la idea de preguntarle quién era. ¿Quiere que le pregunte a ella? Señorita dice...

—No, cállate.

Y después de una pausa.

—A ese hombre yo lo ví salir de esta casa cuando venía llegando.

—¿Y por qué no le preguntó a él como se llamaba?

—Mira, china insolente, por cómplice de tu señorita vas a ir a parar al «chucho».

—¿Por qué me va a llevar presa cuando yo no he hecho en mi vida nada malo?

—Pero ahora estás mintiendo...

—Le parece a usté. Vaya si ha llegado raro.

—Yo soy así cuando encuentro mala gente donde ando.

—Pero yo no soy mala.

—Tal vez con los que te pagan.

—Yo no tengo nada que vender.

—Por buena no estarás acá. Como serán de inocentes las cosas que ves aquí...

—Yo no veo nada; me acuesto temprano, le echo llave a mi cuarto y listo.

—Oye, tú no sabes que se ha descubierto que tu señorita es socia de una banda de ladrones?

—¿Está loco usté?

—La loca eres tú que vas a ir a parar al cuartel y a la Casa Correccional si no dices, lo que sabes.

—Pero que quiere que diga... si yo nada sé.

—Voy a registrar la casa, dijo de pronto y se dirigió al patio.

Elena se dirigió a Renee y le dijo azoradísima.

—Anda buscando a don Eduardo, para llevarlo preso... Y el va a volver de un momento a otro.

—Sube a la azotea y hácele señas que no entre, que se vaya.

Se oyeron los pasos en el patio.

—Sinvergüenza, gritaba Renee, parece mentira que dejes que se pierda un sol tan lindo, sube inmediatamente los colchones a la azotea...

—No es mi obligación, señorita.

—¿Qué no es tu obligación? Déjame levantarme de aquí, no más, ya verás como te hago conocer tus obligaciones.

El detective llegó hasta la habitación; la doncella se mantenía humilde; pero en actitud casi hostil; Renee daba la impresión de estar profundamente indignada.

—Ya Elena, hágame el favor de salir y obedecer lo que le he mandado.

Siguió un momento de silencio, González se fijó en el retrato de Eduardo que estaba dentro de un lindo marco de plata oxidada.

Renee observaba sus movimientos y se preparaba para cualesquiera eventualidad. González paseaba su mirada del retrato a la linda mujer. Esta sentía que el corazón le palpitaba con premura, que una intensa inquietud se apoderaba de su espíritu.

González tomó el retrato.

—¿Quién es este gallo?

—Un músico famoso que estuvo el año pasado en mi casa de campo.

—¿No volvió después?

—Si; algunas veces.

—¿Es amigo suyo?

—Era mi mayor anhelo; pues a mi me gustaba, pero...

—¿Pero, qué?

—Ese hombre como todos los artistas tiene sus rarezas, y hasta me pareció algo misterioso.

—¿Cuándo vino la última vez?

—Ayer tarde.

—¿Vino sólo?

—No: vino con otro hombre de aspecto campesino.

—¿Qué te dijo?

—Que venía a despedirse para siempre, porque como había resuelto cambiar de actividades se alejaría de este país.

—¿Dónde dijo que iría?

—No nombró sitio. Más aun; me parece que piensa dar una serie de conciertos internacionales... y probablemente aquí en Santiago.

—¿En Santiago?

—Sí, creo que ha hablado a algún empresario.

—¡Qué curioso!

Miró el detective a Renee, se dió cuenta de que le decía la verdad, quiso irse, pero se quedó, sin saber por qué.

—¿No podrías levantarte un rato? Estoy muy aplastado por una serie de insidencias desagradables que me han pasado.

—Yo estoy mala. Pero por qué no va donde la Margot, yo iría en una hora más.

—¿Estará la Margot en casa?

—Sí, seguramente.

—Este... músico es también amigo de la Margot?

—Sí, muy amigo.

—¿Se habrá despedido de ella?

—No lo sé. Ayer estuvo aquí la Margot; pero como era muy temprano no hablé con ella.

—Voy a ir donde la Margot.

Cuando se disponía a salir, Renee fijando en González sus acariciadoras pupilas azules le dijo:

—Y Ud. necesita con urgencia a ese músico?

González pensó la respuesta:

—Sí, contestó; hacemos una fiesta en homenaje al prefecto y queríamos un número de sorpresa, de fuerza.

—Si viniera, ahora, se lo retendría o lo mandaría a su oficina... ¿No le pagarían?

—Lo que pidiera.

—Convenido.

González se dirigió a la calle, tenía el alma llena de duda, no creía en la verdad ni en la mentira de lo dicho por Renee.

—Ese, sin duda es «amigo» de ésta, pensaba. Ella sabe que es bandido y lo que me ha dicho no pasa de ser una lección previamente aprendida. Pensó volver. y al hacerlo se fijó en la azotea donde Elena estaba de centinela, mirándolo a él y demostrando una gran inquietud.

—¿Y a esa que le pasa?—pensó en voz alta. Elena se había sentado y mullía unas almohadas. González resolvió ocultarse detrás de la esquina, pero fué sorprendido por Elena que bajó para decir a Renee que el agente estaba de centinela frente a la casa.

—Acabará por detenerlo, dijo Renee desolada.

—¿Qué vamos a hacer?—agregó.

Era una mujer que no se ahogaba en un cabello.

—Anda a la esquina y dile a González que me estoy levantando que si quiere me haga el favor de venir que pueda ser que el guitarrista venga para acá, que suele venir por las mañanas.

—Pero, señorita... y si viene.

—Eso lo evitarás tú.

Salió Elena. Cuando González recibió el mensaje se sorprendió.

—No, mejor es que me vaya donde la Margot.

Inició la marcha; pero se quedó más allá. Había algo misterioso que lo detenía. Elena estaba consternada. Miraba al detective con una lamentable expresión de miedo. Este se acercó a ella y le dijo:

—¿Y a tí que te pasa? Parece que te vas a caer muerta.

—No tengo nada, señor. Es que estoy fastidiada por las cosas que me dijo esta mañana la señorita.

—¿Cómo hace poco rato me dijiste que era tan buena, que la querías tanto?

—Así fué, pues.

—Oye, dime la verdad, ¿cómo se llama el músico ese del retrato?

—No sé yo, señor.

—¿Ayer vino?

—No sé, señor.

—¿Adónde estabas tú ayer tarde?

—A mí me toca salir el lunes después de mediodía y había ido a ver a mi madre.

—¡Ah!

Después de una pausa, agregó:

—Bueno, me voy, dile a la «rucia» que se apresure.

—Está bien, señor.

El detective se movió con pasos decididos hacia el centro de la ciudad.

Elena cuando lo vió doblar la esquina corrió hacia Renee para darle cuenta.

Renee se había levantado y se paseaba nerviosamente, poseída por una gran zozobra por el hall de su lujosa residencia.

González, entretanto, había entrado a una comisaría y desde allí se había comunicado con la sección de investigaciones a fin de pedir dos hombres para efectuar el trabajo de detener a Eduardo. El detective estaba completamente seguro que caería de nuevo a la casa de Renee.

Llamaron recatadamente a la mampara, salió a abrir Elena y entró Eduardo acompañado del Marucho.

—¿No ha habido novedad?

Renee corrió a su encuentro:

—Andate en seguida Eduardo, el Inspector González te anda buscando, y va a volver de un momento a otro.

—¿Anda solo?

—Solo vino aquí; pero nada le cuesta pedir refuerzos.

—¿Nos iremos. Marucho?

—Pa mí es igual, morir en la guerra o en los brazos de la madre es la misma cosa.

—Pero mejor es evitar.

—Está bien repuso Eduardo.

Elena que estaba en la puerta de calle se adelantó pálida como una muerta.

—Señorita, en la esquina viene el agente con dos hombres.

—Entre aquí Eduardo, a esta pieza, y en la primera oportunidad sale por la ventana... O mejor yo me lo llevo y usté se va después.

Apenas se hubieron ocultado Eduardo y el Marucho, sonó el timbre de llamada. Elena abrió temblando y entró González

con un agente. El otro había quedado de centinela en la calle.

Miró a Elena y se sonrió.

—Ya estoy lista, dijo Renee adelantándose. ¿Vamos?

—No, todavía, no. Tengo antes que allanar la casa.

—¿Allanar mi casa? ¿Está loco? Yo no tengo nada robado. Todos mis muebles y mis obras de arte han sido compradas al contado, tengo las facturas.

—No me replique. Yo debo allanar la casa.

—Pero es un abuso.

—Como a Ud. le parezca.

Empezó el allanamiento. Eduardo cuando se dió cuenta de que estaban en los departamentos interiores trató de orientarse para escapar; pero advirtió de que en la calle se paseaba un detective mirando atentamente hacia la casa.

—Aquí tendrán que llegar, dijo Eduardo, mejor es que salgamos a la calle. y por sorpresa despachemos a este «traro».

—Por mí, salgamos.

Abrió, Eduardo, sigilosamente la puerta y trató de ganar la calle, en el interior se oía el chocar de objetos diversos y las recias voces del detective que apremiaba a Renee.

—No le pegue a la señorita, no le pegue!

—La señorita...más decente había de ser...

—Sea como sea, no tiene Ud. derecho a romperme mis objetos.

Sonaron con más violencia las cosas y González dijo:

—En ese mueble cabe mucha gente. La llave para abrirlo.

—Ahí tengo unas porcelanas que me han costado muy caras. Tengan cuidado con ellas.

Se oyó el rodar de un objeto y el llanto de una mujer.

Renee se había colocado frente al mueble dispuesta a defenderlo y el agente que acompañaba a González la había arrancado a viva fuerza derribándola.

Eduardo no pudo más, avanzó hasta el interior y enfocando al agente con su revólver le dijo con sorna:

—Nos encontramos otra vez, señor González y siempre está usté atormentando mujeres. No se mueva, se lo pido por su madre, por que lo dejo seco de un tiro. Y no moleste a esta mujer que no sabe quien soy yo. Ni Ud. tampoco lo sabe. ¿Por qué me

quiere detener? ¿Por qué presume que soy bandido? ¡Qué torpe es usted! ¡qué infeliz! Joaquín, agregó, desarma a estos gallasos y amárralos como tu sabes hacerlo. Tú, agregó dirigiéndose a Elena, anda al frente y dile a ese fatal que hay allí, que no nos vió entrar que el señor González lo llama.

Corrió Elena a cumplir las órdenes, el Marucho había atado fuertemente con la «amarra de la perdiz» a los agentes, entró el otro y al sospechar lo que pasaba corrió en defensa de sus amigos y disparó un tiro que fué a herir a Renee en una pierna.

Eduardo de un tiro lo desarmó. Elena llevó entretanto a su señorita a la cama y procedió a curarla, mientras tanto el Marucho había atado al otro. Les cubrieron los rostros y Eduardo curó como un verdadero cirujano a la linda cortesana, luego la dió un beso, la pidió perdón y salió a la calle, llamó un taxi, metió dentro a los agentes y ordenó:

—A la Sección de Investigaciones.

—Niñazos, dijo, dirigiéndose al público. Creían que se iban a escapar.

Avanzaron paso a paso por entre la muchedumbre, al volver la esquina, Eduardo tomó un carruaje y ordenó:

—Al hospital del Salvador.

* * *

Y aquella noche mientras la policía ardía de indignación y el juez se constituía en casa de la linda cortesana, los bandidos estaban regiamente albergados en casa de un sacerdote amigo en el barrio alto de Santiago.

González había jurado por la leche de su madre que terminaría con esa banda feroz.

UN DUELO EN LA SOMBRA

—Hemos andado con suerte, Marucho, hermano, pero lo siento por la pobre Renee; es muy buena persona.

—La van a embromar.

—Por eso es que yo no me quiero acercar a nadie, porque es peligroso.

Hablaron de varios tópicos relacionados con su vida aventurera y por fin Eduardo dijo:

—No me terminaste de contar tu aventura con el gringo.

—Es triste y tonto eso. Pero si quieres...

—Me gusta mucho lo que tú has hecho.

—Bueno. Aquella noche que te dije, tuve yo la cónvicción de que mi mujer me engañaba. Me trataban muy mal, yo era un roto muy honrao y más trabajaor que un buey. El patrón subía cada año el precio de los arriendos de las tierras hasta hacer imposible la vía. Como no alcanzaban los recursos pa pasar e año, tenía que vender en «yerba» por menos de la mitá del valor de la cosecha y pedir «una con dos» fanegas de trigo. Vivía como el más completo limosnero y tuavía me quitaban mi mujer. Como te iba contando, mi mujer estaba sola (1), pero la encontré muy rara, además había un olor que no me gustó. No dije ni una palabra; no habría podío hablar, la quería tanto, tanto que estaba dispuesto a todo lo que ella quisiera. Pasó un rato

---

(1) Lea el episodio N.° 9 de esta colección que se titula «La carta de la libertad».

corto, no hablamos, yo la miraba, la miraba y ella se iba confundiendo, cada vez más. Inclinó la cabeza como si hubiera tenío mieo y entonces me le acerqué y se la alcé pa mirarla en los ojos. Cuando sintió mi mano se estremeció y me dijo:

—No me toquís, no quiero que me toquís.

Iba a replicar furioso cuando oí un ruido sobre el techo de la casa. Salí al patio y ví al gringo que se resbalaba para ganar el camino.

Cuando me vió se bajó; creí que vendría hacia mí pa peliar pero me equivoqué: se arrancó pa la quebrá. Yo lo seguí y luego lo pesqué.

Peliamos a morir, primero a golpes, luego él sacó su cuchillo y yo el mío y nos batimos en la sombra de la montaña, nos batimos como perros hambrientos, por una mujer que no valía la vía de un hombre.

Yo era más diestro y lo cosí a tajos, cayó muerto encogío por el dolor. Corrí a la casa y sin decir ni una palabra, apuñalié también a mi mujer. Yo estaba loco, habría muerto al mismo espíritu santo si hubiera venío... Estaba loco.

Me quedé sentao en una cama dentro de mi rancho, vino mi perro leonero a lamerme las manos. Cantaron los gallos de la media noche y volví en mi, me di cuenta del peligro que corría por haberme vengao en tal forma y resolví echármelas lo más lejos posible. Pero como adonde llegué me miraban como sospechando, no tuve más remedio que «salir al camino».

¿Por qué será, Cura, que cuando uno ha hecho alguna muerte se le conoce? yo creo que se le conoce. Que los que somos malos estamos marcaos y que fatalmente tenemos que ir a parar en el patíbulo.

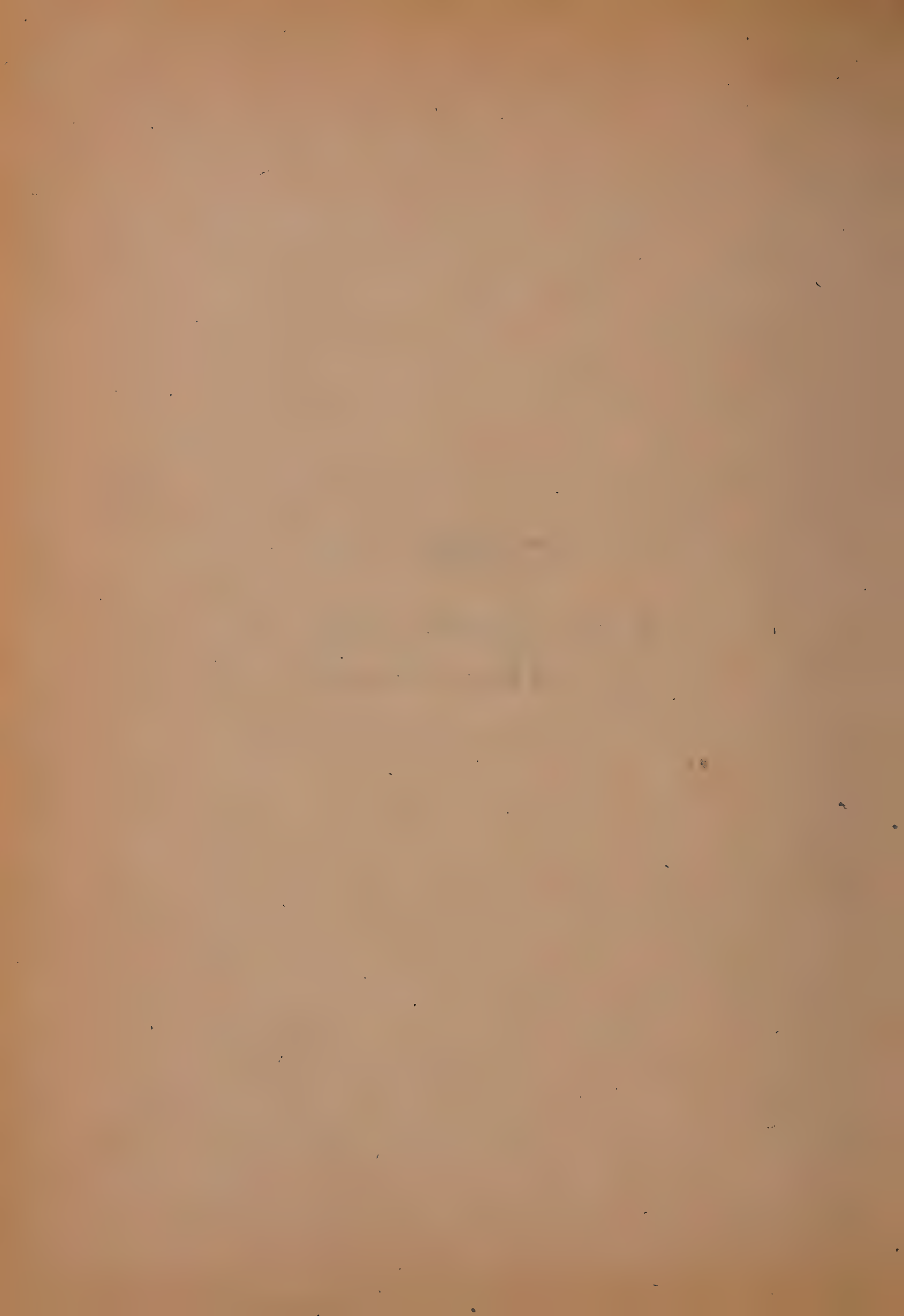
En ese momento el metal de las campanas se elevaba al cielo como una plegaria máxima.

Lea el episodio N.° 9 de esta colección que se titula *La carta de la libertad*.



El próximo episodio lleva por título:

La carta de la libertad



EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................. $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas..................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senén Palacios.—Hogar Chileno, novela............................ 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6.—
Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6.—
Un juez rural...................... 6.—
Androvar.......................... 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid...................... 6.—
Crónicas.......................... 6.—
El Roto, 4.ª edición.............. 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos........... .... 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela.................... 6.—
Sus mejores poemas............... 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas....................... 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías............. 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifí, novela.. 6.—
Los figurones, novela.............. 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.............................. 6.—
Las montañas ardientes........... 2.50
Los horizontes...................... 4.—
La luna enemiga.................... 3.—
Un año de Inquietud............... 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.............................. 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela.......................... 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos............................ 6.—
Zurzulita, novela................... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cía., novela... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo...... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas............................... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas............................ 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas................ .... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas................................. 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi................................. 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.......... .... 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud................................... 7.50
Sus mejores poemas............... 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela..................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela.................. 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela................................ 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino....... .... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela...................... 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela................................. 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho.......... .... 6. -
La Danzarina de Gades (Poema trágico.................................. 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela.................................... 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India............................ 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo.... .... 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin).................................. 5 —

N.º 9 La Novela Policial PRECIO $ 0.50

"LA CARTA DE LA LIBERTAD"

9.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



IMPRENTA NASCIMENTO
1931

1049 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 9

"La Carta de la Libertad"

9.º Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

LA CARTA DE LA LIBERTAD

Dolor de mujer

Los acontecimientos se habían desarrollado tan vertiginosamente, que Ursula la arpista se sentía como envuelta en un torbellino: su imaginación desencadenada vagaba de hecho en hecho, y siempre llegaba a la conclusión de que un gran peligro se cernía sobre su vida.

Un deseo muy grande de huir, de perderse, de deshacerse, la asaltaba; sabía que solamente desapareciendo se libraría de el gran peligro presentido.

Se imaginaba que el detective, la detendría, e interrogándola decretaría su prisión. Y ella les tenía mucho miedo a las prisiones. Alguna vez había entrado hasta las celdas de la Casa Correccional, había visto las limpias camas de las reos, y el santo

que con los brazos en cruz demostró que la redención era imposible. Vió también los patios y salas de trabajo en que las «perdidas» laboraban sin descanso, vigiladas atentamente por mujeres vestidas con hábitos monjiles. Mujeres fracasadas como las presas, pero más cobardes que ellas, pues habían vencido la fuerza de la pasión, anulado el gesto de rebeldía que en muchos casos significa el delito, y se habían entregado a Dios, para ocultar el dolor del fracaso, sin pensar tal vez que a Dios expresión de la grandeza, no deben ofrecérsele residuos.

En aquel recinto hasta la oración que implora el perdón era castigo. Se rezaba por horario, maquinalmente, sin deseo, sin fervor, mecánicamente, se rezaban las oraciones cuotidianas que se sabían y repetían desde la niñez, y que nunca habían servido para nada.

Ursula no entendía estas cosas, no sabía razonar así; pero siendo muy humilde poseía esa fuerza que da el amor y el deseo de redención, de libertad que cantaba en todas sus fibras. Odiaba el presidio por que amaba, por que el presidio le moldeaba entre sus fauces al objeto amado, y por que también a ella la amenazaba.

Ella, que hubiera querido ir por el campo corriendo, tomada del brazo de su hombre, ella que hubiera deseado dar su vida por su felicidad por verlo libre, aunque no fuera para ella.

Luceño tenía un amor, algo tan grande que lo obligaba a estar siempre melancólico, que lo distraía y que lo sumía en hondas reflexiones.

—Debe ser muy bonita esa mujer, se decía Ursula; pero buena como yo, es imposible.

Tenía algún dinero, hizo sus cuentas: podía vivir un par de meses sin angustia, mientras encontraba una ocupación más digna que la de arpista de una casa de diversión, mientras, salpría Luceño, y si la amaba, iría para siempre con él. Y si no...

para las desesperadas estaban el vino y el amor vendido que lapida más que las llamas del infierno.

Se acercó a la Chirigua que estaba en su pieza tomando mate en un artístico recipiente de plata indígena, y la miró vagamente, antes de hablarla.

—Yo, señora, quería decirle una cosa.

—Háblale, niña. Y si no es muy grave tómate primero un matesito. Está como te gusta a vos, con cedrón y culén.

—No tengo ganas de comer.

—Pero niña, el amor te tiene perdía.

—Así es, señora.

—¿Y qué se te ofrece?

—Me quisiera ir.

—¿Por qué? ¿Te ofrecen más sueldo en otra parte? Si es por paga, yo estoy dispuesta a darte lo que sea necesario. Y no es que no hayan cantoras, es que estoy muy hecha con vos.

—Y yo con usté, señora; pero quisiera dedicarme a otro trabajo.

—No seas loca, Ursula. Si en ningún trabajo las mujeres ganan como en esto. Ni en el teatro... El teatro las del bataclán lo utilizan como carná... Ahora vos no tenís más obligación que cantar. No seas loca.

—Debe ser como usté dice, pero...

—Tenís muy blando el corazón, ñata, tas «templá» hasta más allá de la nariz de ese tal Luceño. ¿Cómo se te pudo ocurrir enamorarte tanto de un hombre que está «encanao» y comprometío con otra?

—Ahí lo ha de ver usté.

—Olvídalo, déjate de leseras.

—No pueo, no pueo. Y pa que vea usté hasta onde llega mi desgracia sepa que a mí, Luceño parece no quererme. Too su delirio es la muchacha que dejó antes de entrar a «la sombra».

—¿Y esa... aónde está?

—Dicen que en el sur; en el ferrocarril de Lebu.

—¿Por allá no hay hombres?

Ursula se encogió de hombros.

—Vos y él son unos tontos. Se imagina el pobre «descalabasao» que la «magua» lo va a esperar tranquilamente hasta que salga medio deshecho, de la cárcel.

Hay que ser de las monjas. La muchacha buenamoza, en libertá de escoger, tendrá lo que se le ocurra y no se preocupará más de Luceño.

—Es que si lo hace sería muy mala.

—¿No quieres que lo deje?

—Manuel no lo merece.

—Pero es que así te dejaría el campo libre.

—Será como usté lo dice; pero yo no quiero que sufra. Si buenamente, me quiere a mi, santo y bueno; pero que yo le busque el ajuste deseando que lo «gareteen», no, eso no.

Después de una pausa prosiguió:

—¿Y por qué no traspasa el negocio y se retira a descansar?

—Esas son las ideas que tengo. Luego va a venir mi compadre Tadeo.

Y suspirando agregó:

—Yo dejaría el negocio si vos te fueras a vivir conmigo. Yo, Ursula, soy muy sola; a mi no me quiso nunca nadie, yo me enriquecí por despecho, por «pica». Tendría mucha más plata; pero se la dí a los hombres que quise y que... me engañaron.

—¿La engañaron?

—Yo era una pobre mundana, tenía ideas de establecer un hogar, de tener algo que fuera mío, algo... bueno... Eso que tienen las mujeres más infelices, y me acerqué a varios desesperaos y los ayudé, los vestí, le dí plata, los cuidé, les dí too lo que

pueden proporcionar una mujer. Llegué a creer que la felicidá se me entraba por el corazón, pensé en renovarme, en ser una mujer enteramente distinta, me tracé grandes planes para el porvenir, y cuando más ensimismá estaba, me dejaron sola. He llorao mucho; me he desesperao. Pero cuando ví que no «había caso» hice de tripas corazón, me puse a regañar, a engordar y a juntar pesos. Bueno, con el dinero no haré na famoso; creo que el que mejor ocupo es el que le doy a las ligas de damas que andan por ahí pidiendo pa los huérfanos y pa las mujeres que se han resbalao.

—¡Son tantas!

—Sí; pero a muchas no las pillan nunca y mientras estén ocultas pasan por santas. Yo, Ursula, conozco mucho a las mujeres y te aseguro que hasta entre las que andan colectando esos fondos hay campeonas de la «resbalá»... Por lo demás, un resbalón cualquiera da en la vía... Y en cuanto a los «huachos» son casi toos hijitos de rico, las pobres, se mueren de hambre, tienen a sus pichoncitos sin plumas, con una gargantita de camisa; pero cubiertos de cariños y con la guatita que les hace punta a fuerza de «ulpo» o sopitas de pan.

Miró a Ursula con su expresión más bondadosa que le resultaba siempre de burla y le preguntó:

—¿Y pa onde querís irte?

—No sé. Quiero arrendar un cuarto solo y deícarme a otra cosa. A la costura por ejemplo.

—Te morirías de hambre, ya te lo dije. La mujer pobre que quiere ser honrá tiene que resolverse a ser mendiga o esclava de un obrero que le pegue y la llene de hijos a cambio de la ración de hambre que lleve al hogar. La mujer, aunque haga tanto trabajo como un hombre, gana siempre una miseria.

—Es que luego saldrá Manuel y...

—Y tú crees que a Luceño lo dejarán tranquilo? Mira, el que

una vez a puesto un pie en la cárcel, vuelve necesariamente... Es triste; pero es verdá.

—Entonces, ¿que debo hacer?

—Esperar... Y mientras, cantar y tocar el arpa, y juntar lo que sea posible... Y cuando salga Manuel. ver lo que se hace... Ahora si quieres descansar, yo te doy permiso y te adelanto plata... ¿Aónde querís ir?

—Ahora, a ninguna parte.

En ese momento penetró corriendo una mujer del servicio: traía los diarios que daban cuenta del nuevo fracaso del detective González que había sido enviado en un auto del servicio público atado y amordazado a la Sección de Seguridad, por los bandidos que hábilmente supieron sorprenderlos. (1).

Ursula al principio se rió; pero después con terror expresó:

—González se va a poner como fiera... y va a cargar con nosotras.

—Así va a ser. ¿Y aónde estarán esos saltiadores?

—No sé; no lo dijeron nunca. Lo más probable es que hayan disuelto la banda.

—A ese Cura cuando lo pillen le van a dar más balas que «en la huelga».

—Es harto hombre, no se puede negar.

—Es mandarún.

—Pero a Luceño le tiene miedo.

Y había un grande y justificado orgullo en sus palabras. La Chirigua la comprendía.

—Ahora, dijo, tendremos que poner los huesos tiesos... La visita no ha de tardar.

Ursula se retiró a su pieza. Estaba enteramente indeterminada. Sabía que González la perseguiría, que la detendría, pro-

(1) Ver el episodio anterior titulado «Un duelo en la sombra».

bablemente, sentía la necesidad de escapar, de ser otra. ¡Cómo tomaban forma en su mente las quimeras de los cuentos infantiles! ¡Ah! si ella hubiera podido ser invisible...... si...

¡Ah! pero no poseía más virtud que su pobre amor y que su abnegación... y todo su tesoro consistía en su gran dolor de mujer desamparada, víctima de un destino inmerecido.

Pensó largamente en Luceño, en su amor, en la inutilidad de su ayuda, en su absoluta nulidad.

Se le ocurrió que éste no la recibía con el cariño de antes y supuso que ya no la quería.

Sádica por naturaleza tuvo bastante poder para exacerbar su dolor y sumirse en un desconsuelo horrible que la inundó en las más extenuantes lágrimas.

Cuando se calmó resolvió ir a visitar a Luceño.

Se vistió con su mejor traje, trató de borrar las huellas de sus recientes lágrimas y se dispuso a salir. Pero apenas había ganado la calle se le acercó un agente de policía que la dijo:

—Ursula, tengo encargo de llevarla a presencia del señor González.

—Pero si yo....

—No sé nada.... a mi me dieron esa orden.

—¿Me permitirá avisar en la casa?

—No hay necesidad.

—¿Entonces me lleva presa?

—No sé. Yo tengo orden de llevarla, nada más.

Ursula comprendió que nada ganaría con hacerle objeciones al policía y resolvió seguirlo dócilmente.

Sentía cierto placer morboso en sufrir, le parecía que el dolor la haría verdaderamente buena y más digna del amor de su hombre que ella había sabido idealizar.

UL ROMANCE TRUNCO

I

Una impresición nueva llenó por completo el alma de Mariquita la buenamoza. En sus oídos, en su corazón, en los nervios, acariciándola estaban las palabras de Badillo, el cabo mayor y juez, y el hombre de mayor autoridad y más «ganador de billetes» del ferrocarril de Lebu.

Le parecía que la suavidad de la luna había penetrado en su ser y que con la determinación del cabo Badillo que significaba un gran triunfo para su vanidad de mujer, entraba por un camino nuevo que tendría las más gratas sorpresas.

Hay que agregar que Mariquita sabía que Badillo la quería, que la querían todos, y que esa misma atracción que la singularizaba y la hacía feliz era su mayor peligro; pues de la misma manera que despertaba simpatías abría también malos apetitos a los malos individuos que tenían ocasión de tratarla.

Desde hacía tiempo la traspasaban como dos puñales los ojos oscuros del sargento Curiche (1).

El dilema de Mariquita era bien claro; si no encontraba un hombre que la defendiera, seguramente se perdería, por otra parte, Badillo era el hombre más ambicionado por todas las

(1) Ver el episodio 6.° titulado «Un amor humilde».

mujeres de la región. Todas trataban de conquistarlo y hubo muchas que arriesgaron más de lo que debían para conseguirlo.

Pero el cabo Badillo pasaba por entre el concierto del mundo sin ojos ni oídos para nadie. Si no hubiera demostrado tanta virilidad, bondad y espíritu de mando, los carrilanos, azuzados por las mujeres, se habrían revelado en su contra.

Mariquita, después de la escena que tuvo con Badillo a la luz de la luna junto al «boldo aromático» (1), se retiró a su lecho situado en el extremo del rancho de su padre, rancho que estaba cuidadosamente revocado de barro con paja y empapelado con papeles de colores que su padre el cabo Cabello había llevado del pueblo.

La niña rezó sus oraciones con un fervor más óptimo y se acostó creyendo en la felicidad.

No pudo conciliar el sueño; su pensamiento vagó a lo largo de su vida breve y hermosa, y se detuvo en un recuerdo que la estremeció. Un nombre, una voz, y unas pupilas dolorosas penetraron en su sensorio y la llamaron hacia otras realidades. Mariquita, embriagada con su presente se había olvidado de Manuel Luceño, el pobre encarcelado que esperaba allá en Santiago, pensando en ella, mientras su ansia rebotaba en los fríos muros de la celda y su esperanza se encadenaba y detenía entre las férreas y hostiles rejas del presidio!

—Y qué dirá Luceño, pensó en voz alta.

Recordaba perfectamente la última eseena. El periodista había ido a hablarla y a retratarla, entonces Luceño lo había aturdido de un golpe siendo luego conducido al interior de la cárcel por dos guardias. Ella lo había mirado hasta que se perdió en las sombras del terrible edificio, y había partido perseguido por el ruido de los cerrojos de la cárcel, para hundirse después

(1) Boldo, arbol chileno.

entre la muchedumbre dolorosa o indiferente. Luego había seguido a su padre hasta la faena y allí estaba tratando de coordinar su situación, de solucionar su dilema angustiante.

¿Qué pesaría más en la balanza? Su doloroso romance o su destello de felicidad próxima.

Comparó rápidamente a los hombres; en su concepto Luceño que era más joven valía más; pero Badillo era fuerte, y poseía poder y dinero. La más elemental de las lógicas le indicaba quedarse con el último, pero el sentimiento que la mayoría de las niñas mantienen en estado latente le indicaba a Luceño, demostrándole que sólo debía vivir para él.

Al día siguiente, después de una noche mecida entre sopores, se acercó a ella su padre y mirándola con su cara bondadosa le dijo:

—¿Durmió mal, mi hijita? ¿Por qué?

—Por... na.

—¿Qué le dijo Badillo?

—Creo que va a venir a hablar con usté.

—Y a vos te gusta.

—Sí, taitita, si.

Y la niña se arrojó en los brazos llorando amargamente.

—¿Y por qué llora, mi niña?

—Padre... lloro por que pienso en Luceño.

—¿A cuál quieres más?

—A Manuel.

—Espéralo.

—Pero... no decís vos, que'stoy en peligro, que debo casarme porque el Curiche puede hacerme daño, por que Badillo es buen hombre y por mil otras razones?

—Ninguna razón debe de valer pa una mujer cuando espera un amor, cuando ha comprometío su corazón.

—Entonces, creís que debo de esperar a Luceño, padre?

—Yo, hija, no creo ná. Luceño te representa la continuación de la lucha de la pobreza. El es un hombre perseguío por el destino, jamás tendrá sociego, jamás podrá asentar el pie, el te querrá mucho y te someterá a toos esos sufrimientos... Agora'stá en la cárcel consumiéndose, deseando salir pa vengarse, no le importará probablemente tu amor y hará lo que su deber de guapo le exija... Y si así sucede, vos serís la paga patos. Si lo querís, y estás dispuesta a sufrirlo too por él, espéralo, que nunca le faltará a tu padre pa darte el «faumento», y en la vía de cualesquier manera se muere, y se llora hasta de gusto.

Hizo una pausa, miró a su hija que dudaba, en los ojos, y añadió:

—Ahora en la cuestión de Badillo, salís ganando mucho, lo ganáis too: serís «altiro» una señora. Badillo además de lo que sabe en el trabajo y de lo que manda en la Feina (1), es un hombre que tiene plata, A su lao serís una señora y na te faltará. Ese hombre te quiere como saben hacerlo los que ya'stán madurones, y te podrá hacer feliz. Si yo pudiera mandarte, te ordenaría que te casarás con Badillo. Pero pienso que en estas cosas del amor cuando la suerte o la inclinación se desvían mete los cacho y la cola el mesmo diablo. Así es que vos sabrís, yo no meto en tus asuntos y mucho hago con aconsejarte.

Empezaron a llegar los «camaradas» el trabajo distrajo a la niña que cada día debía barajar los miles de piropos que cada «roto» le lanzaba.

Juan Tejo le propuso una arrancá por tren y una pasá de la cordillera. El sargento Curiche que llegó accidentalmente a tomar desayuno, cuando la tuvo cerca le dijo:

—Cómo'stá mi'hijita. Me han dicho que usté me aborrece mucho... ¿Es cierto?

---

(1) Faena.

—No, miren que idea...

—¿Me quiere entonce?

—No lo aborrezco ni lo quiero.

—¿Le parezco antipático?

—¿Por qué, pues?

—¿No se casaría conmigo?

—Phs., otro habló ya.

—Miren la suerte del gallo. Pero eso a mi no me importa; yo se como se hace callar a los que hablan lo que no deben.

Después de una pausa en que la inundó con su mirada repulsiva le dijo:

—Piense bien en estas cosas, mire que al sargento Curiche no le gustan las cosas que no son derechas, ni las chinas que le dicen que no.

—Le dice china, y aguanta Mariquita,—dijo Juan Tejo. Ella no contestó, se había quedado intensamente pensativa y su tez se iba cubriendo gradualmente, de aflicción.

—Le disgusta a usté, paisano, que la diga así... cada uno hace aquello a que tiene derecho... Y yo tengo derecho... ¿no es cierto mi ñatita?

—¿Derecho a qué?—preguntó súbitamente indignada la niña.

—Eso... con que lo sepamos los dos... creo que basta.

—Alábate morcilla que no hay quien te coma dijo Tejo, aludiendo a Curiche.

—No hay que picarse niños, el juego tiene pillería, ¿quién les dice que no tenga yo los triunfos y les saque las diez de última?

—Así es pues mi sargento repuso Zurita; pero dicen que hay gallos que saben «despintar» la baraja.

—Güeno que saben no?

—Y usté, sargento, es roto «atorrejao (1) no más. Yo le estoy viendo el juego, dijo Juan Tejo; a quien se le ocurre tallar con ese «baleo» (2) tan mal marcao... Y hasta la «metralla» (3) que tiene usté se suelta sola.

—Tengo mucho que hacer si no te costarían caras tus «pachotás»; pero algún día me las pagarís. En cuanto a esta niñita, se va a casar conmigo, ya me dió su palabra.

Mariquita iba a protestar airada, pero el cabo Cabello le indicó que callara. Cuando el sargento Curiche salió entró el cabo Badillo.

Estaba también intensamente precocupado y su tez muy pálida, acusaba el insomnio de la noche precedente.

—Buenos días niños. ¿Cómo amaneció Mariquita?

Todos contestaron cordialmente, y fijaron con simpatía sus ojos en la pareja.

—Toy viendo, dijo Tejo que el cabo Baillo nos pasó atracaos hasta tenía alzao en la «mestra» (4) cuando ayer nos desafió a jugar.

—Pero tiene que tener cuidao, no vaya a venir un manos limpias a levantarle la plata después de ganá.

Luego se habló del Curiche que venía con demasiada frecuencia a la rancha que estaba muy distante de la faena, circuns-

---

(1) Atorrejao, de D. Torreja, roto chillanejo que es el prototipo del fanfarrón.

(2) Baleo, baraja marcada con signos convencionales por derecha y al frente que el tahur da para que talle al que desea ganar, ganándole naturalmente.

(3) Metralla. baraja de cuarenta y dos cartas que se pasan atracadas (pegadas) con «sebo de penco» (grasa de cordero con cera blanca) de tal manera de que el jugador que sabe «hacer paquetes» gana siempre, pues «atraca» la carta que podría ganarle.

(4) Carta maestra, la que el tahur deja indicada al que debe cortar para que no le deshaga los «paquetes».

tancia que favorecía cualesquiera acción innoble que quisiera llevar a cabo aquél.

—¿Por qué lo tendrán en la rural a éste? ¿No oyeron decir que lo iban a liquidar por «coimero»?.

—Por qué no habla con el Inspector usté cabo, indicó el viejo Eloy. Le diré que el oficial no les celebra niuna.

—Voy a ir a hablar, dijo Badillo.

LA RESOLUCION

Mariquita estaba resuelta a casarse con Badillo, tenía miedo, no se sentía con ánimo para la lucha, no era como su padre, hasta gustaba de la comodidad y en muchas ocasiones había deseado ser como esas señoras que viven cómodamente en lindas casas, rodeadas de servidumbre y de buenas relaciones. Claro era que sus aspiraciones no llegaban hasta ese extremo que dentro de su vida, quedaba en lo imposible, pero no le gustaba la vida nómade del peón gitano que había tenido que llevar desde pequeñita junto a su padre.

En realidad, no le desagradaba del todo; pero consideraba una locura no aprovechar la oportunidad si se presentaba.

Cuando Badillo se quedó a solas con ella, después que el más rehacio corrió donde lo llamaba la campana del trabajo, quiso hablarla. Ella le rogó entonces que la permitiera hablar con su padre.

Se acercó pues, a él y le preguntó:

—Padre, ¿usté se iría hoy mismo de aquí?

—No podría, m'hija: Yo le firmé al ingeniero un contrato largo.

—Luego, es imposible.

—Imposible antes de un año más.

—Bien. Era lo que deseaba saber.

Fuése entonces hacia Badillo y lo invitó a hablar.

—Usté habrá comprendido... empezó él.

—¿Qué cosa? No sé a que puee referirse.

—Miren si es mala.

—Por qué voy a ser mala, mire...

—Escúcheme, mi querida amiguita. escúcheme; yo...

—Qué coima (1) me querrá decir que no se acuerda...

—No, no es eso que usté dice; pero es que...

—Ya me va a contar cosas de amor otra vez? Si no se porta bien, lo dejo solo.

Su expresión era de suprema coquetería, deseaba que el hombre más serio y más esquivo de la región se deshiciera ante ella y aceptara sus condiciones.

Badillo habló entonces; pero su voz no era apasionada como la de la noche anterior, era solemne, superior... verdaderamente importante.

Cuando le dijo:

—Yo quiero casarme con usté, lo he pensado mucho tiempo y estoy seguro de no haberme equivocado, su silueta estaba erguida, y su acento era de mando. Ella lo miraba sonriente, feliz.

De pronto su expresión cambió por completo, haciéndose profundamente dolorosa.

—Señor, le dijo, que más quisiera yo que casarme con usté que es el hombre más codiciao por las mujeres...

El interrumpió:

—Es que me desprecia usté?

—¡Qué locura! ¿Cómo puee ocurrírsele semejante cosa? Yo no soy más que una pobre chiquilla que no tiene niuna gracia, que no vale ná.

---

(1) Coima, voz araucana que significa mentira.

—Pa mí vale más que too el mundo.

—Yo soy como le digo una pobre mujer. ¿No se arrepentirá del paso que va a dar?

—No sea loca m'hijita. Le juro que no he tenido placer más grande que el de darme cuenta de que gracias a mi previsión usté llegará a ser una gran señora, que valdrá tanto como cualesquiera «colona» colonizadora extranjera de estas que tiran prosa por aquí.

—Pero es que hay una cosa.

—Hable, diga, soy materia dispuesta: lo único que yo quiero es obedecerle.

—Yo tengo un novio.

—Adiós, diablo! ¿cómo?

—A usté no le gustará que lo engañen, ni tampoco le agradaría que lo echaran a un lao hasta sin aviso. No me diga ná, yo lo quiero y me casaré con usté si así lo desea; pero...

—Hable, diga! ¿Dónde está ese afortunado?

—En la cárcel.

—Y es por un reo que me hace esperar. Es entre un reo y yo que usté escogerá... Mariquita, no me gusta su manera de pensar, no me gusta.

—Eso... usté ha de verlo. Si no quiere que le diga lo que tengo que comunicarle, me callo y dejaremos las cosas como están.

—Pero...

—Usté no me quiere Badillo. Usté sabe que al casarse conmigo me hará un gran favor y solo aparentemente me deja derecho a hablar... siquiera. Cierto es que tengo un novio que está encarcelao, que vale menos que usté que tiene mando y plata; pero él fué el primero que me habló y no pueo hacer ná sin comunicárselo. El es un hombre de un gran corazón que se dará cuen-

ta de que no puee dar lo que usté... y seguramente me dejará en libertá de obrar.

—¿Y quién es ese hombre?, ¿puedo saberlo?

—Manuel Luceño.

—Ah! si, lo conozco: Dicen que está preso por unos salteos.

—Si lo conoce no creerá que haya saltiao... El es ¡inocente! Inocente, entiende?

—Si usté me lo dice le creo.

—¿Dónde le conoció usté?

—En Bolivia, en el carril de Arica a La Paz.

—¿Y era mal hombre?

—No. Sólo algo impulsivo y muy fiado de sus fuerzas. Es un tirador estupendo de cuchillo. Nunca le conocí un amor. Creía que como a mí, no le interesaban las mujeres.

—Pues, como a usté, le interesé yo. ¡Dios mío! ya pueo morir feliz.

—¿Y cómo lo vamos a arreglar?

—Yo iré a Santiago.

—Eso es muy largo.

—Escribámosle entonce.

—Y si él no le devuelve su libertá.

—Si no me la devuelve... ¿usté cree que no lo hará?

—No lo conozco lo suficiente.

—Se compromete usté a aceptar lo que resulte?

—Es que...

—No tiene fe en usté.

—Sí.

—¿Y entonces, por qué duda?

—Es que... Y si el otro la retiene... ¿no le dió su palabra?

—Sí.

—Ya vé.

—Dígame, en su caso, y queriéndome como me quiere, me

retendría usté sabiendo que yo iba a ser con otro más feliz que con usté?

—No.

—Entonces, ¿por qué duda? No le parece que si me caso con usté a escondías de Manuel este tiene el más completo derecho de darme su mejor puñalá?

—Es verdá.

—Entonces, ¿escribimos?

—Escribimos.

—Esta tarde... viene usté?

—Vengo.

—Entonces, le leeré la carta.

—Quiere que se la haga yo?

—Si ese hombre no me quisiera, sí.

—Está bien.

Y Badillo fué a su labor.

—Padre, dijo Mariquita, cuando estuvieron solos, creí que lo perdía... pero me quiere, me quiere!

Y se echó en sus brazos.

EN MACHALI

El Ballena llegó a Machalí en la tarde de un día domingo; el pintoresco pueblecito estaba lleno de cantos sentimentales y de protestas de amor. En casi todas las casas los hornos cocían las exquisitas empanadas y en algunos patios se alzaba al compás del arpa y la guitarra el baile popular: la Zamacueca:

Cada vez que considero
ay morena, ay morena, ay morena
que tengo un amor ingrato,
no se como no me doy
ay morena, ay morena, ay morena
sobre un colchón y me mato.
Cada vez que me acuerdo
que andas ausente
aborrezco la vida,
morena y amo la muerte
amo la muerte ¡sí!
quien pensaría
que una muerte tan flaca
morena, peliscaría
Me caso con la muerte
morena por no quererte...

En los cabarets del pueblo, que también lo ha manchado la sensualidad de la ciudad minera, Rancagua; al son de orquestas de Jazz bailaban mujeres de faldas cortas, patinadas con pintura y sensualidad, verdaderas obreras del placer que hasta en esos rincones paradisiacos virgilianos que parecen hechos para la meditación van a vibrar las histerias de esta época tan enloquecedoramente dinámica, enferma hasta de progreso.

El Ballena tenía hambre, entró por una calle y se refugió en la sombra amiga de unos árboles frutales de los que sirven de valla divisoria a las propiedades y están alineados demarcando las calles.

Cuando hubo descansado entró a una casa y compró una gran empanada de a peso. Luego salió y comiéndosela anduvo hasta el canal que bordea el hermoso pueblecito. Por entre las cercas de follaje, veía el Ballena las parejas que buscaban la soledad para amarse, para engañarse o para desbordar la copa de los celos.

—En la casa hay un sauce, pensó, luego miró hacia abajo y pudo ver una casa pajisa que sombreaba la esmeralda bohemia de un hermoso sauce llorón.

—Allí es, se dijo. Y avanzó resueltamente hacia la casa.

La puerta de la calle estaba cerrada; pero en el patio había ruido de voces y de carcajadas.

Se acercó el Ballena poco a poco y se asomó por entre las frondas. No se veía a ño Ramón. El hombre dudó y pensó en retirarse, cuando una anciana que salía de la casa se acercó hacia él.

—¿Qué busca` señor?

—¿Yo? Na, es que hey caminao mucho y stoy cansao y tengo hambre.

La anciana lo miró brevemente y sin hablar palabra lo in-

vitó a pasar. El Ballena entró, habían en el patio varias personas que él desconocía, y que no repararon en su presencia.

—Debo de ser un roto muy «picante» que no le llamo la atención a nadie, pensó.

La anciana lo había invitado a sentarse, luego le trajo un plato de «porotos» y un gran trago de vino.

Estaba comiendo el Ballena cuando salió de la casa ño Ramón y se acercó hasta él.

—Cómo'stá ño Ramón, saludó el Ballena a media voz.

—Oiga, ¿usté aquí? Me ha venío siguiendo? No le dije que me dejaría de esa vía tan aperriá? Además aquí no me conoce nadie. Yo nací aquí y siempre se dijo que yo andaba corriendo la «balija». Esta señora que lo atendió es mi madre que no sabe que yo haya disparado jamás un revólver. Cuando termine de comer se despide y yo lo voy a acompañar pa que platiquemos la amistá.

Cuando el Ballena se despidió, ño Ramón salió con él. Anduvieron en dirección al cerro y pasaron frente a la casa de un abogado criminalogista, el señor Ilabaca León. Este caballero era amigo de ño Ramón, gustaba de conversar con él y le proporcionaba los diarios de Santiago. Naturalmente no sospechaba la verdadera personalidad de ño Ramón.

—¿Cómo está don Ramón, que se dice, anda paseando?

—Voy a mostrarle la leña a este amigo que es comerciante. Y usté siempre tan feliz, rodeado de lindas niñas y de su gran hijo.

—Ahora estoy ocupado en la causa de un bandido que mató por vengar una afrenta y que debió salir al camino para defenderse de todos. Pues después de su acción lo siguieron como perro rabioso.

—Y cree que sacará algo?

—En libertad no lo sacaré; pero le disminuiré en muchos

años la pena y luego convenceré a los industriales de que es un hombre bueno y le tendré trabajo preparado para cuando cumpla.

—¡Qué bueno es usté, señor! Con algunos abogados como usté, la justicia sería justicia.

—Es que yo mi amigo, escribo versos; siento intensamente la emoción ajena, me doy cuenta cabal del dolor del mundo, estudio las causas que enjendran los criminales y las defiendo a conciencia. Muchas veces he conmovido a los majistrados y los he convencido. Detrás de cada hombre hay un sensitivo; la humanidad, no es mala, sólo es indeferente, nada más.

El Ballena escuchaba sorprendido. Preguntó:

—¿Qué puee hacer un hombre al que le han hecho toos los males del mundo y que no tiene medios pa que le oiga jamás la justicia?

—No entiendo.

—Le voy a contar el caso. Era este un pobre roto pión de una hacienda. Una vez en la localidá ocurrió un salteo, el comandante de policía tenía «pica» con un «gallo» y quería a toa costa condenarlo, entonce buscó testigos y quiso aprovechar al pobre roto que le digo. Lo hizo detener, casi se lo comió a palos, y lo largó al camino diciéndole que si lo volvía a ver lo despacharía pal infierno. El pobre roto queó endeudao con la justicia, pues se le colgaron sin tenerlos, malos antecedentes, queó como decimos los chilenos, «pa nunca», muerto en vía. ¿Cree usté señor abogao que ese hombre tiene derecho a matar a su ofensor?

—El caso es verdaderamente genérico. Nunca podría ser legal una acción vindicatoria, ni aún en caso de que los tribunales no atendieran el asunto.

—No lo atenderán: nadie atiende al pobre roto, al pobre infeliz que no sabe sino trabajar y morir.

—Amigo, usté lo ha de ver. No es legal la venganza; pero

si su amigo se venga y mata al mal hombre, y cae en manos de la justicia, llámeme a mí para defenderlo.

—Lo tendré presente señor.

—Ahora nos vamos señor Ilabaca.

—Espérese, tome el diario de hoy.

Cuando se dirigieron al cerro el joven abogado los quedó mirando y se alejó al interior de su magnífica residencia pensando en el caso que le parecía muy interesante.

Del corazón del pueblo partían voces de matices multiformes que demostraban que la locura del vivir se había apoderado de todos.

EL PELIGRO

Cuando llegaron al cerro se escondieron detrás de unos quillayes y hablaron.

—Ño Ramón, dijo el Ballena, no'sté muy tranquilo, tenga la seguridá que aquí lo vendrán a importunar. El cura ha hecho tuti y carambola en Santiago. Ultimamente hizo lo que se le ocurrió con el agente González que es gallo muy habiloso. Y ese ñato está dispuesto a no descansar hasta no detener a los componentes de su banda.

—¿Y cómo sabe que yo...?

—Creo que han tomao a uno... y usté sabe que no hay quien no hable, cuando se empeñan en hacerlo hablar los señores esos que mandan fuerza.

—Y usté ¿qué quiere, eñor?

—Yo quiero que usté vuelva a salir al camino. Yo tengo mucho terreno preparao.

—No, amigo, no salgo más; stoy lo que se llama «cabreao». No salgo más.

—Y si lo obligaran a salir...

—No creo que sea fácil que me descubran. Aquí tengo fama de ser el hombre más de bien del mundo.

Se calló un momento y luego dijo:

—Y yo soy en realidá, un hombre de bien.

No he sabío nunca cómo salí al camino. Tal vez no pude evitarlo... Mis principios son tan oscuros.

—Pasan tantas cosas en la vía, pues ño Ramón.

—Así es, «barreta».

—¿Y usté no teme que lleguen por aquí?

—Me da que pensar ese que usté dice que agarraron. Pero así y too, no quiero salir; estaré alerta, pero me quearé aquí. Usté que es muy desamparao no sabe, amigo, lo que gusta el hogar, lo que hace una madre por poca cosa que sea. No lo sabe. Yo tampoco lo sabía; pero ahora lo sé. Ahora no dejaría por na a mi madre.

—¿Siente, eñor?—le preguntó el Ballena.

—¿Qué cosa?

—Se oyen galopes de caballos pal camino «real».

—Anda mucha gente los domingos... y como a ellos no les duele casi matan a los caballos. Y dígame usté que piensa hacer?

—Yo quería servir bajo sus órdenes, stoy resuelto a too; pero si usté no sale, me voy a ir a Tango y voy a reunir a toos los ñatos a los que el tal Jerez les haya hecho daño, con ellos me tomaré la policía y el tal comandante le quitaré toos los graos y lo mandaré al infierno.

En ese momento, los jinetes desembocaron a la calle que daba frente al cerro.

—Son de la policía, eñor. Uno de ellos es González, lo vienen a buscar. Arranquemos pal monte.

—Nos encontrarán en el monte. Venga.

Bajaron, el señor Ilabaca, poeta y criminalogista estaba rodeado de amigos. Ño Ramón lo llamó aparte y le pidió permiso para visitar el hermoso parque a lo que el caballero accedió encantado.

Momentos más tarde una cabalgata subía a todo galope el

cerro en busca de ño Ramón. Este que lo estaba observando desde el parque dijo:

—Se les corrió una. ¿Salgamos? invitó después.

Rápidamente fueron hacia su casa y minutos después cabalgaban por los atajos más ocultos hacia el escondite que les garantizaría la libertad.

—Es harto buen agente González, eñor. mire como dió con mi casa. Con seguridaá que han estao en mi negocio de Rancagua, en el «Hotel Mi casa».

Habían llegado a un macizo de bosque en la primera estribación andina. Sería güeno que descansáramos, cumpa, ¿no le parece? ¿no tiene apetito usté? Venga, métase al agua, así no nos podrán «cortar» rastros, luego esconderemos los caballos y echaremos una dormía. Pero antes comeremos. Ejecutaban los movimientos mientras hablaban.

Cuando hubieron encontrado un sitio adecuado, ño Ramón refirió algunas aventuras, luego la noche tendió su hermoso manto de estrellas sobre la tierra y abrigados en el se durmieron los bandidos.

LA AVENTURA DE URSULA

Cuando Ursula llegó a presencia del detective González, este hablaba con sus Jefes. Estaba vejado, enfermo, muy molesto. Su habitual serenidad se había borrado; su gesto ahora era airado, terrible.

—Le suplico, señor Tapia, que me deje a mi enteramente esta investigación, y cuando la dé por terminada si no logro éxito, le suplicaré que me conceda mi baja.

—No hace falta tanta exaltación, González.

—Eso le parece a Ud.; estoy deshonrado, la prensa se ha metido en el asunto comentándolo a su sabor, sin ningún tacto. ¡Imbéciles! No comprendo cómo a la prensa van a dar todos los estúpidos que hay en la vida. Son inútiles, fracasan en otras actividades y se meten a gacetilleros.

—Voy a conversar con el Prefecto jefe y con el Ministro de Justicia si es posible. Veremos manera de que la prensa nos deje trabajar.

—Yo, señor Tapia, no pretendo que se callen, la cuestión es que tengan tino, que se informen bien, que no echen a la risa asuntos demasiado serios, y sobre todo que no hablen antes de tiempo. Ellos no tienen ningún sentido de la responsabilidad; si aciertan lo gritan a los cuatro vientos; pero si «meten la pata» con decir que se equivocaron o callarse, todo está arreglado. Yo los quisiera ver ante los criminales, yo los viera interrogándolos ¡infelices! Se caían de espaldas. ...

Una vez más el jefe le pidió calma al airado detective y se retiró del patio donde hacían estos candentes comentarios.

—Pase, cabo, a esa mujer a mi oficina.

Ursula fué conducida a la Inspectoría servida por González, este siguió detrás de ella y al trasponer la puerta, la cerró con llave.

Cuando estuvieron solos la miró fijamente largo rato. Ella estaba atrozmente atemorizada, un temblor violento recorría todo su cuerpo y una honda de hielo atormentaba su espina dorsal. Su tormento era tan cruel que en breves minutos la iba a obligar a llorar. Por fin habló.

—Y qué te parece Ursula. ¿lo que me han hecho?

Ella no contestó.

—¿No has leído los diarios?

—Sí, señor.

—¿Y qué te parece?

—Qué quiere que diga yo, pues, señor.

—También te habrás reído tú.

—Yo, no señor.

—Mira, esto que me pasa es por causa de ustedes, de ese famoso Luceño y tú.

—Señor, Luceño es inocente.

—Pero legalmente no lo será mientras los verdaderos culpables anden riéndose de la justicia. Tú que dices que lo quieres tanto, te comprometiste bajo tu palabra de honor, (yo quise creer que tu tenías honor) a ayudarme y lo que has hecho ha sido traicionarme.

—Yo no, señor.

—Sí; me traicionaste. Ese cura fué cosa tuya y no fuiste capaz de entregármelo. Y ese cura es uno de los que saltearon a Becerra, en el Bajo. Si lo hubiéramos detenido, Luceño ya estaría libre. En cambio aquella noche se rió de mí, y después en la casa de la francesa falsificada de la Renee me dió la gran tanda. Me mandó amarrado en un auto para la sección. Y todo por ser bueno, por buscar la justicia.

—¿Y qué quiere de mí?

—¿Tú no sabes dónde está el Cura?

—No, señor.

—Ni ño Ramón.

—¿Ño Ramón? creo que sé el punto donde se fué a vivir.

—¿Lo sabes?
—Mire, ¿se acuerda del Ballena?
—¿El roto que azotó Jerez?
—Sí, señor.
—¿Qué tiene que ver?
—Ese quería juntarse con la banda de ño Ramón que está deshecha ahora, pa vengarse de Jerez. Y lo anda buscando. Yo sé que partió a Machalí por que allí le dijerón que tenía propiedás.
—¿Confiaré en tí, con todo lo mal que te has portado?
—Señor, haga de mí lo que quiera; yo no soy ahora la mujer de antes; sólo deseo servir a la gente que quiere salvar a mi hombre, quiero ser otra enteramente distinta. ¡Cómo pudiera, señor, Dios mío, nacer de nuevo!
La pobre mujer lloraba. González a pesar de su severidad se conmovió. Comprendió que le decía la verdad. Y como él era el más ardiente defensor del sistema moderno de represión basado en el completo conocimiento del delincuente y las causas propulsoras del delito, mirándola pensó:
—Esta pobre mujer nace a una nueva vida, es probable que ayer me haya engañado pero ya no me engañará más.
La dejó en libertad con la obligación de proporcionarle cuanto dato pudiera y se dispuso a partir hacia Machalí. Antes pidió los más completos informes a la policía comunal, sin indicarle, naturalmente la detención, que quería efectuar él.
Como las respuestas fueron precisas, partió en demanda del viejo asesino y capitán de la «Banda imaginaria» como la calificaban los diarios.

* * *

Cuando Ursula estuvo libre se dirigió a la Penitenciaría para hablar con Luceño.
Muy desmejorado estaba Manuel, la recibió cordialmente y hasta con cariño; la pobre mujer estaba encantada. Le comunicó que estaba dispuesta a cambiar de vida, a ser otra... más digna, mejor.
—Si no hay nadie mejor que vos, Ursula, si yo no sé por qué

vos que sois un alma de Dios cantay en una casa de amor pa divertir canallas. No lo entiendo yo.

Después de una pausa agregó:

—Nos parecimos, Ursula, yo estoy preso por salteador y a vos toos te creen una mujer de la vía... Mira, si... güeno; pero no quiero anticipar na. Pero hay algo que me tiene entravao. Yo tengo con vos una deuda que trataré de pagar a la medía de mis fuerzas.

—Manuel, Manuel, si yo hey nacío pa servirte, pa ser tu esclava. Yo staré siempre con vos, en la desgracia o en la felicidá y aunque seas de otra te querré, por que no podrá ser de otro modo!

Era tan sincera su pasión que el encarcelado se conmovió. La miró con sus pupilas tristes y su expresión se hizo patética.

Durante varios segundos estuvieron silenciosos. Luego él como si hablara interpretando en voz alta un pensamiento dijo:

—Oye, Mariquita... no me ha escrito.

—Eso es una maldá, dijo Ursula vivamente. Como le iba a faltar tiempo pa escribir cuatro letras, meterlas en un cierro y mandártelas a Santiago. Esa mujer procede mal!

—No la acusís, acuérdate que si ahora no me quiere, me quiso mucho y que me prometió ser mía cuando me encarcelaron. Y ella es como el agua... como las estrellas...

—Sí, Manuel, sé que ella es mejor que yo que no soy sino una pobre mujer. Pero... ¡Señor!, no sé decir lo que pienso, estas cosas solo las sé llorar.

—¿Pero qué tienes?

—Lloro por que no soy la mujer que vos estarías dispuesto a quierer. Yo jamás tuve la pureza que tiene esa mujer. Yo nací manchá, yo soy como esos animalitos que se crían guachos, que no se pueen defender, y con los que se puee hacer too lo que se quiere... Yo fuí así, una pobre criatura... Perdóname por quiererte tanto y déjame que me vaya pa siempre de tu lao, ya sé que no me podís quierer.

—Ursula, Ursula, dijo Manuel muy dolorido, Ursula, no digas esas cosas. Soy yo quien no merece que lo quièran así, soy yo el que no ha sabío corresponderte jamás. No me dejís, te lo ruego, no me dejís, tengo la idea de que vos me habís de salvar

en esta vía que tan mal me trata. Oye, si yo hubiera sío mujer hubiera caído más bajo que vos y no habría tenío ese valor que vos tenís pa luchar por ser mejor.

En ese momento le indicaron a Luceño que era hora de terminar la visita. Se dispuso Ursula a salir y cuando lo hacía, una clase de la guardia le gritó:

—Luceño, aquí llegó una carta pa vos.

La recibió Luceño y miró a Ursula que se había detenido indecisa.

—Mañana te la leo. Hasta mañana.

Era una carta abultada; Luceño la daba vuelta entre sus dedos sin resolverse a abrirla, sentía una extraña impresión, algo que jamás le había pasado. ¿Qué contendría esa carta que atemorizaba al encarcelado? ¿Se engañaría su instinto? ¿Le traería un nuevo eslabón de su dulce cadena de amor o le daría su agria libertad de hombre desgraciado, sin senda y sin horizonte conocido?

El próximo episodio lleva por título:

SOBRE LA PISTA

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas................... $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas...................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela.............................. 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6.—
Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6.—
Un juez rural........................ 6.—
Androvar............................ 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid......................... 6.—
Crónicas .... 6.—
El Roto, 4.ª edición .... 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos............................. 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela..................... 6.—
Sus mejores poemas............... 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas....................... 6.—
Eusebio Lillo.—Põesías.............. 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela............. 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.............................. 6.—
Las montañas ardientes........... 2.50
Los horizontes..................... 4.—
La luna enemiga.................... 3.—
Un año de Inquietud.............. 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.............................. 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela....................... 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos.............................. 6.—
Zurzulita, novela.................... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo....... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas................................ 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas................ .... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas.................................. 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi.................................. 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.......... .... 6.—
Rubén Dario.—Obras de juventud.................................... 7.50
Sus mejores poemas.............. 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela..................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela.................... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela................................ 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino..................... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela.................... 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela................................ 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho............................ 6.—
La Danzarina de Gades (Poema trágico............................ 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela.................................... 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India.............................. 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo..................... 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin).................................. 5.—

N.º 10 La Novela Policial PRECIO $ 0.50

"Sobre la Pista"

10.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO

1931

1049 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 10

SOBRE LA PISTA

10.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

SOBRE LA PISTA

Lo que decía la carta (1)

Manuel Luceño deseaba recibir noticias de Mariquita que parecía haberlo olvidado. Ya no era como antes, cuando recién había marchado con su padre hacía el ferrocarril de Lebu; entonces le escribía cada semana dándole en cada misiva la seguridad de su amor. «Te esperaré, le decía, te esperaré, aunque tardes cien años en venir, me encontrarás dispuesta a ser tuya, a seguirte por el mundo».

Para el pobre encarcelado estas palabras eran como un elixir de larga vida, como un riego bendito que renovara sus ilusiones. No le importaba el encierro ni los dolores inherentes, sabía que

(1) Ver el episodio anterior «La carta de la libertad».

algún día se abriría la puerta de la cárcel y él podría correr a la libertad y al amor.

Pero como se ha dicho, en el último tiempo, Mariquita había olvidado escribirle. ¿Estaría enferma Mariquita? o...? no, eso no era posible, Mariquita era de las mujeres que no olvidaban... Sin embargo...

Estas ideas torturantes atormentaban a Luceño, lo confundían, lo sumían en la más amarga incertidumbre.

Nunca como entonces comprendió el valor de la libertad.

A veces la duda solía herirlo, pero él se defendía rudamente; sabía forjar su fe.

Pero cuando pasó un mes sin noticias, sintió que las sombras que lo rodeaban eran más densas, que lo oprimía un cruel despecho.

¿Qué sería de Mariquita? ¿Por qué no escribiría? Comprendió también que la verdad es algo tan necesario como el aire. No tenía celos, poseía un alto sentido de la proporción, sabía, o creía saber determinar el sitio que en la vida le correspondía.

—¿Quién soy yo, decía, pa aspirar al amor de esa chiquilla linda y libre que debe de ser codiciá por hombres mejores que yo?

Una protesta encendía su razonamiento, una sola.

—¿Mejores que yo? Mejores no, mejor que yo no hay hombres, ricos y felices, sí, mejores no. Los otros le darán lo que en la vida hace falta; pero cariño y firmeza de hombre, eso sólo yo soy capaz de dar.

¿Era egoísta Luceño?

Forjado en el duro yunque de la adversidad se había ido moldeando como el mejor acero, y había llegado, en realidad a tener tal consistencia que ni el dolor lo había hecho sentir trastornos.

En tal forma lo había engrandecido que ya no pensaba en vengarse de ño Jerez que lo sumiera en la cárcel, que lo deshonrara...

—Nadie puede impedirle a los alacranes que envenenen o al peuco que cace . Los hombres son lo mismo, ese ño Jerez nació así. Con un alacrán, con una fiera en el corazón. Tendrá que pagarlas; pero yo no lo mataré...

Se había propuesto una norma de infinita corrección; quería trabajar y hacerse una situación, evitando toda oportunidad de usar de su terrible fuerza.

Como se ve, Luceño era un hombre verdaderamente extraordinario, no tenía en el alma un solo fermento de maldad, no demostraba por ningún detalle el terrible y célebre bandido autor de tantos homicidios, que ensangrentó más tarde los campos chilenos.

¿Qué designios desconocidos, qué razones feroces tuvo el destino para lanzar a este hombre bueno a la roja senda de la venganza?

Debo dejar constancia de que Luceño es un personaje real, fué un producto fabricado por la maldad, por la bajeza de los demás. Luceño no fué responsable en ningún momento de las depredaciones que perpetró.

Pero volvamos a la carta que era abultada y estaba escrita con letra diferente a la de Mariquita Cabello, aunque la firma fuera suya.

La letra era de hombre. Había pues un hombre que escribía las cartas de su chicuela.

Cuando abrió el sobre tenía una grande y dolorosa inquietud, deseaba leerla de una vez, tragarla como se hace con una droga amarga; salir de una vez por todas de la amarga duda que contra su fuerte voluntad lo torturaba.

Sin embargo, cuando la tuvo ante sus ojos, cuando las letras avanzaron hasta él, no hubiera querido imponerse de su contenido

Por fin resolvió saber lo que decía y leyó:

«Señor don Manuel Luceño.

Penitenciaría de Santiago:

Inolvidable amigo.

Espero que al recibo de esta mal notada carta, se encuentre bueno gozando de la más perfecta salud, que yo por aquí quedo buena, solo con el deseo de verlo.

«Después de saludarlo paso a decirle lo siguiente:

«Que mi padre se acuerda mucho de usté, que el minero Tejo cuenta muchas de las cosas que les pasaron cuando eran compañeros en la línea de Antofagasta. Que aquí han llegado diarios que hablan de lo que ha hecho el Cura con el agente González. Ese Cura es malo, ¿no es cierto?

«Yo rezo todas las noches pa que la policía agarre a la famosa banda de ño Ramón que tiene la culpa de que usté esté «encanado».

«Por aquí las cosas no andan muy bien. El sargento Curiche de la policía «rudal» es un hombre mal encarado y de malos sentimientos y le ha dao por seguirme y decirme cosas onde me ve y a venío varias veces a la casa y ha amenazado a mi padre con impedirle que tenga su negocio de comida. El caso es que ese hombre indino se lo pasa dando vuelta la casa. ¡Ah! si vos estuvieras aquí me defenderías!

Luceño aparta los ojos de la carta y los incrusta en la lejanía que obstruye el fuerte muro de su celda. Pero el ve más allá, alcanza a divisar el hogar donde su amada trabaja al lado de su padre y ve al sargento Curiche que a él se le antoja sanguinario y cruel insultando a su linda novia.

—Ah, si yo estuviera allá.

Indistintamente llegan los pasos de los centinelas, las voces de los penados y el rechinar de los cerrojos.

Una voz canta:

> Carcelero, no me sueltes
> no voy a la libertá
> que me hizo traición mi amada
> y no la quiero matar.

Alzó de nuevo la carta que pendía de su mano y siguió leyendo.

«Querido Manuel, como te habrás dado cuenta, yo peligro sola, en estas lejanías, tengo necesidá de que alguien me defienda ya que mi pobre padre está tan viejo.

«No sé si te había hablao a vos; aquí en este «ramo» (1) hay un hombre muy bueno que no me mira con malos ojos, es el cabo Badillo, cabo mayor y juez de todo el ramo. Este caballero que tiene modo de hacerse leso me pidió a mi padre. Este contestó que yo tenía que decidir. Yo le dije que tenía un compromiso con vos y que me casaría con él solamente si vos me lo permitías.

Luceño, incontenible, como si la hubiera tenido a su lado preguntó:

—Y vos lo querís?

Se daba cuenta cabal que el era un estorbo en la vida de Mariquita, que ella estaba arrepentida de su compromiso, que ese casamiento con el cabo mayor y juez que tenía *modo de hacerse leso* le convenía porque la haría cambiar de situación porque le aseguraría el porvenir. Siguió leyendo:

«Como vos podrás ver, este hombre me defendería del Sargento Curiche y de mucha mala gente que me anda haciendo la busca. Por aquí todo el mundo ha perdío el respeto, así es que cualquier día me lo faltan a mí.

---

(1) Ramal de ferrocarril.

—Es verdá, pensaba Luceño.

«Verdá mi querido Manuel, que vos no querrís que tu pobre ñata sea fatal? Yo creo que hay un destino que me persigue. Fíjate, yo, queriéndote tanto, no puedo estar a tu lado hablándote, amparándome bajo la fuerza de tu brazo. ¿Qué quieres que haga? Yo estoy dispuesta a esperarte toda la vida; pero me será imposible hacerlo entre tantos peligros. El cabo Badillo de que te he hablado podría defenderme si me casara con él, en otra forma me sería imposible encontrar apoyo. ¿Qué quierís que haga? ¿Te espero a vos entre tantas asechanzas o me caso con el cabo Badillo? yo, como vos comprenderís, me resisto ante esta exigencia de la vida; pero no sé qué hacer.

Pero podís creerme; sé que sois tan bueno que obrando de acuerdo con tu conciencia, verás lo que debes hacer para salvarme.

Aquí se despide tu pobre china que se queda solo con el deseo de verte y que te manda su corazón en estas cortas letras.

MARÍA CABELLO.

Alma siempre dispuesta al sacrificio, Luceño, se había serenado completamente; sentía un hielo intenso en toda su persona, un violento dolor de cabeza; pero a sus labios no subió una protesta.

—Yo no podré impedirla que sea feliz; no sería de hombre.

Con paso vacilante se dirigió a la secretaría del penal a conseguir recado de escribir.

Se sentó a la mesa, quiso coordinar sus pensamientos, tomó la pluma y se dispuso a escribir; pero el nombre de su amada, de su Mariquita fué trazado temblorosamente y sobre sus rasgos cayó un temporal de lágrimas quemantes y dolorosas, lágrimas de hombre que ha perdido la esperanza y que está aherrojado, atado a un destino cruel que lo mantiene expuesto a todos los vientos de la vida.

CUANDO VINO EL DIA

El lector recordará que el capitán de los bandidos, por cuya culpa estaba prisionero Luceño, había huído de Machalí por sugerencias y acompañado de El Ballena, habiendo hecho alto en las primeras estribaciones de los Andes (1).

Durmieron a pierna suelta, como si en la vida hubieran cometido un pecado venial de esos que las beatas saldan con una genuflexión ante el altar mayor.

El primero en despertar fué El Ballena. El bosque rumoreaba su sinfonía encantada, en que se mezclaban el susurro de la fronda, los cantos de los pajaritos y la voz del torrente que corría despeñándose de las altas cumbres. Luego despertó ño Ramón.

—¿Durmió bien, cumpa?

—Así no más, contestó el Ballena.

—¿Soñó algo?

—Sí, que me iba pa Santiago.

—Usté no se irá ahora que nos persiguen: si lo intenta siquiera lo mataré, dijo ño Ramón sombríamente y agregó:

—A mí me parece que ño Jerez no le ha hecho na a usté y

(1) Ver el episodio anterior.

que usté que hace tanto tiempo que me anda siguiendo es un «bombero» de los «comisionaos» (1).

Hizo una nueva pausa, lo miró de hito en hito y terminó:

—Hey tomao los desechos más desconocíos, nadie nos puede seguir si no es de esta tierra, de manera que si por casualidá llegaran por aquí los de la policía ya no tendría duda de que vos sois un traidor.

Se rió el Ballena.

—Ahora si que veo, ño Ramón que usté es gracioso, yo no soy sino un pobre roto desamparao que sólo busco un Jefe; a mi, valor no me falta; pero no tengo su popularidá, su voz de mando. Yo jamás hey hecho un salteo pero sé como se mata y no quiero sino vengar las ofensas que me han hecho. Usté cree eñor que hay derecho a atormentar en la forma que lo han hecho conmigo, al ñato más infeliz? yo, eñor no tengo na que perder, no le tengo apego a na, a mi no me ha querío jamás una mujer, no tengo na que perder, ni m'importa la laya de muerte que me dejará sosegao. Si usté no me cree, pior pa usté, yo quise servirlo al llamarle la atención sobre esos agentes que llegaron ayer a Machalí y usté me sale con las que no se usan; pero no importa, el mundo es así. Ahora me voy, yo no pueo ir al lao de la persona que me tiene desconfianza.

—Antes de irse tendrá que peliar conmigo...

—Lo mato, ño Ramón. A mi una sola persona me hace la colcha y tal vez me la gane: Manuel Luceño.

—¡Párate conmigo!

—No, ño Ramón, pongámonos antes a salvo. Los agentes que nos siguen son conocedores de la región, los rastros de los caballos de nosotros son los únicos que hay marcaos en el suelo, no necesitan mucha habilidá pa encontrarnos, vámonos de aquí

(1) Comisionados, llama el pueblo a los detectives.

—Júrame que no me querís hacer daño.

—Se le juro por la madre que no conocí, por los azotes que me dieron!

—Ahora haga fuego pa que tomemos un cafesito.

—Le diré que tengo bien pocas ganas, lo mejor es que nos vamos. Pa hacer fuego hay que levantar humo y si nos han seguío nos pueen encontrar. Lo mejor es que nos escondamos... siempre que usté quiera seguir aquí.

—¿Y los caballos?

—Los bajaremos a la quebrá, hay unas ramazones tan frondosas que los esconderan muy bien. Nosotros podemos escondernos también.

—Sabe que le voy encontrando razón? Me parece que usté es un roto habiloso. En cuanto a mi, no sé que me pasa, me siento de lo más raro, no se me ocurre na y hasta me parece que tengo mieo. Le dije hace un rato toas las cosas que usté oyó por que soñé anoche que caía en una telaraña muy grande y que no podía salir. Desperté con el ruío que hacían los caballos de la policía, que, como siempre me perseguían. Claro que se me ocurrió que usté podía ser espía.

En ese momento, claro y distintamente atravesó la montaña un ruído lejano..

—¿Oye usté? Son ellos que han encontrao los rastros.

—Es verdá. Bajemos.

Los caballos habían bajado a la quebrada, dejando sus huellas. Los fugitivos bajaron también y se escondieron en lo más tupido de la fronda que se entretejía de una ribera a otra. El Ballena se metió en una oscura cavidad del ribazo e invitó a ño Ramón a hacerlo de igual modo; pero este no le hizo caso. Por el contrario, después de darle un revólver cargado buscó otro escondrijo, no sin antes trasladar los caballos al lado opuesto de la quebrada, mucho más lejos de la vereda que ho-

radaba el bosque. Ahora el ruido estaba allí mismo, se oían los murmullos de las voces, pero todavía las palabras eran imprecisas.

El Ballena callaba lleno de inquietud conteniendo a penas los latidos de su azorado corazón. Ño Ramón aunque algo asustado tenía mucho dominio.

—Los rastros han terminado aquí. Parece que se habrán vuelto al pueblo siguiendo el lecho del arroyo.

—Tiene tantos escondrijos esta montaña, que no sería raro que estuvieran por aquí mismo.

—Yo creo que debíamos buscarlo por la quebrada.

—No, señor González, yo tengo mucha experiencia: estos son bandidos viejos, no han podido esconderse en la quebrada, precisamente, por el que los buscare, los haría allí.

—¿Y qué cree que debemos hacer?

—Seguir el sendero.

—Pero si no hay más rastros. Me parece que no ha podido pasar de aquí. ¿No le parece Inspector Varas?

El aludido que era el entendido en montaña, repuso:

—Sería bueno que exploráramos minuciosamente el terreno.

—Antes comamos algo dijo un detective santiaguino.

—Tú te pasas la vida comiendo, reprochó González, vives para comer.

—La marchita ha sido recia.

—Aquí está caída la yerba, deben haber dormido aquí.

—¿No han hecho fuego?

—¡Qué esperanza! Los bandidos hacen fogatas sólo en las novelas. El humo los denuncia desde lejos.

Todos estaban comiendo tortilla y jamón, y mientras lo hacían, buscaban.

—Usted, guatón Pérez baje a explorar la quebrada, usted, Celis suba a este olivillo y mire a todas partes.

Hasta ese momento uno de los personajes que seguían a ño Ramón, no había hablado. Era este un joven imberbe, de los últimos ingresados a la partida.

—De modo que tú eras de la partida de ño Ramón.

—Ya le dije anoche que no, ¿qué me ha visto las canillas?

—Pero si te conocen, si se sabe que eras uno de ellos.

—Le digo que no.

—Lo mejor es que confieses, de nada ha de valerte tu negativa. Si tú no fueras tonto indicarías los escondrijos que por aquí usaba la partida. ¿Qué le parece Inspector Varas?

—Bien, que hable, si habla lo largamos. El muchacho sonreía.

—Güeno que son gallos. Me tendrán que largar porque yo na hey hecho ni sé na de bandíos.

Sacó, González, su pistola mauser de repetición y dijo:

—Oye, tú eres un ladrón conocido, tienes un aspecto de cinismo que convence a cualquiera, matarte a tí es limpiar al mundo de un canalla, escucha bien, si no dices algo razonable te dejaré seco de un tiro.

—Máteme cuando quiera, eñor, máteme no más, yo no tento na que decir.

—¿Qué hacías en el hotel de ño Ramón?

—Allí estaba como toos; yo no sabía que ese hotel fuera de ño Ramón.

—¿Y por qué te arrancaste, cuando llegó el Inspector Varas?

—Porque es gallo muy abusaor y me tiene agarrao a cargo. Cuando no'stoy trabajando me lo paso preso por la patilla.

—Cállate, sinvergüenza; tenís más de veinte entradas por hurto, robo, vagancia y hasta por intento de homicidio.

—Miren que niñazo... yo no sé como entender a la justicia. Fíjese, esa vez me salieron a'saltar y a mi me tocó tener mejor

apuntería y los bonitos me llevaron preso... a mi que había sío el asaltao. Hay que ver.

—Pero tú has observado siempre una conducta reprochable, dijo González. Y dime ¿dónde trabajas?

—Toy sin «pega» ahora.

—Siempre ta sin «pega» éste; pero le diré, señor González que no «habiendo» como este ñato pa manijar la «monrera» y el «Santiago». Mírele las manos de señorita.

—Yo no me estropeo las manos por que soy comerciante.

—¿Comerciante de qué?

—De géneros finos.

—Y tas cortao, cierran bien las tiendas ahora. Empezó de bien chico este cabro, ha sío escapero, maletero, ratero y últimamente, buscando como don Luis Mejía, a su aliento empresas grandes se había afiliado a la banda incontratable. Pero te diré que te van a salir cerdas. No te despinta nadie los cinco años un día. Mejor sería que dijeras aonde está ño Ramón.

—Si yo no lo conozco a ño Ramón, me condenara, que es cierto.

—Y ¿qué hacías en el hotel?

—Allí estaba como toos, juando al billar. Si ese hotel es un negocio público, too Rancagua va allí, hasta el mismo inspector Varas lo hey visto dentrar allí llevando «garreo» (1).

—Ya te estás pasando ya.

—Pa qué niega eñor, si usté no es na de los trigos limpios. Ha estao metío en cuanta porquería ha habío en el pueblo. No habiendo roto más verdugo que usté.

El inspector Varas le dió una bofetada.

—¿No ve? ya'stá abusando ya. Así es, no le pueen decir na.

---

(1) Garreo, mujeres aventureras.

—Y nada tienes que decirme, criminal!

—Entonces, comamé, pues.

La sangre le salía a borbotones de la nariz, el la dejaba correr y se limitaba a gimotear y a mirar con un gran rencor al policía.

—¿De modo que no conoces a ño Ramón?

—No, señor.

—Está bien.

El Inspector González ató cuidadosamente al muchacho y le dijo:

—Aquí nos vas a esperar mientras que buscamos a tu jefe... Cómo dijiste que te llamabas.

—Juan Vásquez se llama, dijo el Inspector Varas.

—No señor, hasta me quiere bautizar de nuevo: me llamo Ignacio Varas.

—¿Cómo dices?

El Inspector Varas se puso furioso, pues el muchacho afirmaba tener su mismo nombre.

—Hay muchos alcances de nombres, apuntó González.

—Pero a éste, cuando lleguemos a Rancagua, le voy a quitar a palos el alcance. Yo lo voy a hacer Ignacio Varas.

—Creo que somos hasta parientes. Y si usté no fuera tan remalo, lo creería.

González dejó ver una sonrisa, mientras Varas echaba chispas de indignación.

En ese momento bajó del árbol el observador.

—No se ve nada por ninguna parte.

—Acompáñenos a buscar. De modo que Ud. Inspector Varas no cree que estará en la quebrada?

—No, señor González.

—Entonces guíe usted.

El Inspector Varas trató de orientarse y quiso dirigirse hacia

arriba, cuando apareció, sigilosamente el agente que había bajado a explorar la quebrada:

—Señor González, en la quebrada hay dos caballos.

Bajaron todos y después de una laboriosa búsqueda dieron con ño Ramón que al ser sorprendido disparó su revólver hiriendo levemente al Inspector Varas y a otro detective, González le saltó al cuerpo y pudo desarmarlo impidiendo que hiciera más daño.

—¿Y dónde está, ño Ramón su compañero?

—¡Compañero! Bonito compañero. Me lo mandaron ustedes, anoche durmió aquí arriba y se me arrancó. Pero pueda ser que algún día se encuentre conmigo! Yo le tuve desconfianza desde que lo ví.

Las heridas habían sido vendadas. González, miraba de hito en hito a ño Ramón, le parecía un hombre bueno. En realidad no tenía ningún rasgo que denunciara el bandido. Su cara era limpia, amplia la frente, graciosa la boca, en suma era un hombre francamente agradable.

—¿De modo que era usté el que mandaba la banda que durante tanto tiempo nos hizo padecer en Santiago?

—Yo era. Y ¿cómo dieron conmigo?

Hablaba con calma, no tenía un rasgo de rencor, González le había puesto las esposas y desarmado, sin violencia, como él sabía trabajar. En cambio Varas, tenía unos terribles deseos de matarlo.

—Ud. señor, ¿me haría un favor?

—El que desee.

—No quiero que pasemos por Machalí; yo tengo una madre que no sabe que su hijo ha tomado armas contra la sociedá.

—Tomaremos el camino que Ud. indique.

—Gracias

—Y dígame, ¿Manuel Luceño era de su banda?

—No, ese no le ha hecho jamás daño ni a una mosca.

—¿Y dónde está la gente de su banda?

—La banda no existe ahora. Yo le diré que estaba muy cansao y quería recogerme a la casa de mi madre. La banda la deshice aquel día que Ud. tuvo el primer encuentro con el Cura donde la Chirigua.

—Esa tal Ursula era cómplice de Uds.?

—No; esa pobre chiquilla, era «garreo» del Cura que se presentaba como rico de campo; ella no lo conocía, es decir, no sabía quién era. Después se «quebró» de Luceño y «le tiró la cadena» al Cura. Yo no sé más.

—¿Cómo era el hombre que lo acompañó hasta aquí?

—Un hombre joven, sin bigotes, bien vestío.

—Y ¿cómo supo Ud. que lo buscábamos?

—El me lo dijo. Cuando ustedes llegaron ayer al anochecer, estábamos en el cerro. Me dijo que me buscarían y que arrancáramos. En realidá; me pareció muy raro y lo seguí, pero esta mañana cuando abrí los ojos vi que me había dejado. Entonces los oí a ustedes y me escondí.

González no dudó más. Subieron.

—Y a este ¿lo conoce?

—Lo he visto en Rancagua jugando al billar en mi negocio como a tantos otros.

—¿Usté es ño Ramón, el capitán de bandidos?—dijo el muchacho con un asombro que parecía natural.

—Si pues, así dice por lo menos el señor...

—González.

—González. Harto miedo le teníamos. Usté ha cortao bonitas carreras.

Montaron a caballo y emprendieron el viaje hacia Graneros

ya que González accediendo al pedido de ño Ramón no quiso tampoco exhibirlo en Rancagua, lo que le valió un disgusto serio con el Inspector Varas.

—Durante varios años trabajé con suerte; pero toos los caminos acaban y el mío parece que tuvo un alto. Ese fué el comentario de ño Ramón.

LA CARTA DE LA LIBERTAD

Por fin llegó a la faena ferrocarrilera la carta que con tanta inquietud esperaba Mariquita.

La recibió estremecida por desconocida emoción, de manos del cabo Cabello y corrió a su pieza dispuesta a leerla para ella sola. Varios segundos vaciló, le daba temor abrirla, qué le diría? ¿Qué le escribiría aquel hombre tan bueno al que ella se acusaba de hacer sufrir? Lo veía siempre en el instante de la separación cuando entre dos guardias lo llevaban violentamente hacia el interior de la cárcel. Recordaba como lloró en aquella ocasión, y como en sus sueños penetraba en la cárcel, a través de todos los hierros que se apartaban solos para dejarla adonde estaba él. Entonces ella lo libertaba y le conducía a su casa para hacerlo su esposo.

¡Y ella que había permitido que había enviado la carta que Luceño contestaba en la misiva que tenía en la mano, esperaba como un culpado ante la prueba de su delito.

La carta decía, sencillamente:

«Mariquita, la quiero tanto como yo mismo no me lo puedo imaginar y como la quiero tanto sólo deseo su bien. Yo soy solo un encarcelado sin esperanza, no sé lo que haré cuando salga.

Me acuso de haber sido para usté un estorbo y me arrepiento del mal que le haya hecho. Puede pues, casarse con quien le parezca y no tema mi rencor, que nada malo hay en el corazón de este pobre roto que latirá por usté hasta que ya no tenga vida.

MANUEL».

Mariquita leyó la carta temblando de una extraña emoción que se fué transformando en angustia tan aguda que la llenó de lágrimas.

—Por qué no me impidió que me casara! Si eso era lo que quería yo! Quería que me sujetara, que declarara que no estaba dispuesto a dejarme por que yo le pertenecía, por que yo era suya! ¡Y que me mataría si lo traicionaba! ¡Manuel, Manuel, sé que me querís mucho, y si me querís tanto por que me alejay de vos.

Pensaba en voz alta, bañada en lágrimas, se arrojó a su lecho y durante mucho rato su cuerpo herido por los sollozos palpitaba como un corazón.

El cabo Cabello había penetrado en la estancia.

—Taitita, Luceño me deja que me case con Badillo!

—¿Y no era eso lo que querías?

—¡No!, ¡no! Si yo quiero a Luceño. ¡Dejé que Badillo le escribiera porque no se me ocurrió que hiciera el sacrificio de darme la libertá. ¡Padre, que voy a hacer ahora, que voy a hacer yo!

La niña lloraba con desesperación. El cabo Cabello entendía mucho en levantes de caminos de hierro, pero en achaques del corazón femenino ni una palabra. Se calló pues, comprendiendo que pronto vendría una reacción y felicitándose interiormente de que su hija se casara con el Cabo Mayor y Juez, señor Badillo.

Se dirigió a su trabajo en el carrito automático y se fué

cantando. Tan feliz estaba que saludó con su mejor sonrisa al sargento Curiche que lo miraba con rencor. Y le hizo bromas a todo el mundo; hasta cantó su estrofa predilecta:

«En la ciudá de Tejoa
un tejo de oro perdí
nadie con él tejo dió
y yo con el tejo dí.

Sin embargo el sargento Curiche, pensó:

—¿Qué le pasará a este veterano? Debe estar contento por que habrá recibido contrabando de algo o tendrá algo escondío: ahora si que llora un allanamiento en forma.

LA NOTICIA

Aunque al Inspector González le molestaba francamente la publicidad, y hubiera querido pasar enteramente inadvertido, le fué imposible. La magnitud de su hazaña había estremecido las fibras sensacionales del periodismo y dibujantes y reportero. estaban dispuestos a componer las más palpitantes páginasl

Luceño estuvo de nuevo de actualidad; pero ahora fué es mártir, el hombre bueno a quien se le consideraba hasta el derecho de vengarse.

A la estación de Buin fueron los periodistas a encontrar a los detectives; todos querían hablar con el famoso jefe de los bandidos. En todos los labios estaban las evocaciones de los grandes bandidos chilenos, desde los legendarios, Joaquín Murieta, Matus, Pancho Falcato, Ciriaco Contreras, el Bandido López y el Huaso Raimundo.

Se comentaban las «hazañas» de esos personajes y se las comparaba con las de la Banda de ño Ramón. Los periodistas estaban preparados para el encuentro; se lo imaginaban moreno, adusto, mal vestido y cruzada la cara del más alto número de cicatrices.

Estas prevenciones hicieron más grande el sentido del contraste experimentado al ver al capitán famoso de bandidos, al

de la partida misteriosa, incorpórea, que durante muchos años nunca se pudo conocer, la partida intangible que había abierto con su habilidad, las puertas de la cárcel a Manuel Luceño.

Cuando ño Ramón vió a tantos mozalbetes imberbes rodeándolo y armados de lápiz y papel se rió.

—Y a estos ñatos, señor González que les pasa?

—Somos periodistas, ño Ramón y queremos informar al público de sus hazañas. Entiendo que el señor González no se opondrá a que hablemos.

—Pero podría oponerme yo.

—Sería peor para Ud. dijo el redactor de «La Guía», porque entonces nosotros inventaríamos la historia.

Mientras tanto los «repórteres» gráficos habían tomado varias planchas de los bandidos, de los captores y del público que se abalanzaba hacia las ventanas del vagón. La curiosidad que lo movía, que traspasaba la hora con sus cuchicheos.

El Inspector Varas, se movía de un lado a otro mirando a los periodistas y sonriéndoles, no quería pasar inadvertido.

—Usté es el famoso Inspector Varas de la policía de Rancagua, el que ha tenido batallas campales con los bandidos?

—Se exagera mucho.

—No sea modesto. Si nosotros sabemos mucho. Ud. capturó al *Zorro*.

—Yo solo no. Hay muchos gallos que tienen pana en Rancagua.

—Pero usted los guió.

—Así fué. Es que nosotros conocemos la provincia palmo a palmo y sabemos el paradero de todos los bribones, de manera que cuando caen por Rancagua los capturamos invariablemente.

—No le eche tanto pique (1), patrón. si usté no sirve ni pal

(1) Pique, término minero. excavación.

cuero, a azotes fabrican los bandidos, son unos pobres diablos que se lo pasan bolseando en las cantinas que frecuentan los que ustedes llaman *maleantes*, protestó ño Ramón.

—Usté es un canalla, repuso airado Varas, dándole una bofetada.

—Anote, señor periodista, el sistema. Le pegan a los hombres después de tenerlos amarraos. Le aseguro que algún día nos vamos a encontrar por el mundo y yo le voy a preguntar.

—En realidad, el señor Varas, dijo González me sirvió de guía en el laberinto cordillerano. Bueno, yo algo lo conozco, pero...

—Lo ven ustedes, el señor González me hace justicia.

—¿Y ese? preguntó el de «La Guía» por el muchacho que venía con ño Ramón.

—Yo... soy periodista...

—Eh?

—Periodista, me agarraron porque no me saqué el sombrero en la puerta de una iglesia.

El tren llegaba en ese momento a San Bernardo y los reportajes aun no salían.

El de «La Guía» aventuró con cinismo:

—Ahora se va a ir a juntar con su teniente Luceño.

—A ese hombre no lo conozco.

—Cómo no lo va a conocer. Cuando yo hablé con él y me dijo que era socio suyo.

—Tan habilosito que lo han de ver al señor periodista. Ta güeno pa juntarlo con el señor Varas...

—La va a «cortar» amigo.

—El hecho de que «la corte» no le va a quitar a usté lo infeliz y al señor periodista, lo «habiloso».

González sonreía. Se daba cuenta de que ño Ramón era un hombre hábil y capaz de grandes acciones. Lamentaba, natural-

mente, que las hubiera dedicado al mal. También le parecía muy bien su constante buen humor.

—Oye, tú periodista, también eres salteador?

—Yo quise serlo pero no «pegué». Soy un pobre ñato, no más.

—Bueno ño Ramón, ¿por qué no nos cuenta sus hechos?

—Les contaré algo.

—¿Por qué se hizo bandido usté?

—Ya no me acuerdo.

—¿Cómo no se va a acordar?

—Es que fué por una cuestión sentimental que no quiero decir. Y en la vía, amigos el corazón manda. Y una vez que uno está en el camino hay que apechugar, matar pa que no nos maten y arrancarle a la policía. Uno sabe que al fin del camino está el banquillo o el encierro perpetuo que es igual a varias muertes.

—¿Usté nunca estuvo preso?

—No; caigo por primera vez.

—No tiene ficha dactiloscópica, afirmó González.

—¿Y cuántos salteos ha hecho?

Largó ño Ramón una sonora carcajada y contestó:

—Una gran cantidá.

—Asaltamos hasta un acorazao y un aeroplano, dijo el muchacho Varas.

—¿Nos quieren tomar el pelo?

—No, nos anticipamos nosotros a mentir antes que ustedes hagan las más perversas novelas.

—Con seriedad digamos algo. Ya vamos a llegar a Santiago.

—Linda ciudad.

—Pero se goza más en Rancagua, dijo el Inspector Varas.

Todos lanzaron la carcajada.

—Lo ve, señor González? y pasando a otra cosa, les diré que están perdiendo el tiempo, yo no he de decir na pa la prensa, lo

único que quiero establecer es que Manuel Luceño no ha sido compañero nuestro ni bandío en su vida!

—A lo mejor este le resulta inocente como Luceño. Inspector González, dijo el de «La Guía».

—O como usté, ironizó ño Ramón.

—No hablaron, dijo González, ahora los detenidos van a estar incomunicados.

—Entonces los salteos de Tango los hizo su gente y no Luceño?

—Dale con Luceño, ese hombre es más honrao que usté, no sería capaz de calumniar a nadie como lo hacen ustedes, día a día en el diario.

—No nos tiene muy buena opinión.

—¿Y el Cura?

—El Cura... el Cura... pero eso se lo voy a decir al juez.

—Pero cuéntenos un salteo...

—Dígale, ño Ramón cuando salteamos a la *niña pelo de oro del castillo flor de Lipa*, dijo Varas.

—Tan gracioso que es. No se dan cuenta de que nosotros los podemos defender?

—Con defensores como Uds. llegamos seguramente al banquillo.

El tren llegó a Santiago. González corrió la cortina de madera y con la policía logró esparcir la noticia de que no venían los bandidos, a fin de que la muchedumbre se alejara. Sin embargo muchos centenares se quedaron rodeando el coche celular.

—Penetrando por entre la muchedumbre, rebotando por entre los cristales de los vagones, llegó la voz de Juan B. Peralta, el poeta popular que ofrecía los versos con la captura del más célebre capitán de bandidos de los tiempos modernos, ño Ramón Vargas:

«Los versos con la vía y hazañas del gran capitán de ban-

doleros, ño Ramón Vargas, el autor de los salteos de Tango, donde robaron la plata y violaron a las niñitas, y mataron al que pillaron, los versos!

—A ese ciego le cortara la lengua, dijo ño Ramón. Casi lo vuelve loco a uno con sus versainas.

—Por el contrario divulga su obra, apuntó González, disponiendo que bajaran del coche de ferrocarril.

Atravesaron por entre la estremecida muchedumbre que se apelotonaba y murmuraba una sola voz, que aunque dicha en tono bajo, repetida por tantas personas se hizo potente:

—¡Los bandidos, los bandidos!

Ño Ramón sentía una impresión desconocida: la avidez de la muchedumbre hambrienta de novedad le causaba más repulsión que una cueva de reptiles.

—Como si ellos fueran buenos, murmuró.

Subieron al celular y fueron conducidos a la Sección de Investigaciones donde se les esperaba ansiosamente.

González rogó a los periodistas que si le daban publicidad al hecho no hablaran de él, que sólo estaba empezando su trabajo.

Cuando ño Ramón fué bajado del celular, pudo ver entre la fila compacta de curiosos a Eduardo Salazar y al Marucho.

—En realidad, pensó, son unos gallos padres.

Naturalmente a González no pudo ocurrírsele que fueran capaces de llegar hasta allí. Además estaba algo cansado y el elogio lo había atolondrado un poco y no habría podido pues, fijarse en detalles. . .

Al entrar en su oficina encontró a Ursula que le pidió una audiencia.

—Ven mañana a las 11, ordenó González y esperó a los jefes que se apresuraron a ir a cumplimentarlo.

URSULA, LA AMANTE

En el alma de Ursula, de la pobre Ursula, parecía que el cielo había volcado todas sus venturas. Dentro de poco Luceño estaría en libertad podría vivir entre los hombres, luchar y amar.

No pensaba la simpática pecadora que Luceño era más suyo encerrado, recibiendo solo de ella el consuelo, no se le ocurría que una vez en libertad, podría alejarse o mirar a otra mujer. Para Ursula el punto capital era la felicidad de Luceño, lo que no fuera eso la tenía enteramente sin cuidado, ella misma desaparecía enteramente del campo de su visión, solamente quedaba el hombre amado, idealizado a través de silenciosas jornadas de dolor glosadas con lágrimas ardientes y extenuadoras.

Cuando González la llamó para agradecerle el «dato» que le dió sobre el paradero de ño Ramón que estaba en Machalí, le agregó que dentro de algunos días Luceño estaría en libertad. El juez de la causa revisaría el proceso y oficiaría a los funcionarios pertinentes para obtener la inmediata libertad de Manuel.

Ursula fué pues, a la Penitenciaría radiante de placer, de felicidad. Pidió hablar con Luceño, se le dijo que estaba malo que había dado parte de enfermo.

—Es que tengo tan buenas noticias pa él!

Cuando fué llamado corrió hasta su lado como un perro fiel

y juguetón, pero al ver el aspecto severo y dolorido del prisionero, se detuvo y le pareció que una onda de hielo inundaba su ser y la arrastraba en su fría corriente hasta regiones desconocidas de emoción.

Luceño comprendió lo que le pasaba y tratando de dulcificar su expresión le dijo:

—¿Qué te pasa Ursula, que tenís que decirme?

—Na... es decir... Si, Oye...

Y volublemente le habló de la captura de ño Ramón y le repitió las palabras del detective.

—De modo que saldré en libertá.

—Si; en la semana que viene.

—Ya estaba acostumbrao a la cárcel.

—¿Cómo es eso, Manuel? Yo creía darte una alegría y veo que por el contrario, te habís molestao.

—No, Ursula, no me hey enojao. Yo no podría hacerlo con vos que habís hecho conmigo lo que no hubiera intentao una madre, a vos te lo debo too y te guardaré eternamente gratitud, eternamente.

Ursula se quedó unos segundos pensativa y aventuró por fin.

—¿No te han llegao noticias del sur?

—Sí, Mariquita se casa.

—¡Qué maldá más grande!, gritó Ursula sin poder contenerse; no sabe esa «yegua rabona» que vos vivís solo por ella?

—El destino es así.

—Y... que pensay hacer.

—No tengo ideas de na.

—Ahora... que ella... oye... no te vendrís a vivir conmigo?

—Si vos lo querís.

—¿Qué si yo lo quiero? ¿Si yo lo quiero? ¡Qué locura Dios mío! Si yo no pienso en otra cosa, si pa mi no hay más que vos

bajo la tapa el cielo... Manuel, yo seré una esclava, más que una esclava. Haré too lo que vos queray, desapareceré de la tierra pa no hacerte sombra, callaré pa que sea tu voz la única que se oiga, seré como el retumbre de las montañas, algo que esté lejos y cerca, que esté en toas partes, pero que no se vea.

—Luceño la escuchaba en silencio, de su ser se apoderaba una melancolía nueva, era un dolor alegre, un dolor que no hacía daño y algo como un murmullo se agolpó a sus oídos, la evocación de la selva se apoderó de él y le pareció oír sus mil ruidos y entre ellos claro y distinto el eco de la fresca voz de Mariquita cuando lo llamaba con cualesquier pretexto.

Volvió de nuevo a entristecerse, miró a Ursula y le dijo:

—Oye, como en mi vía toas las cosas buenas que me han anunciao se me han deshecho, tengo mieo que con lo que me dijiste pase igual...

—No, si ahora no pasará na malo, na malo...

—Bueno, entonce, venís mañana pa darte unos pesos que tengo juntos, con ellos arrendarís una casita donde pondremos, si podimos un negocio y traeremos de Tango a mi mamita Juana.

Después de algunas palabras más, se separaron.

Luceño fué al interior de su celda a pensar en si mismo, a lamentar la ironía de su destino. ¿Por qué la noticia de su liberación no le había llegao cuatro días antes?... ¿Por qué? El entonces habría ido por su linda Mariquita y con ella por escudo habría marchao por el mundo por la senda limpia que guía a la honradez y a la felicidá. Ahora tendría por compañera a una pecadora tan dolorida como él, a una pobre mujer que fundaba su dicha en su amor de hombre desgraciado, una mujer que se apoyaba en sus propias lágrimas.

Ahora no viviría lejos de la vida que odiaba, tendría que

meterse en el laberinto ciudadano y buscar lo que las ciudades niegan: la paz.

Quiso concentrarse para hacer los proyectos de su nueva orientación; pero su fatiga era tan grande que se durmió arrullado por los sonidos del presidio que siempre tienen la tesitura de las más hondas quejas arrancadas por las torturas.

En la clase de instrucción del día siguiente el maestro reunió toda la sala en un patio del penal y manifestó que hablaría a los penados. Estaban también presentes los jefes.

Se notaba una gran solemnidad, era un día extraordinario; la banda de músicos ejecutó una sinfonía, un penado del cuadro artístico declamó con voz robusta un poema a la libertad. En seguida el director del penal llamó a Manuel Luceño lo hizo subir a la improvisada tarima y sentarse a su lado, luego el maestro se levantó y habló así:

—«Hijos míos, tengo que daros una gran noticia, no se trata de un decreto que os abra a todos las puertas del penal que ha reunido en un solo haz a los delincuentes de mil partes diferentes.

«Y no es que yo crea en la delincuencia de los chilenos; cada año, hijos míos, el delito viene desapareciendo y día llegará en que sea casi desconocido. Es la ignorancia, es el alcohol lo que llena los presidios. Aquí no hay criminales natos, yo os he visto y lo he sentido con toda la fuerza de mi alma, cuando tratais de penetrar en vuestros libros repitiendo desesperadamente las letras o empuñando el lapicero con vuestros dedos vastos que solo han sabido manejar con soltura el puñal asesino.

«Es que os ha faltado instrucción, no habéis aprendido a dominar vuestras pasiones y además habéis nacido pobres, muy pobres, y como si esto hubiera sido poco, enlazados a un cruel destino.

«Sé que entre vosotros hay muchos inocentes que por alguna de esas crueldades que tiene la vida no han podido descartarse de los delitos de que se les acusaba. Sé que entre las lágrimas que aquí se lloran hay algunas más amargas. Ustedes no están obligados a pensar como el filósofo griego que se consideraba muy feliz por que moría inocente. Y entre estos inocentes, había uno, Manuel Luceño, que estaba convicto y confeso, entienden Uds.? de dos horribles salteos.

«Pues bien, Luceño, hijos míos, saldrá en breve en libertad, la Providencia divina y el celo de uno de nuestros mejores detectives han demostrado que es inocente. Aquí lo tienen a Luceño, que jamás protestó, que hasta enfermo asistió a las clases y que fué uno de los que más aprovechó.

«Luceño sufrió como hombre y sale del penal sublimado por el dolor y resuelto a encarar la vida con el más definido valor.

«Ojalá que la vida no le ponga más tropiezos y le dé las satisfacciones que merece. Ojalá no encuentre malas personas que lo hagan de nuevo sufrir y lo entreguen desnudo al equívoco y al dolor de una prisión, que no tiene igual!»

En seguida lo abrazó e igualmente el director del penal y el capellán que se manifestaba muy afectado, quiso también decir algunas palabras:

—«Hermanos míos, dijo, el maestro de la escuela ha dicho la verdad, la Providencia divina es la que en este caso ha sabido iluminar los actos de la justicia que ha obrado como debía. Pero nótese una cosa: Luceño jamás protestó contra Dios, ni contra los hombres, su vida está limpia de blasfemia, él dejó que sus enemigos se cebaran en su vida y esperó, esperó hasta que la mano de Dios puso sobre su vida un soplo de su majestad. Y yo en nombre de ese poder que él supo respetar le digo que si se conduce como

hasta aquí, aunque padezca mucho, pues la vida es un campo de martirio, llegará a conquistar el respeto de los demás y la propia felicidad».

Muchos reos lloraban, Luceño estaba profundamente afectado y sólo pudo balbucir algunas frases de gratitud.

Caía la tarde, los reos se fueron lentamente a sus celdas penetrados de un dolor patético que hizo más bellas las visiones de sus sueños de aquella noche.

Luceño tuvo una extraña sensación, le pareció que fuera del presidio sería muy desgraciado, se sentía favorecido dentro del hielo de su celda obscura y arrullado por la sinfonía estridente de los hierros.

¿Pero por qué le tenía Luceño miedo a la libertad?

1050—Imprenta Nascimento.—Ahumada 125. Santiago

El próximo episodio lleva por título:

La Banda del Ballena

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................. $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas..................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. .... 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela............................ 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6.—
Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6.—
Un juez rural.............................. 6.—
Androvar.................................. 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid........................ 6.—
Crónicas.................................. 6.—
El Roto, 4.ª edición .... 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos.............................. 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela...................... 6.—
Sus mejores poemas............... 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas........................ 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías............ 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela............. 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas................................ 6.—
Las montañas ardientes........... 2.50
Los horizontes...................... 4.—
La luna enemiga.................... 3.—
Un año de Inquietud.............. 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición................................ 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela....................... 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos................................ 6.—
Zurzulita, novela.................... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo....... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas.............................. 6.—
Berta Singerman.—Poesías para la declamación, 3.ª edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas.................................. 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas...................................... 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi.................................... 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.................................. 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud.................................... 7.50
Sus mejores poemas............... 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela...................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela.................... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela................................ 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino.................... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela..................... 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela................................ 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho.......................... 6.—
La Danzarina de Gades (Poema trágico................................ 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela.................................. 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India.............................. 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo................. 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin)................................. 5.—

Printed in Chile

N.º 11

La Novela Policial

PRECIO
$ 0.50

"La Banda del Ballena"

11.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO
1931

Si esperábamos de antemano una buena aceptación del público a nuestra publicación de «La Novela Policial», no creíamos que fuese tan amplia como ha resultado.

Manuel Luceño no es una novela vulgar de acciones policiales tomadas sin estudio; es una novela que parece sacada de la realidad.

Sus personajes son tan reales que nos parece que ya hemos visto o leído eso en alguna parte, y la causa es porque su autor conoce a fondo el ambiente como cronista que es de la sección policial que ha atendido por varios años en diarios y revistas.

N.º 1 **Manuel Luceño**
N.º 2 **La Sinfonía del Cuchillo**
N.º 3 **La Celda 52**
N.º 4 **Una tragedia de amor**
N.º 5 **La Bestia de fuego**
N.º 6 **Un amor humilde**
N.º 7 **El fabricante de bandidos**
N.º 8 **El duelo en la sombra**
N.º 9 **La carta de la libertad**
N.º 10 **Sobre la pista**
N.º 11 **La banda del Ballena**
N.º 12 **La sonata trágica**
N.º 13 **Como se hace un bandido**
N.º 14 **El sarcasmo**
N.º 15 **La banda de la Cruz de Sangre**
N.º 16 **Un proceso sensacional.**

DEPOSITARIO GENERAL:

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 -:- Casilla 2298 -:- Santiago
o su Sucursal: Casilla 2290 -:- Concepción

EDITORIAL AVENTURA.

1052 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"

ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:

Librería y Editorial Nascimento

SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 11

La Banda del Ballena

11.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

LA BANDA DEL BALLENA

Los notables de Tango

Nuestros lectores recordarán que en la aldea de Tango, las personas de más consejo se habían reunido presididas por ño Justo Pastor el ex-juez, para pedir la deposición de ño Jerez, el «activo» comandante de policía. Este a su vez, enteramente resuelto a defenderse, inició una era de terror en el lugarejo.

En primer lugar reunió todos los que en el proceso contra Luceño le habían obedecido y les hizo confirmar sus acusaciones, en seguida ordenó al sargento Urra que ejerciera una recia acción entre la gente que en el pueblo no le era adicta. Urra empezó a cumplir con su deber reciamente y en poco tiempo con excepción del cura, todos habían pasado por los calabozos del cuartel de policía y naturalmente cada cual había pagado la multa.

Una tarde que Enrique Venegas, hijo de ño Justo Pastor, que pasaba sus vacaciones de semana santa en la villa, andaba con Aurora su linda prometida, paseando por uno de los caminos adyacentes, fué amonestado por el comandante, con el pretexto de que no iba a la iglesia; el joven estudiante respondió con altanería y bastó este detalle para que el muchacho fuera conducido a la policía y la niña llevada a su casa tomada de la mano por un guardia que en mala forma venció sus resistencias.

Ño Justo Pastor acudió al cuartel en cuanto se impuso de lo que había sucedido. Estaba indignado: su hijo era un estudiante distinguido de leyes, y a su juicio no merecía semejante tratamiento.

Llegó al cuartel pidió hablar con el comandante, éste acudió después de hacerlo esperar un rato.

—¿En qué puedo servirlo? fué su sonriente pregunta.

—Me han dicho, señor Jerez, una cosa increíble.

—¿Qué será? Mire que la gente es muy levantadora...

—Me han dicho que mi hijo, que es un estudiante de la Universidad de Chile, ha sido traído preso por orden suya.

—Así ha sido, pues, ¿qué le vamos a hacer? fué preciso. Oiga, el chico es muy sobre si, me trató mal delante de la gente y pa no quedar feo lo mandé pa'cá. Lléveselo cuando quiera y aconséjelo, yo no le tengo animosidá por lo que dice que sabe, aquí no hay más ley que la mía, aquí mando yo y basta.

Hizo una pausa y preguntó:

—¿En qué quedamos, se lo lleva?

—No lo dejo aquí por que usté se lo puee merendar.

Enrique salió en libertad. Orgulloso como buen estudiante le dijo:

—Le va a pesar comandante, ustéd estaría mejor gobernando una partida de bandoleros que una brigada de cuidadores

del orden que le deben a usted el ser como son: desatentos y abusadores.

—Tiene mal genio m'hijito, otra vez que llegue por aquí le voy a hacer leer en voz alta toos los códigos chilenos, oyéndolo algo aprenderé.

—Espérame afuera, ordenó ño Justo a su hijo y penetró a la oficina del comandante.

—¿Qué se le ofrece, mi señor don Justo Pastor? preguntó ño Jerez.

—Le vengo a decir señor Comandante de policía que es un abusador y un cínico, que ya es tiempo de que cambie de procedimientos por que le puede pesar.

—Hace tiempo que me está pesando. ¿Sabe que hago yo con los viejos boquillentos que me vienen a molestar a mi oficina?, los meto al calabozo y los vuelvo locos a «penca».

—A mí podís meterme al calabozo a la hora que se te antoje, canallete, asqueroso, bandido.

—En consideración a que hémos sío amigos en otro tiempo no te meto al chucho.

—Te diré, canalla que esto que habís hecho en el pueblo te va a pesar. Lo que debías de hacer era echártelas, porque si no te saca la ley te sacamos nosotros, y si te votay a gordo te dejaremos seco de un polvorazo, verdugo.

Y don Justo Pastor corrió a reunirse con su hijo que lo esperaba fuera lleno de coraje, contenido por el sargento Urra.

—¿Qué le dijo el San Bruno? (1).

—Estaba suavecito, parecía seda.

Alguien dijo:

—No se fíe de ese hombre ño Justo Pastor. Tenga cuidado

---

(1) Capitán español del regimiento de Talaveras, famoso por su crueldad en la Guerra de la independencia.

con su ganao y con su persona. Es consejo de hombre que lo quiere.

Frente al cuartel se había reunido un gran gentío que esperaba el resultado de la entrevista entre Jerez y ño Justo Pastor, que se sabía que eran enemigos declarados.

Y la verdad es que ño Jerez, se portó conciliador por respeto al público que esperaba en la calle.

La gente fué siguiendo a ño Justo y a su hijo hasta su residencia que era una gran casa con corredores y techada de rojas tejas, con enredaderas de flores de la pluma y madreselvas en los pilares, y macetas de claveles, cardenales y malvas en el enserdinado del corredor.

Cuando se quedaron solos dijo el sargento Urra, sonriendo:

—Mi Comandante, han creído que les teníamos miedo. ¿Quiere que le de la tanda al chicuelito? Es muy insolente, cree que porque estudia en Santiago lo tiene too.

—A esos cabros los mandan a Santiago aprender a burros no más. Llegan de allá y no sirven ni «p'al cuero» (1).

—Si allá les enseñan «bos», si hasta a poner los huesos duros les enseñan por libro.

Uno de los soldados trajo un hombre, un pobre individuo infeliz, ño Jerez estaba indeterminado, cuando averiguó las causas ordenó:

—Dele cincuenta azotes y lo larga.

Y luego reaccionando, lo hizo llamar a su oficina.

El campesino se quedó mirándolo con los ojos abiertos como platos y enteramente vacíos de expresión.

—¿Cómo te llamay vos?

—Esteban Cabeza.

---

(1) No servir ni pal cuero, se dice de un animal de carne inservible y piel estropeada. No servir pal cuero equivale a no servir para nada.

—Y aonde trabajay.

—En la cort'e leña.

—Por qué te trajeron.

—Yo'staba en el bajo, entonce me puse a toser delante del cabo y por eso me mandó pal cuartel.

—¡Qué gracioso el cabo...!

Y rió largamente el comandante, Urra le hizo coro.

—¿Qué haría este animal si hubiera una epidemia de tos?

—Oye, te voy a dejar en libertá; pero me vas a decir una cosa.

—Hable, señor.

—Mira, ¿vos habís oído decir que me quieren matar?

—No, señor.

—Pa qué te hacís el de las monjas, si vos mismo sois de la patota. El sargento Urra te ha oído hablar de mí.

—Le habrá parecío al señor Urra.

—¿De modo que vos no sabis ná?

—Na, señor.

—Sargento, póngalo al calabozo y cuando haya refrescado la memoria, me lo trae.

Hizo llamar a cada uno de los detenidos y a todos les hizo idéntica pregunta, tratándolos también de igual modo.

En realidad ño Jerez se sentía asediado por una sorda inquietud; tenía miedo por primera vez en la vida, era un miedo que lo iba envolviendo entre sus invisibles tentáculos y acobardándolo gradualmente.

Pero en la misma progresión que crecía esta cobardía iba también agrandándose su crueldad, de tal modo que nunca padeció tanto el pueblo como en aquella época en que estuvo bajo la planta del cobarde comandante de policía que parecía uno de esos comandantes de campaña de los tiempos de Facundo Quiroga.

No temía que lo destituyeran: varios miembros del Congreso le debían sus investiduras a él que había sabido determinar a favor de un candidato dado, el beneficio del sufragio libre y universal. El temía que lo mataran los notables del pueblo encabezados por ño Justo Pastor. Y lo más curioso era que siendo tan ejecutivo no se atrevía a ganarle él «quien vive» liquidándolo primero. . .

EN EL CAMINO DEL CIELO

Jamás el Marucho habría creído correr semejante aventura. Sentado en un blando sofá de una sala de espera del Seminario, sumido en la semipenumbra dorada de la habitación aguardaba no sabía qué. Eduardo Salazar, el Cura, estaba a su lado mirando atentamente a todas las personas que entraban.

—Oye, Cura, ¿no creís que aquí peligramos? Se le puee ocurrir a González venir a confesarse y nos pesca sin capitulación.

—No vienen aquí. Un seminario es una Institución respetable donde nada hay que no pueda ser correcto. Nunca hemos estado más amparados. Además, la gente no nos conoce, no hemos salido nunca retratados en la prensa ni tenemos ficha dactiloscópica.

—¿Y que monos vengo a pintar yo aquí?

—¿No sabes ningún trabajo?

—Claro, soy sembraor.

—Muy bien; si logramos «calarla» aquí, tu serás sembrador y yo cura.

—Me tinca que no nos van a aguantar. Fíjate, unos asesinos como nosotros...

—Es que nosotros no hubiéramos asesinado a nadie si no se nos hubiese obligado a ello. La vida nos ha ido empujando poco a poco a hacer cosas malas. Tú mismo, que mataste a tu mujer y a su «marchante», como tú lo llamas ¿la habrías ultimado si no se hubiera portado traidora y cínica?

—Mira, hey pensao mucho en eso, Cura; te aseguro que estoy arrepentío. Ella se iba con el gringo porque yo no le gustaba, teniéndola a mi lao no era feliz yo, por que... ¿Cómo se va a ser dichoso con una mujer que no lo quiere a uno? Y ella, mintiéndome a mi debe haber pasao en el más terrible sobresalto, yo la maté, y me quedé con un remordimiento eterno... En cambio si yo me hubiera alejao... ahora no tendría que andar arrancando hasta de la sombra.

—No tienes pasta de «niño de la carrera», eres un pobre campesino honrado y un hombre bueno a carta cabal, ¡cómo te han de rechazar!

En ese momento, un anciano portero, le hizo señas para que entrara. Avanzó el Cura y desapareció tras una puerta. El Marucho se quedó solo y su alma se traspasó de terrores y desconfianzas. Le parecía que todos los que entraban y salían eran de la policía. Se sentía descentrado, algo como una pelota impulsada por fuerzas extrañas, y condenada a no detenerse jamás y rebotar hasta encontrar una puerta de salida... ¿y por qué esta puerta no sería la de la cárcel? El Marucho le temía a la prisión y a la ciudad. El estaba a sus anchas en el fondo de la montaña en los cañones sonoros, a la orilla del regato, a la sombra de los grandes árboles. La naturaleza tiene siempre recursos. El había pasado un invierno malo, comiendo *lagues*, *guanquis* y *gnaos*. Solamente en la montaña creía encontrar protección. Estaba seguro de que si seguía en Santiago iría el mismo a entregarse. Los jefes de policía al oír su lamentable historia de amor y de desprecio, lo tratarían con más clemencia. El, el Marucho no había hecho asesinatos, era, como decía el Cura, un hombre bueno a carta cabal.

Le preocupaba la captura de ño Ramón Vargas, tan hábil y tan buena persona y pensaba en quién sería el que lo había vendido.

—Porque tienen que haberlo «vendío».

Luego pensaba largamente, cosas enteramente imprecisas, fragmentos de impresiones; le parecía estar dentro de un laberinto aterrador y él rodando, rodando sin hallar la salida.

¡Ah! si él no hubiera muerto a un hombre y a una mujer traidores, podría andar feliz, sin miedo por las calles, sentarse en la Alameda, ir al Mercado a comer pequenes, al cinematógrafo y a las carreras, donde los agentes de pesquisa se cruzan y miran con ojos inquisidores a todo el mundo.

En suma, el pobre Marucho que no tenía pasta de bandido estaba prisionero de la ciudad, prisionero de su destino.

En esa situación de ánimo esperó el Marucho a Eduardo Salazar.

En ese momento el Cura llegaba ante su antiguo y virtuoso profesor de Literatura y filosofía el cura Sandoval.

—¿Cómo estás Eduardo? ¿Qué vientos te han traído por aquí?

Cosa rara, el cura, insolente por naturaleza que parecía haber hecho voto de desprecio a todo, se sintió humilde, desgraciado ante su antiguo maestro que le repetía tantas veces las iluminadas frases del Galileo que predicó en la montaña, que llamó a sí a cuantos tuvieron necesidad de consuelo, a cuentos que hubieran pecado contra el amor, sintieran necesidad de abrir su alma a la luz del perdón y de la redención. Se quedó pues, silencioso, ante su maestro que se le antojó también un juez. Luego sintió como una mano desconocida le oprimía la garganta y a sus mejillas afluyó el llanto.

Salazar llorando... la verdad que ni el mismo lo hubiera creído.

El sacerdote, lo atrajo hacia sí y luego con vos dulce y solemne le dijo:

—¿Es verdad que te has rebelado contra Dios y que no supiste resistir las pruebas a que te sometió? Es verdad que cometis-

te un sacrilegio, un crimen en plena casa de Dios, bajo la luz de la sonrisa del amado Pastor y de su santa madre? ¿Es verdad que luego saliste al camino unido a una banda de salteadores y que te has entregado a todas las harturas del mundo? ¿Es verdad?

—Señor, es verdad. Es verdad que el destino me ha herido hasta hacerme desaparecer de mi mismo. De aquel seminarista tan dulce que usted tanto amó sólo queda un hombre que es un compuesto de odio, de rencor, de remordimiento. Su niño predilecto vió a un compañero en un templo de Dios, mancillar a su hermana que era pura, que constituía su único amor, no se pudo contener y mató (1) Muchas veces la mano de Dios mismo se armó contra los que profanaron su santo templo. Yo maté impulsado por una fuerza superior a mi mismo, por un sentimiento que aún ahora no he podido comprender. Después, padre, fuí al camino... y dónde quería que fuera? El instinto de conservación me hizo buscar ese recurso de vivir.

—¿No sabías que Dios te estaba viendo?

—Si, lo sabía; pero en el momento de obrar tenía vendados los ojos del alma. Cuando maté estaba fuera de mí. Después he sido bandido... ¿Usted cree que es una gloria ser bandido? ¿Usted conoce la leyenda del judío marcado con una cruz? ¿Usted ha leído esas relaciones de cacerías en que los perros levantan una pieza y un centenar de cazadores bien armados se arrojan contra ella con las más criminal de las furias, y la hostigan y la buscan hasta rendirla para asesinarla? Pues bien, yo para los hombres soy esa fiera. Desgajado de la manada, situado dentro de la vida debo vivir para escapar. A veces oigo a mis espaldas los ladridos de la trailla y el ruido estridente de los cuernos de caza... Yo huyo cada día con menos esperanzas, cada día más agotado.

---

(1) Vea el episodio N.° 2 de esta Colección titulado «La Sinfonía del Cuchillo».

Cuando pueda, como los jabalíes perseguidos, heriré a los cazadores, ya no tengo nada que defender, tengo la partida perdida, se que el fin de la senda, se acerca y ese fin es la muerte!

—¿Y qué deseas?

—Deseo su ayuda.

—¿Cómo?

—En este santo asilo o en algún templo lejano faltará un sirviente, faltará el más humilde de todos, yo quiero ser ese sirviente. Quiero recomenzar mi vida, quiero hacer penitencia quiero ser otra vez bueno tengo necesidad de ser otro. ¿Entiende Ud? tengo necesidad... Dios me envía hacia Ud. no desoiga Ud. su voz.

Su acento era vibrante convencido, perfectamente místico; el señor Sandoval estaba conmovido.

Después de varios segundos dijo:

—Comprendo lo que dices, me doy cuenta de que debo defenderte; pero no puedo hacerlo.

—¿No puede...?

—No; tú te debes a la justicia que te busca.

—La justicia de los hombres no puede interponerse entre la justicia divina y yo...

—Somos hombres.

—Ya lo sé; pero no lo creo. Somos hombres y nos comprendemos y nos negamos ayuda! ¡Somos hombres inspirados por Dios y abandonamos al pecador!

—Escucha, si tú estás arrepentido , entrégate a la justicia, sufre tu pena en el amor de Dios y cuando el dolor te haya purificado, tendrás la paz del claustro.

—Entonces me haría más falta la paz de la tumba.

Hubo un largo silencio, ya Salazar no lloraba, había vuelto a sus labios su ironía eterna; el cura Sandoval tuvo miedo y se retiró instintivamente.

—No se retire señor, lo quiero demasiado para hacerle daño, ni siquiera con el pensamiento.

—Tú comprendes como son las cosas del mundo, no te podríamos guardar con nosotros, no podríamos. Compréndelo, sufre tu condena, recuerda que Jesucristo se entregó siendo inocente a sus perseguidores.

—Es que El sabía que resucitaría de entre los muertos y que era el centro del Paraíso...

—Y tú también resucitarás.

—Pero es que el hombre que pasa por el presidio pierde hasta el aspecto humano. No podrá jamás el infierno dar almas para el Paraíso...

Siguió otra pausa. Una campana dejó caer el ritmo de su voz llamando a oración, por los claustros se vieron atravesar las ágiles siluetas de los seminaristas. Salazar se levantó, con voz amarga y pausada dijo:

—Ya que usted se niega a sostener mi pobre espíritu, no me queda más remedio que correr delante de la jauría, pero le juro señor que muchos caerán antes de derribarme y Ud. será el responsable, usted que ni siquiera intentó ayudarme.

Cuando pasó frente al Marucho, lo invitó con un gesto.

—¿No hubo caso?

—No; estos, son también de la policía...

Y salieron a la calle para incrustarse de nuevo en la ciudad.

EL HOMBRE DEL CAMINO

Ese risueño camino que pasando por Santiago avanza hasta los pintorescos lugarejos que son cada uno un vergel, cada uno un jardín, ese camino por donde marchan las caravanas de camiones y carretas que convergen cargados de productos a la capital se vió concurrido por un hombre de fea figura, mirada anhelante y cubierto por una manta grande que disimulaba un tanto sus harapos.

Pasaba el hombre sin detenerse ante las casitas blancas, adornadas por coquetos jardinillos, no miraba las muchachas morenas, apetitosas, de ojos de color de uva, de caderas amplias de suave curva, de talle cimbreante, piernas robustas y escultóricas y cabellos negros derramándose sobre los torsos poderosos; no le llamaban la atención los rebaños de vacas manchadas: blanco y negro, de poderosas ubres y pequeña cornamenta. Vacas de mirada tierna, que parecen amigas y que incitan a palparles la piel que parece cubierta de seda.

No le precocupaban tampoco las ruidosas tabernas con su ramada exterior, techada de fajina olorosa y circundada por la macisa vara de topear donde se alineaban los guasos vestidos con sus vistosas mantas laboreadas, sus sombreros anchos adornados de talabartería, sus polainas o botas calzón, valorizadas con pespuntes rojos, amarillos y negros y sujetas con hebillas de plata, sus grandes espuelas cantarinas, también de plata y sus zapatos de taco alto y agudo, montados sobre sus caballos robustos y

vivos, equipados con monturas redondas cubiertas de choapinos negros de larga flecadura merina. Pasó por el frente de las tabernas que alineadas a lo largo del camino incitan a nuestro pueblo como las antiguas sirenas. Por fin llegó a las inmediaciones de Tango y hundiéndose entre los tentáculos espinosos de la zarzamora se detuvo a esperar.

Cuando ya estuvo tranquilo y a cubierto de miradas indiscretas tendió su poncho y se recostó sobre él, luego tomó una «tira» de «charqui» y comió con apetito.

El sol iba en los tres cuartos de su semi circunferencia y cayendo sobre el caserío pardo que se alzaba cercano lo envolvía en un impalpable manto de oro.

La aldea estaba amodorrada tranquila como una mujer que llamara mostrando sus encantos, y las líneas de árboles que señalaban las sendas repetían monotonamente sus dibujos. Lejanos los grandes alamos semejaban gigantescas plumas de aves fabulosas y mientras sauces llorones reclinaban su languidez aristocrática sobre la fugacidad de la linfa que pasa eternamente llevándose los segundos fugaces de que está formado el tiempo...

Pronto el mundo engalanó su tarde colgando sobre ella la suntuosidad roja, verde y oro del crepúsculo, toda la naturaleza pareció orlada, fantástica como una mujer que marchara hacia el sol por una escala de diamantes, luego bajando, de gradación en gradación, el crepúsculo se hizo patético, sentimental, llenándose de recuerdos como corazones palpitantes, los árboles y las cosas perdieron sus aristas y fueron sólo masas de sombra, el agua de los torrentes adquirió una sonoridad vibrante, entre la sinfonización oscura de la noche que avanzaba guiada por el oro rutilante de sus estrellas.

En medio de esa majestad formada por las sombras, el hombre fué una sombra más; pero fué una sombra sigilosa, como una fiera que abandona su madriguera y se orienta para cazar.

Anduvo hasta llegar a una choza pobre, iluminada a intermitencias con el fuego del hogar, allí se detuvo y lanzó un silbido que se incrustó en la noche. Como si ese silbo hubiera sido una llamada, salió de la choza un hombre, y se unió al primero, juntos llegaron a otra choza y a otra y a otra más y a muchas más, los silbidos eran repetidos inquietantes como lanzados por alguna sierpe fabulosa y vengadora. El camino congregó luego al rededor del hombre hasta doce campesinos vestidos como él,inquietos como él y como él silenciosos y severos.

—Iremos a la montaña que nadie note que ustedes faltan. Cada cual llevaba un ato de ropas y provisiones, una bolsa de tabaco, muñecas de hoja de maíz, un cuchillo, algunos un revólver y todos un rencor inextinguible en el alma.

Se dirigieron a la selva y hablaron. Fué uno viejo el que desató el hilo de las confidencias:

—¿Con que tomaron a ño Ramón?

—Lo tomaron, hermano. Estaba a mi lao. A mi me buscaron pero me tocó la suerte de que no me hallaran.

—¿No le preuntaron por vos?

—Sí, casi lo volvieron loco a preuntas, a él y al mocoso José María. pero esos liones saben lo que es la vía.

—Y lo llevaron a Santiago. Agora es que andan buscando al mentao Cura.

—Ese es muy gallo; puea ser que se les escape. En Santiago' stá.

—¿Y no lo hallan?

—Es que Santiago con toas sus calles y sus luces y su policía es más impenetrable que la selva más oscura. yo creo que Salazar se les escapa.

—¿Y el Marucho?

—Con él anda.

—¿Y nosotros que vamos a hacer? Oye, Ballena, ¿vos tenís planeao algo güeno?

—Yo, hermano, tengo una sola idea: tomarme la policía de Tango y matar a ño Jerez y a toos sus verdugos y escapar. Claro que tengo un plan; pero yo no soy pa mandar, en la montaña elegiremos el que mande.

—Y si nos pillaran.

—Nos llegaba al «pigüelo», pues. Pero les debo decir que el pueblo entero está de acuerdo en castigar a ño Jerez que se está portando muy verdugazo. Todos nos darían facilidades pa escapar. Ahora ustedes deben sacar la cuenta de que Jerez tiene billetes, los que quieran plata, plata tomarán, yo no quiero na.

El Coirón y el Chupe que eran de la partida dijeron que ellos tampoco querían dinero.

El anciano que habló primero manifestó que él no deseaba hacerse tampoco de plata, que lo que quería era vengar a su hija que había sido mancillada por el Comandante ebrio.

En suma, casi todos esos hombres componían una cruzada que deseaba castigar los crímenes cometidos por un bandido que hacía tiempo se había entronizado en la justicia de la desgraciada aldea.

Por su parte el redactor de «La Guía» había vertido sobre su público un artículo en el que comentaba la salida de la cárcel de Luceño y terminaba con estas palabras:

«Sin duda Luceño no habrá olvidado que su principal ofensor, el que lo precipitó a la cárcel fué el Comandante de policía rural Jerez y si así ha sucedido no sería extraño que asistiéramos a una venganza ejemplar.

«Luceño es el rey del cuchillo, es un hombre de unas energías poco comunes, la cárcel parece no haberle hecho mella, de modo que no tendría nada de extraño que liquidara en forma espectacular su viejo pleito con Jerez.

Más adelante hablaba de la vida sentimental de Luceño y terminaba.

«Es este hombre un galán de romance, tuvo una novia bella y decidida, ahora lo acompaña la célebre arpista Ursula, la más famosa mundana de nuestro pueblo; pero él parece no darle mayor importancia. En todo caso este idilio que nació a través de los hierros del penal tiene el patético encanto de las leyendas medioevales».

En realidad, la opinión no sabía a qué atenerse respecto de Luceño y todo el mundo se preguntaba qué haría cuando estu viera en posesición de todos sus medios.

En el fondo de una quebrada, junto al arroyo se detuvieron los cruzados de la venganza, hicieron una gran fogata donde asaron su charqui y cambiaron ideas.

La jefatura recayó en el Ballena que tenía trazado el plan de venganza y se acordó que los que desearan pudieran abandonar el camino después de la acción que emprenderían en breves horas.

Después de larga deliberación acordaron aplazar cuatro días más la acción. Ese día sería el santo del Comandante, este, naturalmente, se emborracharía y con él sus acompañantes y ofrecerían, lógicamente una resistencia completamente nula.

Se separaron y ganaron de nuevo sus casas, quedando de acuerdo para reunirse en los hornos de ladrillo abandonados del bajo, que ellos llamaban «las obras».

Y el camino los condujo uno a uno a su hogar que se extremecía al pensar en la acción que harían los vengadores. Cada choza estaba enteramente inundada por una angustia informe y silenciosa.

SE HIZO UN NUEVO NIDO...

Con qué ilusión la sencilla y amante Ursula buscó la casita donde debería habitar con Luceño. Ella quería establecer un negocio de vinos y licores, un depósito de esos que ponen las viñas a las personas conocidas. Vinos y cervezas con el objeto de vender «para afuera», nada de borrachos en la casa. Ahora, en cuanto al arpa, sólo la tocaría cuando Luceño o algún amigo de mucha intimidad se lo pidieran. Dejaba su antigua vida, con la sonrisa en los labios; sentía que iba a la purificación, que organizaba un hogar, su primer hogar, ella que había sido una mercenaria del amor.

Bueno, ahora sería la «compañera» no la esposa del hombre que quería con frenesí; pero para ella era ese hecho una realidad fantástica.

Buscó por todas las calles una casa que estuviera cercana a una plaza, y a dos líneas de tranvías, de manera que «él» tuviera facilidades para ir y volver del trabajo.

—Pero ¿y en qué irá a trabajar? pensó, ella no sabía que Manuel Luceño era minero, y tampoco se daba cuenta cabal de lo que era un minero.

Para ella un hombre de ese oficio era el que extraía el material precioso del corazón de la tierra; pero se le ocurría que la tierra tenía el corazón tan próximo como las mujeres...

Y que iba a saber ella, la pobre palomilla (1) santiaguina

---

(1) Palomilla, golfa.

que había nacido en un rincón cualesquiera, de un oscuro amor, más instinto que amor, y que había rodado de dolor en dolor, de pecado en pecado hasta descubrir la pureza, hasta saber que lo bueno y lo hermoso es un patrimonio para todos los que sentían que lo merecían.

Ursula no se había relajado; el pecado constituyó para ella la escala ascendente que la condujera hacia su sentido de perfección.

Ella no se daba cuenta de que la historia posee muchas mujeres que, como ella, se habían sabido redimir. Consideraba, la pobre mujer, que no podría pagarle jamás a Luceño la generosidad de admitirla a su lado.

Y cuando encontró la casa se preocupó de «ponerla».

En la Mascotta de la calle de San Diego compró muebles y utensilios al lance, empapeló la pieza más grande (la casita tenía dos) y la dividió por la mitad para que una sirviera de sala de recibo. Allí colocó una mesa redonda de madera de laurel, un sofá y varias sillas de la misma madera, de esas tan coquetas que venden por las calles de Santiago y que están formadas de listoncitos. En la mesa de centro, cubierta con un paño hecho a crochet, colocó la victrola portátil y en un ángulo el arpa cubierta por su traje de terciopelo negro con vivos solferinos. Colocó también varios cuadros que ella tenía en su pieza de casa de la Chirigua y que representaban bailarinas de morbidos desnudos y graciosos movimientos, o muchachas que sonreían al oír de labios del amado la promesa de amor.

Colocó repisas, también de laurel, y en ellas floreros enlozados y flores naturales, muchas flores, a ella no le gustaban esas flores de papel encarrujado que tenían en todas las casas.

Cuidó de que las camas estuvieran bien colocadas que fueran amplias, mullidas y blancas.

Sobre su cama puso su linda muñeca, juguete que anheló

con todas las fuerzas de su vida cuando fué una niña inocente y que sólo pudo adquirir a la edad en que no se usan ya las muñecas. . .

En una consola adosada al muro arregló una estampa de Nuestra Señora del Carmen con las ánimas benditas, de las que era devota y a las que encendía un par de velas todos los días del año, para que la ayudaran en sus empresas.

El aparador debió acomodarse también en el dormitorio y allí guardó, para Manuel, varias botellas de licores finos que un hombre debe, naturalmente, beber.

Hasta unos buenos naipes de esos maravillosos que hacen en Cádiz o en Valencia.

Desde luego ella se estableció en la casita para tenerla calientita cuando llegara Manuel al que le faltaban todavía algunos trámites que llenar para salir en libertad.

Aunque la gente del barrio parecía muy recatada, no faltaba quien la conociera, varios de esos pulcros y correctos muchachos habían estado alguna vez donde la Chirigua y habían visto y oído cantar a la Ursula.

Las señoras que eran católicas o evangélicas, creyeron de su deber averiguar quién era esa mujer que se reía sola que corría, saltaba y parecía poseída de una felicidad enorme, de una luz interior que la hacía divina.

Una, la más anciana, que tenía hijas que frecuentaban las filarmónicas y tenían colecciones de «pololos» fué la primera en acercársele. Ursula atentamente le ofreció la casa. La señora entró y se sentó y mirando escrutadoramente a todas partes con bastante insolencia le dijo:

—¿Y Ud. dónde vivía antes?

—En el camino a San Bernardo.

—¿En alguna quinta?

—Si, en una quinta.

—¿Es soltera usted?

—Soy... bueno; me voy a casar pronto. He arreglado la casa para recibirle a él.

—¿Y dónde está?

—Fuera de Santiago. Nos iremos a casar a otra casa.

—Si no le pareciera insolencia, le preguntaría ¿en qué trabaja usted?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Decía yo... No he querido ofender... Es que le diré.... corren voces de que es usted una mujer de mal vivir y si así fuera, sería mejor que se marchara, aquí hay muchas niñas que no deben ver ciertas cosas.

—Yo he visto a «ciertas niñas» que se lo pasan todo el día a la ventana o bailando sin hacer nada y que cuando llega la oración salen a la calle y se acercan a cuanto hombre llega... y las más chicas las que no deben ver esos ejemplos hacen de «violinistas».

—Es insolente usted, bien se le conoce la casta. Esos jóvenes que vienen son niños conocidos de buen vivir, las niñas deben distraer en algo la vida.

—¡Jóvenes de buen vivir! Eso dígaselo a otra que no los conozca... Yo los he visto cuando no están delante de su mamacita. ¡Uy! los niños, hay que ver! No irá ninguno al cielo....

—¿Y Ud. a qué ha venido a vivir aquí? ¿Ha venido por que los conoce?

—Los conozco; pero no los necesito para nada, ni para barrer la casa. Son unos infelices embusteros: a mi me gustan los hombres! ¿Entiende usté? ¡Los hombres! ¡Que sean fuertes, que sepan quierer, que sepan gozar y sufrir!

—Y esa arpa...

—Yo la toco: soy arpista.

—¿Del teatro?

—No señora, de una chingana frecuentada sólo por gente perdida como varios niñitos de aquí y otros tan estúpidos como ellos.

—¡Santo Dios, lo que dice esta mujer!

Y la vieja salió a escape.

Horas más tarde, el administrador de la cité a instancia de todos los vecinos se acercó a Ursula y cortesmente, le pidió la casa.

—¿Por qué me pide la casa.?

—Aquí se prohibe el escándalo.

—Yo no formaré ni he formado en la vida un escándalo.

—Es que los vecinos... Créame, a mi no me importa la vida que haga la gente... Usted me es profundamente simpática; me doy cuenta de que Ud. gusta... Claro... Ah! usted no sabe cuanto me agradaría ser su amigo...

—A mí no.

—Entonces dejará la casa...

—No la dejaré: la he pagado anticipadito.

—Si no la desocupa la llevaré al juzgado.

—Iré al juzgado. ¡Qué tanto será!...

—-Muy bien, ya veremos lo que hace.

Todos comenzaron a hacerle imposible la vida, las señoras despreciándola y hostilizándola, los mozalbetes asediándola con sus imberbes galanterías y sus andanzas de perros en celo, y las muchachas con sus curiosidades morbosas.

Cómo la observaban, cómo se hacían preguntas y acechaban para darse cuenta de la hora que esa mujer—que les prohibían ver—dedicaba al amor.

Como le hacían la vida imposible, le dió cuenta al detective González, quien se dió sus trazas para arreglar las cosas sin que la integridad de Ursula sufriera ni lo más mínimo.

Un día se supo por la prensa la verdad: Ursula esperaba a

Luceño, gran salteador de caminos y hombre de «una crueldad inaudita», y si no hubiera intervenido directamente la policía dolida de las lágrimas de la muchacha, ésta lo hubiera pasado mal.

Una tarde, por fin salió Luceño en libertad, salió después de un sencillo acto organizado por los penados. Hombre de grandes afectos, se había encariñado con sus compañeros de cadena y los dejó con dolor. Hubiera querido libertarlos a todos.

El Director del penal le entregó sus fondos de ahorro, le regaló algunos libros, le dió un abrazo y le deseó que no volviera más en calidad de preso por la «casa».

Luceño salió a la calle acariciada por un sol tibio y amigo. El detective González y varios periodistas que acudieron al acontecimiento lo encubrieron de preguntas, que él contestó como pudo. Parecía dolerse de los cumplidos, parecía que le molestaban las frases, que tropezaba en ellas, que se sentía perdido entre las sonrisas y las miradas de la gente. Ursula estaba también allí silenciosa, avergonzada, molesta con las personas que impedían acercarse a su hombre que salía para ella. Hubiera querido irrumpir por medio de los personajes que rodeaban a Luceño y quitárselos, se daba cuenta de que tanto manoseo lo perturbaba y no veía la manera de defenderlo. Además estaba herida por que nadie reparaba en ella que permanecía junto a la garita del centinela encogida, enteramente inadvertida.

El detective González la vió en ese momento y tomándola de la mano la hizo avanzar hasta el grupo:

—Ella fué mi colaboradora en mi pesquiza, es una mujer que vale más que un hombre, ella quiso, por simpatía, salvar a Luceño y se entregó a su idea con un ardor admirable.

Luceño se llegó entonces hasta ella y sin que mediara preparación ni preámbulo se unieron en un abrazo que conmovió a los presentes.

Nadie ignoraba la condición de los amantes, ambos se redimían: ella de pecadora pasaba a ser amante amorosa hasta el sacrificio de un hombre que, aunque salía purificado del presidio al que había caído por un equívoco de la suerte, estaba solamente en el principio de su angustiado calvario. Pronto estarían en igualdad moral de condiciones, los dos serían pecadores y el irredento sería él, al que no bastarían jamás para darle la calma ni todos los dolores del mundo!

Iba a adentrarse en un mundo que desconocía, iba a actuar en la ciudad que era un bosque de hombres, más lleno de risqueras, lianas y peligros que la más espantosa selva... y no tenía ninguna malicia, ninguna experiencia!

Los periódicos ilustrados dieron grandes informaciones novelescas de estos amantes que después de una vida de tormentos habían unido sus tiendas y volcado sus almas en un mismo cáliz hecho de amor y de ansiedad.

LA VENGANZA

Cuando Luceño fué a Tango para traer a su mama Juana tuvo un violento cambio de palabras con el Comandante Jerez, debiendo acudir a toda su resignación para evitar agredirlo.

Por fin llegó a casa de su madre adoptiva y tuvo el dolor de no encontrarla ya viva.

Recorrió algunas amistades, dió las gracias a ño Justo Pastor y se dispuso a partir para siempre de esa aldea tan fatal para él.

Al día siguiente de su salida de la aldea era el santo de ño Jerez. Este lo hizo llamar al cuartel antes que se alejara.

—Te voy a recomendar que no volvay a venir a meterte más a este pueblo. Vos aunque'stís en libertá no podrís negar que sois un roto malo, un asesino!

—Yo no soy un asesino... pero le juro que si me sigue insultando lo seré, empezaré matándolo a usté que me quiere buscar de nuevo la camorra pa poder meterme otra vez a la cárcel. ¿Ganó algo usté con el año que yo estuve padeciendo como una fiera en una celda oscura y fría? ¿Sabe usté cómo es la cárcel? Y sin embargo usté la merece; yo le pondría hierros, lo echaría a la celda más lejana y lo tendría allí atado como un perro y solo, enteramente solo, y muchas veces lo condenaría a comer pan

duro y lo azotaría algunas veces. Luego lo obligaría a repetir las maldades que ha hecho y llamaría sus víctimas y se las pondría delante con todas sus heridas. ¡Ah! yo no he conodido jamás un bandido igual!

Ño Jerez se reía zocarronamente.

—Salió inteligente de aentro, amigo, y hasta mujer me dicen que sacó. Veremos cuánto le dura: güenas cartas son los dos. Yo la conozco a esa galla, era de onde la famosa Chirigua...

—¿Va a seguir ofendiéndome? yo estaba dispuesto a irme sin decir una palabra, sin pedirle siquiera cuenta de la muerte de la loca Juana que era como mi madre. Sé que ha muerto por causa de usté que la hacía perseguir y castigar como si hubiera sido una fiera dañina. Me hace la impresión de que usté no tiene el agua del bautismo, ni lo ha parío una mujer, usté es el roto más canalla y despreciable que pisa la tierra!

—No te vengay a meter a gordo te diré. No t'ensartís conmigo.

—Ya no pueo ensartarme más... Pero qué frescura tan grande; esas palabras son de amenaza! De manera que todavía piensa hacerme daño.

—¿Daño? Lo que merecís nomás si yo sé que sois un asesino. Y tengo hartas ganas de probarte el cartón...

—Inténtele por su madre. ¡Le juro que tendría que arrepentirse! No he muerto a nadie; pero a usté lo mataría con mucho gusto.

—Vos me tenís miedo a mí, sabís que el día que yo te vuelva a pescar, no salís más de la cárcel.

—Es que procuraré pescarlo yo primero, repuso Luceño.

Y luego se alejó pensando que no vengarse era acto de cobardía; pero por otra parte veía el hogar que le había formado su linda compañera que le había suplicado que no se metiera en

«lionas» de ninguna clase, pues cualesquier cuestión podría atraerle la desgracia.

Se sentó en el camino y pensó:

—Yo debo matar a este hombre. Si no lo mato quizá en qué líos me va a meter él.

La noche avanzaba rápidamente, las sombras borraron la silueta de Luceño. El esta lleno de angustia y de presentimientos, detenido ante la senda del vivir.

¿Penetrarían en él las sombras de la noche?

* * *

Empezaban ya a pestañear las estrellas, los cantos de los gallos hacía ya rato que habían trazado los linderos de la media noche. Ño Jerez olvidado del mundo estaba sentado junto a su gorda amiga, la hija de ño Soto, el chacarero de la cancha de carreras. Aún el centinela encargado de vigilar la puerta del cuartel estaba enfiestado y amodorrado por los vapores del estupendo vino criollo de las cepas chilenas.

Los brindis y las promesas llenaban las amplias salas de la comisaría mientras las cantoras echaban los cogollos por la felicidad de ño Jerez y sus amores.

Este como se ha dicho estaba alegre sin presentir ningún acontecimiento. El licor «corría» como vulgarmente se dice, sin tasa ni medida, los «causeos» llenaban una mesa y los hombres y las mujeres más alegres del pueblo llenaban de risotadas de pesadas galanterías y de concesiones el ambiente.

Pero a esa misma hora, en que comúnmente no transitaba

nadie por el pueblo, se adelantaban sigilosamente varias sombras que parecían de seres impalpables.

¿Estaría embrujado el pueblo?

Llegaron a las proximidades de la comisaría y se reunieron a cambiar ideas. Aún les parecía temprano.

Ño Jerez vaciaba nuevos vasos de «ponche» y hacía manifestaciones cada más atrevidas a su gorda novia que por terror no se atrevía a rechazarlas.

Algunos de los convidados estimando que era demasiado tarde se levantaron para retirarse.

Ño Jerez se levantó y colocándose en la puerta dijo:

—Sargento Urra esta gallá tiene que acompañarme toda la noche en la última celebración que hago en este pueblo y al primero que intente evadirse me lo mete al calabozo y me le da doscientos palos de puro «novillo» (1)

Alguno quiso protestar.

—¡De aquí no se mueve nadie! gritó brutalmente. Y si están con muchas hago cerrar la puerta y verán como me las arreglo yo.

Todos se dieron cuenta de que contrariarlo era excitarlo, notaron en sus ojos oscuros chispas de locura y aunque con gran indignación, transigieron.

En ese momento llegó del exterior un grito ahogado y se oyó el caer de un cuerpo en el pavimento. Luego, se oyó el ruido que hacían varias personas que avanzaban apresuradamente.

El sargento Urra, el cabo Godoy y ño Jerez, avanzaron hasta la puerta con sus revólveres amartillados; pero los pasos se detuvieron. Entonces el sargento Urra salió a imponerse de lo que pasaba pero a penas traspuso la puerta fué agarrotado por potentes garras y recibió un certero golpe en la cabeza que lo llevó al suelo. Salió el cabo y corrió la misma suerte.

---

(1) Cáscara de novillo, golpes dado con flexibles varas de membrillo

Ño Jerez mandó entonces a un gendarme que allí estaba; pero éste se negó a obedecerle huyendo hacia el interior. El pánico se apoderó de los presentes, todos se amontonaron apoyados en los muros, con los corazones palpitantes y los ojos muy abiertos tratando de escrutar lo desconocido. Era un terror que hacía castañetear los dientes, les parecía que de la sombra emergerían millares de asesinos y que todos morirían sin remedio. Casi todos estaban armados pero nadie intentó siquiera defenderse.

Ño Jerez estaba exasperado. Se dirigió a los presentes y apuntándoles gritó:

—¡Si no salen por esa puerta les echo el alma a los infiernos!

Nadie se movió.

Se volvió entonces de espaldas a la puerta y apuntándole a un joven que estaba próximo repitió la orden:

—Vaya usté.

El pobre muchacho temblaba en tal forma que no podía moverse; a las pupilas del comandante Jerez se agolpó tanta crueldad que las mujeres lanzaron gritos agudos que se clavaron en la angustia del momento.

De pronto un hombre con la cabeza amarrada por un pañuelo rojo, como los bandidos del cine, avanzó de un salto y arrastrando al suelo a ño Jerez le dió un fuerte golpe y lo arrastró hacia la pieza contigua que estaba sumida en tinieblas.

Una voz gritó entonces.

—Señores, retírense de aquí, pues vamos a hacer justicia.

Alguien que había conseguido las llaves abrió los calabozos puso en libertad a todos los presos y minutos más tarde el cuartel de la policía era una gran fogata que aparecía como un lago de luz en la negrura de la noche.

El asalto había sido efectuado con tanto tino que nadie supo darse cuenta de lo que en realidad pasara, sólo al día siguiente cuando se estableció definitivamente el incendio del

cuartel y la desaparición del comandante Jerez, comprendieron que las acciones de aquella noche habían estado fuera de los lindes de la pesadilla.

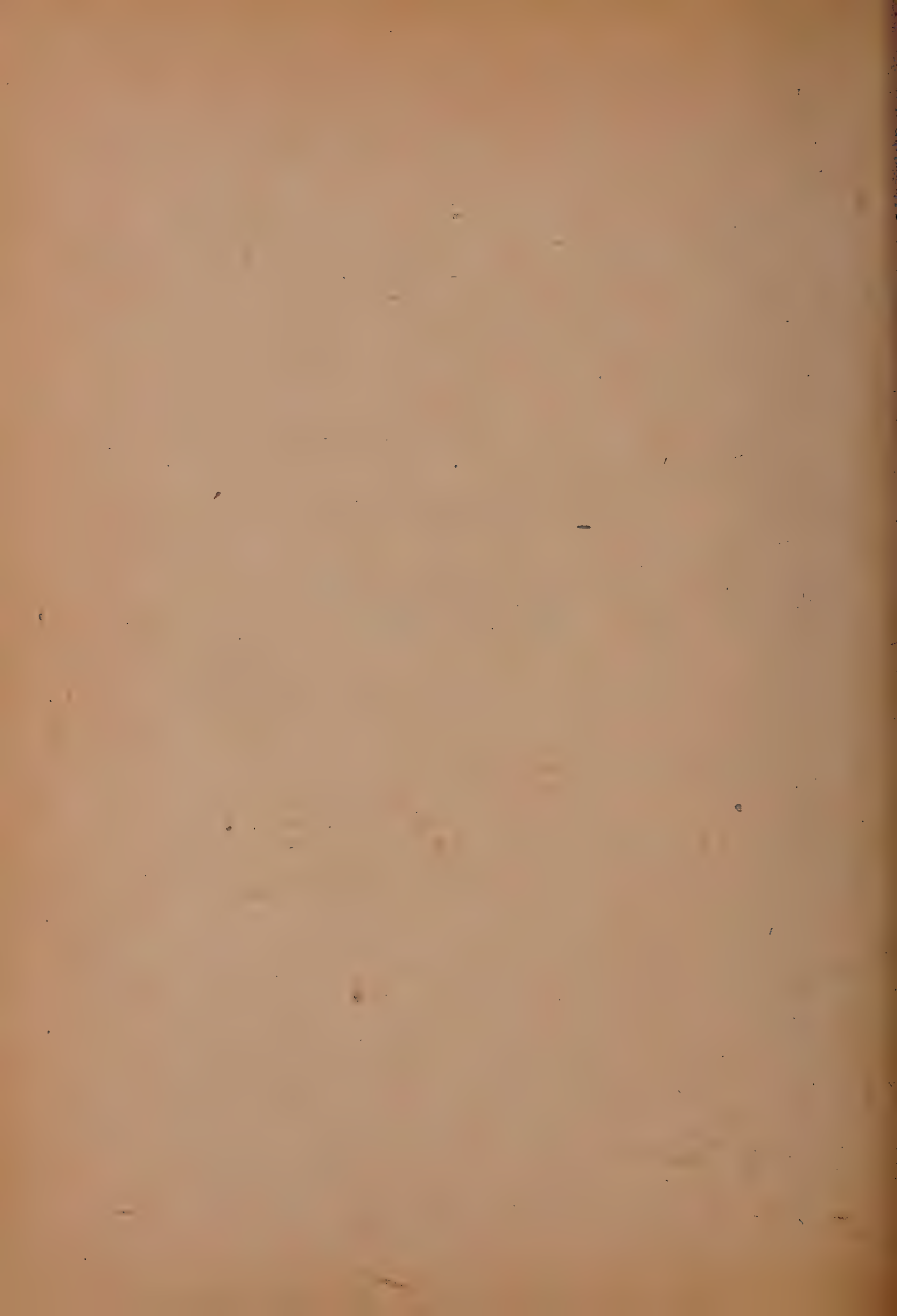
En un árbol muy alto se balanceaba al día siguiente el cuerpo horrible de ño Jerez.

En cuanto a los bandidos habían desaparecido sin dejar vestigios.

1052—Imprenta Nascimento.—Ahumada 125. Santiago

El próximo episodio lleva por título:

La Sonata Trágica



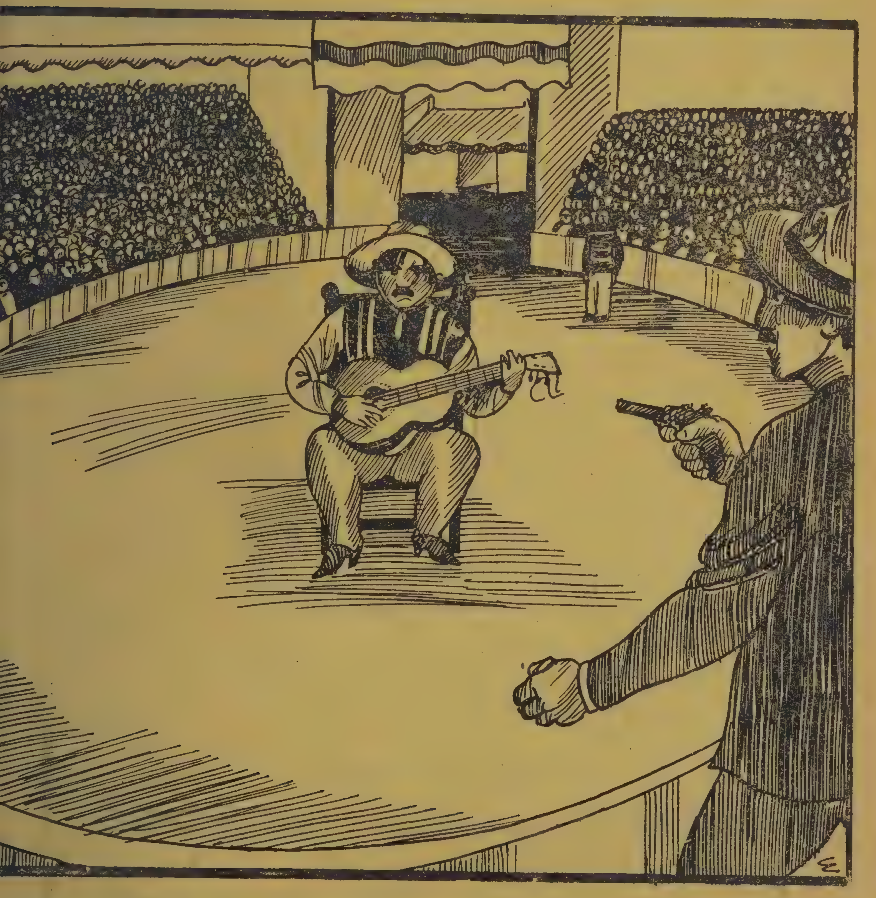
N.º 12 La Novela Policial

PRECIO $ 0.50

"La Sonata Trágica"

12.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO

1931

1052 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 12

LA SONATA TRÁGICA

12.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

LA SONATA TRAGICA

El circo ribereño

Estaba situado en una de las márgenes del Mapocho.

¡El Mapocho! pequeño de caudal, corre por un lecho acanalado que recuerda uno de los más grandes próceres chilenos: Balmaceda (1). Antes el río corría por su lecho de tierra como todos los ríos pero era sumamente caprichoso, se desbordaba con frecuencia en los terribles inviernos santiaguinos e inundaba las poblaciones modestas, las de la gente que no se podía defender. El río como los hombres ejercía su poder en los pobres.

Hoy el río está contenido dentro de su cauce de piedra de cantería, su caudal muy sucio se arrastra melancólicamente y

---

(1) Hizo la canalización.

está atravesado por varios puentes de hierro tendidos atravesando sus riberas. Antes tenía el puente de Cal y Canto, puente legendario mandado a construir por el corregidor Zañartu, cuyo espíritu intolerante fué tan grande y tan mezquino.

Antes el río era un mercado enorme donde el campo volcaba sus productos y la ciudad y el campo sus abigarramientos pintorescos, sus palabras criollas derivadas del idioma, sus poesías, sus querellas, todas sus quimeras, en fin. Luego sus márgenes fueron mercados de amor. La oferta y la demanda se desarrollaban allí.

Muchas veces las pobres pecadoras debieron arrojar el harapo de sus cuerpos sin calor ni esperanza a las turbiedad del río; reducto de vagabundos y expósitos, hijos de amores culpables que son abandonados y que flotan en la resaca de la vida. Niños semi-desnudos que no han visto jamás un lecho, ni han tenido la sensación de una caricia y para quienes una madre es tan ilusoria y remota como una hada Morgana o una lámpara maravillosa. Niños manejados a puntapiés, rechazados de todas parte, insultados por todos a los que la vida les niega hasta el mendrugo que caza la rata, son los habitantes del río. Viven sobre los travesaños de los puentes, se alimentan de basuras o roban... Roban para vivir.... ellos creen que viven...

El río es la parte más cosmopolita de Santiago; allí van los que buscan placeres y los que lloran, los desesperados, los obreros sin trabajo, las pecadoras, los mendigos. Todo el que busca algo. El harapo se roza con la seda, el pecado con la virtud, la actividad con la pereza y con el vicio. Sobre los puentes hay viejas pobres que venden desperdicios de frutas que adquieren muy baratas los desheredados, los que no tienen perspectivas de vivir. Pasado el puente de Independencia está la suntuosa estación del Mapocho con sus grandes arcadas, sus relojes, sus focos, y su plaza en semi círculo murallada de automóviles, cerca la garita de

los tranvías regiamente iluminada y al frente, donde hoy se levantan unos hermosos edificios estaba cuando estos acontecimientos se desarrollan, el circo ribereño.

Un circo de dos palos, con una tela marcada por las aspereza de muchos viajes, llena de costurones negros como cicatrices y donde trabajaban artistas casi con tantos costurones como la carpa. Eso si que los de la cúpula eran serenos y en las heridas de las arrugas de los artistas había mucho dolor... El dolor de la vida ambulante que se va dejando en mil diferentes puntos, que va alegre como el gorjeo de un ave, que hoy se duerme joven y optimista y mañana amanece vieja y triste.

El atleta que da el salto triple, el que hace milagros en las tres barras o en el trapecio volante, el éscéntrico que se arroja de lo alto de una cantidad de objetos y que triunfa machacando su vida en el yunque de lo imposible. La ecuyere que pudo haberse casado con el despachero de una aldea sureña y que no lo hizo por fidelidad al maestro de picadero que se ha reído de ella. La inglesa que se sonríe de las criollas porque nació inglesa y que hoy no sabe lo que es, porque la vida le ha marcado en lo mejor de su ser los caprichos de los instintos de muchas otras vidas.

¡Ah! el atleta que se enferma de reuma o que no puede ya saltar y que comenta con sereno desconsuelo:

—Antes hacía esta prueba con facilidad... ahora la hago también pero me cuesta. Es el clima de este país el que me hace mal.

También el tonto que ya no hace reir por que le saben de memoria los chistes y que sin sentido para defenderse, no busca, no se renueva; no se da cuenta de que la vida cambia y que la alegría de ayer es la tristeza de hoy.

El circo ribereño, formado por notabilidades de ayer, ocultas detrás de sus carteles ya haraposos...

El circo ribereño al lado del Mapocho, armonizando con los

granujas, las cortesanas, los vagabundos y los rateros, con los desesperados, pintado y acicalado sin poder ocultar su tristeza y su vejez como aquellas mujeres que fueron hermosas y ricas y que la vida desvía por sendas tristes... y las obliga a marchar con zapatos viejos y trajes pasados de moda...

En este relato hay un circo ribereño con su empresario, su maestro de pista, tonis, clowns, equilibrista, amazona, campeona de fuerza dental, sus trapecistas, barristas, escéntricos, y también un domador y probablemente un león.

El día que empieza este episodio había en el circo un movimiento extraordinario, se presentaban dos artistas: uno, un músico de fama mundial que según el *cartel* había tocado su guitarra ante los reyes y grandes dignatarios de la iglesia; el otro un tirador que hacía prodigios; de esos que ponen el ojo y la bala donde se les ocurre.

El frente del circo estaba cubierto por un cartelón inmenso, anunciando esas maravillas. Atracciones de resonancia europea.

Habían impreso a dos tintas unos programas de un metro de largo con los retratos de los artistas cubiertos por antifaces, y anunciados así:

«Presentación del formidable guitarrista sevillano Currito de la Cruz alias zapatito, que toca mejor que todo lo que nadie puede concebir. Tocador de las cortes, cantaor de canto español, asombro de gracia y distinción.

«Debut de Willis, el mejor tirador de revólver, ex-capitán sud-africano que peleó por la independencia al lado de Dewet. de Botha y Delarey».

Willis es asombroso véalo Ud. Mis Blanca, la reina de la danza y luego mil números más, todos mundiales, todos estupendos.

La murga salió acompañando un convite que recorrió todo Santiago. En uno de los carruajes iban mis Blanca, Currito de la

Cruz y el capitán Willis. El público, ávido siempre de novedades llenó aquella noche en forma insolente el circo. El diligente empresario Mr. Buns estaba encantado.

Aparecieron en la segunda parte después del acto de acrobacia usual los tontos de la compañía y como siempre ejecutaron un «acto» en que se decían muchos equívocos y se pegaban y también al maestro de picadero. Cuando terminaron, el maestro de pista habló así al público que estaba verdaderamente impaciente:

—Respetable público: la Empresa que no repara en sacrificios ha contratado a dos artistas internacionales: Currito de la Cruz, tocaor y cantaor andaluz de fama mundial y uno de los maestros del canto en España y que en sus jiras por América ha aprendido también los nuestros. Pero lo que maravilla y asombra hasta el estupor es su inigualada interpretación de su «Sonata Punzante» que podría llamarse también la «Sonata de la muerte».

«El otro número de atracción que presentamos hoy es el Capitán Willis, héroe de la guerra anglo-boer en el Transvaal y que se ha distinguido por ser el más impávido tirador de revólver. Empieza, señores, Currito de la Cruz».

Y apareció el guitarrista vestido de chulo; pero con antifaz.

Dió una vuelta por el redondel y luego se sentó diciendo antes en correcto andaluz:

— Me perdonaréis señores que no me quite este antifaz, pues me le fué dado por mi niña para que cubriera mi cara encantadora de tal forma que fuera imposible que alguna me viera y me raptara o se muriera por mis hechuras.

De todo el teatro se levantó un olé estruendoso.

Currito empezó a cantar:

No canto por que me escuchen
ni tampoco por que sé.
Canto por que soy mandado
y es preciso obedecer.
Las fatigas de la muerte
grandes fatiguillas son;
pero con las del quierer
no tienen comparación.

—Ahora lo que dicen ellas:

«Si la mar fuera de tinta
y el cielo de papel doble
no se pudiera escribir
lo falsos que son los hombres.

«Mas sea quierer a un perro
aunque sea un animal
que no quierer a los hombres
por el mal pago que dan.

—Lo de los hombres gritaron de todos los ámbitos del circo mientras las mujeres aplaudían a rabiar y miraban desafiantes a los hombres.

Y Currito cantó:

«Al amor lo pintan niño
y a la firmeza mujer.
Entre una mujer y un niño
¿qué amor firme puede haber?

«El amor de las mujeres
lo comparo a la pajuela
que arde mucho, dura poco
y no alumbra ¡pero quema!

Los aplausos atronaban el espacio, Currito había obtenido el suceso estupendo que se esperaba. Debió pues seguir cantando:

«Tres veces cogí la pluma
tres veces cogí el tintero.
tres veces se me cayó
el corazón en el suelo.

«Tengo el pecho atravesao
por una espada cruel,
una herida en el costado
y en la garganta un cordel.

«Tengo una pena, ¡una pena!
tengo un doló, ¡qué doló!
tengo un clavo remachao
en mitá del corazón!

Y toda la elocuencia enorme del cantar español, la más alta expresión de ese pueblo que es sólo impulso y pasión, y la música temblorosa como un lamento, música de añoranzas, tejida con fragmentos de todas las pasiones, síntesis de esa raza altiva y apasionada fué interpretada por el canto del artista inconcebible para el circo ribereño. Una explosión de entusiasmo, una tormenta de aplausos coronó su labor; el artista indicó que seguiría y el público calló:

—Voy a tocar mi *Sonata de la muerte*, anunció.

Y empezó a trazar arabescos con sus dedos ágiles que se enredaban en las cuerdas, que pulsaban la guitarra arrancándole sus más recónditos ayes, sus más amargas protestas. La guitarra era un ser atormentado, que va penetrando a la locura, que va amenanzándo, que va gritando y buscando el momento de herir. Las cuerdas interpretaban el instante terrible en que los aceros chocan, en que los puñales buscan el corazón que palpita angustiado y que encara la lucha hasta el último momento. De pronto una cuerda vibra en una forma desolada, como un grito de agonía, luego un golpe seco, de caída y para terminar, sonidos tenues, que iban desapareciendo hasta cesar por completo.

El artista estaba sublime, el público subyugado, enfermo, aterrado.

Los aplausos se arremolinaron de nuevo tempestuosos insaciables: y solamente cesaron cuando el artista pidió que lo disculparan por que estaba rendido.

—Hasta mañana; mañana les repetiré la sonata y les cantaré las más hermosas coplas.

Se retiró a su camarín que consistía en una carpita pequeña situada detrás del circo. Iba feliz, esperanzado. Sin embargo se dió cuenta perfectamente de que lo vigilaba un individuo que no conocía.

Entró al camarín, encendió un cigarro, se puso la capa y se quitó el antifaz con el que ocultaba una honda cicatriz que le dividía parte de la frente.

El que lo vigilaba, lo observó bien y se alejó. Currito lo miró hacer y sonriéndose dijo:

—Pueda ser que escapemos.

En ese momento Mr. Willis hacía su trabajo que consistía en apuntar con revólver. Y lo hacía bien, a juzgar por los aplausos.

—Está gustando, se dijo Currito.

En ese momento sintió que alguien llegaba hasta su carpa. Puso su mano en el revólver y se acercó a la salida.

La bailadora se acercó a él y con la más apasionada de las expresiones le dijo:

—Es usted el más grande guitarrista del mundo. Y mire Ud. yo he visto y oído mucho.

—Muchas gracias, se hace lo que se puede, mis Blanca. Y debo decirle que Ud. me gusta mucho como danzante, me parecía Ud. una de allá de mi Sevilla de mi arma. ¿Usté es española?

—No; soy porteña. Pero después de conocerlo a Ud. sé que ya soy capaz de morirme por España y los españoles. ¡Ay! ¡quién pudiera merecer que hombres así, la miraran siquiera a una!

—Señora...

—Señorita, soy soltera, ¿no lo ha comprendido?

—De modo que si no lo fuera, no habría venido.

—¿Sí habría venido? Claro que sí. Vaya, Dios perdona a todos los que se queman en lo lindo.

—Es que soy horrible. Ríase Ud. de... lo más feo que conoce.

—Vaya, vaya, modestia suya o es que Ud. me quiere tomar el pelo.

Y después de una pausa agregó:

—¿Ud. irá con el circo?

—Depende.

—Atráquele fuerte. Ud. dará mucha plata. No se deje comer: el empresario es mi padre, pero es un pirata.

En ese momento llegaba Mr. Willis.

—¿Le apuntaste?

—Yes. Good night, mis.

—Buenas noches, señor. ¿Son compañeros?

—Sí, hemos viajado juntos.

—Señorita Blanca, llamaron desde la carpa del director.

—Me llaman, buenas noches y hasta mañana. La mujer, que era joven y apetitosa se perdió en la noche.

Cuando quedaron solos, el guitarrista dijo:

—Nos buscan, creo que nos perseguirán hasta más allá de la vida.

—Es horrible.

—¿Tendremos que irnos?

—Si lo hacemos se darán más fácilmente cuenta... Nos quedaremos hasta que podamos. Esta noche haremos un escondite, sin que nadie sepa.

Entró un groom.

—El director del Circo, ruega a los señores que le hagan el servicio de acompañarlo a cenar con un grupo de amigos.

—En un momentito más, iremos.

—Está bien, y el muchacho se retiró.

—Tú crees que está bien?

—Pa mi es lo mismo.

Momentos más tarde estaban sentados a una bien servida mesa. hablando de arte y de mujeres. Allí estaba también la bailarina señorita Blanca y el hombre-serpiente y los tonis y varias personas del estado mayor del circo ribereño. La noche se hizo fácil, el destino parecía algo cansado y los dejó en paz. ¿Qué enigmas les reservaría el porvenir?

La atracción del campo

Si Manuel Luceño no hubiera ido al campo a ver a su mama Juana, probablemente hubiera escapado a la atracción del campo entretenido con las caricias de Ursula y con la novedad de la gran ciudad. Verdad era que despertaba demasiado la atención de los vecinos que lo miraban con insolencia que parecían que-

rer penetrar hasta su interior y que muchos afectaban hasta temerle, pero se habría acostumbrado, le habría sido por fin, posible demostrar que no pasaba de ser un hombre de bien. Sin embargo cuando tomó el camino que debía conducirlo a Tango, cuando anduvo al amparo de sus alamedas y a la orilla de sus acequias, cuando respiró a pulmón lleno el aroma campestre, el campesino que había en él, despertó súbitamente. Se detuvo en el camino a mirar las montañas y sintió la necesidad imperiosa de dirigirse a ellas. Tal vez en sus azulosas cresterías, en sus quemados farellones se ocultarían minas, tal vez allí estaría la felicidad.

Se entretuvo contemplando las labores campesinas, con qué gusto hubiera limpiado también el campo, o regado el trigo en flor. Le parecía que la bendición de las hortalizas lo llamaba, que el campo, que la montaña necesitaban su brazo y que él hacía una maldad al negárselo.

Pensó en los proyectos de Ursula: poner un depósito de vinos, trabajo perfectamente indigno de un hombre fuerte. ¿Pues qué diablos iba a hacer él, Manuel Luceño, minero, carrero, levantador de líneas, sembrador, detrás de un mezquino mostrador...?

—Eso está bueno pa los inválidos, pensó.

Recorrió las siete leguas que hay desde Santiago a Tango a pie, quería andar, llenarse de sol, de soledad, de la alegría pantheista de vivir, de vivir en la brizna de hierba, en el arroyo, en la flor, en la piedra, en la nube. Qué bien estaba sentado al sol apoyado en las pircas como los lagartos, mientras a lo lejos pacían los manchados rumiantes. Llegaba hasta sus oídos el rumor de la majada, se imaginaba los corderitos tan tiernos como un niño y las robustas campesinas «lechando» las vacas atadas «al palo» y luego fabricando los ricos quesos... Sentía el olor del estiercol que se amontona en los huertos para el abono de la tierra, el perfume del pan de flor de harina derramándose desde los hornos

que bordean los caminos. Todo el campo estaba dentro de él. Quería ya tener entre sus manos una hazada o un arado y a su cintura atado el mandil lleno de trigo para arrojarlo a la tierra abierta para su fecundación. Veía Luceño las montañas de trigo de color oro viejo, el crepitar de las máquinas y aún el tropel de las yeguas que todavía usan los pobres...

Y las coplas campesinas de la trilla bailaban en sus oídos de tal modo que, sin darse cuenta, se sorprendió entonando la conocida copla:

«Yo tengo una yegüecita
muy buena para trillar
que cuando la pongo a l'era
no la pueo hacer andar

A yegua! a manca!
a yegua rabona y flaca
si se cansa la tordilla
atrácale a la mulata.

«También tengo un potrillito
medio tirado a vinagre
la tengo por que es de cría
de la yeg'e mi comaire...

La voz de Luceño subía rítmicamente, su alegría era pura como la de los arroyos juguetones, era feliz, verdaderamente feliz. En unos cuantos minutos había olvidado por completo el odio de los hombres, el hielo de los hierros y la negrura de la cárcel.

Cuando llegó a Tango era ya tarde, no sin cierto sobresalto avanzó en demanda del predio de su mama Juana pero la pobre

vieja había desaparecido de este mundo herida por tantos dolores sucesivos. Debió pues, Luceño limitarse a ir al cementerio conducido por un muchacho que sabía donde la habían puesto, para rezar y llorar por ella y marcar su tumba con una cruz muy alta, tan alta como la del calvario.

Resuelto a olvidar para siempre las terribles ofensas inferidas por todos, resolvió volverse a la capital, al pobre nido que el amor de Ursula le fabricara. Ya se ha dicho que después de la entrevista con ño Jerez sintió deseos de asesinarlo. La venganza se clavó en todas sus potencias. Sus manos se crisparon solas, sus oídos se llenaron de voces incitadoras, y le parecía que manos invisibles lo arrastraban hacia el pueblo. Luego le pareció que se reían de él y que le llamaban cobarde:

—Si no te vengas eres un cobarde, un infeliz, ese hombre te arrastró a la cárcel, por su causa murió tu mama Juana y si lo dejas vivo creerá que le tienes miedo y te seguirá dañando. Por lo menos llégate hasta el cuartel y dale una tanda con «pocas yeguas».

Se detuvo en el camino y empezó a desandarlo. Estaba resuelto a seguir los impulsos del instinto que lo dominaban. De pronto miró a un lado del camino, bajo una ramada una mujer acariciaba a un niño y al fondo trabajaba atareado un labrieto. La paz de la tarde envolvía aquel hogar humilde como en una ola de oro diluído. Le pareció que aquella paz era la que debería conquistar.

Maquinalmente se detuvo; en ese momento llegó por el lado opuesto del camino un anciano que lo llamó por su nombre..

—Manuel Luceño, ¿no te acorday de taita Pérez?

—Taita Pérez, sí. Usté era el que daba la galleta cuando yo era «coltro».

—Supe lo que te había pasao y me dolió mucho.

—Se probó mi inocencia y salí en libertá.

—Mire... Fíjate Marianita, es Manuel Luceño...

—El del salteo del bajo!... exclamó la mujer amparando entre sus brazos a su tierno hijo.

—Yo no hey saltiao a nadie.

—Así dicen toos...

Y la mujer entró en su choza.

El anciano sonreía como pidiéndole disculpas a Luceño por la actitud insólita de la mujer. Este se quedó sin movimiento, con los ojos muy abiertos; pero sin ninguna visión de las cosas. De nuevo su conciencia se llenó de impresiones extrañas, imprecisas, que chocando unas con otras determinaban en él un verdadero caos.

El anciano se despidió y entró en la casa.

Luceño, ya vacío de voluntad, pero lleno de un rencor vengativo, no solamente contra Jerez sino contra todo el mundo, se desvió del camino y penetró en una arboleda en flor y allí se arrojó sobre la exhuberante hierba.

La seda impalpable del crepúsculo empezó a envolver en su caricia infinita las cosas. Luceño respiraba a boca abierta, y poco a poco recobraba la calma.

Luego fué alejando de sí todas sus ideas de venganza; y sólo pensó en trabajar y en enderezar su vida por la senda del trabajo.

—Aparecieron las primeras estrellas sobre la inmensa decoración del cielo, el campo se llenó de voces borrosas y las cosas fueron siendo apuntes más acentuados en la negrura de la noche.

Luceño salió al camino que era como una tenue sombra blanca que avanzara sigilosamente hasta perderse en los lejanías.

No encontró a nadie en los caminos llenos de paz. Sólo al

amanecer encontró con algunas carretas de productos que deberían amanecer en la Vega Santiaguina (1).

Pero ninguno de esos carreteros que dormitaban o canturreaban al compás de los perezosos bueyes, se fijó en él.

Entró a Santiago por la calle de San Diego y como estaba cansado y hambriento penetró a una cocinería a tomar caldo de cabeza. A esa hora, habían allí muchos trasnochadores acompañados de damas de noche, de esas que iluminan el suburbio con sus carcajadas pecadoras y generosas.

Mientras comía leyó: «Picantería El Conejo Blanco». Caldo de cabeza toda la noche. Té y café a toda hora».

La robusta criolla morena que le servía le ofreció vino, tomó Luceño un vaso, luego fumó un cigarrillo y se quedó pensando.

Nadie parecía reparar en él y la verdad es que a él tampoco le interesaban. Tenía sueño, se levantó y se dirigió a su casa. Ursula dormía después de haberlo esperado hasta pasado la media noche.

—¿Quieres que te haga cafecito?

—No.

—Pareces contrariao.

—No; un poco rendío, no más. Me fuí y me vine a pie.

—Oy! ¿y por qué?

—Por gusto. Antes yo andaba a pie no más. No me canso nunca; ahora me gasté algo pues ya tenía perdía la costumbre de caminar.

—¿Y cómo te fué?

—La mama había muerto.

Y después de una pausa.

---

(1) La Vega, el mercado de productos. Trae su designación de cuando el mercado estaba dentro del lecho del río,

—Oye, ¿te gustaría vivir en el campo? Allá se siembra de too y se crian animalitos: chanchitos, terneritos, caballitos, gallinitas.

—Yo me iré aonde vos queray.

—Pondríamos el despacho en un crucero de caminos y ganaríamos harta plata.

—¿Y si nos saltean?...

—A mí no me saltean.

Contó luego los incidentes ocurridos en Tango.

—Ursula oía con atención, luego dijo:

—No sé por qué tengo tanto sobresalto. ¿Creís que nos podría pasar algo malo?

—¿Por qué, pues?... si nosotros no le hemos hecho daño a nadie... Ni pensamos hacerle.

—Claro. Yo temo por que soy una tonta. ¿Quién le va a hacer na a un hombre como vos, que es tan bueno, que es tan de bien?

Al hablar lo acarició como una gatita.

Amanecía. Santiago despertaba ruidosamente. Pronto saldría el sol.

Luceño se acostó.

Como estaba muy cansado, Ursula no lo permitió levantarse en todo el día ni tampoco en la noche.

Apenas había amanecido cuando el detective González entró en la casa.

—¿Y Luceño?

—Está en cama.

—Dónde estuvo anoche.

—En cama, llegó cansao de Tango.

—Cuando fué a Tango.

—Ayer. Llegó en la noche pero como fué a pie y llegó muy cansao no lo dejé levantarse.

—Dígale que se levante y que me espere que no salga de ningún modo.

Y el detective salió.

Ursula salió hasta la calle, lo vió subir al auto y partir en dirección a San Bernardo.

Luego los suplementeros vocearon los diarios de la mañana con el gran salteo de Tango.

* * *

El circo ribereño llamado pomposamente *Imperial Circus,* siguió llenándose noche a noche, todo Santiago pugnaba por conocer la famosa «Sonata de la muerte» que un guitarrista quimérico y misterioso interpretaba noche a noche.

—¿Qué te parece Marucho?, dijo Eduardo Salazar, se te había ocurrido a ti que mandáramos tanta fuerza?

—Vos sois el bueno: mis balazos no le gustan a nadie.

—Te parece. No sería extraño que algún Club de Tiro te llamara para que sirvieras de entrenador.

—Sería curioso.

—¿Y cómo te hiciste tan buen tirador?

—Too ha sío cuestión de ejercicio. Tengo muy buena vista, un pulso firme y no sé lo que es tiritar, eso que llaman *nerviosidás.*

—Pero es que haces lo que quieres con el revólver. Hasta le apuntas a un cinco (1).

—Así es, pues.

—Oye, Marucho, que dirías vos si los agentes se estuvieran haciendo lesos. Sería bueno que las echáramos.

—No patean...

—González es un lince; y me parece tan hombre que no lo

(1) Pequeña moneda chilena de plata.

quiero matar. No tengo ninguna duda de que no nos tenga ubicados y cualesquiera noche nos «atrinque».

—¿Y que se te ha ocurrío?

—Por lo pronto: la empresa te dió los mil pesos.

—Sí; pero con el compromiso de que firmáramos el contrato por la jira.

—Mira si es buen negocio la honradez. Si nosotros no fuéramos unos asesinos podríamos recorrer con toda comodidad y ganando mucha plata el mundo.

—Así es, pues guacho. Pero que le haremos; tenemos que pegarle al «coco» hasta que se amanse.

—¿Tú viste el «chiflón» que excavé en la carpa de nosotros?

—Sí.

—Te diste cuenta de que puede ser fácilmente disimulado por cualesquier objeto?

—Sí.

—Pues bien, cuando ese demonio de González que me tiene «fregado», nos quiera echar el guante, nos meteremos allí, pues al camarín será la única parte donde no nos buscarán.

Esa tarde hicieron «onces» en casa de René que los recibía impávidamente; pero que en público fingía no reconocerlos.

Aun guardaba cama y sólo el día anterior había tenido que sufrir el más terrible interrogatorio.

—Esta tarde van a venir, seguramente. En previsión, la nena cerrará la puerta y ustedes se esconderán en mi guarda ropa y si toca pelearemos.

Pero esa tarde no vino nadie. La criada atalayó el campo y los bandidos salieron cuando la calle estuvo completamente sola.

Se fueron enteramente dispuestos a volver al día siguiente, convencidos de que allí sabrían todo lo que necesitaban saber. No dudaron un solo instante de que la policía quisiera servirse de la cortesana para capturarlos.

Una información estupenda

He aquí lo que publicaba «La Guía» al día siguiente del salteo de la policía de Tango:

EL MISTERIO DEL AHORCADO

Cincuenta enmascarados penetran a la policía de Tango y castigan a los guardianes y cuelgan al Comandante Jerez del árbol más alto de la comarca.

¿Quién capitaneaba esa banda de asesinos? No le hicieron daño a nadie, ni robaron un centavo del bolsillo bien provisto del señor Jerez. La consternación se apodera del lugar. Una noticia reveladora: Manuel Luceño, recién salido de la cárcel estuvo en el pueblo y tuvo un violento cambio de palabras con el Comandante. ¿Qué fué a hacer Luceño a Tango? Lo que dicen los testigos.

Antecedentes

Positivamente Tango es una aldea trágica. El público no puede haber olvidado los salteos que en esa localidad hubieron el año pasado y por cuya causa, pues las sospechas recayeron en en él, vino a dar Manuel Luceño a la cárcel.

Una fuerte corriente de opinión estuvo de parte del acusado, y los órganos de la opinión, especialmente «La Guía» pidieron que se investigara a fin de que la opinión pública quedara satisfecha.

Debemos dejar constancia con satisfacción que la campaña hecha por nuestro diario dió sus frutos, inspirándose en ella el inspector de Investigaciones, señor González, pudo demostrar

después de ímproba labor la prescindencia de Luceño en aquellos hechos.

El lector debe recordar también que el mayor causante de la prisión de Luceño había sido el Comandante Jerez, muerto solamente anoche, muerto ahorcado por manos vengadoras.

Nosotros hicimos cuando Luceño salió en libertad un comentario en que relacionábamos la actuación del señor Jerez con la posible venganza de Luceño, y precisamente hay una coincidencia notable en el desarrollo de los hechos.

Capitulemos:

Luceño fué al pueblo a buscar a su madre adoptiva, y tuvo el dolor de encontrarla muerta. Luego fué a la policía donde tuvo un violento altercado con el Comandante que muere ahorcado a la noche subsiguiente.

El galletero de una de las chacras de los alrededores, vió a Luceño, al caer de la tarde del día anterior a la noche del hecho caminando en dirección al pueblo. Lo llamó por su nombre y habló con él retirándose cuando su hija Mariana, huyó de miedo a la mirada dura, como una puñalada, de Luceño.

Nadie más lo vió esa tarde ni en la noche ni al día siguiente.

Sin embargo los carreteros de Nos y Buin dicen haber alcanzado a un individuo que caminaba en dirección a la capital la noche anterior a la tragedia.

¿Era Luceño ese hombre?

Nadie lo vió ni subir al tren ni a las carretelas que hacen el recorrido entre la capital y el Crucero, llegó al pueblo misteriosamente.

Formulamos una vez más esta pregunta: Era Luceño el hombre que encontraron los carreteros esa noche? ¿Era el mismo Luceño el que al caer la tarde de ese mismo día se dirigía a la aldea, según testimonio del galletero?

Habla uno de los testigos presenciales del hecho

Tan pronto como tuvimos conocimiento del crimen partimos en automóvil hacia Tango. Allí pudimos ver los escombros humeantes del incendio, y la sorpresa y la indignación marcadas en todos los semblantes, pues el señor Jerez era uno de los patriarcas del pueblo.

Hablamos al señor José Jofré. Este caballero estaba aquella noche en la tertulia familiar organizada por sus amigos íntimos para celebrar el onomástico del señor Jerez.

—La alegría, nos dice el señor Jofré, estaba en su apogeo cuando sentimos un gran tropel que se acercaba y que cesó de repente. Después de un silencio total oímos ayes y sentimos caer un cuerpo pesadamente.

—¿No salieron a inquirir lo que hubiera sucedido?

—El señor Jerez dispuso que acudiera el sargento Urra, el que también fué derribado, y luego fué el cabo, un soldado huyó por el fondo.

—¿Y después?

—Aquí tengo una gran confusión: A mí me parece que no fueron más de diez los enmascarados que arrebataron al Comandante mientras hay algunos que hacen subir esa suma a cincuenta.

Todo se hizo misteriosamente desde el fondo de la noche nos daban voces de mando que no tuvimos mas remedio que obedecerlas.

Con el que encontró el fruto de muerte

Es un anciano ovejero que responde al nombre de José Poblete. Este hombre iba por la mañana arreando su rebaño bajo la luz de plata de la aurora, cuando encontró el cadáver. Oigámoslo.

—Se me le había extraviado el perro Pastor, y yo lo llamaba ¡ ¡Rompe! ¡Rompe! Entonces lo salí a buscar. ¡Rompe! Un aullío muy lastimero me respondió. Anduve, hasta llegar a una aguaíta que hay allí: el perro'staba debajo de un peumo mirando p'arriba, miré yo también y ví al finao balanceándose colgao de un gancho del árbol.

Con un susto padre corrí a dar cuenta al pueblo y allí supe que habían pasao cosas terribles. Fíjese que yo no ví ni sentí el incendio.

Hasta aquí el ovejero.

Habla don Justo Pastor Venegas, ex-juez de la localidad:

—En el último tiempo el Comandante se había puesto muy tirano, y estaba malquistado con toda la gente del pueblo, esto no significa que aquí pudieran haberlo asesinado. La manera como se produjo el hecho indica que en él debió actuar un espíritu superior al término medio de toda la gente, mire usted que fué un crimen casi perfecto que me parece que va a quedar oculto.

—¿No cree Ud. que Luceño?...

—No sean locos, ya la van a emprender con Luceño.

—¿Ud. lo ha visto después que salió de la cárcel?

—Estuvo a verme y no salió de sus labios una sola frase de rencor o de protesta. Tiene una sola idea: rehacer su vida. Es una desgracia muy grande esta coincidencia tan extraña entre su salida del penal y el asesinato de su mayor enemigo.

Esta es la declaración muy interesante que nos hizo don Justo Pastor Venegas, uno de los propietarios más poderosos del pueblo.

¿Una desavenencia?

Nosotros por nuestra parte pudimos averiguar que entre don Justo Pastor y el Comandante había tenido lugar un violento cambio de palabras. Se habrían llegado a amenazar.

Nosotros no opinamos nada; pero creemos que en estos casos todos los detalles son dignos de atención.

Con el sargento Urra

—Yo no sé ná, nos dice el sargento mientras su esposa le cura las heridas con Diego de la noche. Mi Comandante me dijo: «Sargento Urra, vea lo que pasa». El Comandante, Dios lo haiga perdonao, era muy «prosúo» Salí yo, y me sentí agarrao por varias manos. Me echaron al suelo y me desarmaron en un ¡Jesús! Y también me pegaron un tajo.

—¿Y con qué se cura? ¿No ha visto médico?

—¿Pá qué? ¿pa que me maten? Anoche mismo me «lambió» la hería la Chola y después la Antuca me «destancó la sangre con trapo quemao, y ya ve'stoy tan alto. Si no «habiendo» como las yerbitas del campo.

—¿Y al cabo que le pasó?

—Le llegó tamién, lo mismo que a mí.

—¿Cuántos cree uste que serían?

—Algunos diez serían.

—¿Usté cree que puee haber sío Luceño?

—Quién sabe, too puee suceder y na tamién, pues. Ese tal Luceño es muy «aperrá» la cosa. . . y les diré que tuvo su gran alegato con el Comandante cuando éste lo mandó a llamar.

—¿Y para qué lo mandó a llamar?

—Pa privarle que pisara más la aldea.

—¿Así fué ah?

—Así.

—Y pelearon...

—Como pelear, no; pero casi se agarraron.

—Usted cree que Luceño sea de «la familia?».

—Quien sabe, es harto corajúo... Es gallo... En esto no se puee decir ná.

El Inspector González amargado

—¿Y qué le parece, señor González?, le dijimos al famoso Inspector, y no nos contestó ni una palabra. Pero lo oímos dirigiéndose al médico legista.

—De modo que lo azotaron.

—Sí, y le sacaron la lengua.

—Y le pelaron la cara.

—¿Y no le robaron?

—No, señor:

—Mire señor Lara, no hay ninguna impresión digital que puea dar una ruta?

—No, señor.

—¿El cabo no ha vuelto?

—Ya estoy aquí señor.

—¿Y qué fué de los rastros.

El cabo lo llamó aparte y no supimos más.

Mañana daremos una gran información detallada con comentario y exposición de todas las novedades que se hayan generado».

Así decía la información de «La Guía», que era la mejor que daba por los diarios.

La investigación

El Inspector González estaba consternado; tampoco creía ahora en la culpabilidad de Luceño; pero este a los ojos de todos aparecía demasiado comprometido.

Y cuando el señor Tapia, su jefe le dijo:

—¿Usted cree que Luceño habrá tenido participación en ese crimen?

—Señor, me parece que no; es más, tengo la absoluta certidumbre de que, ahora como antes, es inocente y procuraré demostrarlo. Lo que hay es que este ñato tiene un destino feroz.

—¿Cuándo lo trae para acá?

—Ya dictó el juez orden de detención. Ahora iré yo mismo a buscarlo.

En cuanto a Luceño no podía estar más consternado. Cuando aquella mañana, luego de haber pasado el señor González, Ursula compró «La Guía» se dieron cuenta de lo que había pasado y de los comentarios del periodista, no supieron qué decir: la impresión los privó por varios segundos hasta del pensamiento. Ursula fué la primera que habló:

—Te van a pescar de nuevo... y quien sabe hasta cuando te van a tener preso.

—Yo me voy. Me iré antes que me agarren y mientras hablaba se vestía.

—Me quedaría; pero probar la inocencia cuesta mucho. Ahora, a mi me tienen «requerío».

—Pero si te vas te «acriminay». Van a creer que anday arrancando por que sois el hechor. Quédate, confiemos en Dios y en el agente González que hará lo posible por salvarte.

Se apoderó de ellos la indecisión; Luceño dijo:

—Güeno el roto fatal que soy. Parece que nací pa pagar las maldades de toos! Ahora ño Ramón 'stá «aentro» ¿quién habrá sío el que le dió lo que le hacía falta al perro ese de ño Jerez?

—Algún otro que no conocimos. Ese hombre tenía tantos picaos.

—Y ya ves, en un ratito lo dejaron pa l'historia. Bien dicen que en este mundo too se paga.

Ursula había preparado desayuno.

—No pueo tomar, dijo Luceño, tengo la garganta anudá. yo creo que me voy a ir...

—No seas loco; si te vay tenís qu'iste pa la montaña. A qué pueblo o mineral podrís llegar que no te conozcan... Ten han puesto tantas veces en los diarios.

—Así es. ¿Entonces no me quea otra que esperar como un cordero, que lleguen y me corten la cabeza? Yo, bien sabe Dios quiero ser bueno; pero no sea cosa que me vaya por otro lao... por qué no va a existir veneno peor que yo. Se van a acordar de mí.

Su expresión de suyo sombría se había hecho terrible, sus ojos brillaban de resolución. Ursula tuvo miedo.

—Esperemos, Manuel, esperemos, Dios no puee consentir tanta injusticia; como la otra vez se comprobará que vos no te habís metío en esas cosas y te dejarán libre. Pero si arrancay la vas a embarrar, sin vuelta...

Hablaba con tanta sinceridad y convicción la pobre pecadora que Luceño resolvió hacerle caso.

—Por vos que sé que me querís, me quedaré, ya sé que si me vuelven a hacer daño no estaré desamparao.

—Si no te harán ná, confía.

Sin embargo, en su esperanza no existía convicción. Ella solamente presentía que una fuga comprometería más la situa-

ción de Luceño. Si hubiera conocido un lugar donde ocultarse con él, se habría escapado. Además, con su egoísmo de mujer se daba cuenta de que una vez que Luceño saliera de la casa, su vuelta sería muy problemática. Comprendía que mientras estuviera en Santiago sería suyo, y mucho más si lo encerraban en la cárcel. Ella se sacrificaría, lo conquistaría más y trabajaría por libertarlo. Notaba que su personalidad desaparecía, que su carácter, su vida entera estaban supeditadas al menor gesto de Luceño.

Después de un momento de vacilación, sorbieron sendas tazas de café y esperaron...

Pero pasó todo el día. Ya creían que nada de anormal les pasaría cuando apareció el Inspector González en la puerta de la casita.

El momento fué solemne, Luceño y Ursula sintieron un desconocido estremecimiento. González entró y empezó a mirarlos fijamente. Sólo después de un prolongado silencio habló:

—¿Qué te parece Luceño, el medio lío en que estamos metidos?

—Yo no sé ná, señor.

—¿Quieres que platiquemos los dos? pero de hombre a hombre, sin disimulos ni mentiras.

—Jamás hey mentío. Y mucho menos lo haría con usté que tanto me ha defendío.

—¿Sabes que hay orden de prisión en contra tuya?

—Tal vez, pues, yo no sabía.

—Dígame Ursula, dónde estuvo Manuel la noche del miércoles de esta semana?

—En el día fué a Tango y se vino en la noche, a pie.

—Y qué hizo el día Jueves?

—Estuvo en cama, se sentía muy cansado.

—¿Y en la noche del Jueves?

—Siguió en cama.

—¿Podría probar lo que me dice?

—Probar...

—¿Nadie lo vió en la casa?

—Nadie, señor, aquí no viene nadie.

—¿Ni el vendedor de verduras?

—Los vendedores llegan sólo hasta la puerta y el dormitorio está en la otra pieza.

—¡Qué embromado está el asunto!

Y volviéndose a Manuel.

—Y tú, Manuel, después que estuviste en la policía de Tango, ¿qué hiciste?

—Me vine.

—¿A qué horas estuviste allí?

—A las cuatro más o menos.

—¿Y por qué no te viniste en el tren?

—Tenía ganas de andar por el campo.

—Bien. ¿Y quién te vió venirte?

—Toda la gente.

—Un galletero dice que te vió al anochecer ir en dirección al pueblo.

—Le diré, señor, el tal Jerez me retó y me amenazó, cuando me venía me dió una ola de rabia y me volví con idea de matarlo; pero no llegué al pueblo. Me metí a un huerto y allí esperé la noche y me vine.

—Y no encontraste a nadie?

—A nadie... A unos carreteros que no vi bien..

—¿A qué horas llegaste a Santiago?

—Como a las dos de la mañana.

—¿Y qué hiciste?

—Entré a una cocinería que hay en San Diego y que se llama «El conejo blanco». Comí allí un caldo de cabeza y me vine aquí.

—Ponte tu sombrero. Vamos al Conejo. Salieron.

Allí Luceño mostró la mesa donde estuvo sentado y la empleada que le sirvió.

—Usté, m'hija, conoce a este hombre.

—No, señor.

—Creo que sí. No es usté el que estuvo la noche del miércoles comiendo caldo de cabeza?

—Sí.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Luisa Peña.

—Llamó, González un auto y en él marcharon juntos a Tango.

—¿Dónde vive el galletero?

—Al final de este camino, cerca del pueblo. Allí en esa casita... Se detuvieron.

—¿Está ño Cayetano?

—Anda en la chacra.

—Llámelo en seguida.

—Juan Antonio, llama a ño Cayo.

—Esta señora estaba aquí con una guagua cuando yo pasé.

—¿Conoce usted a este hombre?

—Claro que lo conozco; es Luceño, el saltiaor.

—Está usted segura de que este hombre es salteador?

—Todos lo dicen.

—¿Y cuántos lo han visto?

—No sé pues; pero resulta que siempre que viene aquí ocurre algo. Hace tiempo apareció y saltearon en el bajo, ahora vino y mataron al Comandante. Este hombre es como los cometas malos, creo en Dios Padre.

Luceño oía en silencio con un gran gesto de desdén en los labios.

Llegó el anciano galletero.

—Buenas tardes don Cayetano. Dígame, ¿usted conoce a este hombre?

—Ende chiquitito: es Manuel Luceño.

—¿Cree usted que es salteador?

—No, señor. Fué un «coltro» muy hombre, trabaja de muy chico.

—¿Cuándo lo vió por última vez.

—El Miércoles en la tarde.

—El día del incendio...

—No, el día antes.

—¿Qué aspecto tenía?

—A mí me pareció muy triste, se me ocurrió que quería llorar. Venía por ese camino en derechura de la Aldea y parecía que andaba perdío. Al principio creí que estaría borracho y lo hablé. Pero no demostró ná.

—¿Y vió después qué dirección tomó.

—Yo dentré un medio minuto no más y cuando salí de nuevo no lo ví por ninguna parte.

—Dígame, ¿ese Comandante Jerez era muy querido aquí?

—Ese si que era bandío. Aquí todos lo querían matar. Y un roto al que casi se lo comió, uno que le decían el Ballena, juró que lo mataría.

—Y ese... Ballena no se ha visto por aquí?

—No se ha oído decir.

—¿Qué otra persona peleó con Jerez?

—Ño Justo Pastor Venegas, el que fué juez de aquí. También se sacaron la madre y se amenazaron. Y mucha gente. Este hombre metía al calabozo a too el mundo.

—Muchas gracias: tendré muy en cuenta sus declaraciones.

Salieron al camino.

—¿Donde estuviste tú hasta que anocheció?

—Aquí en este huerto.

Se asomó Luceño por sobre la pirca y mostró el sitio preciso donde estuvo. El Inspector mascullaba entre tanto:

—¿Dónde estará ese tal Ballena?

1053.—Imprenta Nascimento,—Ahumada 125,—Santiago.

El próximo episodio lleva por título:

COMO SE HACE UN BANDIDO

Teatro fácil para aficionados

PEDRO J. MALBRÁN.—Comedias bufas en un acto:

«La Guerra de don Ladislao»	$ 1.00
«El Arreglo de Washington»	1.00
«El día de los inocentes»	1.00
«Los muertos mandan»	1.00
«Las diez de última»	1.00
«Los dos quesos de Balta Marín» (Opereta bufa en un acto)	1.00

MARCELLE AUCLAIR.—«Y Pasó el amor»	2.00
CARLOS CARIOLA.—«On Parle Français	1.50
Z. X.—«El teatro de los niños» 2 tomitos con 9 comedias especiales para colegiales, los dos tomos en	2.00
RICARDO 2.º VILLAGRA.—«Monólogos y diálogos cómicos»	1.50
RICARDO 2.º VILLAGRA.—«Comedias y Monólogos»	1.50

MALBRÁN Y MARTÍNEZ:

«La tarde del Sábado». Diálogo «El santo de la comadre». Sainete, un tomo.	1.00
«Mañana me llevan preso» «En semana santa» «Julita y Romero». Diálogos	1.00
«Tito y Lulú» «La poesía y la prosa» «Los rotos choros». Diálogos	1.00
«El sepelio de don Giuseppe». Paso de comedia «En boca cerrada». Diálogo	1.00
«Mustafá se alegra» «El agua rompe la piedra». Diálogos	1.00
«Le llegó al Colo-Colo». Sainete	1.00

A. ACEVEDO HERNÁNDEZ:

$ 1.00 c/u.

«¡Quién quiere mi virtud»! Comedia en un acto.
«Cabrerita». Sainete en un acto.
«De pura cepa». Sainete en un acto.
«Camino de flores». Drama en un acto.
«Un Dieciocho típico».

Pida siempre nuestra lista de teatro para aficionados pues estamos siempre aumentando nuestro fondo de estas obras.

Pedidos a la EDITORIAL NASCIMENTO

Santiago: Ahumada 125.—Concepción: Colo-Colo 419

N.º 13 | La Novela Policial | PRECIO $ 0.50

"Como se hace un Bandido"

13.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



IMPRENTA NASCIMENTO

1931

1052 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 13

Como se hace un bandido

13.º Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

COMO SE HACE UN BANDIDO

Sigue la investigación

—Luceño, ¿tú conoces al *Ballena?*
—Si, lo conozco.
—¿Dónde se puede encontrar?
—No lo sé.
—¿Cómo lo conociste?
—Fué a la penitenciaría a decirme que si cuando saliera quería tomar desquite en contra de ño Jerez, él se ponía a mis órdenes. Y luego me mostró las huellas que dejó en su cuerpo el castigo del Comandante.
—¿Y tú qué contestaste?
—Que le recordaría su palabra. Pero hace mucho tiempo que no sé de él.
—¿Es un roto de mal vivir?

—No; era un «pioncito» trabajaor del campo. Cuando el salteo del bajo, ño Jerez casi lo mató por que se negó a declarar en mi contra.

—Pero ¿tú lo conoces?

—Claro que lo conozco.

—No sabes cómo se llama?

—No; ni ganaríamos nada con saberlo pues por estas tierras nadie conoce a nadie sino por el apodo.

—Bien. Tu salvación depende de encontrar al bicho ese.

Llegaron al pueblo. Ya una brigada de carabineros había tomado posesión de la localidad con mucha alegría de todos, y ya habían iniciado las averiguaciones.

González se reunió con el teniente señor Garín y conversó con él.

—¿Y qué se dice, ha tomado algún hilo?

—Está muy revuelto este pueblo; nadie sabe nada. El único que se señala como culpable es al tal Manuel Luceño. Dicen que estuvo aquí y que insultó al Comandante y lo amenazó. Di orden que me lo trajeran vivo o muerto.

—Pero Luceño no fué.

—¿Que no fué?

—No. Estaba en Santiago cuando ocurrió la aventura.

—¿Está Ud. seguro?

—Mientras no se me pruebe lo contrario.

—Pero si aquí lo vieron.

—El día del hecho y en la noche de ese día no lo vió nadie.

—Pero pudo estar oculto para proceder a la hora necesaria.

—La forma como se mató al Comandante me indica que se hizo un plan meditado y que los que operaron conocían mucho el pueblo y hasta el edificio de la policía. Además eran hábiles, atacaron cuando supieron que Luceño había venido aquí y peleado con ño Jerez.

—¿Usté lo conoce a Luceño?

Luceño escuchaba palpitante de emoción.

—¿Sabe a quién debe buscar Ud. teniente?

—¿A quién?

—A un roto que lo llaman el Ballena. Ese la sabe entera. Si quiere ayudarme lo pezcaremos luego y daremos este golpe juntos.

—Yo quisiera trabajar por mi cuenta.

—Usted lo verá; yo jamás me he apropiado de gloria ajena. Pero sépalo: el asesino es el Ballena.

Se dirigió a la casa de ño Justo Pastor con quien habló largamente, y por fin interrogó a todos los que pudo y todos contestaron que ni en la noche ni en el día del crimen habían sido vistos por el pueblo ni Luceño, ni el Ballena, ni nadie de quien se pudiera sospechar.

Para el pueblo el crimen constituía el misterio más profundo.

Los que habían buscado rastros perdieron su tiempo, nadie tenía ni siquiera la más leve ruta.

Los carabineros estaban trabajando acompañados por los campesinos. González se dirigió al sitio del ahorcamiento y allí encontró unos individuos que miraban el árbol y hablan. Se les acercó y les habló.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Estamos... mirando este árbol, contestó uno algo sobresaltado.

Al notar el efecto el detective dijo:

—Ustedes son de aquí?

—Sí, señor.

—¿Eran amigos de ño Jerez?

—No señor, amigos no, pero no habíamos tenío con él ninguna «dividencia».

—Entonces Uds. ¿no lo mataron?

El sobresalto de los campesinos fué mayor.

—¡Cómo se le ocurre señor.

—¿Ustedes han venido aquí todos los días, por que?

—Too el pueblo viene. No sabemos por qué no deberíamos venir nosotros.

—¿Ustedes saben quién lo mató?

¿Luceño no dicen que fué?

—¿Quiénes dicen?

—Los diarios.

—¡Qué saben los diarios.! Los que saben son Uds. ¿Cómo se llama Ud.?

—¿Yo?

—Sí.

—¿Y por qué me va apuntar el nombre?

—Para tenerlo.

—Me va «agarrar».

—No; pero necesito saber su nombre y el de otros «batos» más. Si no me lo dicen los llevo amarraos para Santiago.

—No tiene por qué llevarnos.

—Eso les parece a Uds. Ya, los nombres. El detective estaba ya muy serio, casi amenazante.

—Este se llama Juan Cevallos y yo Belisario Flores.

—¿Y dónde viven?

—Allí. Y señalaron una casa de tejas que se recortaba contra el cielo puro.

—Muchas gracias. He apuntado por orden del Gobierno los nombres de toda la gente.

Dió la vuelta como para irse, y volvió.

—Y el Ballena... ¿dónde vive?

—¿El Ballena?

Los hombres estaban desconcertados.

—Sí, el Ballena, un roto de la boca muy grande, muy amigo de ño Jerez y de ustedes.

—Ese vivió aquí. Ahora hace como un año que no se le ve por este partío.

—Pero antes, ¿a dónde vivía?

—Pasaba onde la Diente de oro.

—Sí.

—¿Cantan ahí?

—Si.

—A veces, cuando llegan personas que puean gastar.

—¿Vamos para allá?

—Ahora no. No está ahí; pero con seguridá volverá mañana a más tardar.

—¿Desde cuándo a que está fuera?

—Hará unas dos semanas.

—Bueno, mañana voy a venir a conocer a la famosa «Diente de oro».

Y se alejó, seguido de Luceño que sentía admiración por el detective que tanto hacía por salvarlo.

—Subieron al auto y se dirigieron a Santiago.

Luego estuvo todo el pueblo lleno de la noticia de que el agente había detenido a Luceño.

—Lo llevaban amarrao decían algunas viejas y agregaban:

—¡Pobrecito!

El detective dejó a Luceño en su casa bajo la promesa de no fugarse, y se dirigió a su oficina.

El señor Tapia, le salió al encuentro.

—¿Cómo le ha ido?

—Regular.

—Y detuvo a Luceño?

—No.

—¿Por qué?

—No lo he creído conveniente.

—El juez está que trina.

—Qué trine.

—¿Qué opinión tiene Ud.?

—Luceño no se ha metido en esto. Es que es un ñato muy fatal. Lo voy a tener que traer; pero antes ataré muchos cabos.

—Es que en los diarios están hablando los criminalogistas...

—¿Cuándo se callarán los diarios?

—¿Quién le pondrá puertas al campo?

—Los diarios, por fuerza deben ser escritos por ignorantes ya que van a una cantidad muy grande de gente ignorantes.

—No exagere, González.

—Digo la verdad, señor Tapia, ninguna persona culta cree lo que los diarios dicen: el periodismo es la enfermedad del siglo.

El ordenanza anunció al juez de turno. Señor Azócar.

Era este caballero un hombre de cuarenta años, algo impulsivo y que había actuado hasta hacía muy poco en una provincia sureña.

Avanzó hasta la mesa de González, saludó al señor Tapia y dirigiéndose al Inspector le dijo:

—¿Y qué hubo Inspector, detuvo ya a los individuos?

—¿Qué individuo, señor Juez?

—A ese Manuel Luceño, en primer lugar, y en seguida a la concubina de éste, a esa tal Ursula que me han dicho que es una buena pieza y a un viejo galletero del pueblo.

—¿Me permite, señor, una pregunta?

—La que desee.

—¿En la visita que hizo Ud. al pueblo, no sacó nada en limpio?

—Claro que sí.

—¿Interrogó a mucha gente?

—En el pueblo predomina la idea de que el asesino es ese tal Luceño.

—Y si yo le dijera que Luceño estaba en Santiago la noche del hecho.

—Le pediría que lo probara.

—Lo probaré.

—Por lo pronto, ¿por qué no llama a Luceño para someterlo a un interrogatorio?

Supongo que estará ya aquí y debidamente incomunicado...

—No, señor, no le he detenido.

—¿Y por qué?

—Por que no lo he creído necesario.

—Me gusta. ¿De manera que aquí el juez debe supeditar su acción a la del agente? Yo entiendo que la labor de este debe reducirse a cumplir las órdenes del magistrado.

—Perdóneme, señor, no se exalte. Pero yo entiendo que cuando se me ordena detener un individuo que el juez no conoce, no solamente debo detenerlo, sino acumular antecedentes, rodear al sujeto de todas sus acciones, no me explico bien: situar al individuo, averiguando cuanto pueda servir para el esclarecimiento de un suceso, y por consiguiente, lo traigo cuando creo cumplida mi comisión.

—Es que la opinión no admite dilaciones.

—Yo señor, trabajo para encontrar la verdad, no para satisfacer la opinión.

—¿Sabe lo que dice de Ud. la prensa?

—No me extrañaría que me culpara a mí de haber actuado en el crimen.

—Dicen que Ud. oculta a Luceño. Y como lo defiende tanto, voy creyendo que es verdad.

—Lo que diga la opinión, y en este caso lo que Ud. piense de mi, me tienen sin cuidado.

El señor Tapia quiso hablar.

—Señor, dijo el juez furioso, me quejaré al tribunal superior de que aquí se me ha ofendido.

—Señor juez, dijo el señor Tapia. No ha habido aquí ofensa. Ud. tiene su método de trabajo y lo ofusca algo la prensa; nosotros que conocemos mucho esta provincia tenemos nuestras ideas....

—Qué ideas ni qué castañuelas, señor, tráigame Ud. a un hombre y ya verá como sale de aquí a la cárcel. Yo interrogo en tal forma que no hay criminal que resista.

—Nosotros señor, buscamos la mayor suma de detalles y comprobaciones y se las entregamos al juez para apoyarlo en sus interrogatorios..

—¿Por qué cree Ud. que Luceño ha sido el hechor?

—Era el único que tenía razones para vengarse del Comandante.

—¿Razones, dice, señor? Yo no habría ido tan lejos.

—Y en que el hecho coincidió con el viaje de Luceño al Pueblo.

—Sin embargo, yo le digo que Luceño no es el hechor, y para que se convenza ahora mismo se lo haré traer.

Despachó en seguida un agente a traer a Luceño.

—Por su puesto.

—¿Quiere interrogarlo ahora mismo?

Bien. Yo quería rogarle que me firmara esta orden amplia que me permita tomar a quien crea necesario y dejarlos de la misma manera en libertad.

—Muy bien.

El juez firmó la orden.

—Yo sé quién es el asesino, afirmó González.

—Tráigalo ahora mismo.

—Voy a tratar de hacerlo. Y lo encontraré aunque se oculte en el fondo de un sueño.

—Ojalá le salga cierto.

—Confío en que así será, señor. Con su permiso.

Y el agente salió de la oficina.

—Es asombroso lo que pasa aquí, señor Tapia. Los agentes obedecen acaso quieren.

—No es así, señor Azócar; aquí los agentes trabajan y tienen sentido de la responsabilidad. Imagínese que Ud. or-

dena la detención de un individuo que resulta que no ha hecho nada.

—Lo pongo en libertad.

—Perfectamente. ¿Y cuanto tiempo lo embroma? El agente le quiere evitar estas acciones que le hacen mucho daño al público, a los ciudadanos, y es por esa razón que desea traerle los individuos que él haya determinado como culpables.

—Señor el agente no tiene que discutir conmigo, sino obedecer.

—El agente, cuando es un hombre de la conciencia del señor González, se debe por igual a Ud. y al público.

Momento más tarde Luceño se encontró ante el juez.

Lo miró con curiosidad el juez y luego de haber tomado un continente feroz empezó su interrogatorio.

—¿Cómo te llamas?

—Manuel Luceño Escalada.

—¿Dónde vives?

—En Arturo Prat 2320.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿No vive contigo una mujer?

—Sí, señor.

—¿Cuántos salteos has hecho?

—¿Yo?

—Sí, tú. No te me vengas a hacer el zorro rengo por que te diré que conmigo la vas a sacar chueca.

Luceño calló y lo miró intensamente.

—¿Sabes que todo el pueblo de Tango te acusa del asesinato del Comandante Jerez?

—No es cierto, señor juez, a mí no me acusa nadie.

—Eso lo vas a ver. Tengo detenidos a tus cómplices.

—Yo no tengo cómplices...

Arrebató el juez.

—¡Ah! no tienes cómplices, obraste solo; Maravilloso! Ahora me lo vas a explicar todo... y ligerito.

—Señor no comprendo lo que a Ud. le pasa. Le digo que yo no necesito cómplices para hacer lo que hago, pues yo no hago nada malo.

—Eso lo vamos a ver. Ahora, por lo pronto Ud. va a cantar

la verdad y si no lo hace, lo voy a carear con los gallos que lo acompañaron y que dicen que Ud. los capitaneó, que los capitaneaba desde la cárcel.

—Es embustero Ud. señor.

—Esas insolencias pueden costarte caro. Dime, dónde estabas la noche del crimen.

—En mi casa.

—¡Mentira! Estabas en Tango. ¿Quieres que te recuerde la cosa?

—No pierda el tiempo, señor. Si le falta inteligencia para encontrar al hechor y me quiere condenar, no me haga declarar; pues jamás me convencerá que he hecho algo que no existe.

—¿Dónde estabas esa noche?

—En mi casa.

—Con quien estabas.

—Con mi señora.

—Con tu concubina que fué mujer distraída en casa de la Chirigua. Sé que vives con ella porque te mantiene, flojo, sinvergüenza!

—Ud. señor, no tiene derecho a insultarme.

—En cambio tú, si que tienes derecho a saltear a la gente.

—Yo no he salteado jamás a nadie.

—Yo te conozco, haz estado en casi todas las cárceles de Chile!

—Ud. merece la cárcel.

—Si me dices otra insolencia te abofeteo.

—Y yo hago lo propio si Ud. me vuelve a llamar salteador.

El señor Tapia le propone al juez suspender el interrogatorio y esperar la gente que traería en la tarde González.

—Le voy a aceptar, señor por no desgraciarme en este individuo cínico!

Luceño es llevado a un calabozo donde queda incomunicado. González no há dicho una palabra, se ha limitado a mirar al juez.

Mientras toman las últimas disposiciones, la calle se puebla de los gritos de los suplementeros que pregonan los diarios de la tarde. Hay uno que trae grandes títulos de los cuales el más grande dice:

«El agente González va a entrar a las monjas de la caridad:»

Otro:

«Hasta hoy la policía de Santiago no ha detenido a nadie. El más intenso misterio rodea el feroz crimen de Tango».

González dijo al juez:

—Señor si Ud. me tiene desconfianza, no tengo ningún inconveniente en dejar la pesquiza. Ud. puede encargársela a otro.

—No, señor, le agradeceré que la siga Ud.

—Como tenga el gusto.

El ordenanza, entró a avisarle que el auto estaba listo.

González salió, en la calle estaba Ursula ahogada entre sus lágrimas, enteramente desesperada.

LA CONQUISTA DE RENEE

Como los acontecimientos de Tango eran de carácter palpitante y de enorme repercusión, el asunto del gran tocador de guitarra. González se lo había encargado al sub-inspector Serey y al cabo Melo dejando para sí la investigación del ahorcamiento.

La prensa por su parte, pegaba fuerte.

«Todavía no se sabe nada del asesinato del comandante de Tango. La policía ha estado completamente nula, no ha determinado nada. Es en realidad bien triste que a las puertas de Santiago se arranque a un funcionario de su casa, mientras está reunido con sus amigos y luego se lo lleven al campo, y se le azote cruelmente, se le quite la piel de la cara, se le corte la lengua y se le ahorque. Es algo horroroso, algo que debió por fuerza dejar algún hilo que ofrezca la clave; pero la policía no ha descubierto nada; espera como toda la vida, la denuncia: que alguien traiga a los criminales, la tome de la mano y la lleve hasta allí.

«La opinión publicaba, terminaba el artículo que era editorial, reclama una acción eficaz y rápida, y tiene derecho a exigir, pues si este crimen horrible queda impune, nadie puede considerarse seguro».

Y así cada día. El señor Tapia resolvió trabajar también él, en la pesquiza. En compañía de González estudió el asunto y determinó varias detenciones. Desde luego estaba enteramente de acuerdo con González y le tenía sin cuidado el clamor de la prensa, eso sí, que para él y para todo el cuerpo de su mando, era una necesidad absoluta la aclaración del hecho.

Descansaba González una mañana después de haber amanecido merodeando por los alrededores de Tango, cuando entró el sub-inspector Serey.

—Y qué dice Serey, ¿ha visto bien al tocador?

—Si, señor, es algo «turnio» y tiene una cicatriz que le señala el nacimiento de la nariz y una parte de la frente. El compañero sólo habla inglés y muy poco. Pasa sentado contemplando o arreglando sus armas. El dueño del circo los ha observado también...

—¡Ah! le contó Ud. al dueño del circo que tenía sospechas de su tocador español, y naturalmente, el dueño del circo, como su tocador le hace mucha falta, lo está empujando a usted por el desvío...

—No señor, al contrario.

—Serey, usted se ha pisado la huasca.

El dueño del circo está aquí, lo traje para que usted lo interrogara.

—¿Qué le ha dicho a ese hombre, lo ha intimidado? ¿Es chileno?

—No señor, es de una nacionalidad desconocida.

—Hágalo pasar.

Salió Serey y en pocos segundos volvió con el señor Mun, un tipo alto, calvo, de ojos azules y aspecto inteligente.

—Le presento al señor Mun, empresario de la compañía del circo.

—Servidor de Ud. señor. Los negocios no se sostienen. Antes yo tenía un gran circo, que trabajó en París, en Berlín en toda Europa. Un circo que tenía cuatro carpas como la que ahora tengo y donde además de la más completa menagerie, trabajaban cien artistas ¡Oh! tenía unos ciclistas que hacían la vuelta de la muerte, unos escéntricos musicales que tocaban hasta... el amor propio, unos jockeys, ah!

—Dígame, señor Mun, y siempre ha tenido bandidos en su circo?

—¿Cómo dice, cómo dice? Bandidos... He oído bien.

—Si, señor, ha oído bien; ¿ha tenido bandidos?

—Señor, no comprendo...

—Mire Ud. yo he leído muchos relatos y he visto muchas

películas de cosas de circo y he visto que todos los empresarios son pájaros de cuenta. ¿De qué nacionalidad es Ud?

—Mire Ud. yo... nací en Egipto, estuve cuando pequeño en el Transvaal, luego en Sevilla y más tarde en París.

—¿Qué hacía Ud. antes de ser empresario de circo?

—¿Yo? era barrista.

—Muy bien, ¿tiene sus papeles en regla?

—Sí.

—¿Dónde estuvo la última vez... antes de venir aquí?

—En ninguna parte; Si soy casi chileno, amo a esta mi patria de adopción donde han nacido mis hijos, si hace años que vivo aquí.

—¿Y dónde conoció Ud. a ese guitarrista?

—Por Mis Blanca.

—¿Cómo?

—Mis Blanca, que es mi hija mayor, una notabilísima cupletista y bailadora de rango, me dijo una tarde: «Papá, está aquí Currito de la Cruz con el tirador Willis, son atracciones mundiales, atrápelas usted». Y yo los atrapé. Y en realidad son atracciones mundiales, noche a noche se llena enteramente la carpa y se enloquece aplaudiendo, el músico es una divinidad.

—¿Y cómo llegaron aquí?

—Andaban con una tropa de gitanos con los gitanos que mandaba Boris.

—Boris... pero Boris se fué...

—Sí; pero me dejó sus atracciones ah, señor, ¿cómo se llama Ud.?

—González, señor Mun.

—Señor González, ah! no sabe Ud... Ud. no conoce a Mis Blanca, es una mujer de primo cartello y yo quiero que se case con ese músico estupendo y como esto suceda, he asegurado mi vejez. Ayer, señor tocó ante el ministro de España que le dió un gran retrato con una dedicatoria estupenda. Al mejor de los guitarristas del mundo y al mejor intérprete del alma española. Carvajal, Rengifo, Lenz están locos con él. Esta noche toca en la guitarra la «Danza Guerrera» de Rengifo, una obra formidable y de un movimiento vertiginoso. El sábado de esta semana tocará en el conservatorio.

—Es notable entonces. ¿Y cómo se llama?

—No se lo he preguntado, señor, para mí es Currito de la Cruz, así como para el público.

Se retiró el Empresario. González se quedó pensativo. Ese músico tan notable, ¿sería el bandido que el buscaba?

—Si lo detenemos se va a formar un escándalo espantoso. Intervendrá hasta el Ministro de España y los maestros compositores. Y sin embargo tengo «la tincá» de que es el famoso Cura de la Banda de Ramón Vargas.

Después de varios segundos dijo:

—¿Y la Renee qué ha dicho?

—La llevé al circo y le dije que le «atracara el bote» al músico; pero el gallo no la llevó ni el apunte, creo que está «encamotado» con la Mis Blanca, esa.

—¿Entraron a la casa del músico?

—Sí, señor, registramos cosa por cosa.

—¿No hay indicios?

—No; ni un solo recorte de diario. Hay libros que tratan de la música, mucha música y retratos de artistas.

—¿No tiene programas de teatro?

—El archivo de recortes lo tiene el empresario. El me lo mostró.

—Y de donde lo habrá sacado, dijo González pensando en voz alta.

—Lo ha ido formando poco a poco.

—De modo que Renee fracasó.

—Redondamente. Esa gringa está muy desorientada desde que Ud. le correteó a Eduardo Salazar. Llora por él. Ella no sabía que era bandido.

—¿No serán historias esas?

—Ella dice que él se demostró siempre como un caballero, nada más. Y que ella no tiene por qué preguntarle a los hombres que la buscan, su historia.

—Tiene razón. ¿Pero donde estará ese cura? Serey, no abandonemos la partida, siga en el circo. ¿Con el músico ha hablado Ud.?

—Sí, he tomado onces con él.

—De qué habla.

—De la chicha cruda y de las mujeres chilenas. En la calle se pone unas gafas.

—Bueno, haga lo que le digo, no abandone la pista. De repente entro yo y entre los dos desenmascararemos. ¿Sabe que Ud. es de la policía?

—Yo no se lo he dicho.

—Pero debe saberlo; yo creo que este va a acabar por detenernos a nosotros.

Entretanto, ¿cuál era la verdadera acción de Renee? Ella le había ido haciendo en una imprenta de un amigo íntimo, los programas y volantes y recortes de diario del gran artista Currito de la Cruz.

Por esta vez, al menos, González estaba embotellado.



LOS INTERROGATORIOS

El juez, señor Azócar quiso interrogar preventivamente los detenidos en la oficina del señor Tapia y en presencia de este jefe y del Inspector González.

El primero fué Manuel Luceño, que se negó a hablar.

Solamente dijo: yo le hey dicho que la noche que mataron a ño Jerez estaba en mi casa acostao, no se más. Es en vano que me esté molestando con preguntas ofensivas.

—¿De modo que no confiesas?

—No tengo nada que confesar.

—¿Cómo probarás que estuviste en tu casa?

—No tengo na que probar.

—Te va a costar muy caro la negativa.

—El día que quiera puede comerme.

—¡Insolente! Te va a pesar.

—Buena cosa de hombre valiente. Si yo fuera el juez, a usté lo trataría como a un hombre aunque no lo fuera.

El rencor le había crispado las manos, y acentuado el entrecejo dándole tal aspecto de ferocidad que el juez tuvo cierto temor.

—Yo no entiendo esto, dijo Luceño, no entiendo este empeño en que yo debo a la fuerza ser el autor de un crimen. Me han agarrao a cargo, ahora no hay otro que puea matar. Meconcito la suerte perra, así, por ese camino voy a acabar seguramente en bandío... y eso se lo voy a deber a los jueces.

Y volviéndose a González.

—¡Qué le parece, señor González!

—Yo estoy seguro de tu inocencia, ten paciencia esto se aclarará.

—Ya no me quea valor, señor, ya no pueo más. Ahora siento que el alma se me está envenenando y cuando el rencor me llegue al corazón no sé que haré. Yo no tenía más que una idea: ser bueno y trabajaor, y no puedo...

—Si tan seguro está usté de que es inocente, pruebe que lo es. Parece mentira que haya jefes de seguridad que tengan estas complicidades.

—Señor a otro juez le bastaría un testimonio, esto es algo que no se puede probar, usted conoce perfectamente la versión, sabe que no se puede llegar a la prueba, y sin embargo carece de espíritu de justicia para proceder.

Luceño fué llevado a su calabozo.

El señor Tapia que también estaba seguro de la probidad de González y de la inocencia de Luceño intervino una vez más, es decir aplazó el incidente muy triste que trajo por consecuencia el rozamiento entre González y el juez.

Apareció Ursula.

—Oye tú, ¿dónde estabas la noche del miércoles 11?

—En mi casa, señor.

—¿Quiénes te vieron?

—Los vecinos a los que ya interrogó.

—¿Luceño estaba contigo?

—Sí, señor.

—¡Mentira! Luceño estaba matando al señor Jerez.

—El que miente es usté, señor. El malo es usté que quiere sentenciar a un inocente, usté que parece que no es cristiano; pero la tendrá que pagar!

—¡Silencio!

Pero la mujer siguió llorando a gritos y alborotando con sus quejas largo rato.

—¡Cállate!

Ursula se calmó.

—Tú habías tenido relaciones con Luceño antes cuando estas en el «tambo»?

Ursula no respondió.

—¿Han sido cómplices en otros hechos anteriores?

—Por Dios, señor, no me diga esas cosas, por Dios, hágalo; no me pregunte más esas cosas.

—Es preciso que conteste. ¿dónde lo conociste?

—Pero si ya lo sabe Ud.

—Es que eso que me has dicho es mentira.

—Yo no sé donde encontrar una verdá pa decirle a usté.

Luego comenzó a llorar y a decir palabras sin ilación y debieron llevarla de la sala.

El teniente de carabineros, Garín, pidió hablar con González.

Salió éste.

—Oiga González tengo la misma opinión suya, el hechor fué ese tal Ballena y me han dicho que está en ferrocarril de Lebu.

—Estupendo, vale usted teniente Garín en oro lo que pesa, dijo González dándole un abrazo. Espéreme, agregó.

—No puedo debo irme inmediatamente.

—Es preciso que esta pesquiza la hagamos entre los dos. Yo conseguiré la autorización y me iré a buscarlo a su regimiento.

—Bien.

El juez interrogaba a ño Justo Pastor.

—¿Cómo se llama Ud.?

—Justo Pastor Venegas Blanco.

—¿En qué se ocupa?

—Soy agricultor. Yo fuí juez en Tango.

—No le pregunto lo que fué.

—Yo creí que a Ud. le interesaría saber...

—¡No me interesa nada!

—Muy bien, entonces me dará permiso para retirarme.

—Me permite señor juez, dijo el señor Tapia. Y a continuación.

—Yo le ruego que me perdone señor Venegas, yo lo invité aquí en calidad de amigo a fin de que ilustrara la justicia y le voy a suplicar que nos diga lo que sabe. El señor es un hombre rico y muy respetado, el de más prestigio del pueblo, terminó dirigiéndose al juez.

—Pero puedo ser reo del señor juez el día que a él se le ocurra, me alegro de conocerle el carácter.

—Perdone, señor, ¿decía Ud.?

—¿Qué impresión tienen en el pueblo sobre el asesinato?

—En el pueblo, señor, hay alegría, y perdóneme la expresión, pero es la verdad. El señor juez oyó a mucha gente expre-

sarse mal del Comandante muerto, allá lo llamaban San Bruno, y Talaveras a los guardianes.

—¿Usted tuvo un incidente grave con él?

—Sí, señor, fué grave, a mi me molestan los atropellos.

—¿El incidente fué poco antes del salteo?

—Sí, señor. Y le aseguro aquí mismo, y esta declaración tómela como le de la gana, que los que lo matararon me quitaron el «quien vive», pues yo tenía deseos de liquidarlo y si esta ocasión no encuentran al hechor, yo que lo soy moralmente estoy listo a sufrir la pena.

—El juez lo miró penetrantemente.

—¿De modo que... usted sabe quién fué?

—No lo sé, señor. Si lo supiera lo diría aunque con dolor de mi corazón, por cumplir con mi deber.

—¿Por qué con dolor de su corazón?

—Por que la desaparición de ese hombre era de una necesidad palpitante para todos los vecinos. La mayor conquista del pueblo es la guarnición de carabineros.

—Muy bien. Por lo que veo la gente de Tango gusta de hacerse justicia a sí misma.

—Señor, ese hombre estaba muy bien cimentado: hacía muy bien las elecciones y muchas otras acciones muy caras a los políticos.

—Está bien, señor, por ahora está Ud. despachado expresó secamente el juez.

Don Justo Pastor se despidió. Iba a salir cuando González le dijo:

—Tenga la bondad de darnos la opinión que tiene sobre Luceño.

—Lo creo un buen hombre; pero muy desgraciado.

—La gente no es lo que parece, comentó el juez.

—Tiene razón, Luceño lo parece pero no es bandido, apuntó González.

—Qué rara es la situación de este tal Luceño. Para mí es un tipo nuevo de criminal. Y yo creo que lo voy a condenar.

Aparecieron luego Juan Ceballos y Belisario Flores.

—Mis queridos amigos, dijo González. Uds. me van a hacer el favor de decirme aquí delante del señor juez ¿quéiban a hacer cada día al sitio donde se cometió el crimen?

—Todos iban señor, no se qué «malo» hubiera en que fuéramos nosotros.

—Es que ustedes iban todos los días y también en las noches y siguieron asistiendo después de retirado el cadáver y fueron a la autopsia y a todo, y se les vió acompañados de otros individuos.

—¿A nosotros, señor?

—A ustedes.

—Pero qué tiene de particular que anduviéramos con quienes se nos ocurriera?

—¿Pero que interés tan grande tienen Uds. por este crimen que descuidan sus trabajos por seguirlo? Supe también que le andaban sirviendo de guía al teniente Garín.

—Así es. Nosotros creíamos servir de algo.

—Muy bien. Si quieren servir de algo tengan la bondad de contestar al señor Juez.

Tomó la palabra éste.

—¿Dónde estaban Uds. la noche del miércoles 11?

—En nuestras casas, señor.

—¿Ud. Ceballos dónde estaba?

—En mi casa, señor.

—Piénselo bien, no le conviene mentir.

—Si no miento, señor.

—Cabo Melo, haga entrar a la señora Filomena y a doña Juana Pérez.

Entraron las llamadas.

—Doña Juana Pérez, dijo González, tenga la bondad de decir al juez si su marido estaba en su casa la noche del Miércoles 11.

—El Miércoles... el Miércoles...

Belisario salió temprano esa noche y sólo llegó cuando se estaba incendiando la policia.

—Señora Filomena, díganos ¿estaba su marido en la casa esa noche?

—Sí, señor, estaba resfriao, señor. Yo le dí aquella noche un sudor.

—Muy bien. Don Belisario, usté estaba mintiendo, su señora, que tiene muy buena memoria me afirma que usted no estaba en la casa, y que llegó a la hora del incendio, tenga al

bondad de decirnos dónde estaba?, preguntó con su amabilidad característica el señor Tapia.

—Esta no se acuerda, señor.

—Si se acuerda. Está muy clarito., diga, ¿dónde estaba recuérdelo.

—Le digo la verdad, señor.

—¿Qué le parece, señora Juana Pérez?

—Señor, en verdad no lo recuerdo?

—¿Me permite, señor juez? Cabo Melo, póngamelos al calabozo incomunicados, hasta que se les refresque la memoria. A doña Juana Pérez la deja en el cuarto ese donde salen ánimas, ya.

La orden se cumplió.

—Señor juez, dijo haciéndole un gesto; al señor Ceballos. lo vamos a dejar en libertad, igualmente a su señora. Señora, sígale haciendo remedios.

Cuando salieron, el juez se volvió iracundo hacia González,

—Por qué ha dejado en libertad a esos cómplices. ¿No comprendió que deberíamos carearlos con Luceño?

—Todavía no. Déjeme señor yo tengo mucha experiencia. Mañana a media noche se los traigo otra vez y entonces usted los pesca sin perros.

Pero el juez no se dió por satisfecho y protestó airadamente.

Cuando se retiró el juez, González dijo.

—Este hombre cree que todavía está tratando con mapuches indefensos...

—Pero no debemos contrariarlo.

—Ni dejarlo desbarrar. Y agregó después de una pausa.

—Señor Tapia, el teniente de carabineros sabe donde está el Ballena, ¿podemos partir ahora mismo?

—Se entiende. Vaya una pregunta, tráiganlo ahora mismo! Ya debería estar aquí.

—Mientras, dijo González preparándose a salir, entretenga usted a ese gran juez.

LAS REFLEXIONES DE LUCEÑO

Manuel Luceño desde su calabozo en el patio de la sección, oía los gritos desgarradores de Ursula y las voces de los agentes que la conducían a un cuarto de prisión. Y sentía estremecerse su ser fibra a fibra. Pensaba que en realidad era algo fatal, que dañaba cuanto tocaba y que había hecho la desgracia de su pobre Ursula, tan delgadita tan femenina, tan abnegada.

—¿Por qué la detienen a ella? ¿por qué?, se preguntaba. Y se respondía a sí mismo.

—Es que tienen la secreta idea de hacerla declarar en mi contra.

Y le asaltaba un dolor muy grande. Sabía que no haría nada que lo perjudicara y sufría al pensar en la tortura que la destrozaría.

¿No había oído Luceño mientras estaba en su calabozo, llantos de seres humanos y recias voces que interrogaban y manos que seguramente descargaban zurriagos?

Recordaba lo que él había padecido y pensaba que acaso tendría que recorrer un calvario igual (1).

Su pensamiento lo conducía a través de muchas escenas; veía por fin su casita tan limpia tan ordenada, en la que habían germinado sus esperanzas nuevas ya muertas. Muertas antes de desarrollarse.

¿Qué haría cuando desenredara su vida de la nueva maraña que la envolvía?

¿A qué rincón de la tierra se iría para pasar inadvertido?

---

(1) Antes predominaba en la policía el método del terror, que ahora, felizmente, ha sido desterrado.

No podía comprender, no cabía en su razón tanta persecusión. ¡Era fatal, fatal sin remedio, fatal!

Pensó que era imposible defenderse, que su destino ma tendría siempre fuerza para arrastrarlo.

—Yo nací decía, para «pagar patos», y quién sabe com acabaré.

—¿Por qué me vendría del norte? pensaba con dolor.

—«¡Quién adivino fuera, nunca perdiera!», decía glosando el refrán popular.

Ya hacían treinta días que estaba detenido. González trabajaba día y noche y siempre le traía una esperanza. Ese día después del interrogatorio, González le dió la seguridad de que Ursula saldría en libertad.

—Ten paciencia, esto tendrá que terminar.

—Sí, tendrá que terminar. Pa mí ya terminó. Fíjese, yo tengo su confianza; y usté con ser quien es no ha podío librarme del castigo.

—Pero por lo menos te mantendré aquí sin pasarte a la cárcel hasta que se esclarezca el crimen. Te diré que ya sé donde está el Ballena.

—¿De veras?

—Está en Lebu.

—Allá está la que fué mi novia, Mariquita, si la ve, no le diga que estoy otra vez en prisión.

La injusticia hacía en el alma de Luceño una herida corrosiva y encendía sus deseos de venganza. Se iba borrando en el poco a poco el afán de formar un hogar y tener un hijo, la idea de tener un pedazo de terreno a la orilla de un camino orillado por un canal sombreado por sauces llorones, la idea de producir lindas hortalizas y tener animalitos, de trabajar día y noche el campo, de sacarle el mayor rendimiento, de entregarse a la tierra iba desapareciendo en él. Le parecía que cuanto pudiera construir sería destruído por la ráfaga de la fatalidad que lo envolvía. Me iré, decía, andando por los caminos hasta llegar muy lejos, a donde nadie me conozca, donde nadie pueda culparme de nada malo.

De pronto pensaba en Ursula. ¿Qué haría de ella? No podía dejarla, ya formaba parte de su ser, era algo suyo, algo que su-

fría por él, una parte de su angustia, una parte de su ansia y un aspecto de su desesperación.

¿Y Ursula, que haría de ella?

¡Cómo lo hería esa pregunta, cómo lo hería!

Una noche oyó inusitado movimiento y sus oídos registraron ruido de pasos cerca de su calabozo.

—¿Qué había pasado?

El se daba cuenta por una extraña intuición de que algo malo se descargaría sobre su desgracia.

En efecto el juez, señor Azócar había hecho traer a Juan Ceballos, para carearlo con Belisario Flores.

—Don Juan Ceballos, le dijo el señor Tapia, a Ud. le extrañará, seguramente esta molestia pero, el señor juez ha creído necesaria su preciosa información.

—Resulta, don Juan Ceballos, que usted anduvo la noche del 11 del mes pasado con don Belisario Flores y otros sujetos, y que no estuvo enfermo.

—No señor, yo estuve con sudor.

—Don Juan Ceballos, don Belisario ha declarado bajo juramento que andaba con Ud. ¿Que tiene Ud. que decir?

—No andaba con él.

—¿Con quién andabas?

—Estaba en mi casa.

—No estaba en su casa. Ahora tengo la absoluta certidumbre de que Ud. es uno de los criminales de aquella noche, si Ud. fuera honrado diría dónde estaba aquella noche.

Hizo llamar a Belisario Flores y cuando hubo entrado, dijo a Ceballos:

—Muchas gracias don Juan Ceballos, le agradezco todos sus detalles. Con que Ud. fué uno de los que hicieron el incendio y lo acompañó don Belisario...

Sacaron a Ceballos violentamente de la sala. Flores estaba lívido.

—Con que señor Belisario Flores, fué Ud. uno de los que incendiaron la policía y mataron al señor Jerez.

—Yo no.... señor.

—Sí, señor, si don Juan Ceballos ha cantado muy claro. Salieron, se reunieron varios y fueron, mataron al Comandante hicieron el incendio y se retiraron tranquilamente a sus casas.

Me dijo Ceballos que Ud. le había cortado la lengua al pobre señor Jerez. Ha sido extremada crueldad. Yo sé que Jerez era mala persona, justifico que lo hayan muerto; pero, no me gusta como lo hicieron. A un hombre malo se le mata pero no se le destroza así.

—¿Usté lo aborrecía mucho?

Ceballos calló.

—Me dicen que había violado a su hija Julia... dijo el señor Tapia.

—¡Señor!...

—Ella me lo ha dicho y me ha dicho también que usté juró que lo mataría.

—Y usté cumplió su juramento terminó el juez.

Ceballos estaba aterrado, le temblaba todo el cuerpo, parecía que ya iba a caer.

—¿Usted solo, lo mató?

—No señor...

—¿Cuántos fueron, no lo recuerda?

—Yo no lo he muerto, dijo el hombre, deshecho en lágrimas, yo no lo he muerto.

—Díganos quién lo mató.

—No lo sé, señor.

—Cabo Melo, llévelo al calabozo y refrésquele la memoria.

Se lo llevaron. El juez llamó a Flores.

—Señor Flores, le dijo, alargándole la mano, le deberé a Ud. mi eterna gratitud, gracias a sus declaraciones el vecino Juan Ceballos me ha confesado su participación en el crimen. Ud. decía bien, el fué quien le cortó la lengua al infortunado Comandante.

—Yo nó he dicho eso.

—Si lo dijo; lo que hay es que como la noche está tan enrarecida no se acuerda Ud. ya. Si no lo hubiera dicho, ¿cómo lo sabría yo? Además ¿cómo lo corroboraría el hechor? Muchas gracias, señor.

Flores estaba medio muerto. El juez continuó.

—Lo malo es que también confesó Ceballos que andaba con Ud. y otros compañeros que nombró, pero que yo no le voy a decir, para compararlos con los nombres que me dará Ud.

—Ceballos no andaba conmigo.

—No mienta, no pierda el tiempo, me va a destruir las buenas intenciones que tengo para usted por su hermosa declaración. Dígame ¿por qué incendió la casa de la policía?

Creía Ud. que valía un incendio una multa injusta y la muerte de una vaca que Ud. no sabe si fué Jerez quien la mató?

—Fué él, señor, tengo pruebas.

—Tráigalas.

—Bien señor.

—Pero cuénteme primero, cómo produjo el incendio.

—Pero señor...

—Dígalo hombre, no me haga molestarme. A mí me gustan los hombres que responden de lo que dicen. Y le diré que tengo medios para hacerlo contestar... pero como sé que se portará razonable, esperaré que Ud. espontáneamente hable. Mire, Belisario, a mi para condenarlo me basta la declaración de Ceballos.

—Traidor, gimió sordamente, Flores.

—Sí, Flores, es un traidor, ya vé faltó a su juramento y lo tiene a usted muy acriminado: dice que Ud. fué quien tiró el nudo corredizo.

—No fuí yo señor....

—¡Quién fué, digamelo!

Comprendió Flores que estaba cogido y pensando desviar el interrogatorio contestó.

—Yo no sé, señor.

—¿No se acuerda Ud.?

—Yo no sé nada, señor, yo no se nada de ese crimen.

—Tan contradictorio que es, llévelo y lo pone en esa pieza cabo Melo, que otra persona traiga y cuide a Ceballos.

Fué obedecido. El juez estaba radiante.

—Recuerde, le dijo Tapia, que estos hombres los detuvo González.

—Es verdad.

Tocó un timbre, apareció un hombre de retén.

—Al cabo de patio que me traiga a Luceño.

Un minuto más tarde penetró Luceño. Tenía un aspecto despreciativo y desafiante.

—¡Qué hubo Luceño, te diré que «te llegó!».

Luceño no contestó:

—¡Cómo te vine a pillar sin perros! Todos los inculpados te nombran a ti.

—Déjese de farsa, señor, no le permito que se burle de mí.

—Ahora tengo las pruebas de tu delito: tengo las personas que te vieron, han hablado tus compañeros de aquella noche.

—Mire qué casualidad... Llámelos, ¿aónde están? ¡Llámelos ya!

El juez algo desconcertado repuso:

—Espérate, todo se hará a su tiempo. Cabo Melo, traiga a los reos.

Entraron:

—Este es el hombre que me dijeron que los había acompañado.

—No, señor dijo Ceballos.

—Pero si lo juraron.

—No lo conozco dijo Flores.

—Ustedes le guardan fidelidad mientras él los acusa.

—¡Mentira! gritó Luceño. Este hombre quien sabe qué cosas los habrá hecho declarar. Yo no los conozco a estos hombres. Los ví una vez cuando el Inspector González me llevó al terreno, no sé nada, de nada! Todo lo que este bandido dice es mentira! ¡mentira!

—¡Silencio! gritó el cabo Melo dándole una bofetada!

—Mátenme si quieren; pero no me callaré jamás. Ese hombre es un bandío. Un canalla.

—¡Remáchele una barra de grillos! Ordenó el señor Tapia.

—Remáchenme lo que quieran, algún día saldré y lo juro por el vientre fatal de mi madre que muchos se acordarán de mí!

Lo arrastraron hacia el calabozo y le pusieron los hierros.

Luceño se arrojó sobre el pavimento de la celda llorando de furor, mordiéndose los puños y lanzó un terrible juramento:

—Ya que me es imposible ser bueno, juro por la leche de mi madre, por el dolor de mi corazón, por el amor de mi pobre Ursula, que cuando salga de las manos de la justicia he de castigar con la muerte toda ofensa que se me haga y que si no me dejan trabajar saldré al camino y mataré a cuantos se me atraviesen. Viviré pa matar, ya no soy un ser humano, soy una fiera, soy un bandío!

Su dolor era horrible, su voz que subía enronquecida por el coraje fué oída en todo el patio y produjo estremecimientos, todos comprendían que ese hombre tan dolorido que había jugado su felicidad y la había perdido cumpliría sus terribles amenazas.

1054.—Imprenta Nascimento,—Ahumada 125,—Santiago

El próximo episodio lleva por título:

EL SARCASMO





EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................. $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas..................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela................................ 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6.—
Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6.—
Un juez rural.............................. 6.—
Androvar.................................... 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid......................... 6.—
Crónicas .... 6.—
El Roto, 4.ª edición .... 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos.................................. 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela.................... 6.—
Sus mejores poemas............... 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas.......................... 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías.............. 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela............... 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.................................. 6.—
Las montañas ardientes............ 2.50
Los horizontes......................... 4.—
La luna enemiga....................... 3.—
Un año de Inquietud................ 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.................................... 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela.......................... 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos.................................. 6.—
Zurzulita. novela..................... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo........ 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas.................................. 6.—
Berta Singerman.—Poesías para declamación, 3.ª edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas.. 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas... 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi... 6. —
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.................................. 6.—
Rubén Dario.—Obras de juventud... 7.50
Sus mejores poemas............... 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela.......................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela...................... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela.................................... 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino....... . ... 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela........................ 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela.................................... 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho................................ 6.—
La Danzarina de Gades (Poema trágico)..................................... 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela.. 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India................................. 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo.... .... 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin) ... 5.

N.º 14

La Novela Policial

PRECIO
$ 0.50

"El Sarcasmo"

14.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO
1931

1052 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 14

El Sarcasmo

14.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

EL SARCASMO

En libertad

Pasaron los interminables días del proceso, Luceño sufrió mil injurias, la pobre Ursula puesta en libertad, perdió su vivacidad y pasaba día y noche rondando la cárcel y la sección de seguridad, espiando al juez y suplicándole con lágrimas en los ojos, piedad para su hombre. Era fantástica la facultad de sufrir que poseía esa pobre mujer tan delgada, tan frágil.

Su casita era ahora muy pobre, estaba situada en el fondo de un conventillo. ¡Después de muchos años la pobre mujer había vuelto al conventillo que la viera nacer!

Los hombres la conocían; sin embargo todos respetaban su dolor. Poco a poco se iba acabando, en unos cuantos días se deshizo y debió dar con su debilitado cuerpo en el hospital.

Tanta alegría que hubiera sentido si su hombre hubiera

estado en libertad, al comunicarle la noticia más humana: ella sería madre!

Pero ella no sabía cuándo lo dejarían salir de la cárcel, cuando podría volver a su regazo.

—¡Me ha costado tanto, decía, y me lo quitan cuando empiezo a vivir con él, cuando empiezo a conocer la vida, el dolor y el placer del amor.

Oh! ella sabía muy bien lo que decía.

—Enséñeme a rezar, madrecita, le suplicaba a una monja muy perdonadora que la justificaba y la quería, enséñeme a rezar pa pedir a Dios por él. Sé que vendrá conmigo hasta el altar y Dios nos bendecirá: Enséñeme, madrecita, a ser buena, a sufrir y a esperar.

De rodillas ante una imagen de la Dolorosa oraba por él, solo por él, parecía no darse cuenta de que ella que se había transformado y perdido su factura de pecadora, era una mujer desgajada de la vida, una mujer sin ubicación. Había aprendido a conocer el amor, tenía necesidad absoluta de serle fiel a su hombre, había conocido a Dios y quería apartarse de la tentación; pero sus propósitos no podrían progresar. Pues las mujeres honradas, las cristianas, mirarían siempre con desprecio a la redimida, y como ella no volvería más entre las cortesanas y no sabía ningún oficio debería buscar un puesto de criada; ¡y nadie querría una criada que había sido mujer pública!

Ursula, trataba solamente de perfeccionarse y no se daba cuenta de estas realidades. Creía que todos verían su virtud, su buena intención. Ella había sido una pecadora por miseria por falta de ocupación; pero siempre tuvo en el alma el germen de una mujer virtuosa, la idea de una madre!

¡Ah! cuando naciera su hijo, ella los cuidaría y lucharía a morir por él. Llevaría adelante las más pesadas tareas por él, por su hijo!

Con gran escándalo del hospital, la Chirigua vino a verla. Ursula no se había levantado ese día, aunque estaba en franca mejoría.

—¿Cómo te va niña?

—Malón; pero no mucho. En algunos días más estaré bien, saldré e iré a verlo....

—¿A verlo?

—A él, a Manuel.

—Precisamente leí en la prensa que lo van a poner muy luego en libertad. Yo hablé con él.

—¿Y qué dijo?

—Que tan pronto como saliera se iría.

—¿Y yo?

—Piensa llevarte, dice que si te queas te carnearán.

—Y si no te llevara, ¿qué harías?

—No sé. Probablemente me moriría.

—¿Qué estás diciendo? no seas loca, niña. Quién se muere por un hombre.

—Yo me moriría por él y por mí.

—No volverías a mi casa.

—No.

—¿Qué te traté mal yo?

—No; pero no volveré.

Después de conversar detenidamente con ella la Chirigua se dió cuenta de su gran transformación y comprendió las razones que tenía para no volver a su casa.

—De modo que estás encariñá.

—Sí, señora, por la primera vez en mi vía. Y le diré que sería la mujer más feliz si encontrara la manera de morir por mi hombre.

—Pero él no se acuerda de vos.

—¡Mentira!

Como si se hubiera arrepentido de la frase, siguió:

—Y aunque me olvide, aunque me tire a la calle como a una perra, lo seguiré queriendo hasta la hora de mi muerte. ¡Sólo Dios conoce la necesidad que tengo yo de quierer! De quierer con toda mi alma, con toa mi vía, de quierer, de quierer!

Su mirada había adquirido el sello del misticismo, era en realidad una de esas enamoradas que figuran en las obras maestras del romanticismo. La Chirigua estaba admirada, ella no comprendería jamás esas almas.

—Cuando se fué la dejó una cantidad de dinero que afirmó deberle a Ursula.

Esta lo recibió y lo guardó cuidadosamente entre sus ropas.

Entretanto Luceño esperaba... La celda era fría, la piedra del pavimento dura, y dura el alma de sus vigilantes; sin embargo esperaba. Ya no hablaba, su vista había adquirido una extraña fijeza. Saldría cuando cerraran el proceso. No tenía defensor, no solamente se había negado a defenderse, sino a hablar. Ni siquiera le quedaban amenazas.

—Cuando supo que Ursula había ido a dar al hospital, dijo:

—¡Pobrecita!

Nada más; que solo su expresión se hizo cruelísima.

Un día González fué a la cárcel. Luceño que se paseaba por la galería central, lo vió por entre los hierros y avanzó a su encuentro.

—Cómo estás Luceño, te he conseguido por fin la libertad, saldrás mañana.

—¿Y qué haré cuando salga? Esperaré que hagan otro salteo y vendré a dar aquí otra vez...

—Ya no lo harán más.

—¿Encontró a los asesinos?

—Sí. Nadie te ha acusado.

Después de algunas frases más, el detective se alejó no sin antes darle un apretón de manos.

—¿Vas a salir?, le preguntó un presidiario viejo.

—Sí.

—¿Y te quedarás en Santiago?

—No; me iré al campo.

—Cúidate mucho de esa gente; que nadie sepa que vas de la cárcel. A nadie le interesará que seas inocente; para ellos solo tendrá fuerza un hecho: el haber estado tú encarcelado. Y cuando lo descubran te harán la vida insoportable. Di cuando te encuentren y te pregunten algo, que vas del hospital.

Luceño escuchaba las desconsoladoras palabras en silencio, pensando en el abismo de su vida que en vano procuraba llenar.

Preparó sus «cachivaches» y al día siguiente salió a la calle.

Salió sin entusiasmo, sin convicción, sin confianza. Salió como quien se aventura a un bosque lleno de bestias feroces y está desarmado.

En la calle encontró los brazos de una mujer que no se cansaban de estrecharlo.

—¡Ursula!

—Manuel, creí que no salías nunca!

—Pero vos, no'stabas enferma?

—Sí; pero alivié cuando supe que saldrías. El señor González me lo dijo.

—Es bueno ese hombre. ¿Y pa onde vamos?

—¿Pa la casa?

—Todavía la tenís?

—No, ahora vivo en Mapocho en un conventillito. ¿Vamos?

Llegaron hasta el cuartito cuando fué noche; penetraron por un ancho portón poblado de gente moza y llegaron hasta el número 8, tropezando en mil objetos.

En el conventillo hubo un revuelo con la

Esa misma noche fueron varias personas a cumplimentarlo por que al fin Dios se había acordado de él y no faltó vieja que el diera su gran talismán contra toda clase de persecuciones.

Cuando quedaron solos, sentados al borde de la pobre cama, se miraron a los ojos, se miraron sin hablar, y se fueron acercando hasta unirse en un abrazo supremo que luego se cubrió de lágrimas.

Luceño, ese hombre que parecía de acero, lloraba como un niño en los brazos de su compañera.

Es que la veía tan abnegada y tan deshecha y se culpaba el de sus desgracias, es que se daba cuenta de que no la podría defender.

Después de muchos minutos de angustiado silencio, se preguntaron los dos.

—¿Y qué vamos a hacer?

El dinero que la Chirigua había «pagado» a Ursula podía durar unas cuantas semanas. ¿Y después?

—Trabajaremos, dijo Luceño y agregó:

—Lástima que por aquí no hayan minerales ni ferrocarriles.

Y luego de una pausa.

—¿Y si nos fuéramos al campo?

—Vos sabrís, yo te seguiré aonde sea.

—Muy bien. Pero antes intentaré trabajar en Santiago, en las obras del Mapocho y o en los edificios.

Más tarde cuando el silencio alargaba sus manos impalpables y las confidencias se desgranaban o tomaban vida en los ensueños, Ursula comunicó a su hombre su secreto de oro.

—Una guagua? ¿Un hijo mío?

—Sí, tuyo, te aflige.

—Mira, nuestra vía es tan perra que le tengo lástima al niño, lástima. Imagínate el hijo de un cuasi bandío y tuyo...

—Es que yo soy ahora otra, he aprendío cosas que antes

no sabía... Ahora sé lo que es bueno y lo que es malo y he comprendío que hay un Dios que regula nuestras acciones y que no permite que a sus hijos les suceda na malo. He aprendido a rezar.

Luceño se rió.

—¿A rezar?

—Sí. Y mientras estuve en el hospital te encomendé a Dios y a la Virgen y oyeron mi súplica ya ves. Vos no sabís rezar.

—No.

—¿Quiéres que te enseñe?

—No. Dicen, hey oído toda la vía, que Dios es un juez. Y no creo en los jueces.

—Dios es un padre, un padre de sus creaturas. No importa que no recís, piensa en que podrás ser bueno, y en que encontrarás lo que te falta, en que alguien muy poderoso te dará la paz y el trabajo.

Mientras hablaba se arrodilló y alzando las manos a lo alto pidió fervorosamente que la fatalidad dejara a su hombre.

Luceño a su lado sentía una impresión desconocida, le tenía respeto a aquella mujer que cada día era nueva y mejor.

LA OBRA DE GONZALEZ

Después de muchas dificultades González y el teniente Garín encontraron al Ballena, que dijo inmediatamente que él había muerto a Ño Jerez e incendiado el cuartel.

—¿Solo? le preguntaron.

—Hubiera querío hacerlo solo, pero supuse que me sería muy difícil.

—¿Quiénes fueron tus cómplices?

—Varios vivientes del pueblo de los más ofendidos. A algunos les había agarrao la hija o la mujer, a otros, les había muerto los animales, o los había azotao con la famosa «cáscara de novillo». Ah! era el mayor bandío que ha habío en el mundo.

—¿Y a tí que te hizo?

—A mí me dió más de mil azotes en raciones... y gozaba el malvao cuando me pegaban... y cuando me largó me prometió matarme el día que llegara por Tango; pero lo maté yo... estamos pagaos.

—¿Luceño andaba con Uds.?

—No, señor, Luceño es un hombre bueno, capaz será cuando se enoje de veras de hacer muchas cosas malas, como ahora hará, si lo dejan, cosas útiles.

—Luceño está preso y culpao de este crimen.

—¡Qué injusticia! ¡Qué hombre más fatal es Luceño!

—Tú repetirás estas declaraciones ante el juez?

—Sí, pero tiene que queár una cosa en claro, yo no venderé aunque me maten a los que me acompañaron que toos son buenas gentes, trabajaores y criollos del pueblo.

—Hay dos presos: Ceballos y Flores.

—Los más inofensivos; esos pobres ñatos sirvieron de loros.

—Están confesos de haberle cortado la lengua al Comandante, y del incendio de la policía.

—No han hecho ná. Pero si la justicia está satisfecha con nosotros tres pa qué condenar a los otros que tan ofendíos estaban?

—La justicia tiene que saberlo todo.

—Las penas serán de acuerdo expresó Garín.

Cuando pasaban frente a la casa del cabo Cabello, el Ballena dijo:

—Esa es la casa de Mariquita, la buena moza, que fué novia de Luceño y que ahora se casó con el cabo Mayor y juez de aquí Badillo, muy buen hombre.

—¿Pasemos?

Entraron. La encantadora muchacha salió a atenderlos.

—¡Qué linda mujer! dijo Garín sin poderse contener. Mariquita se hizo la sorda.

—¿Qué se servirán los caballeros?

—Cerveza.

—¿Tres botellas grandes?

—Grandes.

Bebieron mirándola en todos sus detalles.

—¿Dígame señorita, hay por aquí alguna otra mujer tan bonita como usted?

—No sé, señor, no soy de aquí. Pero qué me encuentran de bonitura... Son muy lisonjeros ustedes.

—Dígame ha oído usted hablar de un tal Manuel Luceño?

—¿Luceño? ¿Quién es usté, señor?

—No me conoces Mariquita.

—¡Ah! el señor González? Y qué hace por aquí.

—Una diligencia.

—Y qué es de Luceño?

—Por allá está.

La muchacha se había puesto triste, parecía que lloraría; pero tuvo fuerzas para retener las lágrimas.

—Dígale cuando lo vea que me perdone. Que Dios sabe por qué me casé con otro.

—¿No es buena persona?

—El mejor partío de por aquí. Es rico y respetao... y no se molesta por que quiero al pobre Luceño que es tan fatal y tan hombre! A mi se me ocurre que va a terminar en bandido!

—También lo temo yo, Mariquita. Usté sabe lo que le ha pasao últimamente?

—Sí; lo hemos leído en los diarios.

—En cuanto llegue yo a Santiago lo pondrán en libertad.

—Entonces, váyase «altiro» no sea con que se les pase el tren.

Bebieron y partieron.

—Fina la china, dijo el Ballena.

* * *

Por fin supo el juez todo lo que le hacía falta y dictó sentencias a su antojo quedándole un solo dolor: el de no haber podido condenar a Luceño.

—A mí no me quita nadie de la cabeza que ese hombre es un bandido, afirmó.

—Entre Ud. y Luceño, dijo González, el criminal es usted.

El juez Azócar que era muy impulsivo golpeó al detective,

este de complección atlética lo castigó cruelmente. El escándalo trascendió. González fué amonestado y trasladado de zona, perdiendo Luceño con su alejamiento el único mentor que habría podido salvarlo.

Fué un asunto muy discutido por la prensa y en la que el juez llevó la peor parte.

Antes de alejarse, González recibió una carta fechada en «Las Cuevas» He aquí lo que decía esta carta:

Sr. González, detective.—Santiago.

Respetado señor:

Currito de la Cruz, guitarrista de fama mundial tiene el placer de saludarlo y de agradecerle el que no tomara Ud. personalmente la pesquisa en el caso de Eduardo Salazar, (a) el Cura.

Le aseguro que en realidad, soy un músico de resonancia mundial, yo no lo sabía, fuí bandido de profesión por vengar el honor ultrajado de una mala hermana a la que también debí matar. Ahora voy contratado para tocar en Buenos Aires, París, Berlín, Viena y todas las grandes capitales. Si Ud. me hubieta detenido habría castigado a un bandido ocasional y a un músico de un temperamento estupendo.

Logré con burdas caracterizaciones engañar a los infelices que me buscaron en Santiago, tengo papeles en regla y maté a Eduardo Salazar. Ahora voy, si Ud. lo permite, a conquistar la gloria y la fortuna y le pido perdón por todo lo que lo hice sufrir.

Tengo la seguridad de que me guardará el secreto por que Ud. como hombre culto ama el arte en todas sus manifestaciones, y le agradeceré eternamente su discresión.

CURRITO DE LA CRUZ,
ex-Eduardo Sa azar (a) el Cura

—En realidad, pensó González es un músico formidable; pero a mí no me engañó, yo sabía que era él. ¿Y por qué no le detendría? Mientras al pobre Luceño hasta las sombras lo persiguen, este mata y toca su guitarra ante las muchedumbres. Las cosas del destino.

Y rompió en muchos pedazos la carta y los lanzó al aire, que los exparció, mientras el los miraba melancólicamente.

En la tarde fué a despedirse de Luceño que no podía encontrar que hacer. Donde llegaba le decían que estaban completos.

—La ciudá me rechaza, nadie me quiere ocupar, bueno la suerte perra! Y como si fuera poco también se va a ir usté. Se me ocurre que me voy a quedar sin padre, sin luz... que pa mí se acabó too!

La despedida fué patética y González jamás olvidaría el momento en que con un abrazo se separó del hombre que debería ser uno de los más grandes bandidos de nuestros campos y que lo fué por que la sociedad de rechazo en rechazo, lo empujó hasta ponerlo fuera de la ley.

EL PIRULO

En la noche preparó Luceño sus «monos» para ir al campo. Trabajaría de lo que encontrara y si le era posible solicitaría una posesión de inquilino Ursula le había puesto en el paquete además de un acolchado y de una linda frazada unas sábanas y todo género de ropa interior. Ella se figuraba que el campo era una casa donde su hombre tendría una linda habitación entablada y quizá si con muebles.

—No te metas con nadie, Manuel, ya sabis que esos rotos son hombres de malas condiciones y sobre todo cúidate vos mismo que nadie te vea sucio, pa que no se formen mala idea de vos.

Luceño sonreía conmovido de tanta ingenua bondad y prometía obedecer. Tarde se durmieron aquella noche, cerca del amanecer la pobre mujer se despertó llorando.

—Qué te pasa?

—Soñé que íbamos por un camino que parecía una calle, entonces se comenzó a oscurecer. Vos me agarraste por el talle pa ayudarme porque yo estaba muy cansá, de repente se oscureció, bien, totalmente como en esas noches en que no hay estrellas, seguimos marchando y tropezábamos en las piedras filúas de la calle que también se iba estrechando tanto que a penas cabíamos. Quisimos volver y no pudimos; unas manos con garras, que pertenecían a unos cuerpos que no veíamos nos empujaban: yo quería gritar y no podía, me parecía que

me apretaban la garganta con un cordel, no podía tampoco llorar.

Entonces me pareció que las orillas de la calle eran de árboles espinosos que se iban moviendo poco y entrechándonos, abrazándonos con sus ganchos espinudos y desgarrándonos la carne. Luego sentimos ruido de voces que decían palabras que no entendíamos y todo se llenó de carcajás que salían del suelo, de las espinas, del aire... La noche era más negra, la angustia mortal, me pareció que estaba cubierta de sudor y sangre y que vos no estabas a mi lao... Fíjate que llegamos a una parte donde el camino terminaba, vos me dijiste:

—«Párate, no sigay, se acabó el camino! Déjame, suéltame, quiero ver si se puee ir por los árboles. Me esperé llena de miedo; me parecía que se me iba a salir el corazón por la boca. No sé cuánto esperé... me pareció un siglo. Se me daba vuelta el mundo entonce te llamé:

—«Manuel... Manuel!

—«Ya voy, espérame.»

En eso estaba cuando sentí un gran golpe de algo que se caía muy abajo y un grito tuyo... un grito aterrador que me pareció de llanto o de maldición. Quise precipitarme adelante pa caer con vos, cuando unas manos helas con garras, con espinas, me detuvieron y me desperté.

—Qué sueño más terrible! comentó Luceño.

—No te vayas, nos van a separar; te voy a perder y yo no quiero que vos me dejís. Mira, yo le dije a la monjita del hospital que cuando vos aprendieras a rezar iríamos allá y entonces el capellán nos bendeciría. Fíjate que la madrecita quiere ser la madrina del niño.

—Te queris casar conmigo a pesar de lo «asao» (1) que soy?

---

(1) Asao, desgraciado.

Es que te quiero tanto Manuel, que si no te tuviera me volvería loca. Yo tengo la idea de que no te vayas, busca trabajo al fin te dará, busca en lo que sea, si quieres yo le pediré plata a la Chirigua y podremos poner un negocio de leña y verduras. Vos te levantarás por la mañana temprano e irás a la Vega a comprar. Quién sabe si hasta una pensión podríamos poner.

—Te diré que me gusta esa «nombrá» pero no quiero que le pidas plata a nadie. Yo iré a trabajar unas semanas y cuando esté armao vengo y ponimos el boliche.

Quedaron de acuerdo, la pobre Ursula se durmió y pudo con otro sueño lleno de esperanza borrar la terrible herida que en su imaginación excitada abriera el anterior tan horrible que sintetizaba todos sus presentimientos, todo su miedo de vivir todo su horrible dolor de vivir.

Ahora confiaba, su hombre se iría pero luego estaría de vuelta y entonces trabajarían modestamente, se casarían y criarían el niño en la mayor abundancia.

¿De qué esencia maravillosa estaría formada el alma de esa mujer creyente que era capaz de tan grandes pruebas y que podía albergar ilusiones sin raíz?

El mismo Luceño que tan martirizado había sido y tanto rencor poseía, se contagiaba de optimismo y esperanza oyendo a Ursula hacer proyectos, viéndola adornar su miserable cuarto y oyéndola tocar en el arpa algunos «hermosos «trinaos» capaces de embobar al más indiferente. Mirándola se acusaba de haberla hecho desgraciada y se admiraba del cambio tan total operado en ella. Esa mujer no era aquella pizpireta que él había conocido, aquella que se «chicoteaba» con los carceleros de la penitenciaría y que respondía con tanta prontitud las pullas y los piropos. Esta mujer reflexiva, tierna, previsora, tan cariñosa era otra... una especie de mártir casi una santa. Luceño com-

prendía que la adoraba, y estaba resuelto a hacer todo lo que le fuera posible por agradarla.

La quería tanto que cuando oyó el relato de González respecto a su ex-novia Margarita Cabello, apodada la buenamoza, no sintió ninguna emoción. El mismo Luceño se maravilló. En cambio Ursula dijo:

—Ella tuvo la culpa de lo que pasó aquí; si ella no hubiera plantao a Manuel, éste se había ido p'allá y no lo habrían culpao de la muerte del comandante... ¿Qué mujer era esa que aceptaba hasta su completa eliminación por el hombre que amaba?

Luceño empezaba a comprenderla. Sabía que era firme, fiel y valiente para luchar, que la vida, pcr cruel que se presentara, la encontraría de pie.

¡Oh, virtud de la mujer chilena del pueblo, en cada una hay una mártir, en cada una un vaso de ternura, y de heroismo y una santa!

Poco antes de la salida del sol salió Luceño por la calle de Manuel Rodríguez, atravesó el puente y entró a Hornillas que ahora se llama Fermín Vivaceta y que recuerda a un obrero que supo alzarse y llegar a ser uno de los símbolos de nuestro pueblo. Mala avenida era esa de Hornillas, en cada casa de las del otro lado del puente había una taberna y mujeres de placer, cada casa era también reducto de bandidos y de seres de la peor especie. Hombres de aspectos patibularios y de hechos torcidos andaban como en casa propia. Ursula que se había empeñado en acompañar unas cuadras a Luceño, miraba con horror a esos hombres que se recogían a sus guaridas a esa hora o que salían a airear su borrachera.

—A esos que parecen toos ladrones los dejan en libertá y a vos te agarran... Sus palabras suaves interpretaban una sentida protesta.

—Así es el mundo, pues, dijo Luceño, y que le vamos a hacer. Ya ves yo. Hace una cantidá de tiempo que estoy pagando las habas que se comió el burro.

Caminaban dentro de la hora dorada de la aurora, bajo el alma del sol, no hablaban, solo andaban, el aire llenaba sus pechos y distraía sus pensamientos. Cuando pasaron frente a la iglesia del Buen Pastor la vibración del metal estremeció sus almas, ellos caminaban al pie del alto muro revocado de barro y paja del convento, y junto al canal que arrastraba sus turbias aguas trájicas, penosamente.

En la calle Nueva de Matte, Luceño rogó a su linda y abnegada compañera que volviera hacia la casa. Un gran abrazo, y luego la separación. Ursula se quedó clavada en el camino, sin poder moverse, las pupilas encortinadas de lágrimas y la vida vacilante de un dolor desconocido.

Ni siquiera dejó la agudeza de una vieja lechera que le dijo:

—Ese no volverá mi hijita. Los hombres son así cuando vuelven las espaldas.

Ursula entró por la calle Nueva de Matte en dirección a Independencia para tomar allí un carro que la condujera al centro.

Tan campesino era Luceño y tan aturdida estaba Ursula que no se les ocurrió utilizar el carro (tranvía) en el viaje.

La calle Nueva se despertaba. Entonces estaba bordeada de ranchos de paja que eran en su mayoría burdeles de baja estofa, y reductos de asesinos. Allí mientras mataban a la víctima le cantaban la famosa cueca llamada la Santiaguina que tiene el estribillo que dice:

Al pasito al pasito Armandito
la vida no te apresures

que el amor que te tengo
al pasito, al pasito Armandito
la vida, quiero que dure.

Los alaridos de la víctima cubiertos por el ritmo alegre y canalla de la variante popular no se oían...

Por allí pasó Ursula y varias voces la llamaron por su nombre pero no se volvió, probablemente no las oyó abrumada con su dolor.

Luceño siguió caminando y llegó al primer puesto de policía en los «Pasos de Huechuraba».

—Alto, pa onde va, amigo, le dijo el sargento de la guardia.

—A buscar trabajo mi sargento. En Santiago no se halla en qué «pegar». Lo miró atentamente el policía y lo despidió:

—Qué le vaya bien.

Y luego le dió una noticia:

—Tal vez los Vergara necesiten, trabajadores pa la viña.

—Prefería de Minero.

—En la puntilla de lo Ruiz hay trabajo reventando piedra.

—Muchas gracias. A la Puntilla me iré.

Y siguió muy esperanzado.

Salió el sol, Luceño no sentía la fatiga, quería llegar enseguida a tomar su sitio en el trabajo, en la viña, en la «destroncadura» o en la cantera. Lo que quería era trabajar.

Llegó por fin a la puntilla de lo Ruiz y se alistó en el trabajo que tanto conocía.

Debía trabajar al día siguiente que era un jueves. Le dieron sitio en un rancho para que dejara sus monos y le mostraron donde estaba la «camarada» que daba la comida.

Como era temprano y no trabajaría hasta el día siguiente anduvo recorriendo la región y extasiándose en las labòres agrícolas y mirando con ansia los rebaños que tanto amaba.

No reparó, en su entusiasmo que el sargento del retén local lo vigilaba disimuladamente.

Cuando se disponía a volverse el policial se le acercó.

—Parece que le gustan mucho los animales a usté.

—Me gustan, me gustan mucho.

—¿Usté va a trabajar aquí?

—Sí, yo he sio minero en el norte.

—Después de varias frases, al parecer sin importancia, el sargento se despidió dándole la mano.

—Tiene muy suave usté la mano, no va a resistir el trabajo del barreno.

—Es que estuve mucho tiempo en el hospital.

—Pero no tiene cara de enfermo.

—No iba a venir al trabajo enfermo.

—También es cierto.

Diciendo así se alejó el sargento.

Luceño lo miró alejarse y una sombra enlutó su alegría. Luego se dirigió a las labores andando lentamente, como si temiera algo.

Estuvo mirando un rato, y se dirigió al rancho; tenía la idea de marcharse en seguida. Allí estuvo sentado, meditando. Se levantó y se asomó a la puerta y pudo ver que el sargento se alejaba rápidamente como para evitar que él lo viera.

Cuando fué a la comida, no tenía apetito, un clavo de dolor crucificaba su vida.

El sargento llegó también allí y pidió vino.

—Por que'stá de tan poco comer amistá, el trabajo es pesao.

—No le tengo miedo, lo hay hecho mucho tiempo.

—Pero le gustan más las ovejas que la broca.

—Qué me quiere decir.

—Na. Yo le encuentro razón. Mucho mejor es el negocio. ¿Quiere servirse un trago?

—No bebo yo.

—Este minero, dijo el sargento, tiene manos de señorita, mañana va a a correr sangre.

—Acaso no corre esta noche, dijo con sorna un roto mal agestado que respondía al remoquete de el «Pirulo».

—¿Le queris tantiar el cartón. Pirulo?

—Yo vine a trabajar y no a pelear.

—Pero aquí tienes que trabajar y pelear.

—Pero no pelearé.

—Es que el miedo es cosa viva.

—Yo no le tengo miedo a ningún hombre debajo del cielo, no he temío jamás ni a los hombres ni a los trabajos.

Había tanta resolución en sus palabras que los mineros y picapedreros quedaron un instante silenciosos.

—Bueno el gallo, dijo el sargento, se ve que ha sido vendedor de pan.

Luceño lo miró profundamente, con tanto desprecio que el sargento sintió el despecho, y la humillación en lo más profundo de su alma.

El Pirulo que era objeto de muchas miradas burlescas se levantó y acercándose a Luceño le dijo:

—Con que es guapo su mercé.

Todos largaron la carcajada.

—No soy guapo; pero pa pegarle a rotos imposibles como vos, no hace falta ni arrugarse.

—Ave María l'araña, el medio cerro que se va a poner temblar, dijo el Pirulo.

Y volviéndose al sargento:

—Si me da permiso, sargento, le diré a este aniñaito santiaguino cuántas son cinco.

—Por mí, no matándose...

—Como se le ocurre que me voy a desgraciar en este pobre marucho (1).

Luceño se volvió y pudo ver que el Pirulo se despojaba de sus ropas y que todos dejaban la comida.

—¿Va a ser a fierro, preguntó?

—A combo, a combo! gritaron todos.

Tranquilamente se levantó Manuel y de un solo golpe dejó tendido, cuán largo era el marucho que quedó bañado e sangre. Volviéndose a todos dijo:

—No le quería pegar. Toos son testigos.

Se sentó de nuevo a la mesa que estaba ahora rodeada por hombres asombrados y se dispuso a comer, saliendo luego en dirección al rancho. En el despacho compró una vela y pudo notar que lo miraban con malsana curiosidad.

—Si es él, decía una muchacha.

—Señor, quiere decirnos su nombre?

—Luis Tapia.

—Ay, yo creía que era usté un hombre a quien yo quiero mucho por lo que ha padecío injustamente, usté se le parece mucho.

—Y quién es?

—Manuel Luceño. Yo le vi hace tiempo, cuando fué a Santiago retratado en los diarios.

—Desgraciadamente no soy yo ese mortal dichoso que a usté le simpatiza.

Buenas noches.

---

(1) Capón que cría pollitos

Llegó á su rancho y extendió su cama a la que se echó vestido. Entonces notó con melancolía que la ternura de Ursula le había puesto hasta objetos de tocador en el paquete. Además, servicio de mesa, una linda taza, platos, una tetera de té y una olla de fierro esmaltado. Además una imagen pequeña de la dolorosa y un libro que Luceño leía con deleite: «Las aventuras del bandido chileno Joaquín Murieta en California».

Estaba contemplando sus cosas cuando entraron a visitarlo el sargento y el contratista.

—Oí decir, joven Tapia que Ud. de un solo suácate casi mató al Pirulo y lo vengo a felicitar. Ese es un roto muy odioso.

Luego mirando el acolchado, las sábanas, la linda frazada, el servicio de mesa y demás objetos, le dijo:

—Pero Ud. se equipó como pa veranear...

—Fué la mujer la que echó tanto embeleco al atao e «monos».

— Y también trajo el libro e misa, dijo el sargento, tomando el libro de Murieta.

—Me gusta mucho, dijo Luceño. Ese hombre padeció mucho injustamente.

—Pero que requete oloroso está este cuarto, cualesquiera creería que vive aquí una señorita de Santiago.

—Esta mujer tiene la culpa de que el sargento me janee.

—Adónde me dijo que había trabajao antes?

—En los carriles del norte. Yo llegué a la Paz. Conozco el trabajo de minerales también.

—Pero hacía mucho tiempo a que no trabaja en esto?

—Poco más de un año.

—Y adonde estaba.

—En Santiago.

—Y qué hacía.

—Na. Estuve enfermo y después buscando trabajo.

—Es que usté parece oficinista.

—Así es... Pero mañana cuando usté me vea cargar tiros se va a dar cuenta de que soy minero.

Después de algunas conversaciones se alejaron el sargento y el contratista. Cuando Luceño se quedó sólo, se acercó hasta la puerta. La luna era esplendorosa, y Luceño amaba tanto el campo y la soledad que resolvió salir a dar una vuelta. Le parecía que estando bajo la luna se sentía en el comienzo de su nueva senda, con el barreno y con la broca, rompiendo piedras construiría la base de su nueva vida.

Luceño tenía fe en el porvenir creía que nada podría resistir a su fuerza, siendo su brazo capaz de llevar a cabo todas las labores, debería seguramente triunfar. Y acordándose de Ursula y del hijo que vendría, se sentía más fuerte y más capa z

Pero Luceño no había notado que el sargento y el contratista hablaban en la sombra cuando el salió, ni tampoco se dió cuenta de que lo siguieron hasta situarlo.

—Ese hombre, decía el sargento, me es profundamente sospechoso; es un hombre hasta lujoso que no necesita venir a trabajar entre estos rotos.

—Mañana lo veremos en el barreno.

¡VOS SOS LADRON!

La derrota fulminante del Pirulo si bien puso de actualidad a Luceño trajo como consecuencia una gran reacción en su contra.

En primer lugar las sospechas del sargento se acentuaron más y más con las largas ausencias de Luceño que gustaba de vagabundear por las noches. En la región se estaban perdiendo los ganados y nadie había podido encontrar los rastros del misterioso ladrón, fácil le fué pues, al sargento suponer que los paseos de Luceño tenían por objeto ponerse de acuerdo con sus cómplices que deberían ser muy hábiles.

En el trabajo se expedía bien; pero se comprendía que había perdido la costumbre de laborar. El Pirulo por otra parte había jurado que lo mataría y el día viernes, precisamente echó a rodar en dirección de Luceño una gran piedra, este apenas tuvo tiempo de ponerse al abrigo del peligro cuando la sorpresa se hubo calmado se dirigió al Pirulo y tomándolo de un brazo lo llevó hasta el camino y le dijo:

—Sé que habís dicho que me matarís; te diré que como no lo hagay mientras duerma, la cosa es imposible. Yo, ñato, soy hombre. Ahora vas a pelear conmigo, te voy a marcar y va a ser con este cuchillo de palo de espino que hice pa enseñarte a pelear.

Todos habían dejado sus labores y formaban corro al

rededor de los contendores. Pirulo miró a su alrededor y ciego de rabia «peló» su corvo.

Luceño no utilizó ni el escudo que por lo general lo forma una ropa del peleador que puede ser el poncho, el sombrero o la blusa.

Desdeñosamente se puso delante del Pirulo que blandía amenazador su cuchillo, temido en el radio.

Luceño lo dejó tirar unos tajos que esquivó admirablemente, luego se tiró a fondo y le hizo una cruz en la mejilla, una cruz profunda, aunque la herida había sido hecha con un cuchillo de madera.

Loco de rabia, el Pirulo se tiró a matarlo, Luceño entonces maniobró en tal forma que lo desarmó. Saltó lejos el cuchillo del Pirulo, este quiso recuperarlo, entonces Luceño lo tomó y le dijo:

—Si quieres seguir peleando será ahora de otro modo; yo también pelearé con fierro. Yo te dí esta lección solamente pa probarte que no sois hombre pa mí y que no te conviene meterte conmigo, pues aunque tengo buen genio, cualquier día me pillas con rabia y me «desgraceo» en vos.

El Pirulo guardó su cuchillo y Luceño el suyo. Dirigiéndose a todos dijo:

—Ustedes me han recibido mal, parece que lo que yo trabajo les hace falta a ustedes, además le han echado carbón a ese infeliz pa que me pegue sabiendo que no es capaz. Ahora yo desafío a cualquiera de Uds. y a todos si pueo defenderme con mi cuchillo, todos son unos maricas! Nadie contestó. Tranquilamente Luceño fué a su trabajo y ya nadie lo molestó.

El sargento había comunicado al comandante de policía sus sospechas respecto al hombre extraordinario que había llegado a trabajar a las canteras.

—Y en qué se basa, preguntó el comandante, muy parecido por lo demás a ño Jerez.

—Es un peleador formidable. De un solo golpe aturdió al Pirulo.

—Eso nada tiene de particular.

—Sí; pero todas las noches sale del rancho , hace las noches día y es muy misterioso, y tiene entre su equipaje desde el acolchao al agua de colonia.

—Maneja plata?

—No sé.

—Es muy importante que lo averigüe. ¿No dice que asegura que hace mucho tiempo que no trabaja?

—Sí, así ha dicho.

—Si es así ha de estar como «cuesco». Vaya y cámbiele diez pesos en sencillo. Fué el sargento y pidió que le cambiaran. Cuando pasó frente a Luceño, éste que no estaba prevenido, le cambió el billete, pues él tenía lo que le había dado Ursula, del resto dejado por la Chirigua a ésta en el hospital.

Se retiró el sargento sin decir nada.

Luceño siguió trabajando.

—Tenía, mi comandante.

—Entonces deténgalo.

—Hay que conseguir orden del juez.

—La pide ahora.

—Le diré que va a costar pa hacer hablar a ese gallo y que va a haber que trabajar con precaución, pues es un tirador de cuchillo, formidable.

—Es que usté le tiene miedo sargento.

—Yo, mi comandante, no le tengo miedo a nadie.

—Después de amarrado, yo tampoco.

Llegó el día domingo. Luceño que había estado tranquilo se dedicó a visitar la región para ver manera de instalarse allí

con su compañera. Las tierras le parecían buenas, sería pues, cuestión de hablar con los propietarios. Tal vez allí podría realizar en parte su sueño de gloria: tener un cerco sembrado, una vaquita, un caballo, unas ovejitas y un cordero guacho...

Estaba meditando cuando un soldado de la policía le notificó que su comandante lo quería ver. No era aún el medio día. En la capilla del caserío había misa mayor oficiada por un clérigo santiaguino.

Mientras buscaban a Luceño el comandante preguntó al sargento si habría algún propietario de ganado que pudiera identificar al ladrón.

El sargento contestó afirmativamente. Eran varios los señores que habían venido a decir que ellos lo conocían.

Llegó Luceño.

—Cómo le va, amigo, le dijo el comandante.

—Bien, señor.

—De adonde es usté.

—Del norte, señor; pero últimamente estaba en Santiago.

—Donde trabajaba.

—No tenía trabajo, señor.

—No querría trabajar Ud., pues hombre. Cómo no iba a encontrar nada que hacer en una ciudá tan grande.

—Ya lo ve pues, señor, no encontré: como yo no tengo oficio.

—Así es que no encontró trabajo en su oficio.

—No, señor.

—Ah, ya. Dígame qué paseos son los que usté hace todas las noches por los alrededores.

—Me gusta mucho la noche a mí, señor y me paseo solo.

—Me parece raro su gusto. ¿No se cansa con el trabajo?

—Soy muy vigoroso señor.

—Cómo explicaría usté unos robos de animales que se han hecho aquí desde que usté llegó.

—No podría explicarlos. Qué quiere usted que yo sepa de eso?

—De manera que no sabe?

—No, señor.

—Muy bien. Yo le voy a refrescar la memoria. ¡Cabo Durán! Amarre a este individuo al palo para que recobre su memoria; no se acuerda, ¡el lindo! que es él quien se roba los animales.

—Yo no me robo los animales, dijo Luceño con firmeza.

En ese momento el cabo quiso cogerlo. Luceño lo tendió de un golpe.

—Mire, comandante, pida informes de mí a Santiago antes de proceder a vejarme!

—¡Vos sois ladrón! Se te conoce hasta en el modo de alegar. Presidario viejo, se te conoce en la mirada.

Revólver en mano se acercó a Luceño:

—Amárrelo, cabo, si pestañea lo dejo seco al canalla!

El cabo lo ató apretándolo cruelmente y le descargó varias bofetadas.

—Refrésquelo con unos valdes de agua.

Así se hizo. El comandante se dirigió a la capilla para rogar al cura que en la plática dijera que en el cuartel estaba detenido un hombre que se había sorprendido merodeando por las chacras vecinas.

Mientras tanto el cabo Durán, interrogaba a Luceño intercalando azotes después de cada pregunta.

—A ver, ladrón, sinvergüenza, canalla, aónde tienes los animales?

—Quiénes son tus cómplices?

—Dónde estuviste anoche?

—Te diré que aquí va a terminar tu carrera criminal; después que te escarmentemos te mandaremos al juez Azócar pa que te dé tu merecido! Muchas preguntas le hicieron, más Luceño no contestaba. Muchos azotes recibió sin quejarse. Su aspecto era profundamente triste chorreando agua, ensangrentado por los golpes movía a compasión.

Cuando salió la gente de la misa desfiló ante el ladrón que atado a la picota esperaba sus identificaciones.

Cuando pasó la muchacha que se había compadecido de Luceño y le había preguntado su nombre. Luceño le dijo:

—Le juro, señorita, por la memoria de mi madre que soy inocente...

Se lo creo señor, dijo la muchacha llorando.

En realidad la gente estaba consternada. Parecía muy poco edificante el espectáculo de un infeliz atado y ensangrentado a la salida de una misa en que se había hablado de perdón y de amor.

El alcalde se lo hizo notar así al comandante.

—No les tengo compasión, señor, si estos son unos hombres muy malos, hay que acabar con la mala semilla, esa fué la que Cristó echó al fuego.

El cura pasó erguido: el atormentado no le merció siquiera una mirada.

Aunque nadie lo reconoció y todos lo compadecieron, permaneció allí toda la tarde, y solo fué retirado y hundido en un calabozo cuando ya era de noche.

El sargento se hizo cargo de sus especies y dió a Luceño un viejo jergón. Hasta ese momento nadie pudo hacerlo hablar. Tampoco probó un bocado.

El comandante fué verdaderamente en busca de todos los agricultores que habían perdido ganado y el cabo Durán le ataba cada día al palo y lo azotaba entre pregunta y pregunta.

Cuando todos lo hubieron reconocido lo pusieron en libertad con prohibición absoluta de volver por el lugar.

Solamente la muchacha del despacho lo despidió dándole unos panes calientes y el Pirulo su semana de trabajo.

—Tome, hermano, le dijo, nunca conoceré un hombre como usté, perdóneme y recíbame lo que le doy pues se lo entrego de too corazón!

Luceño recibió las dádivas en silencio y se marchó llegando a su cuarto enteramente deshecho.

Nada dijo a Ursula; pero ésta comprendió su enorme angustia y su sed de venganza.

Cuando ya estuvo sano, se despidió de ella besándola mucho y desapareció de nuevo, pero ahora ya no iba a ensayar su papel de hombre de bien, ahora iba a vengarse, ahora iba al camino a sembrar dolor, a llorar de dolor y a perderse entre una ola de sangre!

El próximo episodio lleva por título:

LA BANDA DE LA CRUZ DEL SUR



EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................. $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas.................... 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. .... 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela................................. 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6.—
Pedro Prado.—Alsino, 2.a edición.. 6.—
Un juez rural.............................. 6.—
Androvar..................................... 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid.............................. 6.—
Crónicas...................................... 6.—
El Roto, 4.a edición .... 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos..................................... 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela............................ 6.—
Sus mejores poemas..................... 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas................................ 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías................ 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela.................. 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.. 6.—
Las montañas ardientes.............. 2.50
Los horizontes............................ 4.—
La luna enemiga.......................... 3.—
Un año de Inquietud..................... 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.a edición.. 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela................................ 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos....................................... 6.—
Zurzulita, novela.......................... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela... 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo...... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas..................................... 6.—
Berta Singerman.—Poesías para declamación, 3.a edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas... 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas.. 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi.. 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.. 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud.. 7.50
Sus mejores poemas.................. 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela............................ 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela............................ 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela... 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino........................ 5.—
Effie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela............................ 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela... 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho.................................. 6.—
La Danzarina de Gades (Poema trágico)...................................... 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela... 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India....................................... 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo.................... 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin).. 5.—

N.º 15 La Novela Policial PRECIO $ 0.50

"La Banda de la Cruz de Sangre"

15.º Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



MPRENTA NASCIMENTO
1931

Si esperábamos de antemano una buena aceptación del público a nuestra publicación de «La Novela Policial», no creíamos que fuese tan amplia como ha resultado.

Manuel Luceño no es una novela vulgar de acciones policiales tomadas sin estudio; es una novela que parece sacada de la realidad.

Sus personajes son tan reales que nos parece que ya hemos visto o leído eso en alguna parte, y la causa es porque su autor conoce a fondo el ambiente como cronista que es de la sección policial que ha atendido por varios años en diarios y revistas.

N.º 1 **Manuel Luceño**
N.º 2 **La Sinfonía del Cuchillo**
N.º 3 **La Celda 52**
N.º 4 **Una tragedia de amor**
N.º 5 **La Bestia de fuego**
N.º 6 **Un amor humilde**
N.º 7 **El fabricante de bandidos**
N.º 8 **El duelo en la sombra**
N.º 9 **La carta de la libertad**
N.º 10 **Sobre la pista**
N.º 11 **La banda del Ballena**
N.º 12 **La sonata trágica**
N.º 13 **Como se hace un bandido**
N.º 14 **El sarcasmo**
N.º 15 **La banda de la Cruz de Sangre**
N.º 16 **Un proceso sensacional.**

DEPOSITARIO GENERAL:

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 -:- Casilla 2298 -:- Santiago
o su Sucursal: Casilla 2290 -:- Concepción

EDITORIAL AVENTURA.

1052 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 15

La Banda de la Cruz de Sangre

15.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

LA BANDA DE LA CRUZ DE SANGRE

Un puñal hambriento

Sobre un senderito perfumado que corre suave como mano de mujer por entre la mancha oro de los aromos en flor, y mientras iba en reclamo del amor, alcanzó la muerte el comandante del caserío que circunda la Cantera de Lo Ruiz.

Allí fué encontrado, al día siguiente mientras el sol bailaba en los botones de su uniforme, en su pulido sable y en las hebillas de su cinturón.

No le habían robado ningún centavo, solamente lo mataron con tan certera puñalada que le dividió el corazón. El comandante también tenía corazón.

Pero el asesino o los asesinos habían dejado algo como

una firma, como un sello, una cruz formada por dos heridas en la mejilla derecha de la víctima.

Todo el pueblo acudió al sitio del suceso caminando sobre una senda de sobresaltos, el sargento, el cabo y todos los soldados de la policía y también el alcalde que impidió que movieran el cuerpo del occiso. Se telefoneó a Santiago, acudieron el juez del crimen de turno, señor Azócar, el jefe de la Sección señor Tapia, el médico legista y empleados de la sección dactiloscópica.

Con todas las necesarias precauciones se procedió a establecer si sobre el cadáver había algún indicio que permitiera identificar al hechor que había obrado sólo por espíritu de venganza, pues no había robado el dinero del comandante. Pero los dactiloscopistas no encontraron una sola huella que les permitiera orientarse, sólo la marca de un zapato en la orilla del risueño senderito que corría por entre la mancha de oro de los aromos.

El cuerpo desangrado del comandante al cual habían acudido ya numerosas moscas fué conducido al Instituto Médico Legal que entonces era una rudimentaria Morgue, el juez y el señor Tapia se llegaron hasta la policía con el objeto de interrogar a las personas que pudieran orientar en alguna forma la pesquisa.

El sargento opinó que el hechor debía ser un roto cuatrero que había estado preso en el cuartel por juzgársele el culpable de los reiterados robos de animales ocurridos en toda la región desde el Tambo de Colina a Polpaico y hasta Quilicnra.

—¿Lo trataron mal aquí?

—Le dimos algunos azotes porque se negó a hablar.

—¿Cómo era el roto?

—Alto, bien formado, blanco. Ligeramente zambo, muy altanero, y un diestro en las «guantadas» y en el cuchilo.

—¿Cómo se llamaba?

—Dijo que se llamaba Luis Tapia.

—¿Cómo llegó aquí?

—Vino a trabajar de minero. Aseguró que conocía todo el trabajo y que había estado en lo cerriles de Bolivia.

—¿Y de dónde procedía?

—De Santiago, señor.
—¿No tenía referencias?
—No, señor.
El contratista de las canteras llamado para juzgar sobre la competencia del presunto asesino dijo:
—Yo lo creo un conocedor absoluto de todo el trabajo de minas. Además tiene todo el aire del trabajador de los grandes ingenios, y sobre todo es el más estupendo esgrimista de cuchillo. Es un tipo maravilloso; aquí lo trataron mal estúpidamente, hicieron un asesino y yo me privé de un gran obrero.
El sargento dijo entonces:
—Pero cuando Ud. lo anduvo observando en mi compañía no pensaba así.
—Yo no lo podía contrariarlo a Ud. Contrariarlo habría sido perderme.
—Explíquese, dijo el juez.
—Si cuando el sargento Moya vino a mí para preguntarme la procedencia del obrero nuevo, y a manifestarme que lo encontraba sospechoso del robo de animales yo le hubiera hecho la más mínima objeción, me habría acusado a mí de complicidad.
—Exagera Ud. dijo el sargento.
—Ahora lo que hicieron con ese pobre individuo fué perfectamente odioso. Después de un interrogatorio infamante y de haberlo espiado indignamente, lo ataron a un palo que tienen en la puerta de la policía frente al camino, a este precisamente, obsérvelo, señor juez, tiene manchas de sangre de las mil víctimas que aquí han sufrido. Le echaron varios baldes de agua encima y lo azotaron cruelmente, y ese tal cabo Durán lo abofeteó. El individuo se ha vengado y es lógico.
—¿Dice que había llegado de Santiago?
—Sí; y tenía muy bonitas cosas, un acolchado, servicio de mesa, un santito, las aventuras de Joaquín Murieta y sábanas bordadas, y esos objetos no los llevan los trabajadores... Ni tampoco los bandidos, sargento.
—Dijo sonriéndose que había sido la mujer la que se los había puesto en el fardo de monos»...

—¿La mujer?

—Sí, eso dijo.

—Entonces no me cabe duda: Se trata de Manuel Luceño; afirmó el señor Tapia.

—Ese Manuel Luceño, dijo rencorosamente el juez, lo tengo clavado en la garganta, y yo lo dije: Ese hombre no debemos soltarlo, es un bandido, un asesino, no me cabe la menor duda de que dirigió la cuestión de Tango. Por lo que se ve, se dedica a la caza mayor, a matar comandantes.

—Ojalá que no mate también, jueces, apuntó con ironía el señor Tapia.

Muy picado el juez repuso:

—Cuando sepa que la jefatura de la Sección de investigaciones está de su parte me matará. Pero yo pediré garantía para mí persona.

—Dentro del radio urbano, respondemos de Ud. fuera no.

—Pero estamos perdiendo el tiempo de una manera lamentable. El asesino no ha debido alejarse mucho, aún es posible que esté por los alrededores y que como todos vuelva al sitio en que quedó su víctima, disponga Ud. señor Tapia los trabajos preliminares.

—Se limitarán a buscar a Luceño, por cielo y tierra, hasta encontrarlo, pues no me cabe duda de que el hechor es él.

Se dispuso que una brigada de la Sección salteos y asesinatos buscara a Luceño por toda la región, se mandó su fotografía y señas digitales a todo el país, y se dió, naturalmente, orden de detenerlo muerto o vivo.

Los magistrados y altos policiales se retiraron y acto continuo una brigada de agentes al mando del Inspector Zavala, reemplazante de González, empezó a trabajar con verdadera fiebre.

Fatigados regresaron aquella noche los agentes, sin haber encontrado el más leve indicio del hombre que buscaban y que, naturalmente conocían.

Habían recorrido un gran sector que se extendía desde Renca a Tiltil, en gninuna parte había sido visto. Sospechando

que pudiera tener cómplices detuvieron a cuanto individuo raro encontraron por los caminos. En Santiago se detuvo a Ursula para que dijera dónde andaba Luceño, ella, que nada sabía, solamente calló dolorosamente. Cuando el señor Tapia la interrogó se dió cuenta de que nada sabía y la dejó libre, despachando sí, una orden para que se apostara un punto fijo con orden de detener a cuanta persona entrara a la habitación de Ursula.

La pobre mujer que cada día sentía con más intensidad los terribles dolores de la maternidad cayó ese día a la cama con los nervios deshechos, siendo atendida solícitamente por las vecinas que a pesar de su condición la tenían lástima.

* * *

El sargento vivía cerca de la policía en un pintoresco rancho con vara de topear, huerto en flor y patio cubierto por un hermoso parrón.

Todo el día fué presa de una extraña inquietud, de una especie de miedo que le hortigaba el corazón y que le helaba el estómago. Cerca de las 11 de la noche se dirigió a su rancho, estaba cansado con la dura jornada del día anterior, no quiso participar de la merienda ni de los juegos de naipes organizados por los agentes santiaguinos. Hubiera querido invitar a alguno de los soldados de la dotación para que lo acompañara, pero el miedo al ridículo se lo impidió.

El caso es que al día siguiente, al levantarse el sol, iluminó con sus rayos el cuerpo del sargento Moya tendido en la misma forma que el del comandante y marcado también en la mejilla derecha con una herida en cruz.

Los diarios armaron escándalos formidables, se hablaba de una banda pavorosa que fué titulada la Banda de la Cruz de sangre y se citaban casos análogos de vendettas ocurridas en Europa.

Se comentó a Quinzey y se declaró que el autor o autos

de esos crímenes enteramente iguales, debían ser por fuerza artistas en crímenes.

«La Guía» dedicó una edición completa a comentar los dos crímenes, y dió los retratos de las víctimas y de cuantas personas hubieran tenido alguna intervención cerca de Luis Tapia el picapedrero, que según indicios era Manuel Luceño. Según «La Guía» Manuel Luceño *había largado el monstruo que vivía en él.*

El agente González salió, naturalmente a danzar y se le culpó por todos de haber defendido al más horrible de los bandidos que existían en Chile.

La pobre Ursula fué abrumada por la cobardía imbécil de los periodistas que en su mayoría, no solamente carecen de don de gentes, sino de toda hombría.

Lloraba la pobre mujer mientras la traspasaban a preguntas, todas incisivas y se reían a carcajadas de los magistrados que habiéndolo tenido en sus manos lo dejaron ir.

Se mandaron refuerzos al sitio de la tragedia que estaba estremecido de horror, todos creían ver aparecer la muerte por todos los senderos.

Las acciones policiales fueron ahora sin restricciones y empezaron en cuanto se descubrió el cadáver del sargento Moya.

Se exploró el terreno centímetro a centímetro, se entró a todas las casas, se subió a la puntilla, se buscó en los piques abandonados en los techos de las casas, arriba de los árboles, se buscó con desesperación, inhumanamente, y sin el menor resultado. El Inspector Zavala empleó gran parte de la noche en interrogar a una veintena de individuos catalogados entre los sospechosos que habían sido detenidos. Como no había calabozos adecuados se les dejó al aire libre atados pie con pie formando una larga cadena de dolorosos harapos y se designó para cuidarlos al cabo Durán que, como había sido el que azotó a Luceño tenía un miedo cerval, estaba muerto de antemano.

La noche era silenciosa, dulce llena de recuerdos, una de esas noches de primavera que hacen flotar canciones...

¡Cuál no sería la sorpresa de la guarnición cuando al día

siguiente oyeron los gritos angustiosos y apremiantes de los detenidos. Acudió el señor Zavala en persona y no pudo menos que exclamar:

—¡La cruz de sangre!

En efecto, el cabo Durán yacía traspado de una certera puñalada y estaba marcado en la mejilla con la clásica cruz de sangre...

El miedo ya no cabía en la región. Las mentes más serenas estaban llenas de fantasías la gente de la policía estaba loca, se sentía en ridículo, se desesperaba y la prensa dedicaba páginas y páginas al asunto misterioso.

Luceño había pasado de golpe a figurar entre los semidioses de la leyenda. Se evocaban el nombre de Joaquín Murieta, del Ralo, de López, Mendoza, y de los más grandes bandidos que han marcado el mundo con su sed de venganza.

El bandido indudablemente no se había alejado, puesto que a semejanza de los vampiros, volvía al mismo sitio a buscar nuevas víctimas; pero por más que se le buscaba no era posible encontrarlo.



LA PEQUEÑA AVENTURA DEL JUEZ DEL CRIMEN SEÑOR AZOCAR Y DEL REY DE LA INFORMACION POLICIAL SEÑOR PULIDO

—Son unos brutos sus policías, señor Tapia; debe ponerse Ud. al frente de la pesquisa, mire Ud. que matar en la misma policía a un hombre, es el colmo. Son imbéciles y cobardes.

El señor Tapia que tenía un trabajo especial encargado por el Gobierno contestó que sólo en dos días más podría hacerse cargo de la investigación. Entretanto despachó con amplios poderes al señor Arenas, segundo jefe y meritorio investigador.

El señor Pulido de «La Guía», estaba enteramente de acuerdo con el juez y al retirarse éste del gabinete del señor Tapia, lo fué acompañando.

—Yo creo, dijo el juez, que si yo fuera al sitio del suceso podría orientar esa pesquisa.

—También lo creo yo. ¿Qué hora es?

—Las seis aproximadamente.

—Alcanzamos a ir, ¿quiere subir en mi coche?, deles una lección a esos infelices que creen que la policía es un reducto de inútiles.

Impulsivo como era el juez aceptó la propuesta.

Dejaron Santiago introduciéndose al campo por entre la pompa del crepúsculo. El juez tomó declaraciones, zarandeó a los pobres policías que estaban humilladísimos y partió en dirección a la capital a eso de las ocho de la noche.

Como el camino estaba accidentado se vino manejando con cuidado, sólo a diez kilómetros.

Cuando el auto entró por un trozo de camino abierto en la roca estalló un pneumático.

—Vaya un contratiempo, murmuró.

Y por aquí cerca no hay ninguna casa, dijo Pulido.

—¿Pero tiene respuestos?

—Afortunadamente, contestó el periodista.

—Por qué no aceptaría la compañía de alguno de esos cobardes de policías, ahora habrían servido.

Se pusieron a trabajar afanosamente y no se dieron cuenta de la llegada de un tercer personaje que acercándose hasta el periodista que aplicaba la gata a la rueda del auto le dió un golpe seco que lo tendió de bruces, aturdido, y antes de que el juez pudiera reponerse de la sorpresa lo tomó por el cuello con una de sus manos poderosas y lo sacudió con una fuerza fantástica.

—¡Luceño! murmuró el juez medio muerto de miedo.

—Luceño, contestó Manuel, Luceño, al que al fin han obligado a salir al camino.

Mientras hablaba lo desarmó...

El juez aterrado le pidió compasión, le suplicó de rodillas que no lo matara, le juró que no lo haría perseguir.

—Hágame perseguir, no más, señor, me matarán, seguramente; pero yo mataré también a varios. Debo decirle que he jurado matar a cuantos me han ofendido y usted es uno de ellos; pero a Ud. no lo mataré, sólo me contentaré con marcarlo con la punta de un cuchillo, esa será una marca que le recordará toda la vida que fué malo con un hombre bueno y desgraciado, que empleó canallescamente de la fuerza que le dió el poder. Lo marco en mi nombre y en el de una mujer que gime oprimida por el dolor de ver que nadie le dió facilidades para ser bueno al hombre que ella quiso salvar.

En vano el juez pidió clemencia, el inexorable Luceño le aplicó con limpieza de artífice su cuchillo en la mejilla, e hizo igual cosa con el periodista, al que también privó de ambas orejas, retirándose después de haberlos atado y amordazado

y de haberse apoderado de los dos revólveres de un reloj y de todas las balas que tenían.

A la mañana siguiente Luceño envuelto en un poncho de castilla pudo ver mientras tomaba desayuno a los policías que corrían desesperados en su busca.

Quería ver a su esposa, quería despedirse de ella, sabía que este duelo con lo imposible terminaría en la muerte. Se daba cuenta de que estarían vigilando; pero él se daría trazas para verla.

Echó a andar por la Avenida de Matucana con el objeto de confundirse entre la gente que a esa hora llena esa avenida, de pronto vió de rodillas delante de la imagen del Cristo Pobre a una mujer vestida de negro que rezaba fervorosamente. Temía que la sorpresa la hiciera decir su nombre en voz alta; pero no resistiendo más, se acercó a ella. Afortunadamente la emoción no permitió a la pobre Ursula gritar, mirando a su alrededor, para imponerse de la situación lo invitó a entrar en el santuario.

Allí, bajo la luz del Cristo de las redenciones, se hallaron, se dijeron lo que jamás se habían dicho; él era ahora un asesino y ella una mujer profundamente desgraciada.

—Ahora, mi chinita, esto se acabó, yo soy un bandido que en poco tiempo más la policía matará como a un perro rabioso; pero quiero decirte, antes de morir, a vos que sois tan buena y que tanto habís hecho por mí que te quiero como jamás querré en mi vía y que moriré pensando en vos, viéndote a vos. Perdóname too el mal que te hago, bien sabis que yo no tengo la culpa. Vos sabis que'hey sacao cuchillo cuando ya m'era imposible vivir.

Ella solamente lloraba. Le acercó sus labios descoloridos y lo besó con angustia, con agonía...

¡Cuánto hubiera dado por morir ella en su lugar!

Fácil es darse cuenta de la consternación que causaría en Santiago la audacia del bandido que había osado señalar a un juez y a un periodista, dos palancas de la moderna sociedad.

¡Herir a un juez era como herir a la justicia misma!

La prensa publicó ediciones especiales en las que relataba la trágica aventura de los dos personajes.

—Fuimos cercados por una veintena de bandidos que nos marcaron después de insultarnos en la forma más soez. El capitán de la banda es Manuel Luceño, el que siempre calificamos como un bandido peligrosísimo.

—¿Cómo fué el ataque?

—Cuando llegamos a ese camino angosto estalló un pneumático, eran poco más de las ocho; pero el sitio es enteramente solitario y estaba oscuro. En ese momento se acercaron los bandidos disparamos dos tiros con mala suerte; ellos inmediatamente se nos fueron al cuerpo y nos derribaron, ataron y amordazaron, marcándonos vilmente.

Desde ese momento para todo Chile, existió con todos los caracteres legendarios la famosa Banda de la Cruz de Sangre.

La famosa banda que en tres días hacía cinco víctimas!

Era una cosa terrible. Con la versión fantástica hecha por el juez y el periodista el miedo echó raíces aún en los espíritus más serenos. Todo el mundo soñaba con la banda terrible y nadie se creía seguro. El famoso poeta popular ciego Juan B. Peralta, hizo con ese asunto una de sus más sentidas décimas.

Pero hubo una persona que no creyó en la relación de esos personajes: esa persona fué el señor Tapia. Luceño se separó de Ursula y se entró a la Quinta Normal, allí estuvo todo el día hasta que a la caída de la tarde sintió una enorme fatiga y se echó a dormir en una zanja.

Hasta allí alcanzaron un regador y un hombre de la policía hablando en voz alta de las hazañas de la Cruz de Sangre.

—Espéreme un rato, dijo el regador, voy a echar el agua y se dirigió a la zanja matriz. Al ir a ejecutar su trabajo se encontró con Luceño que dormía tranquilamente.

—Eh iñor, levántese, ¿que no ve que voy a echar el agua?

—Bah, me había quedao traspuesto.

Se levantó y pasó frente al policía.

—Bueno con la camita, dijo el polizonte.

Y dirigiéndose al regador continuó:

—¡Cuándo será el día que se acaben los vagos que andan en la quinta!...

AUMENTA LA CUENTA

¿Dónde se ocultaba la «banda de la cruz de sangre? ¿Dónde podía ocultarse? Que no había salido de la región era indudable puesto que sus depredaciones se repitieron en un radio de media legua, ¿y entonces dónde estaba? Los policiales habían buscado con encarnizamiento, sin edejar arbusto, caverna o zanja en una extensión de catorce kilómetros sin encontrar ni rastros.

Los dueños de los despachos no le habían vendido nada a nadie que se pareciera al hombre de la fotografía repartida por la policía, nadie lo había visto ni a él ni a sus secuaces.

Cuando los diarios publicaron la aventura del juez y del periodista hablaron de «más de veinte» malhechores por consiguiente le fué muy fácil a la imaginación popular exaltada por los acontecimientos, aceptar y propagar una suma enorme de malhechores. Luego empezaron a verlos:

Primero fué una viejita «meica» de Batuco que los vió pasar a caballo «que volaban» en dirección a los cerros de la costa adelante iba el hombre de la fotografía en un caballo «renegrío».

—Iban tan ligero que se perdieron de vista en un ¡ay Jesús!

—¿Por este camino?

—Sí.

—¿A qué horas fué cuando pasaron?

—Ayer, no más, señor.

—Y no dejaron rastros.

—Si parecía que los caballos no pisaban en el suelo.

Estas noticias desesperaban a los agentes que perdieron el tiempo.

En otra parte un hombre que marchaba a pie a trabajar y que era preguntado, afirmaba que lo había visto ir delante de él y que en la zanja tal, lo había visto cortar por el atajo.

Y estas noticias fantásticas se sucedían cada minuto.

Ocurría también otro fenómeno: las venganzas.

En toda la región que abıaza la provincia de Santiago empezaron a recrudecer los asesinos, y en todos los muertos, ya fuera en el límite sur o norte, tenían la cruz hecha con el puñal en la mejilla derecha.

La misma policía creyó encontrarse dentro de una confabulación de delincuentes terribles, que en realidad tenía una cantidad fantástica de adeptos que operaban simultáneamente en una vasta región.

Para el pueblo el fenómeno sólo tenía explicación dentro de lo maravilloso. A nadie se le ocurría que, todos los que algo tenían que vengar se ocultaban detrás de ese sello de la cruz en la mejilla para lograr la impunidad.

Para Luceño era mejor esa circunstancia, le daba más poder y repartía los ojos y las armas de la policía.

En diez días ocurrieron dentro del perímetro señalado no menos de veinte asesinatos, que naturalmente, le fueron atribuídos a la banda de la Cruz de Sangre.

No hay para que decir que la prensa fantaseaba ferozmente excitando, enfermando la impresionable sensibilidad colectiva. Los dibujantes trazaban unos cuchillos formidables que se cernían sobre la ciudad entera. En todas las informaciones se censuraba a la policía y se hablaba de González. Varias caricaturas en que se ridiculizaba al juez Azócar llenaban las secciones humorísticas de los periódicos, la marea del comentario subía tanto que lo inundaba todo.

El señor Tapia investigó por la misma región, dejando que los otros jefes fueran más lejos. Pidió una ametralladora y la fué emplazando y disparando por todas partes en una extensa región.

Al día siguiente una nueva hazaña de la Banda de la Cruz de Sangre lo volvía loco.

Una tarde despachó cinco agentes de los más hábiles, éstos lograron encontrar los rastros de un hombre que debería vivir en los cerros y con todas precaución se aventuraron sobre ellos.

Al llegar a un sitio donde el camino se bifurcaba, inclinándose hasta el fondo de la quebrada para empinarse de nuevo y subir hasta el lado opuesto se repartieron, dos bajaron hacia el arroyo y los restantes siguieron por el borde.

Los que cayeron al fondo de la quebrada, eran dos muchachos jóvenes de mucho amor propio que tenían una sola idea: capturar ó por lo menos descubrir la guarida de los salteadores; no se les ocultaba lo temerario de su acción pero confiaban en el éxito.

Como estaban rendidos, acordaron detenerse a descansar; uno resolvió bajar por agua al regato serpenteante. De pronto el que quedó arriba sintió una queja y un leve grito de socorro, maquinalmente bajó y pudo ver a su compañero caído y cubierto de sangre. Tomó su revólver y se volvió a todas partes dispuesto a matar a quien fuera. pero no encontró nada, quiso atender a su amigo y se inclinó sobre él... fué cosa de dos segundos la muerte cayó sobre él. Allí quedaron los dos de cara al cielo en el fondo de la pequeña quebrada. El arroyo arrastró confundida en su linfa esa sangre escapada del crepúsculo de dos vida.

La acción se había producido sin ruido, maestramente. Cuando volvieron los otros detectives, quisieron, como es lógico averiguar el paradero de sus amigos y también bajaron, como el sendero era angosto lo hicieron en fila india, y grande fué su sorpresa al encontrar a sus compañeros muertos y marcados por la terrible cruz.

Su corazón les aconsejaba buscar, averiguar dónde se ocultaba el feroz asesino pero su instinto de conservación los alejó del camino del deber. Subieron a lo alto y marcharon orillando la quebrada, sus siluetas se recortaban limpias en el contraluz.

De repente un silbido rompió el silencio y uno de los agentes rodó herido al fondo del precipicio, los otros escaparon a perderse perseguidos por varios balas una de las cuales hirió a uno de ellos.

Para el señor Tapia esta pérdida fué un rudo golpe. En ese mismo momento junto con llevar auxilios a los heridos, si lo estaban ordenó que toda su gente se movilizara hacia la quebrada.

Luceño que había comprendido que así sucedería, se alejó hacia el lado opuesto de la quebrada con infinitas precauciones a fin de no dejar huellas.

Desde su escondite en la montaña que se alzaba dos cadenas más allá pudo observar los avances de fuego que la inquietud de la búsqueda trazaba en el fondo negro de la noche. Entonces se dió cuenta de que podría escapar a sus perseguidores trazando una curva en dirección al sur. Anduvo toda la noche. Al amanecer había llegado extenuado de fatiga a los cerros de Chena. Llamó en una casa y mandó perentoriamente que le dieran varias raciones de charqui, pan, ajo y cebollas. Al partir dijo al labriego que lo miraba con ojos sospechosos y ávidos.

—Si dice usté a su almohá que me ha visto le marcaré los dos «cachetes» con la punta de mi puñal, y también mandaré que incendien su casa y que se lleven a su mujer y a sus hijas.

Juró el labriego que no diría nada.

En realidad no tenía que jurarlo, pues existe entre el pueblo chileno un sentido tan grande de complicidad con los que se ponen en contra de las leyes, que todos se sienten obligados por un compromiso tácito a ayudarlos. De ahí el axioma del saber vivir del pueblo: *«si ve ciego, si oye, sordo»:*

Luceño siguió escapando y encontró un hermoso escondite en las márgenes del Maipo donde le era fácil vivir con los cazadores de conejos.

La persecución y los crímenes se habían iniciado a fines del otoño; el invierno se adelantó aquel año. Hacía mucho frío; Luceño se vió obligado a subir al camino para buscar provicienes, allí fué observado por un individuo que corrió a la casa

de un hacendado para comunicarse con la Sección de Seguridad. Luceño notó el movimiento y corrió a esconderse. Lo hacía en una especie de bocamina a pique ideado por él mismo, se trataba de un brazo oculto entre las rocas cercanas a las márgenes del río, este brazo podía ser totalmente cubierto por una gran piedra.

Cuando el señor Tapia que se moría de angustia por el fracaso de su pesquisa que le costaba tres hombres y el crédito del cuerpo, oyó el teléfono partió inmediatamente en autocarril, con el señor Zavala y cuatro agentes más.

Interrogó a su informador.

—Se trata de un individuo que corresponde en todo a la filiación que la policía ha dado. Anda ahora con un poncho de castilla y vive en la orilla del río. Ha vivido aquí confundido con los cazadores de conejos y departe con ellos; pero nunca ha venido aquí a sus compras. Ahora los conejeros se van a sus casas huyendo del frío pero él se quedó aquí, y ahora hará una hora y media vino al despacho a comprar. En cuanto lo ví resolví avisarle a usted, entonces el hombre se alejó en dirección a ese cerro chico que se divisa allí. No ha podido salir de allí, nosotros lo hemos estado cateando con las armas listas.

El que hablaba era un maestro de escuela que sabía lo que decía. El señor Tapia resolvió trabajar en el sitio indicado y se puso a explorar concienzudamente el terreno cuajado de espinas, lianas y piedras filudas. Aburrido resolvió encender la pequeña colina aprovechando que el viento corría hacia el río y que, por consiguiente no podría propagarse hacia los demás cerros.

La ola de fuego arrasó todos los arbustos y desenmarañó las zarzas y las mollacas o quilas, dejando limpio y negro el cerro; pero Luceño no apareció.

Desesperado resolvió alejarse, el maestro de escuela le dijo: Ese hombre está aquí. Mande su gente que se esconda en las casas del fundo, mire, el cielo está revuelto, el caudal del Maipo aumenta visiblemente no pasan tres días sin que tengamos una tempestad. El hombre es audaz y habilidoso, capturarlo es cuestión de paciencia.

Creyó prudente el señor Tapia la indicación y despachó a varios buenos agentes para que cazaran al fugitivo.

Como lo había previsto, el maestro, la tarde del tercer día empezó a llover copiosamente, los agentes habían preparado sus escondites cerca del sitio en que Luceño se ocultaba, éste había permanecido en su tumba los tres días. Ya se había dado cuenta de que estaba sitiado tenía a la espalda las tiendas de los agentes y al frente el Maipo que corría tumultuosamente a muchos metros de distancia.

Cuando comenzó a llover el agua penetró en su escondite y empezó a llenarlo. Llovía sin clemencia era algo fantástico. Luceño estaba extenuado, como creyó que sus guardianes estarían capeando el temporal, salió a la luz del día que ya en el atardecer tenía un tinte siniestro de acero cuando en su hoja se refleja el fuego.

A penas hubo salido varios estampidos le indicaron que estaba cercado. Las balas pasaban cerca de él, y los tiradores se acercaban, naturalmente lo matarían. Oyó una voz que le gritó:

—Luceño, es imposible que escapes, entrégate.

Pero Luceño no lo entendió así, emprendió una carrera, lo más veloz que pudo y se lanzó al río seguido por una cantidad de balazos.

Los perseguidores llegaron hasta el borde del acantilado.

—Aquí acabó Luceño, dijo uno, no le ha quedado «ni el boleto».

—El Maipo tiene las aguas muy pesadas y trae gran caudal, opinó el maestro, además en este sitio tiene remolinos, y caletas. El que cae aquí difícilmente salva.

Se retiraron los agentes a las casas a comentar su hazaña y a disponerse para buscar el cadáver de Luceño al día siguiente si el tiempo lo permitía.

Entretanto, Luceño que había podido cogerse de las «champas» de las hierbas acuáticas, cuando ya no oyó ruido nadó río abajo y salió a la altura de un gran pajar abandonado que había podido ubicar cuando trabajaba con los cazadores de conejos.

Ediciones especiales publicaron los diarios del día siguiente; las relaciones estaban adornadas con los retratos de los captores y del maestro de escuela.

Los agentes fueron nombrados en la orden del día.

Pero tres días más tarde ocurrió un hecho inaudito: el maestro de escuela que había tenido que hacer un pequeño paseo por un camino solo, amaneció muerto y cruzada la mejilla por la cruz fatídica...

De nuevo surgió el terror supersticioso del pueblo y la Banda de la Cruz de Sangre se puso inmediatamente de actualidad.



FUE UN HOMBRE

Recién salía Ursula de la maternidad con un robusto niño en los brazos que había sido apadrinado por San José y por la Virgen Santísima, cuando vino a perturbar su felicidad la supuesta muerte de Luceño.

El niño, pues, empezó alimentarse de lágrimas. Pero cuando al día subsiguiente la misma prensa relató que el delator de Luceño había amanecido muerto y marcado por la cruz de sangre, la pobre mujer, que no podía darse cuenta del significado de los hechos, recobró toda su alegría.

Y en los coloquios que tenía con su hijo le decía que el papá andaba lejos, lejos, donde habían muchos malos y que volvería cuando los matara a todos.

—«Pero al papá lo quieren matar los malos y usté cuando sea grande tiene que matar a los que quieren acabar con su papá que es el hombre mejor del mundo.»

—«Su mamacita lo quiere mucho, su mamacita tenía ganas de morirse porque la mala suerte la separa del papacito que ella adora; pero ahora que lo tiene a usté, mi tesorito, la mamacita quiere vivir pa criarlo a usté, que cuando sea grande va a ser bien relindo y tan guapo como el papá que es capaz de peliar con un batallón.

—Al papá, no lo pillan nunca porque Dios lo ayuda, porque la mamacita lo encomienda todos las noches a la Virgen de los siete dolores.

—Pero lo van a matar, son toos contra él, lo aborrecen porque nos quiere. Unos hombres malos le quieren robar a su papacito, a su papacito lindo... Y que vamos a hacer «gua-

chitos» qué vamos a hacer «guachitos»... Dios mío. Si él falta qué haremos sin él, ampáralo Señor.

Y la pobre mujer lloraba y reía abrazada al trocito de carne que habían animado sus pobres amores.

Y cada día se levantaba con el alba con el objeto de trabajar para su hijo: tenía la pobre mujer la idea fija de que trabajaba su felicidad...

Todos los días paseaba a su hijo gritando que era un hombre.

—Fíjese m'hijito, la vecina decía que usté era una «chancleta»; pero se equivocó. ¿No es cierto que usté es un hombre?

En el conventillo todos sabían que su «compañero, el padre del niño era Luceño y sabían también que el agente de punto fijo que a veces entraba a pololear con la chica de la mayordoma, cuidaba a Ursula, sin embargo la querían, le tenían lástima y simpatía porque era tan «fatal».

La verdad es que la sociedad que allí dominaba no podía ser más selecta: trabajadores del matadero, «cachureros», moteros, tortilleros nocturnos «pungas» y «niñas de corte». Sin embargo también vivían obreros de poco sueldo y peones de albañil, algunas mujeres piadosas que pasaban los días en las comunidades religiosas y chicas que dejaban la vida mal nutrida y sin ilusiones en los talleres de ropa militar de Justiniano, uno de los mayores explotadores de la mujer. Naturalmente allí cabía perfectamente Ursula, por derecho propio, ya que Luceño representaba la más alta aristocracia en lo que a delitos se refería.

Pero el propietario, viejo senil de un gran apellido que solía tener «distracciones» con las muchachas del conventillo, cuando supo que allí vivía Ursula, la querida del formidable bandido que capitaneaba la «Banda de la Cruz de Sangre» se alarmó y resolvió expulsarla de su propiedad; él no tenía vergüenza de ser congresal, prócer, bienhechor de la humanidad, caballero de órdenes religiosas y correspondiente a cuanta congregación existía en Chile, y de poseer el más cruel moridero de gentes de la Capital, el conventillo más inmundo, para la resaca so-

cial. Carne doliente para saciar todas las gulas, propicia a todas las explotaciones...

Se llegó pues a su «hermosa propiedad de renta», y como siempre ancló en casa de la mayordoma que tenía lindas chicas y escasa moral.

Inmediatamente que llegó la menor de las muchachas, la «Chochita» corrió a avisar a su madre que estaba sacando las puertas y parte del techo a unos deudores morosos que no se querían ir. La señora estaba furiosa defendiendo su «propiedad», las víctimas oían el diluvio de insultos sin pestañear. Cuando se retiró, uno dijo:

—La vieja tuturuta, sinvergüenza, ya le llegó el «caporal».

—Qué, si ese fusil es de chispa...

La mayordoma, se dirigió corriendo a su pieza, sonreía y miraba a las mujeres que lavaban, despiojaban o cocinaban en el largo patio a la sombra de cobertizos de gangocho o de latas, haciéndoles un gesto inconsciente que era algo así como si les pidiera disculpas por la posición de predominio que entre ellos ocupaba.

—Don Luisito, dijo zalameramente cuando llegó, todavía no se ha sentado, y se abalanzó rápida a la mejor silla, y limpiándola con su delantal se la aproximó al tal don Luisito que e sentó procurando ponerse cómodo.

—Chiquilla, oye Chocha, ¿no le has ido a buscar un par de maltas a don Luisito?

La «Chocha» salió inmediatamente, mientras la Pelusa que era una pequeñuela gordinflona se acercó a don Luisito para saludarlo en su graciosa media lengua.

Don Luisito la quería mucho y gustaba de hacerla hablar.

—Cómo te va ton Luchito, como'sta ta Fonchita por chn cacha?

—Bien, muy bien, Pelusa, pero que bien hablas ya. Si pareces una oradora.

—Aprendió uua poesía para decírsela a usté. A ver diga la poesía que sabe.

—A mi budo, a mi budo
te duete ta cabecha
en médico te ha puesto
una cobbata nega
A mi budo a mi budo
te dueten tas pezuñas
en médico te ha dao
empasto de techuga.
A mi budo a mi budo
ya no te duete nada
en médico te ha dao
jadbe de manchana...

terminó saltando la chica, mientras don Luis le regalaba la moneda de veinte centavos que era de ritual.

Cuando hubo bebido su cerveza, acariciado a la Chocha, pulseado por todas partes a la Chela, una chiquilla de 18 años morena de aspecto regalón, con ojos dormidos y labios sensuales, y hubo oído la expresión que le decían siempre cuando exploraba el cuerpo de la chica y que era: ««Que se ha botao a matrón don Luisito que m'está agarrando la chiquilla? Pero na ni ná, no tiene ni pa cuando.

Don Luis sonreía y miraba a la chica que ya ni siquiera se sonrojaba. De repente la Pelusa le robaba los guantes o el bastón o se ponía su sombrero, paseándose cómicamente por la habitación, entre una cascada de risas.

—Esta chiquilla tan falta de respeto. Pero usté tiene la culpa, usté la ha acostumbrado así.

Don Luis se sonreía.

—Esta picarona...

Bueno, decíamos que cuando había terminado sus prácticas usuales, preguntó como siempre:

—¿No hay novedades?

—Casi todos han pagado, y los que no lo han hecho se van a fregar... déjemelos a mí no más, a esos sinvergeünzas. Si necesita plata aquí le tengo doscientos pesos.

—Démelos.

Después de una pausa que empleó en contar el dinero y guardarlo cuidadosamente, encendió su cigarro y habló:

—Dígame señora Magdalena, ¿en la casa no hay ninguna persona dudosa o que tenga cuentas con la policía?

—No, aquí vive muy buena gente, muy pagadora que es lo principal. A mí, le diré que me importa tres cominos el trabajo a qué se dedique el arrendatario, la cuestión es que paguen.

—Me parece muy bien. Pero le diré que ha llegado hasta mi oficina el redactor de «La Guía» y me ha dicho que aquí en esta casa vive la mujer del terrible capitán de la Banda de la Cruz de Sangre. ¿es verdad?

—Sí, señor.

—Pero cómo es posible. Debe ser una mujer de los más terribles antecedentes. Ud. debe despedirla inmediatamente.

—Le diré señor, que no me parece justo, es una mujer muy buena que acaba de tener una guagua.

—Bueno en cuanto alivie la despide. Así diciendo se retiró satisfecho de su procedimiento.

La mayordoma la quiso defender pero debió echarla a la calle, en aquel otoño tan frío, y la pobre Ursula anduvo de conventillo en conventillo con su hijo en brazos implorando un fragmento de techo para librarse de la inclemencia de la vida que la asaeteaba hasta el alma!

Y mientras tanto Luceño, perseguido como las fieras se refugiaba en lo más abrupto de la selva para escapar a sus perseguidores que lo cercaban más y más y que acabarían con acorralarlo.



OTRA VEZ EL DETECTIVE GONZALEZ

Cuando todos los policiales estaban a punto de reconocer que no eran capaces de llevar a cabo la captura del terrible Luceño que mataba invariablemente a cuantos se le acercaban demasiado, que se hacía socorrer por todos los campesinos y que estos le tenían un respeto supersticioso, acordaron llamar en su ayuda al Inspector González que había sido alejado de Santiago por una cuestión que tuvo con el señor Azócar, juez del crimen.

También este caballero estaba feroz con la policía, pues por su causa había sido amonestado. El Ministro de la Corte que probablemente se abocaría al proceso le había dicho:

—Ud. no es un juez, carece de capacidad y es además demasiado violento, tenga cuidado que esto puede costarle caro. En cuanto al señor Tapia había presentado su renuncia que no le fué aceptada.

Ursula vagaba por las calles encontrando por las noches asilo para ella y su hijo en el «Ejército de Salvación» donde se albergaban grandes cantidades de desgraciados, mediante un corto pago y sólo con la obligación de soportar lecturas del Evangelio hechas en mal castellano por individuos uniformados y con la barriga llena.

Para esos miserables que jamás han satisfecho sus vientres, las esperanzas de la dicha futura suenan a horribles ironías. Para ellos el presente es el calambre, el techo mercenario y el jergón infecto de paja, y les resulta excesivo tener que agradecer de rodillas lo malo que dificilmente han pagado, haciendo

el negocio de una Institución millonaria que como muestra de su negocio pone, como la iglesia católica, al Crucificado...

Luceño había sido alcanzado por una bala en una de las escaramuzas que la policía había sostenido con su enemigo invisible y estaba curándose en la cabaña de un viejo leñador que se mantenía en un valle cordillerano pese a la amenaza del invierno que sería terrible.

La vida se iba desarrollando incierta, enigmática como siempre. La Chirigua que había liquidado su negocio y se quería establecer como señora «bien», tuvo necesidad de una dama de compañía y resolvió buscar a Ursula, y tanta maña se dió que logró encontrarla cuando con su hijo en brazos devoraba desperdicios de frutas en uno de los puentes del Mapocho.

Ursula la siguió mansamente hasta su manción que era una casa-quinta maravillosamente cultivada.

La Chirigua la hizo lavarse, vestirse otras ropas, quemar sus harapos infectos y vivir de nuevo. Luego se encariñó con el chico que estaba en un estado lamentable.

En poco tiempo la madre y su vástago estuvieron bien tenidos y con deseos de vivir. Los dedos torpes de Ursula debieron ejercitarse de nuevo en el manejo del arpa, los acordes estaban rebeldes y hubo que llamarlos con insistencia. Ursula no gustaba de tocar porque la música le traía muy tristes recuerdos. Pero cuando estableció que el chico escuchaba encantado los «trinaos» y se asustaba con los bordones, y que podía, por consiguiente entretenerlo, se entregó con furor a las cuerdas arrancándoles los más sutiles sonidos.

La vida se deslizaba alegre, y sus obligaciones se reducían a tratar de vivir con alegría.

González cuando llegó a Santiago se reunió en su antigua oficina con el juez señor Azócar y su querido jefe señor Tapia.

—Lo he llamado, le dijo sin ambajes el señor Tapia, para encargarle la captura de Luceño que nosotros no hemos sido capaces de efectuar. Yo tengo la seguridad de que la famosa banda de que tanto hablan los periodistas no existe, el bandido es

Luceño solo, que es tan resuelto, hábil y valiente que vale el sólo por una banda.

—Yo señor Tapia, acepto el encargo por que me lo hace Ud. que es mi jefe a quien siempre he venerado, no porque se me ocurra que yo pueda llevar a cabo una empresa tan difícil. Lo único que le haré presente es que trabajaré hasta quedar en el campo si no tengo éxito. Sólo voy a pedir una cosa: que me dejen trabajar solo, a mi idea... Yo soy menos detective que rastreador, y tengo por experiencia que en todas las guerras vence el más tenaz.

—Ya ve usted, señor González, a mí también me marcó.

El detective se dirigió a escoger la gente que lo acompañaría, en el patio se encontró con el periodista Pulido y le dijo riendo:

—Lo felicito, señor Pulido por su hermosa condecoración.

—Sus amigos pues, señor detective son, los que hacen estas cosas. Si no hubiera sido por Ud. ese individuo que siembra la desolación en nuestros campos no existiría. Ud. lo defendió' le abrió la jaula.

—Cuando yo lo despedí era un hombre bueno. Se perdió porque... ustedes lo obligaron, Luceño es un delincuente ocasional, en cuanto a Ud., y se lo digo seriamente, usted es un criminal nato, y tan cobarde como criminal. Ahora yo me voy a hacer cargo de la pesquisa y lo castigaré si publica alguna barbaridad. Yo no sé cómo lo dejan entrar aquí a Ud. después de todas las injusticias que publica contra el Cuerpo. Pero ya estará Ud. convencido de que hacer una pesquisa es más difícil que calumniar a un hombre desde un diario comadrero.

* * *

Cuando Ursula supo que González se haría cargo de la pesquisa se dirigió en el acto a la Sección de Seguridad y solicitó hablar con el detective.

Este la hizo pasar inmediatamente. Ursula pasó por entre un friso de miradas ansiosas. El señor Tapia que la vió pasar la saludó y el juez pensó que tal vez deteniéndola se sabría dónde estaba Luceño. Como se ve, las desgracias no habían hecho cambiar demasiado las modalidades.

González la salió a recibir al pasillo y la introdujo verdaderamente entusiasmado.

—Adelante Ursula, ¿mucho ha padecido?

—Figúrese.

—Este es el Luceñito nuevo.

—Sí.

—Lindo el niño... y qué robusto.

—Viera si es engañaorcito. Ya le están saliendo los dientes, ¿no ve? tiene hinchaítas las encías.

A continuación le enumeró todas las gracias del chico y le contó sus desdichas, no omitiendo ningún detalle.

—¿Pero tú no sabes dónde se oculta?

—No, señor.

—A dónde estará, debe estar aterido con este invierno tan crudo.

—¿Pero Ud. lo va a ir a pescar?

—Sí, pues, no hay otra.

—¿Y... lo matarán... aquí?

—Tendrán que procesarlo y se verá. Yo no creo que la pena sea demasiado grande, le abonan su conducta anterior y la crueldad de la gente entre la que ha actuado.

Ursula le creía al detective cuanto decía; para ella ese hombre era una especie de ángel bienhechor.

—La verdá es, murmuró que si sigue en la montaña se va a morir como una fiera.

Ella prefería tenerlo en la cárcel ya que así podría cuidarlo, sabía que estaba allí que era suyo, podría llevarle su hijo cada día para que lo viera y además le quedaba también, el recurso de implorar a cuanto poderoso pudiera hacer algo por su libertad.

El detective al despedirla, regaló una moneda al niño, y a ella le dió la seguridad de que sus procedimientos serían los más favorables para el reo.

1056.—Imprenta Nascimento.—Ahumada 125

El próximo episodio lleva por título:

UN PROCESO SENSACIONAL



Teatro fácil para aficionados

PEDRO J. MALBRÁN.—Comedias bufas en un acto.

«La Guerra de don Ladislao»........................ $ 1.00
«El Arreglo de Washington». 1.00
«El día de los inocentes»... 1.00
«Los muertos mandan»..... 1.00
«Las diez de última»........ 1.00
«Los dos quesos de Balta Marín» (Opereta bufa en un acto)..................... 1.00

MARCELLE AUCLAIR.—«Y Pasó el amor»............... 2.00

CARLOS CARIOLA. — «On Parle Français.............. 1.50

Z. X.—«El teatro de los niños» 2 tomitos con 9 comedias especiales para colegiales, los dos tomos en........................... 2.00

RICARDO 2.º VILLAGRA.— «Monólogos y diálogos cómicos»..................... 1.50

RICARDO 2.º VILLAGRA.— «Comedias y Monólogos»........................... 1.50

MALBRÁN Y MARTÍNEZ:

«La tarde del Sábado». Diálogo.................
«El santo de la comadre».Sainete, un tomo. } 1.00

«Mañana me llevan preso»......................
«En semana santa»......
«Julita y Romero». Diálogos.................... } 1.00

«Tito y Lulú»..............
«La poesía y la prosa»...
«Los rotos choros». Diálogos..................... } 1.00

«El sepelio de don Giuseppe». Paso de comedia.......................
«En boca cerrada». Diálogo........................ } 1.00

«Mustafá se alegra»......
«El agua rompe la piedra». Diálogos........... } 1.00

«Le llegó al Colo-Colo». Sainete................... 1.00

A. ACEVEDO HERNÁNDEZ:

$ 1.00 c/u.

«¡Quién quiere mi virtud»! Comedia en un acto.
«Cabrerita». Sainete en un acto.
«De pura cepa». Sainete en un acto.
«Camino de flores». Drama en un acto.
«Un Dieciocho típico».

Pida siempre nuestra lista de teatro para aficionados pues estamos siempre aumentando nuestro fondo de estas obras.

Pedidos a la EDITORIAL NASCIMENTO

Santiago: Ahumada 125.—Concepción: Colo-Colo 419

EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................... $ 6.—
Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas........................ 6.—
Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—
Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela.. 6.—
Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor .... 6.—
Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6.—
Un juez rural............................6.—
Androvar.................................. 5.—
Joaquín Edwards Bello.—El chileno en Madrid........................ 6.—
Crónicas.................................. 6.—
El Roto, 4.ª edición .... 6.—
La muerte de Vanderbilt.......— 6.—
Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos................................. 5.—
Tonada del transeunte, poemas... 4.—
Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela....................... 6.—
Sus mejores poemas................ 6.—
M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas............................ 6.—
Eusebio Lillo.—Poesías................ 6.—
T. Gatica Martínez.—Fifi, novela.. 6.—
Los figurones, novela............... 5.—
Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.......................................6.—
Las montañas ardientes............ 2.50
Los horizontes.......................... 4.—
La luna enemiga...................... 3.—
Un año de Inquietud................ 6.—
Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—
Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.................................. 8.—
N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela............................ 5.—
Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—
Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos.................................. 6.—
Zurzulita, novela...................... 6.—
Fernando Santiván.—El Crisol, novela. .... 6.—
Robles Blume y Cia., novela...... 6.—
Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
Páginas de un pobre diablo....... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro.—Vientos Contrarios.. 6.—
Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela .... $ 5.—
Anatole France.—Páginas escogidas .... 6.—
A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas.................................... 6.—
Berta Singerman.—Poesías para declamación, 3.ª edición......... 6.—
Amado Nervo.—Sus mejores poemas.. 6.—
Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas.. 7.50
Romain Rolland.—Mahatma Gandhi.. 6.—
Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.. 6.—
Rubén Darío.—Obras de juventud.. 7.50
Sus mejores poemas................ 6.—
Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela.......................... 6.—
Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela.......................... 3.—
Caballero Audaz.—La sin ventura, novela.. 5.—
E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino.......................... 5.—
Elfie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela.......................... 5.—
H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela.. 5.—
Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho.................................... 6.—
La Danzarina de Gades (Poema trágico.. 6.—
M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—
Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela.. 3.—
Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India.. 7.50
El corazón de los continentes.... 6.—
Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo.......................... 5.—
M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin).. 5.—

N.º 16

La Novela Policial

PRECIO: $ 0.50

"Un Proceso Sensacional"

16.º y último Episodio de "Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ



IMPRENTA NASCIMENTO

1932

Si esperábamos de antemano una buena aceptación del público a nuestra publicación de «La Novela Policial», no creíamos que fuese tan amplia como ha resultado.

Manuel Luceño no es una novela vulgar de acciones policiales tomadas sin estudio; es una novela que parece sacada de la realidad.

Sus personajes son tan reales que nos parece que ya hemos visto o leído eso en alguna parte, y la causa es porque su autor conoce a fondo el ambiente como cronista que es de la sección policial que ha atendido por varios años en diarios y revistas.

N.º 1 **Manuel Luceño**
N.º 2 **La Sinfonía del Cuchillo**
N.º 3 **La Celda 52**
N.º 4 **Una tragedia de amor**
N.º 5 **La Bestia de fuego**
N.º 6 **Un amor humilde**
N.º 7 **El fabricante de bandidos**
N.º 8 **El duelo en la sombra**
N.º 9 **La carta de la libertad**
N.º 10 **Sobre la pista**
N.º 11 **La banda del Ballena**
N.º 12 **La sonata trágica**
N.º 13 **Como se hace un bandido**
N.º 14 **El sarcasmo**
N.º 15 **La banda de la Cruz de Sangre**
N.º 16 **Un proceso sensacional.**

DEPOSITARIO GENERAL:

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 -:- Casilla 2298 -:- Santiago
o su Sucursal: Casilla 2290 -:- Concepción

EDITORIAL AVENTURA.

1052 — Imp. Nascimento — Ahumada 125 — Santiago

LA NOVELA POLICIAL

Publicada por la "Editorial Aventura"
ADMINISTRADOR Y ENCARGADO GENERAL:
Librería y Editorial Nascimento
SANTIAGO, Ahumada 125 :-: CONCEPCION. Colo-Colo 419

Año III — Santiago de Chile, 1931 — Núm. 16

UN PROCESO SENSACIONAL

16.° Episodio de "Las Aventuras de Manuel Luceño"

Por A. ACEVEDO HERNANDEZ

UN PROCESO SENSACIONAL

Panorama

—Mire, Taita Juancho, le dijo Luceño al viejito leñador que lo amparaba y que le curaba sus heridas con agua de alfilerillo, es decir le lavaba con infusión de hojas de alfilerillo, mañana o pasao me iré de aquí, no quiero que los de la policía m'encuentren en su casa, pues son capaces de detenerlo y de pegarle, y tal vez de matarlo.

—No le echis tanto «pique» ñato... y si me matan que tanto será, pa morir hemos nacío y nadie conozco yo que vaya a quear pa semilla.

—Pero es que yo le diré que es una cobardía que esté aquí, comprometiéndolo.

—Ahora te vas a dejar de leseras. Fíjate como'stá la herida, bien coloraita, mira como le'stán saliendo tetitas de carne

nueva, ¿vis? Estos son remedios, no esas hediondeces que dan los famosos médicos (1) que no sirven pa ná.

En efecto Luceño se sentía liviano, y capaz de utilizar la pierna que una de las balas destinadas a matarlo le perforara

No creía que la policía se hubiera cansado de buscarlo, sabía que todas las treguas serían cortas y que él se iría fatigando gradualmente hasta caer vencido.

Pensaba intensamente en su situación y no veía la manera de escapar a la acción de sus perseguidores. Y ahora que se había jugado la vida y la había perdido no quería morir.

Analizaba su actuación de bandido y estimaba que no tenía nada de qué arrepentirse.

—Si ellos no me hubieran querido agarrar o matar; yo ná les hubiera hecho.

Luceño estimaba que mayor castigo merecían los malos policiales como ño Jerez, y el comandante de las Canteras de lo Ruiz, que lo habían castigado sin ninguna razón.

El, que no tenía más idea que la de trabajar y formarse un hogar muy modesto donde poder vivir junto a su mujer y a su hijo.

¡A su hijo!

A su hijo que no conocía, que no vería tal vez, y que estaría desamparado sufriendo sin haberle hecho daño a nadie.

—Qué estará haciendo Ursula, pensaba.

—Ahora que se ha visto desamparada ¿habrá vuelto a la mala vida?

Seguía el hilo rojo de su pensamiento:

—Dicen que la mujer que ha sio de «la carrera» no se corrije nunca.

---

(1) El autor ha visto curar heridas gangrenadas con lavados de agua de infusión de alfilerillo.

Y los celos más horribles lo envolvían en oleadas enloquecedoras.

Se apoderaban de él unos terribles deseos de ir a Santiago y descubrir a su mujer, ver lo que hacía... Pero luego se arrepentía de sus sospechas de todo punto injustas ya que Ursula lo había sostenido cuando estaba encarcelado y además se había perdido por él.

Entonces pensaba verla para pedirla fervorosamente perdón.

Sin embargo su pensamiento dominante era escapar lejos, donde la policía no pudiera sorprenderlo.

¿Pero en qué país podría ser? Su retrato debía ser conocido por todos los policías, de manera que si pasaba a la Argentina lo sorprenderían sin remedio. Comprendió que no se podía luchar contra la sociedad pero resolvió no cejar hasta que una bala lo dejara frío.

Luceño no era cobarde, lo había demostrado muchas veces, ahora mismo que sabía que debía morir, estaba resuelto a afrontar la situación que el destino le deparara. A veces deseaba que la muerte llegara cuanto antes; pero aunque pensaba largamente en ella no podía acostumbrarse a esa idea. Poco a poco notaba que penetraban en todo su ser unas ansias feroces de vivir, de gozar, de andar por todas partes, hasta recordaba algunas personas que le parecían amigas, bueno, lo de «amigas» no pasaba de ser una ilusión; pero ¡bendita sea la ilusión!

Naturalmente sus desos de vivir tenían un reverso: el miedo a la muerte. Tenía miedo a la muerte ahora que había perdido el derecho a la vida. Su existencia tan incierta estaba traspasada por puñaladas de desesperación que lo iban postrando. Su viejo compañero, comprendió lo que le pasaba y trató de consolarlo.

—Lo que yo quería, le dijo Luceño una tarde. era muy poca cosa, me conformaba con un cerco donde sembrar y tener unos

animalitos, un rancho donde ampararme y una cama donde botar mis huesos, ná más... No cree usté taita Juancho, que no podía ser menos?

Decía Luceño lo mismo que le dijo más tarde al juez, el pensamiento que fué durante años el ritornelo de su vida.

—Yo quisiera, agregaba, ver a mi hijo, tengo deseos de besarlo, debe estar grande ya, habrá nacido cuando tuavía andaba yo por los «redores» de Renca.

—Qué reperro el comandante ese que despaché allí. Iba contento el caballero, feliz como quien va a la gloria cuando yo le salí al camino, sin hablarle, lo primero que pensó fué escapar y después quiso darme un tiro, entonces lo pasé de una puñalá y cayó quietito, ni boqueó. Yo no había muerto jamás a un hombre, me quise «cortar» algo; pero tenía tanta rabia que me repuse. Saqué el cuchillo, lo limpié y estuve allí muchísimo rato sin valor pa moverme. Luego me dentró pica y quise que supieran que había sío yo y le hice la famosa cruz con que tanta alharaca han metío.

—¿Y te juiste?

—Quería irme pero no sabía pa onde, subí pal cerro y me encontré con el Pirulo, ese roto que le conté que había peliao conmigo y me dijo:

—Quihubo, barreta, ¿pa onde vas?

—Me voy le dije, y quise seguir andando.

—Si no se'sconde hermano, no va'alcanzar a correr ná, lo pescan antes que llegue a Quilicura. Venga pacá. Lo seguí sin darme cuenta, me llevó a lo alto de la puntilla y cuando estuvimos allí me preguntó:

—Qué tal es usté pa los cerros.

—Regüeno, le contesté.

—Tiene confianza en mí.

—Sí, amigo.

—Bien. Yo lo voy a defender. Véngase pacá, por aquí no andan ni cabras, se caen, baje por aquí, entonces se esconde en una cueva que quea disimulá entre unas piedras. Aquí no lo pescan renunca. Además, yo me voy a ofrecer de baquiano y los voy a echar por el desvío.

—Con mucho trabajo gané la cueva, el Pirulo me traía que comer y noticias. Mejor no me hubiera movío nunca de allí... Pero me habrían pillao...

Creo que dieron con el escondite. Después me tuve que arrancar; habían más de dos pacos (1) por metro cuadrao. Cuando me vine los dejé a la vela...

—¿Y el Pirulo?

—Roto harto hombre, siguió trabajando en las Canteras y riéndose de los jueces y de los comisionaos. Esos son favores; a ese ñato no le pagaré en la vía.

—¿Y cómo fué eso del juez?

—Me arrepiento de no haberlo muerto.

Le sembré de tachuelas y de clavos la parte más angosta y dura del camino, le falló al auto y los pillé mansitos, Güeno los rotos cobardes, me lloraron, no hallaban qué hacerse'staban seguros de que los iba a matar. Me ofrecían plata, ¡qué no me ofrecían!, pero yo no quise ná, lo único que hice fué marcarlos. Y dijeron los cobardes que los habían asaltao como veinte hombres... Casi me morí de risa.

Luceño se reanimaba recordando, parecía olvidarse de la muerte; pero luego se entristecía. El mismo decía:

—Parezco pollo enfermo e moquillo. Hermano Juancho, ya sé lo que es el mieo. El mieo que no hay conocío en mis peleas, ni el interior de la tierra, ni en ninguna parte. Tengo la

---

(1) Pacos, calificativo despectivo quiere decir Polizontes.

idea de que me van a agarrar... y cuando esto suceda, me matarán sin oirme. Y se acabará Manuel Luceño. Y pensar que lo único que yo necesitaba era un ranchito, un cerquito pa sembrar, y el amor de mi mujer y de mi hijo!

UN COBARDE SINGULAR

Aquella mañana Luceño se había quedado solo, mientras ño Juancho cuidaba y revisaba las trampas de conejos.

Abrumado por sus recuerdos, inclinada la cabeza, pensaba sentado sobre una piedra de moler puesta bajo la ramada, cuando inopinadamente, sin saberse de donde, procedía, surgió una figura ante los asombrados ojos de Manuel que sintió un vuelco en el corazón y un hielo en la espina dorsal y un vacío en el estómago. En realidad ya sabía lo que era el miedo.

Maquinalmente se levantó y el instinto de conservación lo obligó a tomar el cuchillo que tanto conocía.

El hombre se acercó corriendo y en son de paz. Luceño, de pie lo miraba, no avanzaba, ni retrocedía...

Taita Juancho llegaba en ese momento del bajo y viendo que los hombres no se hablaban y pensando distraer al forastero dijo:

—Vaya, tenemos visita...

—Así parece, repuso Luceño.

—Pero no me han recibío como a visita dijo el recién venido que era un individuo de un fuerte corpachón, de cabeza grande, de esas que dan la sensación de una enorme dureza, boca grande de labios gruesos, de ojos malignos y de frente estrecha cerrada por cabellos apretados y recios. Vestía de campesino y llevaba un chamanto fino.

—Yo no soy el dueño e casa, afirmó Luceño y no sé por qué había de recibirlo.

—Güeno que le tiene miedo a la policía usté, eñor, yo creí qu'era otra cosa; pero toy seguro que'stá miao.

—Debo haberle tenío mieo a usté.

—A mí ¿por qué, pues? Yo no soy de la policía. Siguió dirigiéndose a taita Juancho.

—Este niño ha de'star enfermo, se asustó tanto de verme que se puso de toos colores.

—No es muy asustaízo este, le diré.

Luceño callaba; pero se enfurecía grandemente.

—Yo, hermano lo hay buscao mucho a usté. Lo busqué porque sus hazañas han entusiasmao a la gallá que conmigo anda. Nosotros trabajamos toos estos caminos y hacimos cubrir a cuantos pasan por allí: hacendados, mineros, vendedores... El otro día nos divertimos con un turco, lo tuvimos varios días pa la farsa. Bueno, los niños quisieron que usté fuera de la partía mía, después de too, en compañía se está mejor. Nosotros tenemos una buena organización, conocemos too el departamento y tenemos casas y agencias en el pueblo, donde parar y vender o empeñar las especies.

—Yo no pueo ir con usté.

—¿Y se puee saber por qué?

—Yo no soy ladrón.

—Usté es padre capuchino.

—Yo salí al camino a desquitarme de las ofensas que me habían hecho, no a robar. Yo hey matao; pero no soy bandío; yo no sería capaz de despojar por pereza o por maldad a algún pobre diablo.

—Usté no va porque es un gallina, usté no ha muerto a nadie; tengo la seguridad que esos que dicen que usté ha despachao se han muerto de gripe... já, já, já...

—Qué risueño es usté, eñor. ¿No sabe que hay risa empachosa?

—Me río de usté pues, eñor que no pasa de ser un pobre diablo, un diablo leso. Y le diré que no le pego antes de irme de pura lástima no más. Pero le diré que cuando los gallos sepan que usté es un puro zorzal, le van a venir a poner riendas.

—Es que los gallos no van a saber lo que usté habló conmigo.

—¿A usté le parece?

—Sí; me parece. Sepa usté barreta que a mí me llaman Manuel Luceño y en Chile no hay guapo pa mí. Y usté va a peliar pero ahora mismo conmigo.

—No podís peliar herío, Manuel.

—Pa este hombrecito me amarro una mano.

—Yo me llamo, Jacinto el Negro, soy ladrón y salteaor; yo no soy dorao a fuego como vos, no soy el más guapo del mundo pero tengo encargo de los cenicientos como vos.

Mientras hablaban se habían puesto en guardia y luego pelearon, pelearon como los valientes sin desmayos, era fuerte Jacinto; pero Luceño mucho más diestro, pudo trabajarlo más, hasta derrotarlo. Jacinto cayó al suelo derramando espumarajos de rabia, era soberbio como animal de presa, y cuando Luceño le dijo con mucha ironía que ya estaba servido, se levantó como si nada hubiera sucedido y gritó:

—Ahora a fierro, ahora veré si sois hombre.

Tomó su chaquetilla y la puso como barajo en el brazo izquierdo, Luceño comprendiendo que su rival era poderoso, hizo otro tanto, brillaron los aceros en alto y empezó la lucha, terrible agotadora, angustiante, eran arabescos de muerte los que trazaban los cuchillos que brillaban al sol. Los rostros adustos, fijos los ojos, los labios apretados al principio, entreabiertos luego. Ninguno retrocedía, pero los cuerpos ondula-

ban como llamas a impulsos del viento, inclinados los troncos los vientres hundidos, terribles clásicos, y los corvos, siempre al acecho como picos de aves de presa, buscaban el sitio vulnerable para colocar la flor de la muerte.

Luceño, cuando conoció a su rival y comprendió que podría dominarlo, llevado de su orgullo quiso marcarlo y dejarlo con vida; en efecto de los rápidos tajos le trazó la clásica cruz en la mejilla derecha.

—Listo! gritó. Y saltando le preguntó:

—¿Peleas más?

—Hasta la muerte, gritó el Negro que se inclinó y lanzó un lúgubre silbido.

—Culebra, traidor, gritó Luceño has llamado a los tuyos, ahora vas a morir.

La lucha se hizo angustiosa, la rapidez de aquellos hombres era vertiginosa, era la locura convertida en lucha, por un momento llegaron más allá de lo maravilloso; pero seguían, seguían: estaban empujados por la mano sin tregua de la muerte.

Llegaron los compañeros de Jacinto en número de seis, «pelearon» cada uno sus cuchillos y las emprendieron en contra de Luceño que acosado hirió gravemente al Negro, cerrando contra los otros que rodeaban a taita Juancho, que manejaba bastante bien, y aunque viejo resistía.

—La lucha se tornaba vergonzosa y cruel, los bandidos perseguían a Luceño, ya cansado cuando ocurrió algo verdaderamente extraordinario; se oyó el clásico grito de:

—Arriba las manos!

Y varios, hombres armados avanzaron hasta el grupo.

—Señor González, gritó Luceño, usté, usté era el único capaz de encontrarme, con usté voy contento al banquillo!

—Luceño, dijo González adelantándose y tendiéndole la

mano, ya sabes que soy tu amigo. Y has de saber que te encontré por casualidad yo seguía a este cuatrero.

Ya los detectives habían esposado a los otros y hacían las primeras curaciones al herido. Luceño puso también las manos.

—Tú, Luceño, no eres reo; tú eres un hombre que va a entregarse a la justicia que no supo defenderlo.

Los bandidos estaban sorprendidos.

El detective tomó allí mismo las primeras declaraciones, estableciendo que Luceño no había robado jamás y se había negado a tomar parte de una banda de foragidos, capturando además al capitán y luchando con los bandidos. Dejó en libertad a taita Juancho, el que creyó de su deber acudir ante el tribunal a declarar y marchó con el grupo hacia la capital.

González triunfaba ampliamente esta vez.



EN SANTIAGO

La llegada de un gran sabio, de un inmenso artista o de una gloria de la escena no habría congregado tan gran cantidad de público angustiado de impaciencia en la estación Alameda.

Los diarios publicaban en todas sus ediciones grandes informaciones con retratos de Luceño y de Ursula a página, y todas las informaciones perfumadas de romance. Ursula, la pobre Ursula también acudió a la estación, los periodistas la tomaron a su lado para que pudiera subir al tren a penas llegara

El público le abría calle compadecido de su simpatía y de su desgracia, y mientras la mujer corría a ver a su hombre que en unos instantes más, vaciaría su vida en una cárcel el niño, espantado de la muchedumbre lloraba desolado.

Se anunció el tren, el público llenó los andenes. La estación se llenó de murmullos y millares de ojos traspasados de avidez miraron a la dirección por donde vendría el tren.

Por fin se oyó el resonar de los rieles y el pitazo de la locomotora, tembló el edificio enorme de la estación y el tren precedido por el triunfal tintineo de su campana se hundió como una cuña de acero entre la muchedumbre que se agolpaba a las ventanillas del vagón donde se suponía que venía Luceño. Pero éste no bajó.

El jefe de la policía había dispuesto que el coche se agregara a un remolcador y los reos fueron desembarcados en la estación Mapocho.

El defraudado público protestó y se arremolinó como una ola tempestuosa, y pidió ver a Luceño y al detective González. Este viendo que el público se encrespaba demasiado se asomó a la ventanilla, fué saludado con una salva de aplausos y con el grito de:

—Viva el jefe de la Sección de Seguridad de Santiago.

—Señores dijo el agente cuando se hubieron calmado los aplausos, en lo hecho por mí no hay nada del otro mundo, yo solo cumplí órdenes e itinerarios de la Superioridad. En cuanto a Luceño, señores, perdonadme y que me lo perdonen los que deben juzgarlo, sé que diré lo que no debo; yo no lo creo un bandido sino un hombre profundamente desgraciado.

Los aplausos fueron ahora delirantes: el público tenía la misma opinión. Luceño era una especie de semi dios.

En realidad es raro este caso. Luceño no inspiraba sino simpatía, y sin embargo cuando antes de ser bandido necesitó trabajo nadie se lo dió. Ahora mismo, seguramente, nadie lo ocuparía, pero lo habían puesto al centro de una leyenda, casi de una tradición, de un morbosismo peligroso, y lo aplaudían a rabiar. Bellas mujeres de la mejor sociedad habrían dado sus vidas por el amor de Luceño que aparecía con la misma majestad de un Robin-Hood.

Joaquín Murieta, Matus, Contreras, el mismo José María, el rayo de Andalucía, también muy popular entre nosotros, habrían pasado inadvertidos ante este hombre destinado a la celebridad.

Luceño estaba aturdido, abrazado a su mujer y a su hijo hubiera querido decir:

—Señores, no soy más que un desgraciado y lo único que deseo es, saldar mi deuda con la justicia y criar a mi hijo. Yo, señores, no quiero que mi hijo sea bandido, ni quiero tampoco

que en el futuro haya quien le grite cuando él sea hombre de bien, que lo será:

«Tu padre fué un bandido». Señores yo quiero pan para mi hijo y perdón y compasión para mí y para él...

Así lo dijo o trató de decirlo trémulo de emoción a la gente de la prensa que como vieron que la opinión pública estaba con Luceño, se pusieron ostensiblemente de su parte, buscando «La Guía» y pagándolo su dirección, el mejor jurista para que defendiera a Luceño y abriendo este mismo diario una suscripción a favor del hijo de Luceño.

«El niño, señores, no tiene la culpa, justo es que lo salvemos, así interpretaremos las ideas del padre que tiene un solo deseo: pagar sus delitos.

Los diarios publicaban:

I. La infancia de Luceño y su riña con ño Jerez.

II. Su vida en las grandes obras, canales, ferrocarriles, muelles.

III. Sus anécdotas de gran tirador de cuchillo.

IV. Su vuelta al pueblo y su primera persecusión hasta su captura por el Inspector González.

V. Su idilio con Margarita y con Ursula y sus impresiones del penal.

VI. Su libertad y su nueva detención.

VII. Los malos tratamientos de que fué víctima de parte del juez Azócar, a quien le atribuían su pérdida.

VIII. Su intento de trabajar en las canteras y su atroz venganza.

IX. Las persecuciones y su lucha con el negro Jacinto, bandido que había dado mucho que hacer y que era el terror de toda una región y por fin su captura por el propio González.

El juez no pudo actuar porque era uno de los que habían

sido alcanzados por el puñal de Luceño y siendo parte, naturalmente, no podía ser juez.

El detective González fué amonestado seriamente por la superioridad, aceptándosele la renuncia que de su cargo hizo, hecho este que provocó indignación popular.

González declaró que en realidad Luceño constituía el caso, desgraciadamente muy repetido del bandido forzado por el ambiente y que si era responsable, también lo eran los que habiendo conocido su vida y habiéndola tenido en sus manos no habían sabido orientarla. Acusaba pues, el detective, a los dos jueces que actuaron en los procesos anteriores.

Las declaraciones del detective causaron honda impresión, el caso pareció interesante a los hombres más preparados y aún los diputados del pueblo pidieron desde sus altas tribunas justicia para Luceño, que era una víctima del ambiente, que habría demostrado toda su vida deseos de ser bueno.

El Ministro que se avocó al proceso pidió informes a todas las empresas en que Luceño se ocupó antes de volver a Santiago y a su aldea natal, y llamó a declarar al contratista de la Cantera de lo Ruiz. Los psicólogos examinaron al reo y determinaron que tenía todas las condiciones del hombre normal que si había obrado con violencia había sido impulsado por el instinto de defensa, común hasta en los seres más inferiores.

Pero se levantó una voz que se oponía francamente a la opinión pública, fué la del periodista de «La Guía» señor Pulido, que no habiendo podido defender su tesis en el diario de que era redactor fundó un órgano titulado «El Derecho».

Y aunque en todas las caricaturas lo proclamaron el director de el derecho de pataleo... seguía imperturbable desarrollando sus ideas. He aquí uno de sus artículos:

EL CASO LUCEÑO

La muchedumbre está conmovida por el relato patético que de la vida de Luceño han hecho los diarios que sólo miran las acciones desde el punto de vista informativo y comercial sin analizar jamás.

Se dice que Luceño es una víctima del ambiente, y no se piensa en la violencia de su carácter que lo obligó siendo niño a lesionar a pedradas a un jefe.

Se me dirá:

—El jefe lo trató mal injustamente.

Contesto: «Debió haber soportado como los demás, los jefes no son infalibles, además, los regímenes de la época en que sucedió ese caso, atenúan en gran parte la acción del mayordomo, más no la de Luceño que demostró ser un indisciplinado prematuro.

Luceño conoce los juegos de naipes y es un gran tirador de cuchillo: la primera circunstancia prueba que es ambicioso y gusta de desbalijar el dinero de los demás, es decir, de embolsarse los recursos ajenos sin trabajo. Luceño es *pillo*, es decir, usa martingalas para ganar, es lo que se llama un «ventajero» y el hecho de ser un gran esgrimista demuestra que ha practicado mucho y no ha herido seguramente a su sombra. Luego es violento y amigo de dominar por la fuerza bruta, lo que no es una cualidad ciertamente recomendable.

Luceño llegó a Tango coincidiendo con un salteo que causó alarma pública, interrogado por el comandante, en vez de explicar con toda claridad y sencillez los sitios donde había estado, castigó a los hombres de la policía y huyó hacia el campo. El señor Jeréz lo persiguió con encarnizamiento y al hacerlo sólo cumplió con su deber.

En la cárcel se portó bien, no puedo negar; pero gozó de grandes prerrogativas hasta el extremo de permitírsele que lo visitaran mujeres en la oficina del Director. Salió, bajo los mejores auspicios y no supo encontrar trabajo. ¡Cómo no iba a encontrar trabajo en Santiago, en una ciudad tan enorme que no le pregunta a nadie quién es para ocuparle los brazos?

Pues bien este hombre dice que no encontró que hacer. Pudo en último caso, con el dinero ahorrado en la prisión ser un vendedor honrado.

Resultó después la casualidad que llegó al trabajo en circunstancias que se estaban perdiendo las ovejas y trabajó allí con nombre supuesto. Si él hubiera sido un hombre probo habría confesado al contratista el secreto de su vida, y el documento de sobreseimiento y nada hubiera sucedido.

Pero el matón que hay en él lo obligó a pegarle a un pobre roto, y su misterioso instinto de criminal a cambiarse de nombre. Cuando el comandante lo interrogó y ordenó al cabo que lo atara, Luceño agredió al cabo y se portó insolente con la autoridad.

Cierto es que lo castigaron, confieso que se cometió un error lamentable, hasta acepto que podía ser un mal funcionario.

¿Qué debió hacer Luceño antes de convertirse en asesino? Sencillamente, venir a Santiago y solicitar un certificado de antecedentes o una recomendación que la Policía no le habría negado, y con estos documentos pudo haber recomenzado la

vida; pero no lo hizo así: se dedicó a asesinar gente y a marcarla con la famosa cruz con que hasta a mí me condecoró. No le guardo rencor, pudo haberme muerto, prefirió burlarse de mí, está bien. Era él más fuerte.

Se entregó después a depredaciones sin nombre, asesinó agentes, apareció en mil diferentes partes y por fin se rindió a la justicia con una bajada estupenda de telón: hiriendo a cuchillo, amparado por su clásica destreza a un bandido menos preparado que él.

Yo, si fuera fiscal, después de un análisis minucioso de sus hechos y de un estudio de la ley, pediría para él la pena de muerte, que es la que merece.

A mí en realidad me aflije que la gente más preparada piense en este caso con la mentalidad enfermiza de la muchedumbre que sólo se mueve guiada por los impulsos; que un día aplaude y otro mata.

Si Luceño hubiera venido por el centro de la Alameda lo habrían traído en hombros, le habrían perfumado de flores y de sonrisas el camino y se habría dado el caso muy vergonzoso por cierto, de que el pueblo hubiera proclamado como un ídolo a un vulgar bandido.

Preciso es confesar que jamás un verdadero valor ha alcanzado la simpatía que tiene Luceño. Y este hecho es sencillamente absurdo, es preciso que las autoridades despierten y el público vuelva en sí, y medite un cuarto de hora y recobre su majestad.

Yo no puedo concebir que este pueblo que hace la grandeza de la Nación apoye en esta forma a un bandido, ni tampoco dejaré de gritar hasta que pierda la voz de que a este individuo se le juzgue de acuerdo con la ley.

Julio Pulido.

El artículo que era una hermosa pieza periodística causó sensación, todos deseaban saber lo que pensaría Luceño a quien le fué leído por los periodistas.

Luceño contestó lo siguiente:

—Dice en casi too la verdá y tiene casi toa la razón, lo que yo no sé es que habría hecho él en mi lugar. En cuanto a que merezco la muerte, estoy de acuerdo, si me matan descansaré. Pero hay una cosa que yo no pueo entender, yo busqué trabajo sin encontrar, he sío castigao injustamente, muchas veces la gente se ha equivocao mucho conmigo y uno de los que más se ha enredao, ha sío precisamente el periodista Pulido. Ese hombre no ha hecho sino acusarme, él me ha inventao las picardías más grandes, me ha hecho las preguntas más feroces. En fin yo no me sé defender, tal vez la ley me condene; si me condena, bueno; si no me condena, mejor; pero debo declarar que prefiero mil veces la muerte que el presidio perpetuo.

Pero si salgo otra vez, y cuando entre al mundo encuentro que la gente no ha cambiao, que siguen teniendo huascas y revólveres y mentiras en las palabras. Juro por mi hijo que volveré a sacar mi cuchillo y los mataré otra vez. Hay miles y miles de asesinos que no salen a los caminos, que levantan falsos testimonios, que le quitan a uno su libertá o su trabajo. ¡Y yo no sé qué se hace con ellos!

Los periodistas aseguraron que Luceño lloró después de su protesta y se alejó hundiéndose poco a poco en la sombra del presidio...

EL PROCESO

El proceso fué sencillamente sensacional, mantuvo con sus variados incidentes la atención del público distendida como la cuerda de un arco. El comentario revolaba en todas partes, cada persona tenía su opinión propia, y aunque un número no escaso era partidario de la pena más alta para Luceño la inmensa mayoría opinaba que debía dejársele en libertad.

Los periodistas habían agotado el tema y el detective González acompañando al jurista encargado de la defensa no dejó prueba por buscar siempre que Luceño saliera favorecido.

El día de la vista, aparecieron Luceño, el tribunal, el defensor, el fiscal, la esposa de Manuel y su pequeño hijo y numerosos testigos. También era testigo el detective González.

El fiscal leyó su larga pieza jurídica en la que exponiendo razonamientos parecidos a los de el periodista pedía para él la pena de muerte.

Ursula lanzó un gemido que aumentó la emoción y la tensión nerviosa, el acusado le envió una mirada muy serena y la vista siguió.

Ofrecida la palabra al abogado defensor éste habló:

Señor Juez, he venido a defender a este reo porque su caso es muy particular y nos coloca en un terreno algo descuidado por la legislación el cual es digno de estudio detenido y de remedio perentorio.

El caso Luceño tiene entre muchos, dos aspectos enteramente definidos.

1.er Aspecto.

Nace en el campo donde se tiene a los habitantes de una República libre e independiente como Chile en calidad de esclavos, se les azota, se les obliga al trabajo y se les remunera escasamente. Es decir, en la época que Luceño empezó a luchar por la vida, hace unos 25 años el campo chileno estaba dividido en feudos sin garantías para nadie. Los niños, debían trabajar desde su más tierna infancia, nacían predestinados marcados con la señal del esclavo.

Luceño fué un ser que nació con el estigma de la dignidad en el alma; perdió a su padre y trabajó ganando unos cuantos centavos como todos los niños, una mañana, uno de los tiranos notó que los niños que acompañaban a Luceño se calentaban en un fuego hecho sobre la escarcha del invierno terrible para niños inermes, descalzos; y se acercó a preguntar por qué se hacía fuego. Contestaron que un compañero se helaba y él en vez de compadecerlos los azotó y les deshizo el fuego.

Entonces Luceño disparó la primera pedrada, no por mal carácter, sino por defender a un pobre niño que el tirano muy abrigado y fuerte, asesinaba.

Luceño debió huir a través del campo helado; tenía entonces ocho años. Y se ha mantenido siempre trabajando!

He aquí el primer aspecto. Yo señores, le reconozco a un niño nacido en un medio así, el derecho a ser rebelde y no sólo rebelde; el derecho, ¿lo ois bien? el derecho a la delincuencia. Nadie les enseña nada, nadie los quiere, ellos ven que los animales irracionales son más dignos de consideración, por consiguiente se sienten ajenos a sus amos y jefes y los odian y mu-

chas veces se vengan sangrientamente. Creo que debemos defender a los niños, aún los veo durmiendo bajo los puentes del Mapocho y en los portales de los palacios (1), alimentándose de basuras, soñando con una caricia, con un lecho, con un buen alimento, con una madre!

Pues bien, Luceño fué un niño abandonado que se formó a sí mismo, que entró a la vida cargado sólo con un bagaje de dolores, y sin embargo trabajó bravamente hasta formarse una reputación de obrero pundonoroso como lo dicen todos los informes acumulados por el tribunal.

¡Ni por ebriedad había sido condenado este niño sin padres ni maestros, moldeado en la escuela del dolor!

¿Cómo no va a ser un hombre digno el que es capaz de luchar en un medio tan adverso?

2.° *Aspecto.*

Se trata del delincuente, que para mí no lo es. Hay que tomar muy en cuenta el derecho que mi defendido tenía para desconfiar de los hombres que solo habían tenido para él, cárceles y azotes.

¿A qué creeis que vino Luceño al sur estando, según los informes que tiene el tribunal, muy bien colocado en el norte?

Pues, señores, vino por un motivo simplemente sentimental. Quería abrazar y sostener con su trabajo a su mama Juana. La única que le hiciera cariños cuando él era un niño desamparado!

Y vino a otra cosa: Luceño es campesino, un desarraigado

(1) El autor trata una época bastante pretérita, hoy reconoce la obra de la beneficencia y del tribunal para menores.

en el norte, él no podía con el salitre, el movimiento de los puertos o el ferrocarril, él quería el campo, se acusaba de desertor, él quería cooperar al trabajo agrícola.

Todos lo habéis oído: lo dijo a todos los periodistas, a su compañera cuando le propuso poner un negocio en Santiago: «Yo quiero tener un rancho, una vaquita, un caballo, unas ovejitas, un cerco para sembrar y un cordero huacho y me voy a ir al campo a conseguirlo. Así fué como aburrido de buscar trabajo en Santiago, (Pasó por alto la persecución de Tango por habérsele declarado inocente) se marchó a las canteras y allí quiso pedir el campo que le hacía falta y como viajaba buscándolo se creyó que andaba ubicando las ovejas. Pues bien, en los pueblos la justicia está encargada a individuos (1) sin escrúpulos y sin consideración. Primero lo había perseguido y encarcelado durante largo tiempo, un comandante; y luego otro a fuerza de malos tratos lo precipita al camino a pelear contra sus enemigos y contra sus perseguidores. El comandante, el sargento y el cabo eran sus enemigos, y luego mata para defenderse.

El miedo, la inepcia, de los encargados de buscarlo y la habilidad de los bandidos de verdad, lo convierten en un capitán fantástico de una banda sangrienta. Se le persigue como a una fiera, se quema el campo donde se oculta, se ametralla el terreno, pero él logra escaparse, hay una mano misteriosa que lo salva. Hambriento, despedazado huye otra vez echándose al río en invierno y se refugia en las montañas.

Yo afirmo que Luceño no es bandido, pues cuando el detective señor González lo encuentra, está peleando con un

---

(1) Nótese que el autor habla de la época de las policías rurales cuya principal ocupación era favorecer candidaturas.

hombre que lo quiere hacer bandido. Pido que se llame a Jacinto el Negro.

Después de un momento aparece Jacinto el Negro. Y ya juramentado espera:

El abogado dice:

—Dígame, Jacinto ¿con qué objeto fué Ud. a ver a Luceño?

—Para invitarlo a que entrara a mi banda.

—Y qué le contestó Luceño.

—Ná.

—¿Cómo?

—No me decía ná; pero cuando le dije que salíamos a robar a los caminos se enojó mucho y me dijo que él no era ladrón ni asesino y porque me insultó y yo lo insulté, peleamos.

—Muy bien. Muchas gracias. Luceño se negó a incorporarse a un a banda. Señor González, qué hizo Luceño cuando Ud apareció para capturarlo?

—Avanzó hasta mí, señor y me entregó sus armas y vino sin prisiones de ninguna especie, no hemos tenido que cuidarlo. Estaba resuelto a entregarse, pues ya había castigado a sus enemigos.

—Perfectamente. Yo pregunto, ¿puede ser bandido un hombre así? ¿Puede ser un peligro para la sociedad un hombre así? Yo creo que no. Lo que ha habido en este caso es que aún carecemos de los medios adecuados para proteger y observar a los reos, confundimos buenos con malos y no tenemos una legislación adecuada, (1) y que las cárceles y las leyes mal aplicadas por individuos como los que ha encontrado mi defendido, fabrican los bandidos, y después los hacen responsables.

Yo no quiero en este caso citar artículos ni códigos, es posible

---

(1) El autor hizo en aquella época una visita a las cárceles y pudo establecer que sucedían horrores.

que legalmente, mi defendido no tenga salvación, pero como él constituye un caso especial, pido la clemencia del Magistrado que me oye y le suplico la menor pena para Manuel Luceño, que, dadas las condiciones de vida y los ambientes donde se ha desarrollado y su conducta anterior intachable, es perfectamente irresponsable de todo lo que ha hecho, pues ha sido impulsado por factores fatales más fuertes que mil voluntades. Llamo en mi apoyo al hijo de Luceño que no pudo elegir un padre más enérgico y capaz de rehusar el mal y que sin embargo lo ve arrebatado por la cárcel. Este chico, señores no puede ni debe tener un padre presidiario, pido también por él la absolución del acusado.

Nadie entre las pruebas acusó a Luceño. El juez se hizo de los documentos y algunos días después dictó la sentencia que condenaba a Luceño a una pena muy benigna, satisfaciendo así a la opinión pública y a su propia conciencia.

CONCLUSION

El detective fué rehabilitado, ascendido a Comisario y citado en la orden del día. También los entusiastas le hicieron una colecta y cuando Luceño salió del presidio fué su padrino de boda.

Para que satisfaciera sus anhelos campestres fué enviado al sur en calidad de colono y allí pudo ejercitar sus inagotables energías, pronto se hizo de un buen capital y hoy nadie se acuerda de Manuel Luceño el que fué llevado y traído por el destino hasta caer en la desesperación y en la venganza. El dice a sus hijos:

—No hay que desesperar jamás; nadie puede dudar de la justicia, ésta al fin llega y para conocer verdaderamente la felicidad hay que golpearse mucho, primero.

Ursula suele tocar el arpa en las noches; pero todavía tiene vergüenza de su pasado.

FIN



TEATRO

De ANTONIO ACEVEDO HERNANDEZ:

Almas Perdidas, Drama.

Carcoma, Comedia Dramática.

Por el Atajo, Comedia Dramática.

Angélica, Alta Comedia.

La Canción Rota, Drama rústico.

La Sangre, Tragedia moderna.

Irredentos, Comedia Social.

Arbol Viejo, Drama rústico.

Ha salido el Sol, Alta Comedia,

El Gigante Ciego o El Torrente, Leyenda rústica.

Caín, Drama bíblico.

El Desconocido, Boceto dramático.

La Sombra del Harem, Comedia (traducción).

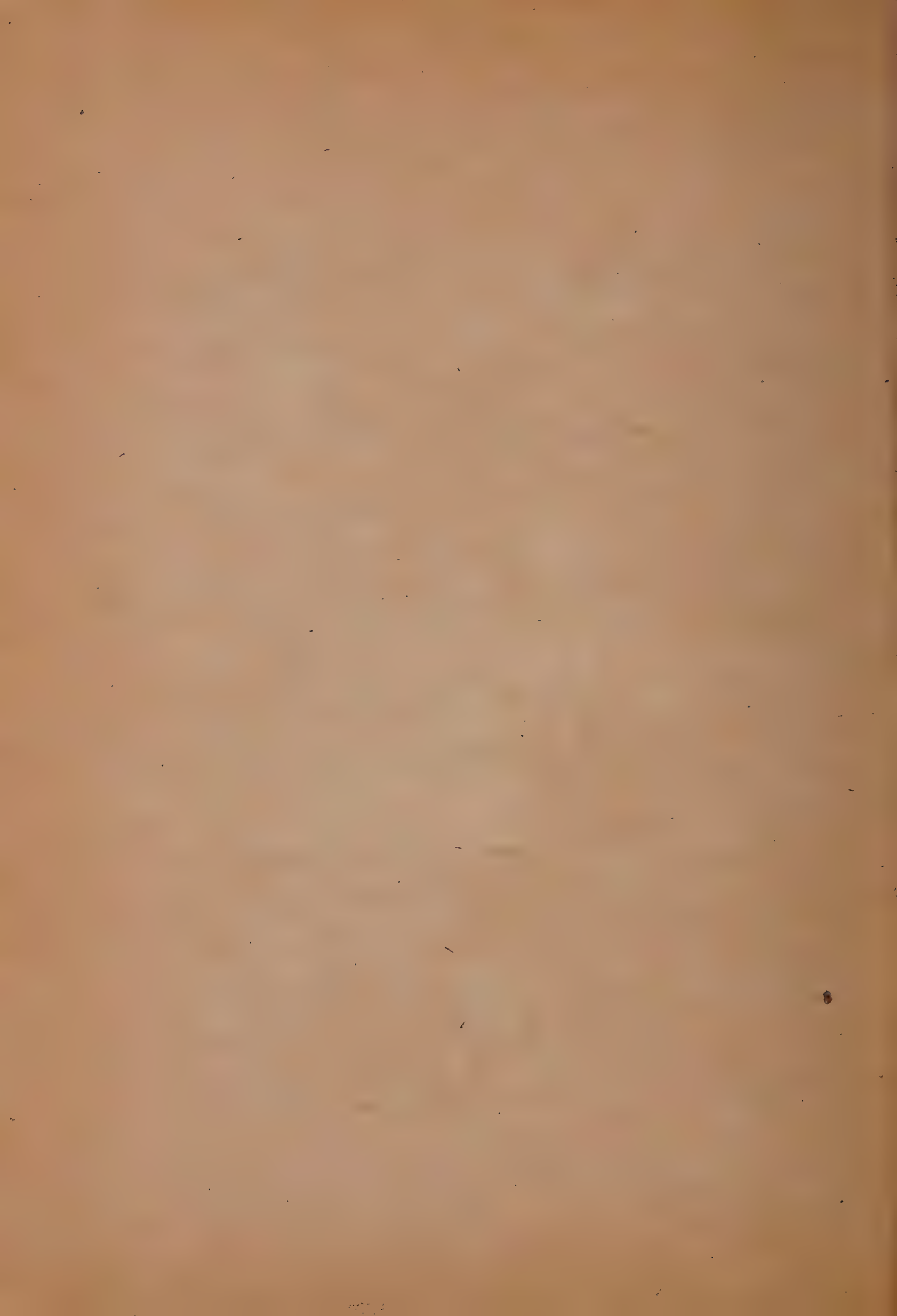
La Peste Blanca, Drama social.

Espino en Flor, Drama de Presidio.

Pascua Amarga, Boceto dramático.

La Buena Moza, Sainete.





EDICIONES NASCIMENTO

AUTORES CHILENOS

Carlos Pezoa Velis.—Poesías y prosas completas.................... $ 6.—

Pedro Antonio González.—Sus mejores poemas.................... 6.—

Salvador Reyes.—El último pirata, cuentos. ... . 6.—

Senèn Palacios.—Hogar Chileno, novela.................... 6.—

Sady Zañartu.—La Sombra del Corregidor.................... 6.

Pedro Prado.—Alsino, 2.ª edición.. 6 —
- Un juez rural.................... 6.—
- Androvar.................... 5.—

Joaquín Edwards Bello. – El chileno en Madrid.................... 6.—
- Crónicas.................... 6.—
- El Roto, 4.ª edición.................... 6 —
- La muerte de Vanderbilt......— 6.—

Manuel Rojas.—Hombres del Sur, cuentos.................... 5.—
- Tonada del transeunte, poemas... 4.—

Víctor Domingo Silva.—Palomilla brava, novela.................... 6.—
- Sus mejores poemas.................... 6.—

M. Magallanes Moure.—Sus mejores poemas.................... 6.—

Eusebio Lillo.—Poesías.................... 6.—

T. Gatica Martínez.—Fifí, novela.. 6.—
- Los figurones, novela.................... 5.—

Daniel de la Vega.—Las Instantáneas.................... 6.—
- Las montañas ardientes.................... 2.50
- Los horizontes.................... 4.—
- La luna enemiga.................... 3.—
- Un año de Inquietud.................... 6.—

Pedro Sienna.—El tinglado de la farsa. 6.—

Gabriela Mistral.—Desolación, 3.ª edición.................... 8.—

N. Yáñez Silva.—La tragedia del arte, novela.................... 5.—

Roxane.—Flor silvestre, novela...... 5.—

Mariano Latorre. — Sus mejores cuentos.................... 6.—
- Zurzulita, novela.................... 6.—

Fernando Santiván.—El Crisol, novela.................... 6.—
- Robles Blume y Cia., novela... 6.—

Eduardo Barrios.—El niño que enloqueció de amor, novela...... 4.—
- Páginas de un pobre diablo...... 6.—

AUTORES EXTRANJEROS

V. Huidobro. —Vientos Contrarios.. 6.—

Daisy Ashford.—Los jóvenes visitantes, novela.................... $ 5.—

Anatole France.—Páginas escogidas.................... 6.—

A. Guerra Junqueiro.—Sus mejores poemas.................... 6.—

Berta Singerman.—Poesías para declamación, 3.ª edición........ 6.—

Amado Nervo.—Sus mejores poemas.................... 6.—

Antonio Cabral.—Eça de Queiroz. Biografía crítica y cartas inéditas.................... 7.50

Romain Rolland.—Mahatma Gandhi.................... 6.—

Rabindranat Tagore.—El sentido de la vida.................... 6.—

Rubén Darío.—Obras de juventud.................... 7.50
- Sus mejores poemas.................... 6.—

Georges Bernanos.—Bajo el sol de Satán, novela.................... 6.—

Gastón Leroux.—El fantasma de la Opera, novela.................... 3.—

Caballero Audaz.—La sin ventura, novela.................... 5.—

E. Ramond.—Vida amorosa de Rodolfo Valentino.................... 5.—

Elfie A. Rowlands.—Ambición de madre, novela.................... 5.—

H. Ardel.—Corazón de escéptico, novela.................... 5.—

Francisco Villaespesa.—El sol de Ayacucho.................... 6.—
- La Danzarina de Gades (Poema trágico.................... 6.—

M. E. Braddon.—Lucía, novela...... 3.—

Pierre Benoit.—El Rey leproso, novela.................... 3.—

Arnaldo Cipolla.—En la llama de la India.................... 7.50
- El corazón de los continentes.... 6.—

Marcelino Mezquita.—La noche del Calvario. — Almas enfermas (dramas) 1 tomo.................... 5.—

M. Sauvage.—Memorias de Josefina Baker (ilustraciones de Paul Colin).................... 5.—



